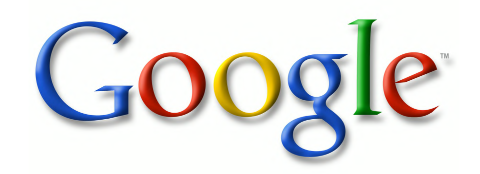
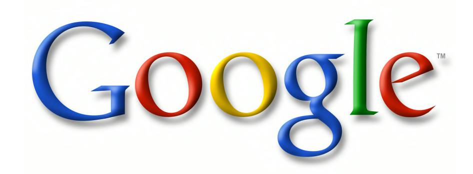
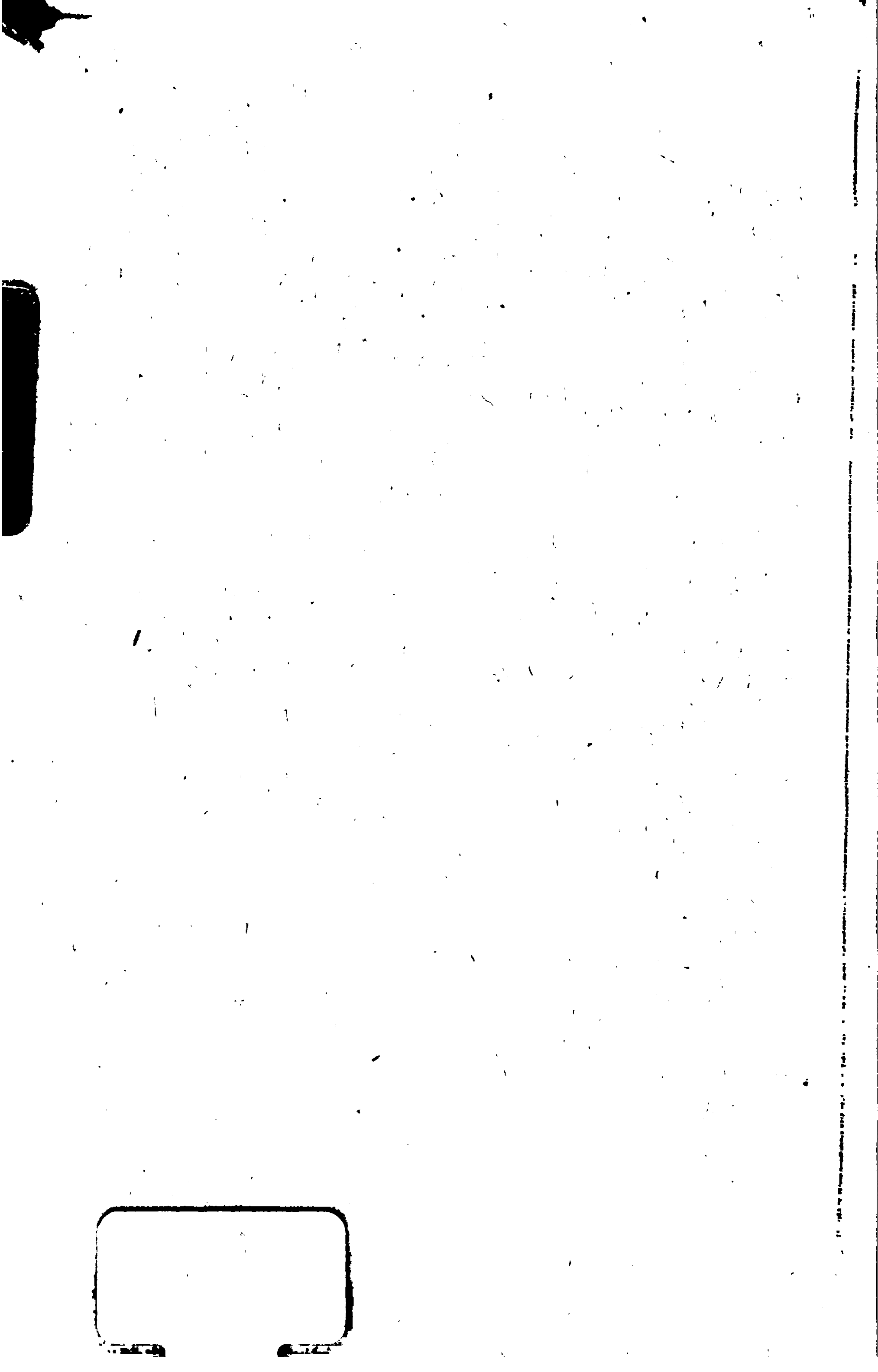








LA INTERVENCIÓN Y EL IMPERIO

EPISODIOS NACIONALES MEXICANOS

(SEGUNDA SERIE)

LA INTERVENCIÓN Y EL IMPERIO

(1861-1867)

POR EL

Lic. D. Victoriano Salado Álvarez

C. DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

DIBUJOS DE D. A. UTRILLO

TOMO IV Y ÚLTIMO

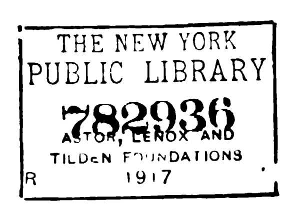
Intrigas de las cortes europeas.—La tripartita.—Las luchas intestinas.—La invasión.—La defensa nacional.—Puebla.—Maximiliano, Emperador.—La corte por dentro.—La Nación armada: Escobedo, Díaz, Corona, Régules.—Los triunviros de Paso del Norte: Juárez, Lerdo, Iglesias.—Querétaro.—La Patria salvada

MÉXICO

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE J. BALLESCÁ Y C.A, SUCESORES

572, San Felipe de Jesús, 572

1906



Imprenta y Litografía de Henrich y C.ª — Barcelona, Calle de Córcega, 348



LA EMIGRACIÓN

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Yo soy Merlín...

TARDE amaneció aquel día en toda la ciudad de México; pero más tarde aún amaneció en la *Casa de Nuestra Señora de Guadalupe*, ubicada, como todos saben y como decía la amarillenta y denunciadora cédula hipotecaria fija en la puerta principal, en el callejón de la Chinampa, entre el puente de Villamil y el de Los Locos. Llovía sin parar, y la lluvia, que en el campo suele ser gala y primor del paisaje, gloria y encanto de los ojos, en la ciudad, y sobre todo en la casona aquella, se convertía en lepra horrible que sacaba

á luz llagas, deformidades y tristezas que hacían apartar la vista y desviar el paso.

La pared, desconchada en parte y mostrando al desnudo hendeduras temerosas, en ciertos lugares se abombaba como hidrópica; el corredorcillo destilaba gotitas de agua que parecían lágrimas de las cosas viejas y olvidadas; las canales dejaban caer á intervalos chorros turbios é irregulares; el cimiento rezumaba humedad; las piedras de recinto con que estaba enlosado el patio se lavaban poco á poco dejando correr un residuo negruzco que quizás procedía de los *coimes, cuchareros* y *gurrupiés* del tiempo de Periquillo; y una camisa de mujer y unos calzones de hombre, puestos en cruz y olvidados desde la noche anterior en un armadijo de lazos y otates, parecían siniestras figuras de ahorcados que se balanceaban sin poder tocar el suelo.

Los cuartos permanecían cerrados, y apenas si en el de la portera se oían los lloros de un *izcuintle* de dos pies, los ladridos de uno de cuatro, la disputa de un hombre y una mujer y el ritmo de las tortillas que se adelgazaban entre las manos de una vieja que, al trabajar, movía entre el pecho y las costillas dos bultos que semejaban dos liebres que se perseguían furiosamente sin llegar á alcanzarse nunca.

Al fin se abrió una puerta, el número 15, y salió, embozado en una capita ruin y corta, un sujeto que no dejó



Habló dos palabras con la vieja del zaguán...

ver nada del rostro y sólo asomó unos pantalones con flequillos y unos zapatos de tacón desviado.

—Te dejo la llave con Gregoria, dijo hablando para el interior del cuarto. Te darán tu atole y harán pasar á Conchita, que tiene que venir á verte. No te aflijas aunque tarde mucho.

Y luego, como contestando á interpelaciones que le venían del interior de la pocilga:

—Ya lo creo que llueve... El cielo está *entablado*, de color de panza de burro... Si no está, le espero; tiempo me sobra... No te levantes... El dinero está en el baúl, á la derecha, en la jicarita... Yo me desayuno por allá: veré qué encuentro... Claro, claro que sí: le hablaré como si te hablara á ti...

Y se embozó de nuevo. Habló dos palabras con la vieja del zaguán, puso en sus manos la llave del cuarto y salió evitando los charcos del suelo y los chorros de las canales. Luego atravesó un lugar cercado, después una *viña*, que por la humedad había crecido grandemente de volumen, se metió por el callejón de la Nana, pasó el puente de Juan Carbonero, y por las Rejas de la Concepción, Puente de la Mariscala y Santa Isabel llegó hasta San Francisco y Plateros. Después atravesó el Zócalo y en la calle de la Moneda entró al edificio del correo.

Subió la escalera y desde lo alto se entretuvo observando á los raros sujetos que iban á sacar corres-

pondencia. Pasaban, cerraban de golpe los gigantescos paraguas multicolores, se desataban la bufanda ó se desabotonaban el mac-farland, se calaban los anteojos y veían las listillas, que pegadas con obleas y llenas de tachaduras de lápiz se ostentaban escritas con elegante bastarda española.

Entró una vieja con tápalo verdoso, siguió un ciego que pregonaba el *último enterito para la de hoy,* acompañado de un perro blanco que ladró terriblemente contra un vendedor de petates y escobas de palma que lanzó su grito penetrante en la puerta de la casa. Luego, cinco ó seis caballeros formaron grupo y después se pusieron cerca de un sujeto bien dado, de gran barba, rostro moreno y continente de santo de Berruguete.

El que esperaba pudo apreciar el transcurso de las horas por los gritos que escuchó: primero el *jabón de la Puecblaaaa;* luego la *Melcuii* ó melcocha; después los *tejocotes por venas de chile*, *tequesquite por pan duro;* en seguida la *mantequía, mantequía dia rial y dia medio;* en un intervalo en que se levantó el nublado, las *agujas, alfileres, dedales, tijeras, botones de camisa, bolitas de hilo;* por fin, á las doce en punto, los *condumbios*, *los caramelos de espelma, el bocadillo de coco...*

Pero la lluvia apenas había escampado un punto: seguía el agua chorreando por las cornisas, destilando por las molduras, cayendo por las gárgolas, hinchando el

sumidero del patio, cuchicheando al meterse por las rendijas, rejuveneciendo las viejas y mohosas piedras del muro, haciendo resaltar una inscripción en que se decía algo de «S. M. don Carlos IV, Q. D. G.», lanzando luces de diamantes cada vez que la hería un repentino rayo de sol, y removiendo, al meterse en las entrañas de la tierra, no sé qué olores inmundos que hacían apartarse á los que dialogaban cerca de un respiradero.

El recién llegado preguntaba alguna cosa á cuantos veía pasar, y como todos le decían sin falta: «No tarda... No debe de tardar... Siempre viene á esta hora», el cuitado no se resolvía á salir á tomar un tentempié que le consintiera seguir esperando.

A las doce y media, poco más ó menos, un portero corrió á avisar que llegaba el Administrador, y no tardó en entrar un sujeto que ya encontró al impaciente sentado en una silla de la antesala. Momentos después el mismo portero le introdujo al salón.

Se hallaba sentado á la mesa un sujeto robusto, más cercano á los cincuenta que á los cuarenta, inclinada la cabeza, que ya blanqueaba hacia las sienes y se enrarecía por la coronilla, cabello que terminaba en una *furia* agresiva y que solía andar cabalgando por las cejas ó por el occipucio, según fueran las fases de la conversación. Las manos del hombre, que se entretenía en firmar unos papeluchos que le presentaba un escribiente, eran vello-

sas, pero blancas, finas y elegantes; mas como si fuera una cruel antítesis ideada por el dueño, concluían en unas uñas largas, negras, ganchudas y mal cuidadas.

Alzó la cabeza, y el que deseaba hablarle le vió unos ojos pequeños y maliciosos coronados por unas cejas alborotadas y tapados por unos anteojos de guarnición de acero, de los cuales uno se trepaba hasta la frente y otro bajaba hasta la mejilla. El bigote estaba caído y desordenado, la piocha era escasa y larga y llevaba en ella residuos de tabaco, de pan y de tierra de la calle. La corbata estaba suelta y divorciada del cuello de la camisa no muy limpia, la levita llena de puntitos blancos de la caspa del pelo y el chaleco desabotonado y sin cohesión. Contraste curioso: los botones del chaleco eran de oro y terminaban en unas lindas piedras que parecían rubíes.

— ¿Usted deseaba hablarme, hijo mío? preguntó con acento algo ceceoso el personaje.

— ¿Tengo la honra... de hablar al señor don Guillermo Prieto?...

— El mismo soy, hombre. Pero no se asuste, que pocas gentes hay que inspiren menos miedo que Guillermo Prieto.

— Pues, señor, yo... yo soy, el recomendado del señor don Manuel Gómez del Cid, y le dejé á usted una carta en que se hablaba de mí.

— ¿Gómez del Cid? No recuerdo.

— Sí, señor, el de la curtiduría, el dueño de las casas de Recabado.

— ¡Ah, hombre, reventara usted; mi compadre Gómez, el papá de Concha y Lupe!... Mi compadre, claro



está. ¿Y dónde habré puesto yo la carta de mi compadre? ¿Usted me la dió ó me la dejó?

— La entregué á su criado.

Se puso en pie, registró bolsillos, cajones, expedientes, libros, todo sin encontrar el maldecido papel.

— Amigo, exclamó tanteándose todavía los bolsillos

de la levita, no parece: dígame lo que la carta decía y es igual que si la tuviera presente.

— Pues, señor, yo soy José Brambila...

— Permítame un instante. Pérez, vaya y dígale á Gallo que no tiren mi artículo sin mandarle pruebas á Pepe Iglesias... Dispense, amigo...

— Pues, señor, yo soy José Brambila...

— Corra á toda prisa, Facundo, póngase los pies en la cabeza y dígale á Martínez que se venga en seguida... Conque tenemos, hijo mío, que usted es José Brambila... ¿Qué más?

— Pues, señor, yo soy José Brambila, de Guadalajara, perteneciente á una excelente familia tapatía. Mi padre se llamó Ignacio Brambila.

— ¿Ignacio Brambila? ¿El que iba á fusilar Inclán?

— El mismo, señor.

— Era un excelente impresor y un hombre honrado. Le llamaban nada menos que el *Juan Nepomuceno democrático,* á causa de que se rehusó á revelar el nombre del autor de un escrito en que se injuriaba al tal Inclán... Hasta recuerdo cómo se llamaba el papelucho... Aguarde usted... Se llamaba... Tenía un título en verso, como acostumbraban entonces *El Pensador* y don Carlos Bustamante... Ya recordé: *Oiga el infame sus glorias y el malhechor sus hazañas.* ¿Y sabe usted lo que se contaba allí? Voy á decírselo en secreto. Pues nada menos que los

amores de Inclán con Lupe, la hermana de un poeta zacatecano á quien debí grandes servicios... Lupe era una pólvora, un temperamento romántico al estilo de la Jorge Sand. Hacía versos, un poquito inválidos, mancos, cojos y hasta decapitados: en la *Aurora poética de Jalisco* puede verles. Se había casado con un tal Osés ó Avancés, ó Cortés, buena persona, laborioso él, hombre honrado, seriote; pero ¿qué iba á satisfacer un panadero ó comerciante ó cualquier cosilla por el estilo á aquella mujer que tenía por corazón una hoguera? Se enamoró de Inclán, hizo cincuenta mil excesos y acabó por marcharse con él. Cuando el generalón la abandonó quiso en vano arreglarse con el esposo: Cortés era hombre de vergüenza y despachó á mala parte á la bribona. Lupe murió en olor de santidad... Martínez, si me llaman de la presidencia avísame en seguida. Bien; no sé quién tuvo la ocurrencia de escribir ce por be todas las majaderías de Inclán y publicarlas en el papelón que le digo. Ver aquello el militronche y ponerse hecho un chamuco fué todo uno. Amenazó con hacer y acontecer, y á la hora menos pensada se plantó en la imprenta de su padre de usted con la embajada de que le confesaran quién era el autor de aquella muchachada. Brambila se mantuvo en sus trece, sin querer revelar una palabra, el otro se estuvo en sus catorce pidiendo con malos modos la cosa del pe al pa, y allí tiene usted el conflicto en todo su esplen-

dor... Inclán no se anduvo con chiquitas: mandó encapillar á su padre de usted, le ordenó que se dispusiera y le hizo sacar al mero patíbulo: fué un mal rato para Brambila, que se obstinó en guardar silencio, apretadas naranjas, siendo menester que el obispo y el clero-catedral y los vecinos más empingorotados le rogaran á Inclán casi de rodillas. Cedió, si no estoy equivocado, porque se lo ordenaron de aquí, de México... ¡Qué tiempos, amigo, qué tiempos!... ¡Y que se acaben!

Llamó de nuevo don Guillermo, dió una vuelta por la sala, ordenó cualquier cosa al criado que se presentó, y sentándose en la silla, con una plegadera en la mano, dijo al buen Brambila:

— Conque me decía usted...

— Pues, señor, yo vivo en México desde hace cinco años. Me empleo en escribir á la mano siempre que hay alguien que me ocupe. Cerca de mi casa... pues cerca de mi casa vivía una... una señorita que protegía el general don Santiago Blanco, éste que vive aquí, en Tiburcio, 17... Pues la muchacha y yo... La verdad no hallo cómo decírselo á usted.

— ¿Cómo no halla si ya encontró? Que le birló usted la queridita á Santiago, ¿no es eso? ¡Hombre, pues está divertido el caso! ¡No sabía que así las gastara el caballerito! Este Blanco no olvida la negrura de su origen: es hijo de un negro barbero, cubano él, y de una negrita

esclava de los Estradas, de Yucatán. Es más ladrón que Gestas y más malo que pisotear la hostia. En contratas se ha puesto *pilinque*, y en otras cosas es más amargoso que las tripas del bule: que lo diga la viuda de aquel don Fernando Valle. ¿Conque usted fué el príncipe azul que salvó á la infanta que tenía secuestrada este rey negro?... ¿Y guapa ella?

—¡Oh, señor! exclamó el de la capita corta en medio de un éxtasis; celestial.

—Y á todo esto ¿por qué me da usted esas noticias? ¿Qué tengo que ver en los amoríos del más chisgaravís de los hermanos Blancos, á quienes les llaman los *aretes de azabache* por lo subidito de color?

—Señor, exclamó levantándose con súbito arranque y dejando pendiente del bejuco de la silla la capita de tricó; señor, yo sé que usted es un hombre sensible y que puedo recurrir á su persona con absoluta confianza. Don Santiago está furioso contra mí y ha ofrecido que tan pronto como entren los franceses me manda cortar el pelo, me pone la chaca, y mete á Cristina á las *Arrecogidas*. Yo, señor, no le tengo miedo al general Blanco ni á todos los generales del mundo; pero, caramba, á la humillación sí le tengo miedo, y pensar que me han de azotar ó de hacerme cargar el *caballo* de la prisión me pone frenético. ¿Quiere usted hacerme el favor de llevarme á donde vaya el gobierno? Yo sé escribir, yo sé llevar una

correspondencia, yo sé guardar un secreto, yo sé tener fidelidad á quien me presta un servicio. No quiero más que lo necesario para salir de México, y para vivir modestamente fuera de aquí, manteniendo á mi señora y al niño que nos acaba de nacer.

—¿Cómo niño? ¿Luego hay tajamanil?

—Veinte días tiene, señor.

—Pero esa cristiana no podrá caminar.

—Está dispuesta á todo con tal de no caer en manos del maldito viejo. En cuanto al chiquillo, ya estamos industriados sobre la manera de hacerle caminar sin que le pase nada.

—Hombre, si lo triste es... lo triste es que está completo el cuadro de los empleados de correos que han de marchar conmigo.

—Pues usted no me deja en la estacada, señor.

—¡Ay, pobre Guillermo! dijo el otro alzándose de la silla; te has convertido en esquina de providencia: todos los pisotones, todos los encontronazos, todos los golpes van á dar contra ti... Te han tomado por una sucursal de la Divina Providencia y no eres más que un infeliz... ¿Qué demonio tienes tú que ver con los amoríos de Santiago Blanco? Lo mismo que con los del Moro Muza ó con los de don Gaiferos. Pero este muchacho dice bien: no es justo que le dejes en la estacada y vale la pena que le des este disgustillo á Santiago... Amigo mío (dirigién-

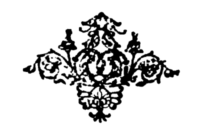
dose á Brambila) no sé qué voy á hacer para llevármele; pero Dios proveerá. Aquí tiene veinte pesos (y se los dió en un Hidalgo nuevecito) para que se arregle, y después, ya veremos.

No fué agradecimiento, fueron efusión, entusiasmo, locura los que manifestó Brambila besando la mano de Guillermo y diciéndole muchas cosas de cariño.

— Ya, hombre, ya, no es para tanto, dijo evitando las acometidas del chico.

Y después de llamar ordenó al mozo que acudía:

— Que me traigan la firma.





CAPITULO II

De viaje

APENAS tuvo tiempo Brambila para ponerse de dos saltos en su habitación. No quiso comer cosa, pues pensando que le faltaría tiempo para arreglar la salida se apresuró á llegar á donde le esperaba la que él había calificado de mujer celestial.

Ya había pasado la fuerza del aguacero; el sol, con cara de quien ríe y llora al mismo tiempo, se asomaba cautelosamente entre el toldo de nubes que le cubría; empezaban á secarse las piedras de las calles, y la luz arrancaba brillo de diamantes al agua aglomerada cerca de las banquetas; se reflejaba en los charcos haciéndoles parecer de fundida plata; estallaba en el charol de los coches de providencia aglomerados frente al zócalo; hacía aparecer fregoteada y llena de afeites la fachada

de las casas; renovaba el verde tierno de los arbolillos ayer apretados de polvo y de larvas, y hasta hacía relucir el pelaje de los caballos y el vestido de las gentes que pasaban á toda prisa.

El reloj de la Catedral, que señalaba la una y cinco minutos, hizo que Brambila se fijara en las torres de la inmensa construcción: la luz clara y limpia redoraba el color de la cantera, y dejando en la sombra las bóvedas negruzcas caía de firme sobre la pátina discreta, que viene á ser como las canas floridas sobre una cara moza y fresca. Enfrente se descubrían las casas del Empedradillo, los portales vetustos y la entrada de las calles de Plateros, que dejaban salir un río de gente de todos aspectos, de todos pelajes, con todas las fisonomías. Notábase que el tema de las conversaciones era el tiempo, pues hombres y mujeres señalaban el cielo, surcado entonces por unas cuantas nubecillas en flor que parecían pinceladas de blanco mate en un lienzo teñido de azul vivo.

Quiso el buen Brambila meterse por Plateros; mas como si el diablo lo hiciera, la corriente de los paseantes se dirigía á la Plaza; por lo cual, enfilando el callejón del Beso, salió á la Alcaicería y á Mecateros y por Vergara llegó hasta la vecindad de Guadalupe.

Era la hora de la comida y casi nadie se encontraba fuera de su cubil; sólo un vejete bajo de cuerpo, con toda la cara afeitada y en la cara una nariz de gancho y unos

ojuelos maliciosos y truhanescos, daba vueltas en el zaguán como en espera de algo que había de venir. Hacía calor, pues ya empezaba á vaporizar el suelo, y sin embargo, el tío aquel estaba cubierto con una capilla con vuelos de nutria semejante á su barba, que sugería la idea de estar raspada con un vidrio; fijándose en aquella barbilla singular se le veían cuamiles de pelo y claros segados á rape, completándose el conjunto con un revoque de polvo rojizo, que era como ripio en aquellas hendeduras que habían abierto el tiempo y la enfermedad. Con la cabeza sumida entre los hombros, la mano izquierda cogiendo los extremos de la capa, un cigarrillo en la derecha y la voz chillona y expedita, el vejete se dirigió al que llegaba:

—¡Hola, don Pepe, que tenga buenos días! ¡Qué tarde la corrió, amigo! ¡Muy bonitas horas, muy bonitas horas de llegar á su casa! Apenas es el primer niño y ya se permite usted venir á la una y pico á pasar lista. ¿Qué deja para cuando lleve veinte ó treinta años de coyunda como lleva este amigo que le habla?

—No llego ahora, don Manuelito; vuelvo después de haber salido muy temprano al arreglo de un negocio. Por señas que todavía no tengo en el cuerpo un pocillo de chocolate.

—Pues á hacer por la vida, amigo, que es el único goce del pobre. ¿No le parece?

No respondió Brambila, sino que se coló de rondón hasta su cuarto, que por cierto tenía las puertas entornadas. De pronto no pudo orientarse; le cegaban al mismo tiempo la obscuridad, que era antítesis viva de la luz insolente de la calle, y una humareda que salía por el



único hueco que denunciaba comunicación con el mundo exterior. Una vieja (se le conocía en la joroba y en el andar vacilante) zarandeaba entre los brazos un bulto blanco que lanzaba chillidos potentísimos, y una voz de mujer repetía desde el lecho: «Ya, ya, chiquitito, ya».

—Todo listo, Cristina, hijita, exclamó el recién llegado arrojando de golpe la capa en una silla de tule que

le impedía el paso. Todo listo, mi vida, dijo sentándose en la cama y cogiendo la barbilla de la criatura celestial. ¿Qué te parece? ¡Si bien decías tú! Nuestro fin era bueno y Dios había de ayudarnos.

—¡Bendita sea nuestra Madre santísima de Guadalupe! exclamó la mujer con arranque místico. ¿Conque todo arreglado? Pues, cuéntalo, hijito de mi alma, que estoy que no me aguanto de ganas de saberlo todo.

—¡Pero, hombre, por Dios, qué va uno á contar con este mamón que chilla como becerro!

—Ya se calla... ¡Pobrecito de mi hijo! tiene una hambre que se parece á la que su papá gasta de costumbre... Ya, ya, chiquitito, ya... Y á todo esto, vida mía, ¿te desayunaste ya?... Mézalo, Micaela, mézalo... Mejor, démele acá, que conmigo se está quietecito... Agú, agú, chiquitito. ¡Cómo conoce ya á su madre este rey de la tierra!... ¿Qué quiere mi encanto? ¿Quiere su papa?

Y sacó de la blanca camisa un globo lácteo y rosado, introdujo el pezón en la boca del crío, que se esperezó satisfecho y feliz; y cuando trajo la comida la bruja Micaela, que hacía al andar por el enladrillado un ruido que se parecía al de los perros que tienen las uñas largas, José habló de este modo:

—Ante todo, déjame enseñarte esta prueba de que las cosas marchan á pedir de boca.

Y alzó por los aires lentamente y con ademán de sacer-

dote que muestra la custodia á la admiración de los fieles, la onza de oro que había recibido de don Guillermo.

—¡Ay, vida mía, qué bueno!

—Y es lo de menos: me revestí de valor y le conté ce por be toda nuestra historia al señor administrador de correos.

—No, tú, ¡qué vergüenza! ¿Qué diría ese señor! exclamó la muchacha tapándose el rostro con el embozo de las ropas.

—Todito se lo canté, y como él conoció á mi padre y según parece le caí bien, me ofreció colocarme, me figuro que de escribiente supernumerario ó cosa así.

—¡Bendito sea Dios, tú! No me canso de darle gracias á la Divina Providencia. Pensar que podíamos haber caído en poder de ese cambujo indecente; te juro que me pone furiosa.

—No me hables de él, te lo suplico. Algún día nos veremos las caras, y entonces...

—No seas tonto, Pepe; si haces planes para el porvenir, hazlos para que seamos muy dichosos, nunca para vengarte de nadie. Al infame, Dios lo castigará sin que tú tengas que tomarte ese trabajo.

Dió la que estaba en el lecho nuevas muestras de alegría al saber los detalles de la conferencia, é inmediatamente hizo ademán de levantarse para organizar los preparativos de la salida; y el hombre, que sentía in-

mensa comezón de avisarle á alguien el nuevo giro que tomaba su vida, salió y habló largamente con don Manuelito, que seguía paseándose en el zaguán.

—Así me gusta, ciudadano, así me gusta. ¿Conque vamos á ser compañeros? Choque usía, choque, que me tenía un poquito desazonado el marcharme solo; pero si voy en compañía de un vecino y de un amigo, me río de la suerte... ¡Qué gusto, qué gusto no quedarme en México por no ver las cochinadas de los malditos traidores! Ya verá usted que nos la vamos á pasar chichona. Trabajitos los habrá, quién lo duda, pero en cambio, cuando volvamos por acá, pocos se nos han de hacer los faroles para cargarles con cuerpos de *sinvergüenzas*. *¡A la linterna!* hemos de gritar, y á la linterna han de ir desde el indio Almonte, el viejo Gutiérrez y el canallón de don Pelagio, hasta el último escribiente de la mayordomía de propios. Y usted y yo y todos los buenos, podremos decir lo que dice Guillermo Prieto en unos versos muy chulos que publicó *La Chinaca:*

Yo no asistí de México á la afrenta;
Con su rencor me honró la tiranía.

—Pues con ese, don Manuelito, con ese mismo don Guillermo me marcho hasta donde sea menester.

—¡Magnífico, pollo, magnífico! Me gusta usted, por esa cabecita tan elegante, para que funja de acusador en

el comité de salud pública que estableceremos á nuestro regreso. Y luego, como quien nada dice, á mí, que soy de hacienda, me darán alguna jefatura, la Aduana de México ó la Dirección de Contribuciones... A usted, que va por correos, una administración de importancia: quizás la de Guadalajara, quizás la de Puebla, quizás la de México mismo.

—¿Y á dónde vamos?

—¿Pues á dónde hemos de ir, amigo? Al interior, al interior donde están los leales, los patriotas, los honrados: al interior.

—¿Y por qué no nos defendemos aquí como en Puebla?

—Porque sería dar dado; porque ni están concluídas las fortificaciones, ni hay parque suficiente, ni tenemos la artillería que fuera menester: en fin, porque todo anda mal por falta de tecolines... Pero no salimos fugitivos ¡qué capaz de la mañana! Salimos como sale el poder superior de una nación que encuentra dificultades en la ciudad de su residencia y se resuelve á trasladarse á otro lugar donde sabe que será bien recibido. Dicen que nos marchamos á San Luis, á San Luis de la patria: bien hecho; allí hay ciudadanos que entienden sus deberes y que no dejarán perecer al Gobierno.

—Pero les dejamos todos los elementos á los franceses, y eso...

—¿Dejar? ¡Qué les vamos á dejar, hombre! Dinero,

municiones, artillería, tropas, todo está fuera de la capital sin que falte nada. Les dejamos la capital, les dejamos México, y aunque armen más boruca que puerco atorado, nosotros sabemos y ellos saben que no son dueños más que del terreno que pisan... Y luego, nos vamos personas así, de á pilas, una barbaridad: nosotros sí que podemos decir como el zapatero aquel: «adiós, Madrid, que te quedas sin gente».

—Bien dicho, don Manuel, bien dicho.

—Ya verá usted, ya verá. Cuando empecemos...

—Dispénseme, don Manuel; vuelvo en seguida.

—Vaya, hombre, vaya.

Y mientras Brambila se metía á su cuarto, el de la cara veteada de rosa cantaba entre dientes:

> Contre nous de la tyrannie
> L'étendard sanglant est levé ..
> L'étendard sanglant est levé...

Ya estaba en pie la muchacha, que era bajita de cuerpo, redondita, de hermosos ojos garzos, de pelo castaño, blanca, de rostro hoyuelado y de andar garboso y firme. Era una linda criatura, aunque quizás algún exigente hallara excesivo aquel mote de celestial, que Brambila repetía poniendo en blanco los ojos.

La vieja, la desgreñada que hacía sonar en el suelo las uñas largas como de ave de rapiña, cogía el colchon-

cillo, lo metía dentro del almofrez, rellenaba éste con las dos mudas que ocupaban el baulito verde que se parecía en el rincón del cuarto, repitiendo mientras trajinaba, con aire de profunda convicción:

— Pos es gana caminar con este inocentito, isponerle á esos caminos y hacer que á esta luria le venga por allí un flujo que ni quien se lo quite... ¡Bendito sea el Señor que les hizo tan chiflados!... No se mueren tantas del parto ni de los achaques, como de las resultas... Pero allá ellos; debían preguntárselo á la facultativa, que les diría lo que habían de hacer, no que hora...

Los amantes hablaban en un rincón del cuartucho, mientras dirigían el empaque de los bultos. El hombre salió dos ó tres veces á la calle para cambiar la onza de oro, comprar lazos y llamar á un cargador que llevara el equipaje á la casa de diligencias. Al volver se encontró á don Manuelito con el paño al púlpito y dueño de la voz informativa.

— Le esperaba, dijo, porque quiero que nos vayamos juntos: para nosotros no habrá diligencia y apenas si la alcanzarán las señoras. A las cuatro salió la familia de Juárez, que camina con Santacilia, el escritor, yerno del Presidente. Don Benito se quedó porque quiso asistir á la clausura de la Cámara, donde dijo un discurso muy templado: que no hay que amilanarse, que esto pasará, que no hay por qué perder la moral. Lerdo de Tejada le res-



— Pos es gana caminar con este inocentito, isponerle á...

pondió del mismo modo: es el Presidente de la Cámara... Se me figura que los franceses van á tener sarna que rascar con el tal don Benito... Figúrese, no subió en la diligencia hasta que no vió que había salido el último papel de los que se necesitaban. Tan formal, tan seriote él, con su eterno vestido negro, su sombrero de copa y su ceño imperturbable: es mucho hombre... Vamos á ver de cuál cuero salen más correas... Nosotros, el estado llano, saldremos á las ocho; pero por el camino van ya Doblado, Fuente, Lerdo, Iglesias, Zarco, Elorriaga, Terán, Higinio Núñez, Berriozábal, los Bustos y su jefe de usted, Prieto, llamado *Fidel* entre los de pluma. Es una carpanta que vale la pena: va á ver qué hace y qué trazas da.

A las nueve salió el coche en que metieron á Cristina conduciéndola con mil precauciones desde su casa hasta la de diligencias; en el armatoste iba acompañada de otras muchas señoras y debía llegar hasta Cuautitlán, donde se descansaría para que toda la caravana continuara el camino.

Brambila y don Manuel siguieron á caballo, y dando las doce de la noche llegaron al punto de cita, después de recibir en el cuerpo el agua necesaria para llenar un bordo destinado al riego de tres fanegas de tierra arenosa.

El primer cuidado de José, antes de quitarse las ropas y aposentar el cuaco, fué enterarse de la suerte de su mujer.

—Está como unas mialmas, amigo, le dijo un *acomedido*: le tocó alojarse en ese galerón, que es una troje ahora desocupada, y en que se acostaron nada menos que don Benito, los ministros y la familia del Presidente: pusieron unos atajadizos de sábanas y están durmiendo tan ricamente. Claro es que no hay camas ni aquí se conocen; pero con tender unos colchones en el suelo, todo estuvo que ni mandado hacer.

Al día siguiente, el tiempo amaneció de buen cariz, y el sol, como si fuera un general vencedor, retiró, al ascender por el cielo, hasta los vestigios de nubes, que parecían gavillas avanzadas de un ejército enemigo. Brambila se entretuvo mirando el desfile de la procesión de emigrados que parecía al mismo tiempo paseo militar, comitiva de dueño de hacienda y acompañamiento de autoridad que entraba á tomar posesión de su ínsula.

Iba primero una descubierta de caballería; pero no de esa caballería que suele verse caracoleando en paradas y desfiles, lucios y gordos los pencos, lustrosas las monturas, relucientes las armas, flamantes los uniformes, los chacós recién ennegrecidos: hombres y bestias iban, si vale la frase, en bata, caídos, tristes, flácidos, sin brío: unos y otros llevaban inclinadas las cabezas, el pelo lleno de polvo y zoquite, los arneses maltratados y faltos de los perfiles reglamentarios.

Detrás seguían la calesa de Juárez, la diligencia en

que iba metida su familia, los coches de los empleados y al fin muchas gentes á caballo, y después más carruajes, y luego más jinetes, y al fin un piquetito de infantería que no llegaba á cincuenta hombres. Los de á caballo no eran ningunos briosos adalides que estuvieran dispuestos á sacar la Durindana y á consumar hazañas dignas de los doce pares: eran los empleados de corto sueldo, los diputados que no alcanzaron asiento de coche, los criados y esa muchedumbre anónima que viene no se sabe de dónde y va quién sabe dónde acompañando siempre á las grandes aglomeraciones y marchando á su zaga: mujeres, viejos, niños, jugadores, mozos de estribo, lo más heterogéneo y lo más raro.

Era espectáculo curioso el de aquella culebra fragmentada que hollaba caminos, traspasaba montes, vadeaba arroyos, ascendía montañas, y ora quebrándose en muchísimos pedazos, ora compacta y firme como si temiera alguna acometida, hacía destacar el rojo vivo de las mantas, el rojo terroso de los coches, el rojo obscuro de los caballos, el blancor de las bufandas, el mate de las armas, el gris de los sombreros y el azul de los uniformes.

Brambila saludó á su mujer, que caminaba hecha un terrón de amores con su vecina, una vieja gorda con collar de oro y corales en la papada, que parecía un bocio frondosísimo. Luego se retiró al lado de don Ma-

nuel, que ya le esperaba con una trigueña en la mano, dispuesto á trincar con él para hacer la mañana.

— Aquí no nos queda más remedio, dijo limpiando la boca de la botella con el envés de la manga, aquí no nos queda más remedio que entrarle al de las verdes matas: todavía no miramos traza de pueblo, hacienda ó rancho en que almorzar y á mí ya se me olvidó el desayunito miserable que pude *asgar*. Figúrese no más, por un real una tacita de leche, así, de este tamaño, no le miento, y una rosca más dura que el corazón de un malvado. Es menester ayudarse con esto, que es de lo fino: lo compré en la tienda de la *Malagueña,* que es de un gachupín amigo mío... ¿Conque no quiere? Pues salú.

Y el líquido ardiente mojó el paladar del viejo oficinista, le bajó por el gañote, le quemó las tripas, y cuando detuvo la botella sobre la cabeza del fuste sólo pudo exclamar:

— Bajó como un coro de ángeles... Me siento otro, y ese otro, que no ha bebido aún, pide un trago... A la salú...

Luego colocó un tapón de olote en la boca de la botella, metió ésta dentro de las cantinas, escupió, ensayó un bostezo y se persignó la boca, costumbre que guardaba de sus tiempos de beatería.

— Pues sí, amigo, dijo encendiendo un cigarro del Monzón; hoy llegamos al sesteo en donde se detiene la

diligencia... Eso no va á ser posible, que hagamos los de á caballo las jornadas que hagan estos coches, que caminan con una priesa que marea... Y si nos llueve, menos vamos á poder caminar al parejo de éstos que llevan buenos pencos... Con estas ratas, dijo azotando el caballito colorado en que caminaba, con estas ratas no va á ser posible que nos movamos en caso de una correteada ó de una sorpresa...

Dejó pasar un rato, y al remontar un collado desde donde se oteaba todo el camino, volvió á sacar la botella y le dijo á su acompañante:

—Aquí sí que ya no tendrá que decir: las diez deben de ser, y hay que prepararse para las once... Éntrele, que ya se necesita.

—Gracias, don Manuel.

—¿Gracias sí, ó gracias no?

—Gracias no.

—Pues usté se la pierde. Salú... y *pesetas*, dijo apartándose de la boca la botella.

Escupió, guardó la *limeta* y viendo una nube negruzca que ascendía veloz como un globo bien inflado en el azul sin mancha de la atmósfera, dijo con seguridad:

—Esa nos va á mojar; trae más agua...

Y como si lo hubiera mandado, en aquel instante trajo el viento gruesos goterones que cayeron en el suelo ávido de humedad; un vientecillo sutil hizo danzar las

cimeras de unas milpas de riego que estaban á la derecha del sendero, apartadas de éste por una cerca de espinos.

— Pues va á llover, dijo don Manuel envolviéndose en el poncho que llevaba á la grupa. Estamos amolados sin remedio.

En efecto, como si la nube fuera un globo repleto de humo que se hubiera roto de repente dejando escapar su contenido, el cielo se cubrió del principio al fin de una mancha negra que empezó á dejar caer agua á más y mejor.

Las gotas descendían con zumbido de abejas enojadas, en forma de cristales regulares cuyas aristas podían estudiarse; caían al suelo como si se hubieran roto, con la figura de un sombrero charro de copa prolongada que se absorbía en el caudal que empezaba á correr por el suelo, para ser substituídas por otros sombreros que un instante lucían, tintineaban en el arroyo incipiente y seguían corriendo sin cesar.

Las mantas se cubrieron al principio de chispas que avivaban los colores, luego se pusieron todas del mismo matiz, después se pegaron á las carnes de los que las llevaban y al fin dejaron penetrar el agua hasta que corrió por la espalda y por las piernas arrancándoles la sensación de animalillos diminutos que bajaran cautelosamente. Los caballos, que á las primeras gotas habían avivado el paso, después se abrieron de patas y manos,

se metieron en el lodo y allí decidieron resistir el chaparrón; de nada les servían los cuartazos y los improperios que despiadadamente descargaban sobre ellos los jinetes.

—¡Andale, tal por cual!, decía don Manuel taloneando, que no espoleando, al innoble bruto que montaba. ¡Andale, que no me va á quedar nada seco!, siquiera me guareceré debajo de aquel huizache que está allá, en aquella lomita.

Pero el caballo se llamaba andana, y el jinete sólo veía, al través de la cortina que formaba la lluvia, á los coches con las portezuelas cerradas, á los ordenanzas galopando de aquí para allá y á la corriente de agua turbia que bajaba desde el collado hasta el valle como una serpiente de plata que fuera mostrando la belleza de sus escamas, que á cuenta eran los arroyuelos, los matorrales, los peñascos y los deslaves del camino.

—Pues ahora sí no dirá que no, mi amigo. Si no bebe atrapa un resfriado que no se le quita ni con la sábana santa.

Y al ver la seña negativa del otro empinó la botella haciendo puntería al cielo, como si estuviera examinando el cariz del tiempo con un instrumento raro y fatídico.

Pronto pasó el aguacero; pero el chipi chipi, la enfadosa agüita de moja bobos se prolongó sin descanso ni medida, poniendo los caminos como si fueran de cera de

Campeche, los vestidos y las caballerías más calados si cabe que habían quedado por el primer ramalazo, y á las gentes tan mustias, tan tristes, tan infelices que daba risa verlas. Sólo los árboles se regocijaban de aquel baño repentino, que venía á quitarles las últimas hojas secas y los últimos átomos del polvo que les habían arrojado mulas de arrieros, ruedas de carruaje y pies de indios.



En el lugar en que hicieron noche, renovó don Manuel su provisión de aguardiente, y Brambila, que caminaba temeroso de que su mujer y su hijo hubieran sufrido cualquier desaguisado, se alegró mucho al saber que ambos estaban buenos y sanos. Durmió tan guapamente en el rincón de un tejabán, sobre los sudaderos y la silla de la bestia, que dejó

en el corral junta con todas las otras, si bien con el distintivo que le prendió en la cola, y que consistió en una corbata vieja de color rojo; pues es de saberse que José, que carecía de conocimientos para individualizar su caballo alazán entre los innúmeros alazanes que venían en la comitiva, juzgó era de discretos recurrir á aquel ardid para lograr conocer al animal de que era dueño.

El día siguiente, que transcurrió sin más novedad que la borrachera de don Manuel, lo pasaron en San Juan del Río, á donde hicieron su entrada á las cinco de la tarde, algo después que los coches se habían detenido en el paradero de la diligencia.

Contaba don Manuel la huída de Varennes haciendo oportunas comparaciones entre cómo se escapa un tirano, un verdugo del pueblo, y cómo sale, amparado por la ley y á la luz de todo el mundo, un gobierno republicano, y Brambila, que era distraído, acabó por fijarse en el ir y venir de gentes, en el entrar y salir de hombres á caballo, en las señas de inteligencia que se hacían algunos que hablaban aparte y en las caras de consternación que tenían todos.

—Malas noticias, dijo uno que llegó soltando la nueva como escopetazo; malas noticias, amigos... Mejía y Olvera se presentan por dos rumbos distintos y resueltos á confluir aquí. Quieren coger á Juárez y á todos los suyos

y dar el gran golpe. ¿Qué dicen ustedes? Lo mejor será escapar, porque la cosa no tiene duda.

— ¿Y la tropa?

— ¡Qué tropa ni qué niño muerto! Los de la sierra traen consigo dos ó tres mil hombres, y contra ellos nada han de poder nuestros ochenta jinetes y nuestros cincuenta infantes.

— Peores las ha visto Juárez.

— ¡Ya lo creo, dijo un viejo gordo, de piocha y bigote grises; ya lo creo que las ha visto! En Santa Ana Acatlán estuvimos en un tris de que nos mandaran al otro patio.

— Pero era caso distinto.

— Sí, porque era peor.

— Entonces no iban el ministerio, ni la diputación permanente, ni la familia de Juárez.

— Cabal, que viene su señora.

— Y sus niñas, de las cuales no más una es casada.

— Pues nos lucimos.

Y carrera por aquí, secreteo por allá, caras espantadas en este lado y gente que iba, venía, se entrecruzaba, se daba noticias y se alarmaba más aún de lo que al principio había estado, aquello se volvía una verdadera catástrofe, un auténtico y purísimo *maremágnum*.

Brambila corrió asustado al mesón donde acababa de instalar á los suyos, y se encontró á Cristina desasosegada, temblorosa, llena de fatiga y presintiendo cosas

terribles al ver el entrar y salir de caballos, el forjar de maletas, el ocultar de trastos y joyas, el hacerse preguntas enclavijando las manos y el dar respuestas meneando la cabeza y haciendo gestos de que todo estaba perdido.

—No te asustes, mujer, exclamó José con arranque: vale Dios que tú y yo somos lo último de lo último y nadie se ha de meter con nosotros.

—¿Y quién nos asegura que no tendremos que sufrir atropellos y que no te herirán ó te llevarán lejos de mí ó te matarán?

—Pero ¿quién piensa en eso, criatura? Ríete tú de tormentas que se anuncian con tanto estrépito, dijo el hombre con tono de quien está curtido en empresas y aventuras guerreras.

—¿Y habrá tiros, Pepito?

—¡Qué va á haber! Ahora nada habrá, pero cuenta con que los hemos de tener en lo de adelante. Si no te resuelves á lo que venga, mal nos irá. Ya que hemos cogido esta misión, hemos de salir adelante... Pero ¿qué te pasa, hija? Te pones de todos colores, se te vuelven blancos los labios, parece que vas á caerte...

—No sé que me sucede; siento que la boca se me hace agua, me duele la cabeza, me arde el cuerpo...

No acabó de decirlo; el amante fué á recogerla con amor, y en los brazos de Pepe fué hasta la cama, donde la tomó un dolor de cabeza que se le resolvió al fin en

basca, frío de cuartana, quebrantamiento de huesos y al fin fiebre intensa.

Continuaban la fatiga y el ajetreo en el patio y en el corral del mesón, salían caballos herrados, gritaban los arrieros, se cargaban y descargaban tercios y Pepe estaba suspenso, pues ni podía dejar á su mujer, que deliraba con muertes y depredaciones, ni podía salir á enterarse del giro que las cosas tomaran.

Duró más de una hora la espera, una hora que la lluvia empleó primero patinando en el techo del cuarto, luego simulando que arrastraban por él cueros crudios, después llamando á la ventana con un tamborilleo incesante y al fin cayendo en chorro alegre, duro y fuerte en las losas del patio, y repercutiendo en la corriente que pasaba por la calle conduciendo piedras y maderos y ensanchando los hoyos en que el agua represa gorgoriteaba como rezando una devoción ó simulando un gargarismo.

—¡No, déjenle!... ¡Él no tiene nada que ver en esto!... ¡Ah, es el viejo, el negro inmundo!... ¡Maldito sea!... ¡Fuera, don Santiago, nos queremos, me quiere, le quiero!... ¡Fuera!... Vino á la grupa de Mejía, cabalgando por los aires... Han dejado un horrible olor de azufre... No es azufre, es que tiene catinga, el olor de los negros... ¡Jesús, Dios mío, Madre Santísima de Guadalupe!... ¡Defiéndeme, Señor, de ese ladrón desalmado! ¡sentir que

me llama, que me abraza, que me besa!... Mejor morirme.

El niño dormía; pero al fin, asustado por los gritos ó urgido por la necesidad de sustento, rompió á llorar desaforadamente, llevándose á los ojos las manitas apretadas y lanzando claro un *coñá coñá,* que hizo á Pepe coger en brazos al chiquillo y zarandearle un poco.

—¡Mi hijo! exclamó la enferma recobrando el sentido y sentándose en el camastro. Préstamele acá, que quiero darle su papa.

—Le va á hacer daño; tienes una calentura que quemas y...

—Dámele, te digo... que si no viene el maldito viejo... Ese viejo es el dragón infernal.

Y echándose en las almohadas empezó á canturrear una tonadita que acababa con el insípido ritornelo «Y vencer al dragón infernal».

El infante lloraba á más y mejor, opacando con sus gritos las exclamaciones de la calenturienta, y Pepe tenía todos los trabajos del mundo para hacerle callar.

Cuando había pasado la tormenta y las canales caían intermitentemente, como si un fuerte viento empujara el chorro en direcciones encontradas, entró á la mal alumbrada vivienda un hombre que dejó caer la capa en la puerta y saludó á Brambila con un gruñido de desdén.

—Amigo, se le extrañó. ¿Qué mosca le ha picado que

determinó venir á encerrarse entre estas cuatro paredes? Vamos, vamos afuera, que si no lo van á tomar por un mandria.

Brambila hizo al borrachín señas elocuentes para que se callara, y como la enferma estuviera más calmada y el niño se hubiera dormido con un chupón de agua de orégano entre los labios, salieron juntos los dos amigos hasta el zaguán de la vivienda, y allí, entre aparejos y sobrenjalmas, al lado de unos huacales de plátanos que mareaban con su aroma, el viejo imberbe empezó así:

—Amigo, todo salió á pedir de boca; el peligro está alejado y no haya miedo que se repita... Después de todo fué osadía de don Benito el salir tan falto de auxilios... Qué este batallón para Toluca, que este regimiento para Oaxaca, que esta división para Morelia, que este cuerpo para el interior... En suma, que la guarda de nosotros, del gobierno, de los supremos poderes, quedó encomendada á cuatro gatos que en un trance apretado nos habrían servido de maldito de Dios la cosa... Pues, señor, que le dijeron á Juárez cómo andaba todo, que él le contó el caso á Berriozábal, que don Felipe estaba que ya se desmorecía del horror y que en seguida vinieron las gentes que traían mensajes pintando todo de una manera que ponía los pelos de punta. Mejía contaba con tres mil hombres, Olvera con dos mil, este cabecilla con quinientos, el otro con doscientos, el de más allá con sesenta

caballos de lo mejor... En suma, que no había duda que todo estaba perdido... El día tantos don Tomás estaba en Tolimán, el día tantos en San Andrés, hoy debía estar á dos ó tres leguas de aquí...



Era tal el terror que sentíamos, que rodeamos á Juárez con una familiaridad y una confianza que no parecía sino que nos habíamos conocido toda la vida y que éramos iguales.

—¡Señor, que vienen! exclamaban los más afligidos.

—¡Señor, decía uno más atrevido que los otros; hay que emprender la vuelta de México!

— ¡Señor, susurraba un tercero, vámonos entregando, vamos procurando que Mejía nos dé cuartel! dicen que es de buenas entrañas y que lo más malo es su fama.

— Yo tengo amigos entre los de Mejía, indicaba un cuarto con la esperanza de voltear chaqueta.

Y Juárez, quieto, tranquilo sin sonreirse al oir tamaños despropósitos, sin espantarse al mirar la inminencia del peligro, daba vueltas con las manos á la espalda, nos veía á todos como si perteneciéramos á otro planeta y comunicaba órdenes á Berriozábal y á Fuente con la misma sangre fría que si estuviera en su salón del palacio de México. ¡Qué hombre, caramba! Bueno, pues tiene usted para bien saber y yo para mal contarle, que ya pasaban más de dos horas cuando vimos una polvareda por el camino real, y entre los remolinos de polvo sobresalir cabezas ó encuentros de caballos, puños de sables, chacós, gorras galoneadas, paños de sol... Era una fuerza... Reinó el silencio durante un buen rato: sólo lo interrumpió el que se decía amigo de Mejía para exclamar á voces:

— Es buena persona don Tomás; ya quisieran otros... Yo le conozco y sé de él cosas que... francamente, no todos hacen.

En ese momento vimos que un gallardo jinete se adelantaba hasta el grupo y preguntaba con cariño:

— ¿Dónde está el señor Presidente?

— Es de los nuestros.

— Es Patoni.

— Patoni que viene á ayudarnos.

— ¡Viva Patoni!

Patoni era, en efecto, que llegaba dispuesto á auxiliar á Juárez y á todos nosotros, defendiéndonos de Mejía y de lo que venga. ¿Qué le parece?

De todas veras celebró José la liberación de la compaña, y á la mañana siguiente, cuando la pobre Cristina recobró el conocimiento y estuvo capaz de escuchar nuevas, su amante le contó todo de pe á pa, sin omitir detalles ni escasear comentarios que venían muy á pelo para levantar los abatidos ánimos de la muchacha.

Como si hubieran sido un ensalmo las buenas noticias, casi instantáneamente aliviaron á la enferma; pero aunque nada le doliera, tuvo que permanecer en cama para aguardar el efecto de los menjurges que el médico le había recetado y para reponerse un poco del horrible sacudimiento nervioso que había sufrido figurándose quién sabe qué catástrofes que la imaginación le hacía ver en perspectiva.

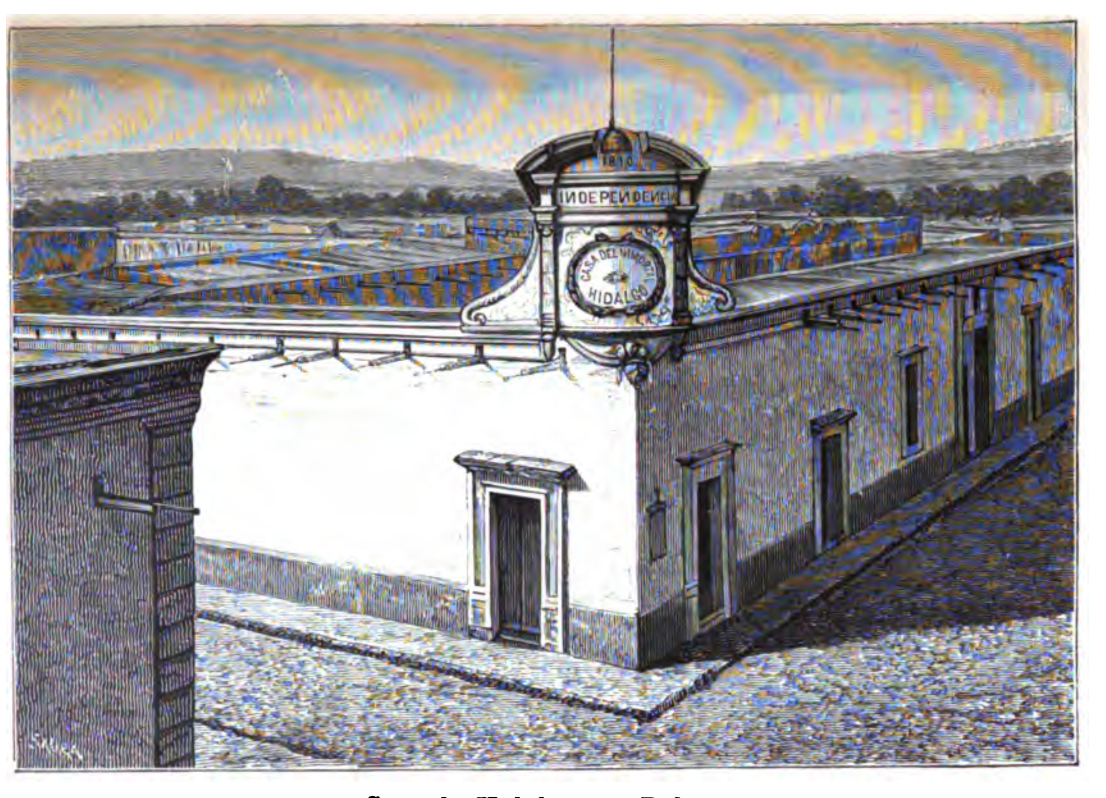
A los dos días ya pudo alzarse de la cama y emprender de nuevo la caminata, si bien sufriendo á cada momento accidentes y supiripandos que ponían á su dueño en continuo sobresalto.

En Dolores Hidalgo se reunieron con la comitiva sin

tener que lamentar robo, asalto, albazo, palomazo ó cosa por el estilo. Cuando llegaron había pasado ya la ceremonia que los del gobierno organizaron en la casa de Hidalgo; pero don Manuel la refirió con su exactitud acostumbrada.

— Muy sencillo: llegamos de dos en fondo con nuestros mejores trapitos, y entramos á la casa en medio de un respetuoso silencio. Allí un orador que no conozco dijo un discursito muy valiente y muy enérgico: que esto y que lo otro, que era aquel el santuario de la libertad, que se le sonrojaría el rostro á los traidores al considerar quién había sido el héroe que había habitado aquella humilde casita; que no debíamos desmayar en la empresa de defender el pabellón nacional, y otras cosas muy bien dichas y muy bien pensadas... En seguida Guillermo Prieto, su patrón de usted, dijo unos versitos que nos dejaron alebrestados y con un friíto por la espalda... Bien hablado. A dos viejecitos *cáncanos*, que dizque fueron compañeros de Hidalgo, el señor Juárez les agració á uno con el empleo de general y á otro con el de capitán, nombrándole, además, conserje de la casa de la Independencia.

La casa con su mesita, sus sillones de cuero, su corralito, sus paredes hechas pedazos y sus puertas del año de uno se conservará tal como se encuentra. En la plaza principal del pueblo se ha de levantar una columna que

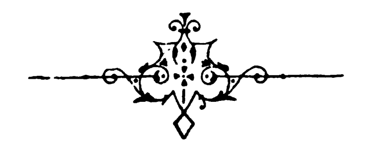


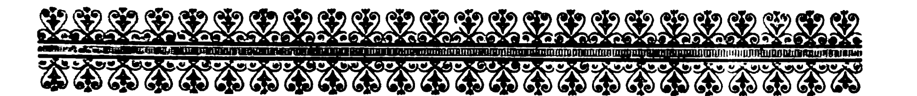
Casa de Hidalgo, en Dolores.

lleve una estatua del cura Hidalgo. La columna la costeará el gobierno federal, y la estatua la pagarán á escote los gobiernos de los Estados.

Además, se abrió un registro que contiene pensamientos y firmas de todos los de la *carpanta;* hay cosas muy lindas...

Al día siguiente salió la comitiva para San Luis, y dos días después llegó á la ciudad en medio de los repiques de las iglesias, el respetuoso homenaje del gobierno y el entusiasmo de las gentes.





CAPITULO III

Cómo fué el caso

PEPE Brambila había venido al mundo cuando nadie le esperaba: el menor de sus hermanos tenía ya diez años largos de talle, la madre había pasado de los cuarenta y se había perdido en la casa la costumbre de mimar chicuelos cuando se anunció la aparición del nuevo, no sé si con susto ó con alegría.

Su infancia había sido la de un rapaz cacoquimio, mimado, achacoso y antojadizo: el aire le dolía, la luz le hacía daño, no podía comer cosa sin sentirse propenso á congestiones y cólicos, y duraba semanas enteras en cama, con horribles dolores de cabeza que se resolvían en basca, aplanamiento y sedación horribles.

Nadie pensaba que Pepe pudiera vivir, y cuando se quería amenazar á los otros chicos, poniéndoles de mani-

fiesto los males de la gula ó de la desobediencia, los padres decían sin falta: «Come lo que quieras, condenado, haz lo que se te antoje, indecente, que cuando te veas como el hijo de Antoñita Amador, no he de ser yo quien te cure.»

Y lo cierto era que sin ser un Vitelio, como le pintaban aquellas excelentes mujerucas, sí solía cometer desafueros alimenticios que después lloraba tristemente: tenía una inmensa afición á las golosinas, y no había cajeta, arrope, mermelada, leche, conserva, tirilla, fruta en dulce ó chocolate que el chiquillo no saqueara con habilidad digna de un Rojas ó de un Juan Chávez. Todavía recordaba las noches que su pobre madre pasaba cerca de su lecho, haciéndole tragar el agua de sal, el aceite de castor, la magnesia, el marrubio y las tres lejías.

Se acostaba en paz y en gracia de Dios; pero apenas se dormía empezaba á soñar que la iluminación del palacio, con sus mecheros de manteca y sus quinqués de aguarrás, se le aposentaba en el estómago con inmensa pesadumbre y que por allí le corrían gentes en traje de gala, chicos saltarines, pelados borrachos y música que tocaba el himno de Herz, hasta que la aglomeración de tantas cosas le obligaba á arrojar con estrépito edificios, iluminación, gentes y música...

Cuando despertaba veía á su madre que le decía sin falta:

—¿Lo ves, hijo? ¡Si la nogada es veneno para ti! Cuando uno te dice las cosas...

Brambila recordaba aquella su infancia achacosa y se veía á sí mismo con sus ojillos veteados de rojo, su color quebrado, sus piernas flacuchas, sus trajecillos á cuadros y su malhumor retratado en el gesto de viejo ochentón. Siempre metido en casa, resguardándose de las ráfagas del viento, de las acometidas de la humedad, del relente de la noche y del frío de la madrugada, jamás salió al patio antes de las doce del día, ni se entró en su cuarto después de las cinco de la tarde, hora en que «ya empezaba á caer sereno».

Se acordaba, como si fuera cosa del día anterior, de algo que sus amigos creían asunto de guasa y chacota: un día le llevaron á una casa amiga á ver la procesión del Corpus; los padres se entretuvieron conversando con las damas de alto copete que estaban en el salón; en seguida llegó de visita no sé si el gobernador del Estado ó el obispo de la diócesis; á la señora le fué imposible salir cuando quería, y allí tuvo que permanecer hasta que se retiraron los personajes.

Cuando salió la madre, muerta de aflicción y figurándose cincuenta mil catástrofes, halló á Pepe, ¡quién lo diría! embobado ante un espectáculo nuevo y que en su ignorancia pensó formaba parte de los primores del día: la tierra estaba bañada por una claridad suave y melan-

cólica, más indecisa que la del sol, pero de un encanto tal, que los segmentos iluminados y los opacos parecían coincidir, sin que se supiera dónde empezaba la sombra y dónde concluía la claridad. Y á lo lejos calles, edificios, conventos, iglesias, azoteas, torres y cúpulas parecían envueltos en un manto de oro tejido al mismo tiempo de misterio y de melancolía. Arriba bogaba majestuosamente como enorme barco de nácar, un globo que llevaba tras sí un cortejo de luceros.



—¡Hijo, por Dios, vámonos ya, que nos ha cantado el pajarito de la gloria! ¿Qué hacías aquí, angelito de mi alma, expuesto á coger un resfriado ó un tabardillo? Hubieras pedido tu bufanda ó tu capita ó tu gorra ó todo junto. No sabía qué hacer de la pena: por poco pido permiso á Su Ilustrísima y me salgo á verte, criatura del Señor.

Y Pepe, con el alma llena de ensueño y los ojos encantados:

—Quiero ver eso... Quiero verlo...

—¿La luna, las estrellas? ¡Pero si eso sale siempre, es cosa de todas las noches!... Ya lo verás una en que no amenace lluvia, ni haga frío, ni caiga sereno, ni tengamos prisa... ya lo verás... Daca la manita y embózate en tu capote... Así.

Y echó á andar repitiendo como un necio:

—Quiero verlo, quiero verlo.

A los diez años cayó en cama enfermo de croup: le curaron con sangrías, vomitivos, vejigatorios, kermes, azufre dorado, antimonio y calomel, sin contar las infusiones de *polygala senega,* antes ó después de aquellos brebajes. Salvó la vida contra el parecer de los médicos y á pesar de las medicinas.

En su casa, bajo la dirección de un lego de la Merced, aprendió á *decorar,* á leer en carta, las cuatro reglas y un poquito de Nebrija, hasta *verbitos.* Mas como sus padres no gustaban de que estudiara logomaquias que acabarían por calentarle el cerebro, le dejaron campar por sus respetos en el caserón destartalado que servía de albergue á las personas y á las cajas, peinazos, cajetines, prensas y demás enseres de la imprenta.

Era Brambila padre, hombre afecto á la lectura, y en los libros que guardaban dos armarios muy capaces solía enfrascarse el hijo en amores y aventuras que le suspendían el ánimo y le alegraban el gusto. Allí leyó el *Periquillo,* que por cierto encontró muy poco de su agrado;

allí anduvo por las selvas americanas en compañía de Atala y del triste Chactas; contempló la barba y la nariz reflexivas del padre Aubry; visitó á Venecia en compañía de los héroes de Jorge Sand; se lamentó con el *Solitario* de D'Arlincourt; lloró con Dea, se encantó con Esmeralda, padeció con Claudio Frollo, sufrió el martirio con Eudoro y con Cimodocea, amó con Graziela y soñó con Rafael. También vosotras, vírgenes ossiánicas, le hicisteis oir el rumor de vuestras arpas tañidas al son de la tempestad; vosotras, Adriana, Flor de María, Blanca, Julia y Virginia fuisteis las compañeras de su vida; y vosotras, Clarisa, Pamela y Evelina, le disteis el opio de vuestros discreteos y de vuestras lágrimas, en aquellos tomos de cartas en que no pasa nada, y en que apenas se refiere la vida que se llevaba en los aislados castillos que tienen por espectáculos el cielo siempre azul, la pradera siempre verde y el lago siempre espejeante y tranquilo...

El médico había prohibido que el muchacho se aproximara á esas fuentes venenosas y el padre seguía al pie de la letra la opinión del médico; pero la madre, que no creía pudiera dañar á nadie tarea tan pacífica como la de leer, ya que toda la fatiga consistía en estar sentado cerca de una ventana ó á la sombra de un árbol, fomentaba aquella inclinación, que llegó á convertirse en vicio tremendo y asolador.

Con sus ahorrillos se procuraba velas de sebo, encendidas las ocultaba debajo de un cántaro agujereado y se pasaba las noches leyendo los horrores que contenían los tomazos que caían en su poder. A menudo se despertaba á media noche, trasudando, fatigado, diciendo á gritos injurias ó palabras de reto contra el maldito jesuitón Rodín, contra el perseguidor de cristianos Hierocles, ó contra el infame y arrastrado Mr. Prior, que desempeñaba el papel de perturbafiestas en un novelón llamado Malvina, que parece se había escrito para Pepe, pues que nadie más lo ha leído ni ha habido en el mundo otro ejemplar que el que poseyó aquél.

La madre de Pepe (Dios la tenga en su santo reino: era la criatura mejor del mundo) pertenecía á la familia de los Amadores. Los Amadores eran famosos á causa de su reputación de enamorados, pues no había nadie de aquel glorioso apellido que no arrastrara consigo una cauda inmensa de triunfos, caídas, aventuras, ganancias y desazones amorosas. Se decía en la tierra: «galante como un Amador», «es un Amador», «pareces de la familia de los Amadores», como en todas partes se dice: «es un Tenorio, un Mañara, un don Juan, un Lovelace, un Macías».

Ya se sabía; luego que se averiguaban el amartelamiento de dos novios, un rapto, un suicidio, unas cuchilladas, un desplante amoroso, se echaba á volar la erudi-

ción y la fantasía de los viejos, y ora á la vista, en las ramas lozanas y floridas, ora en las más ocultas y distantes, de manera que se necesitaba toda la habilidad del mundo para encaramarse á ellas, se resolvía con absoluta seguridad: «Pero si es un Amador». «Pero si aquí andan los Amadores». «Claro, como que desciende de los famosísimos Amadores»... Y así se explicaban, se legitimaban y hasta se canonizaban todos los desafueros y todos los horrores imaginables.

Decíase que el abuelo se había robado una monja capuchina y que había vivido á su lado en el seno de una sierra abrupta y enriscada; del tío Juan se contaba que se había robado á tres mujeres casadas; de la tía Antonia, que se había roto una pierna al descender por un balcón por haberse desatado la sábana que le servía de escala, y que todavía tuvo fuerzas para seguir á su amante y vivir con él. Pepe la recordaba bien: era alta, fresca, alegre y briosa, y le sentaban muy bien la diadema de cabellos canos, que contrastaba con su tez rosada y con la casi imperceptible cojera que recordaba su hazaña.

Tío de Brambila era Juan Antúnez, que recibió seis tiros de mano del marido de una señora á quien se robaba, y que á los dos meses, cuando las heridas estaban sin cicatrizar, cumplió su mal deseo llevándose á la interesada á no sé qué pueblo distante.

Era su primo el padre Vaca, que ahorcó los hábitos y

se dió á vivir alegremente con la más bella de sus hijas de confesión...

En fin, que sería interminable la lista de los arrestados y maleantes enamorados y valientes que hubo en aquella casa. A todos les inspiraba no sé qué musa soñadora y romántica que les ponía en trance de hacer los más deliciosos disparates por amor.

Compañera de la infancia de Pepe fué su prima Flavia, Flavia Martínez, como la llamaban por haber vivido algunos años con su abuela materna, ó Flavia Amador, como en realidad debía apellidarse. Era hija de don Rafael Amador, tío del muchacho y de una bella y devota dama que se escurrió hasta esa fragilidad, expiando con muchas y enormes penitencias aquel paso desastroso que había venido á dislocar y entristecer su vida.

El tío Rafael murió de cólera el año 33, doña Sinforiana (de esta fea manera se llamaba aquella guapa señora) le siguió á poco; años más tarde la abuelita también pudría, y entonces Brambila llevó á Flavia á su casa, pues no importaba tanto el bien parecer como resguardar á la niña de posibles asechanzas.

Los dos hijos mayores del matrimonio se habían marchado á la bonanza de California, el tercero había muerto en la Resaca, las tres hermanas de Pepe eran casadas y tenían ya numerosa y masculina sucesión; Flavia y Pepe, pues, eran los dueños del cotarro, los señores indiscutibles

de la casa, la cual volvían de revés con las travesuras que inventaban sin cesar. Ya subían á una azotea para lanzar chinitas á los transeuntes, ya se entretenían en echarles salivas, ya en arrojarles un pañuelo, una moneda ó una fruta atados de un hilo que retiraban en el instante que algún papanatas iba á cogerles.

Flavia era alta, blanca, gruesa, con unos ojazos que relucían como estrellas y en toda su persona un aspecto de salud, de goce, de equilibrio, que daba gloria verla. Le llevaba á su primo diez años de edad y media vara de estatura, y al contemplar sus carnes apretadas, su cutis de rosas y las turgencias que se le dibujaban á través de las fundas que se llamaban *túnicos,* hasta el más casto se sentía arder de furia amorosa, como bestia en celo.

La muchacha era de la piel de Judas: no gustaba de coser, bordar, tejer, escribir ó sacar cuentas; sólo sentía satisfacción en lavar, planchar, sacudir techos y paredes, mudar muebles de su sitio, clavar estacas, armar tinajeros, escalar puertas y ventanas, fregotear, jabonar y baldear suelos armada de cuchillos despuntados, de estropajos enormes, de trozos de lejía, de horquillas, de jabones y de mil zarandajas con que acorralaba á la mugre sin permitirle medrar ni alzar cabeza siquiera un punto.

Los muchachos pasaban juntos las mañanas en el lavadero de la casa, sombreado por enredaderas que florecían

en estrellitas blancas llenas de olor. No se oía más que el zumbido de las abejas que corrían la huerta embriagándose de miel, y el sonido rítmico, mesurado, estrepitoso de la ropa que se restregaba en la losa.

—No creas, decía Flavia, que no sepa historias; conozco la de Carlomagno, la de Bertoldo, la de Faviola, y otras; pero á mí me encantan las de mi casa, que al fin la sangre sin fuego hierve... Te voy á contar lo que le pasó á tío Agustín cuando se metió al convento de monjas del Divino Verbo...

Y pasaban las horas refiriendo la prima aquellas cosas que embobaban al otro haciéndole brillar los ojos y alegrándole el corazón, sin interrumpirse ella más que para golpetear en la piedra del lavadero el montón de ropa olorosa á sol y á jabón.

Cuando llegaba la noche el chico se recostaba en el regazo de la garrida muchacha y se ponía á escuchar lo que le contaba, bien realidad ó bien producto de su inventiva, pues siendo ya mayor de edad Pepe necesitó una crítica muy sutil para deslindar lo cierto ó probable de lo dudoso ó radicalmente falso.

—Flavia, cuéntame cosas... cosas de amor, era su muletilla diaria.

Y escuchando *cosas, cosas de amor,* se dormía todas las noches.

Una de ellas estaban los dos chicos arrellanados en

sendos *equipales* á la puerta de la casa; el misterio de la noche les envolvía con amor; brillaban en la obscuridad las luciérnagas evolucionando en su parábola misteriosa; les llegaban confundidos el rumor de la fuente, el aroma del huele de noche, el rasgueo de una vihuela, los efluvios



de un huerto cercano y las risas de unos niños. Sin saber á qué hora ni por qué causa, el muchacho alzó del asiento y le dijo á Flavia, cubriéndola de besos las manos y el rostro:

—¡Flavia, yo te quiero, te quiero de amor!... ¡Quiéreme, quiéreme... ó me muero por ti!

—¿Pero, estás loco? dijo ella con sorna.

—¡Sí, loco estoy, loco de amor!...

—Si te pones tonto se lo digo á mi tía.

Pepe no supo qué contestar; pero sintió temor de que su madre llegara á averiguar aquellas cosas y se estuvo taciturno y lleno de mal humor hasta que no le llevaron á dormir.

Al día siguiente se encontró á Flavia tan alegre como siempre, sin vestigio de su enojo de la noche anterior, mientras él se acoquinaba y afligía como si estuviera arrepentido de sus arrestos. Años después Pepe averiguó que Flavia había contado el caso á su madre, y que ella, asustada y llena de miedo, le dijo medio enérgica, medio sollozante:

—Flavia, por Dios, que veas lo que haces: esas son cosas tuyas; tú has embrujado á mi hijo poniéndole como cosa fácil lo que no puede ser, lo que no será...

—¡Pero, tía de mi alma! contestó la otra volada; ¿qué puedo haber hecho yo para alentar á Pepito? ¡Lucida quedaba yo aplicándome á conquistar un mocosuelo á quien le llevo diez años!

—Pues sea como fuere, Flavia, hija mía, hija de mi corazón... si algún beneficio me debes, si crees, como aseguras, que haya sido para ti, más que tu madre, no le des un disgusto al niño... no me le mates...

—¡Pero, tía!

—Así murió el primo Felguérez: á los catorce años se enamoró de una mujer que le vió con desprecio, y el día menos pensado se exprimió una pistola.

—¡Jesús, qué horror!

—¡Sí, qué horror y qué responsabilidad para ti!

Y debido á aquel sermón la prima consintió en jugar á los novios con su primo, permitiéndole que la besara, que le hiciera caricias y que de noche se durmiera en su regazo diciéndole la vieja cantinela:

—Flavia, cuéntame cosas... cosas de amor.

Un año habría pasado de aquella vida cuando el advertido galán empezó á notar que frecuentaba la casa el famoso capitalista don Juan Francisco Rojas, viejo, ventrudo, antipático y con un aliento... que merecía se dijera de él lo que la marquesa de Montespan decía del de Luis XIV.

A pesar de sus pocos años, no dejó de darle mala espina al chicuelo que el maldito carcamal hubiera tomado á tarea el obsequiarle con mediecitos nuevos y el alabar su manera de recitar fábulas y de leer trozos de prosa en el libro del padre Jaén; pero cuando abrió los ojos del todo fué un día que oyó á las criadas que, reunidas en claustro pleno en el cuarto de la plancha, decían como glosando algo que ya había pasado en autoridad de cosa juzgada:

—La pobre niña Flavia... Aunque el don Juan Fran-



... yo no me casaría con él ni porque me pesara en oro.

cisco esté podrido en pesos, yo no me casaría con él ni porque me pesara en oro.

— Yo sí, advirtió la cocinera, que calzaba menos puntos de romanticismo que la recamarera; yo sí me casaría no más por tener mi buen forlón y mis criados que me sirvieran al pensamiento.

— ¡Yo, no, qué capaz de la mañana! dijo la costurera: tan viejo y tan desigente; dicen que le han de dar la carne mascada porque no tiene dentadura.

— Y que regaña á uno por lo más mínimo.

— Y que es tan miserable... que ni cuando le dan en el codo suelta la mano.

— Como ser codo, es codo: se vive de cuenta-chiles, y teniendo sus trojes apretadas de maíz manda poner en el cepo á los probes que se encuentran tirada una mazorquita.

— ¡Ricos malditos! rugió el mozo que estaba medio dormido cerca de la puerta y bañado por un chorro de sol que entraba por la ventana.

La planchadora dió dos ó tres golpes en la mesa, acabó de asentar dos pañuelos, cogió una plancha, la hizo chirriar aplicándole saliva, y luego, con ademán conciliador, dijo mientras extendía un túnico que estaba ya empapado en almidón:

— Pero ¿qué quieren que haga la pobrecita? Yo lo siento al par de mi alma; pero, como ella dice: «¿qué

hago yo, Fabiana, sin padres, sin hermanos, sin nadie que me haga caso? Estoy como la pluma en el aire y no hay quién de mí se duela»... Como la pobrecita (añadió Fabiana mientras contemplaba la humareda que levantaba la punta de la plancha), como la pobrecita es hija bastarda, pues apechuga con el don Rojas porque no tiene otro remedio... Pero, chist, dijo al notar la presencia del niño; vámonos callando, que hay gente grande.

Pepe no necesitaba más para figurarse que acababa su bienestar. Pensó en matar á Flavia, en matar á don Juan Francisco y en matarse; pensó en escribirle al viejo algún anónimo morrocotudo que le pusiera en autos acerca de la conducta de su novia; pensó en hablarle aparte demostrándole que tenía relaciones amorosas con la chica y pensó en cien mil cosas; pero en lo que no llegó á pensar fué en afligirse, ni en agachar cabeza, ni en pedir misericordia: su instinto le decía que su madre y su novia y el novio de su novia estaban jugando con él y procurando atenuar el golpe que habían de dispararle.

Por eso, y obrando de acuerdo con lo que le ordenaba su pudor, se hizo el desentendido y cuando le propusieron marcharse á la hacienda de unos primos que deseaban travesear á caballo y darse gusto por unos días, la madre consintió en que fuera y él estuvo conforme en dejar la casa, pues sólo así haría papel decoroso en aquella coyuntura.

El día de la boda (que ya sabía de buena fuente) no tomó venganza de nadie: tomó una borrachera que le enfermó durante varios días. Fué su primer desengaño amoroso.

Pero aquella aventura fué sólo cebo é incentivo que le llevó á acometer otras muchas. No veía mujer casada, soltera ó viuda á quien no persiguiera con sus insinuaciones amorosas. En los libros que leía, en las conversaciones que escuchaba, en los sucesos diarios que solía presenciar, encontraba tela para sus discursos, motivo para sus enredos, solución á las objeciones que le dirigieran, inagotable y fecunda mina de embustes, artificios, discreteos y armas para el ataque y la defensa.

Tuvo las aventuras más extravagantes con mujeres imposibles por su fealdad, con mujeres inatacables por su virtud, con mujeres que parecían estar fuera del comercio amoroso por sus años, por su estado ó por su acritud. Casadas, viudas, niñas, viejas, pobres, ricas, descreídas, beatas y hasta monjas eran los manjares que constantemente engullía.

—Se ha refinado la raza de los Amadores... decían santiguándose las gentes.

—Este muchacho es de lo que no trajo Allende en la maleta.

En mala hora para el conquistador murió el pobre Brambila; la viuda no tardó en seguir sus pasos, y José,

que ya no era feo, ni antipático, ni enfermizo, sino guapo, elegante, bien criado y un real mozo, como se complacían en repetir las mujeres, se halló de la noche á la mañana sin blanca y sin manera de tenerla honrada ó apicaradamente.

Pasaba los días del luto encerrado *en la casa que fué de su morada,* como decían las esquelas de defunción, y sólo por las noches salía de rúa en compañía de amigos oficiosos que deseaban distraerle.

Una de esas noches, pasando por la casa de un famoso político y abogado conocidísimo en la tierra, oyó la más linda voz que hubiera escuchado nunca, acompañada de un pianillo de mala muerte, que resonaba con dulzura que no se aguardaría de él.

Detúvose José á escuchar el canto, vió por la ventana la silueta de una joven blanca de rostro, elegante de cuerpo, de ojos zarcos y saturados de pasión, y como si alguien se lo hubiera ordenado en su interior, se propuso conquistarla lleno de verdadero amor por la simpática criatura.

Referir los amores de Brambila no es tarea fácil; baste decir que los padres de la novia, alarmados al considerar el auge que adquiría el noviazgo aquel, determinaron traerse la niña á México.

Una noche (no hay que olvidar que en aquella época el transporte de Guadalajara á la capital era muy cos-

toso y solía tardar semanas enteras en la diligencia) los padres y la novia se quedaron suspensos oyendo en la esquina de la calle en que vivían el airecillo que en una flauta solía tocar el enamorado Brambila.

Disimularon los tres, los padres por no poner en antecedentes á la hija, que tal vez nada habría oído, ésta por no recordar que alentaba aún aquel novio de provincia que no tenía los encantos que ella creía descubrir en la media docena de pollastres insubstanciales que se le acercaban en las tertulias que solía frecuentar.

Pepe se desollaba los labios soplando en su flautita; enviaba cartas á la señora de sus pensamientos refiriéndole las peripecias de su terrible viaje á pie, sin bastimento y sin dinero; le decía cómo desde el día siguiente al de su salida, él había emprendido aquella larga caminata de ciento sesenta leguas, y por todos los santos y santas del cielo le pedía que le concediera una cita. La novia se callaba prudentemente, sin hacer caso de amagos ni de instancias, y aunque una noche se lanzó Pepe hasta á cantar en plena calle de Plateros aquella famosa canción con letra de Payno y música de Ortega, y que empezaba

Conquisté en Salem divina...

la muchacha no hizo maldito el caso y dejó desairados al cantante y á su música.

Una noche se propuso Brambila armar el gran escándalo, matar á la infiel, ó por lo menos demostrarle en voces muy altas diciéndole cuántas eran tres y dos; pero en el momento que se acercaba la chica le detuvieron cuatro brazos que sin ruido le sacaron del paseo del Zócalo llevándole á la Diputación, á la presencia del gobernador Baz.

—Señor Gobernador, dijo Pepe furioso, soy víctima de un atropello, de una confusión, de no sé qué. Sin culpa, sin motivo me saca de la plaza pública...

—¿Qué iba á hacer usted?

—A saludar á una familia paisana mía.

—Algo sería más que el saludo.

—Sí, señor, iba á arreglar un asunto privado.

—Ya va saliendo...

—Un asunto privado que no podría constituir un delito.

—No, amigo, dijo Juan José, vamos hablando en plata: usted iba á insultar, quizás á causar daño á la familia de un diputado amigo mío, á causa de que cree tener derecho al amor de la hija de ese amigo.

—Y le tengo.

—No me interrumpa usted: no hay derecho ninguno cuando el interesado no quiere.

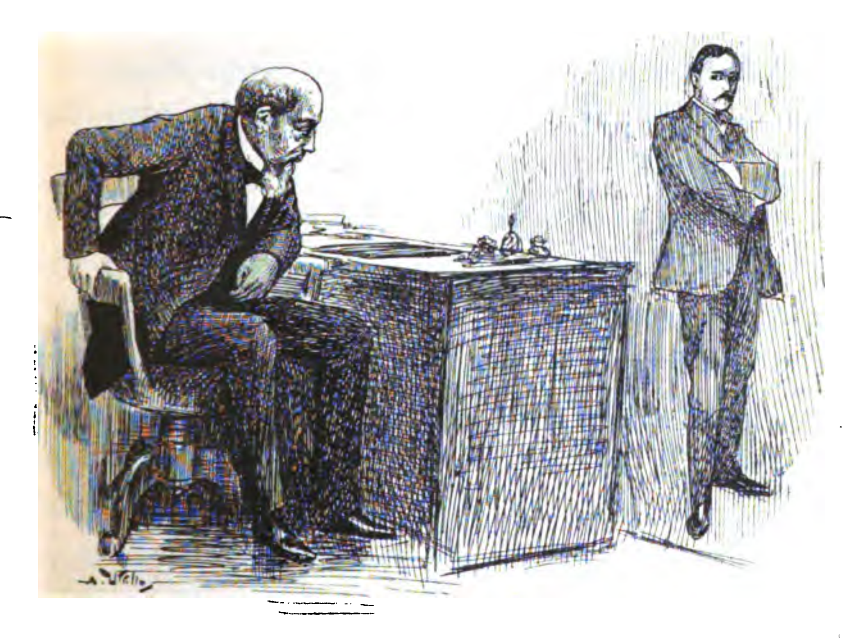
—Pues ella quiere, señor Gobernador.

—Tan no quiere, que se casa dentro de dos ó tres

semanas con un capitalista muy conocido mío que le da su mano y su fortuna.

—Pero eso no es cierto...

—Le he dicho á usted, exclamó Baz de buen talante, que no me interrumpa, y no sólo me interrumpe, sino que me desmiente. Yo no tengo necesidad de mentirle;



pero si usted piensa que falto á la verdad, pásese por la casa dentro de una hora, procure ver lo que sucede en la sala y ya me dirá si tengo razón... Pierde usted el tiempo, amigo mío; pierde usted el tiempo y eso es indigno de un Amador, dijo Juan José dándose por conocedor de la amadoresca leyenda, de que estaba enterado como buen tapatío. Yo puedo proponerle á usted algo mejor: se

vuelve usted á su tierra (y yo me comprometo á proporcionarle manera de que lo haga con menos molestias é incomodidades que á la venida) ó me da, á mí, á Juan José Baz, su palabra de que no se meterá en dificultades... Pudo pasar su empeño mientras usted creyó que la muchacha le quería. Ahora, cuando le digo, y estoy pronto á demostrárselo, que no puede abrigar esperanza ninguna, andarse con romanticismos indicaría una maldad muy grande ó una tontería supina... ¿Qué dice usted?

— Que hago lo que usted quiera.

— Eso es, hombre; dese usted á partido y le irá bien en el mundo. ¡Mujeres! Las mujeres abundan más de lo que usted se figura, y por mil que resultan bellacas ó traidoras, suele haber una que tenga el alma en su almario. Búsquela usted y no se aflija porque le abandone una coqueta.

— Y bien, señor Gobernador, exclamó Pepe con arranque, usted me ha abierto los ojos. No tenga temor de que me meta á hacer el papel de porfiado; dice bien: no hay que amilanarse porque le deje á uno cualquier indecente. Le prometo á usted que no volverá á saber palabra de mí por lo que respecta á esos indignos amoríos. En cuanto á lo de marcharme á mi tierra, le aseguro que me sobran ganas de ello; pero temo que mi suegro quiera echarle, á enemigo que huye puente de plata. Si usted, señor don Juan José, me asegura bajo su palabra de honor que nada

tiene que ver esa persona en el asunto, acepto su oferta... Si no, le prometo que me quedaré aquí; Su Excelencia puede estar tranquilo; no tocaré á la niña ni con un palito.

—Así me gusta, amigo; así le quería ver. Y como confío en su palabra ya ordeno que no se le vigile ni se le moleste.

—Gracias, señor Gobernador... ¿Puedo retirarme?

—Sí, hombre, puede irse... Oiga, amigo, dijo Juan José al ver que salía el galán, ¿no se le ofrece nada? Como yo ya he sido pobre, conozco qué son trabajos...

—Gracias, señor.

—Pues á buscar otra y pronto; á la edad de usted no se sienten ni las indigestiones ni las calabazas... Vaya con Dios.

Y desde ese día, Pepe Brambila se quedó de firme en México.



Cristina Martínez era hija de Crispina Martínez y de... quién sabe quién sería el padre: resultó la muchacha, como suele decir la gente con mala intención, *pedrada en timulto*. La madre era una daifa de lo más vulgar y corriente. No había cantina, pulquería ni casa de trato en que la Crispina no alcanzara un cartel que habría dado envidia á aquellas rameras que con tanto primor y colorido retrató el devotísimo obispo de Mondoñedo.

Vino la criatura como los niños vienen siempre para estas desgraciadas, constituyendo un obstáculo, una fuente perenne de gastos y otra fuente más constante de disgustos: nadie la solicitaba, nadie quería amontonarse con ella, nadie pretendía tenerla en las casas de venta común á causa de que llevaba delante un obstáculo terrible: tenía muchacho. A fuerzas, pues, más que de ganas, la Crispina fué retirándose y viviendo vida honrada: de recamarera, de empuntadora, de ama de llaves cuando conseguía ocultar su condición y tratos anteriores; lo más frecuentemente de costurera de ropa de munición, refugio acostumbrado de todas las infelices que no tienen la resolución necesaria para echarse un lazo al cuello ó para engullir cuartilla de fósforos.

Cristinita fué creciendo, en medio de los pantanos de San Lázaro, de las roñosas casas de vecindad de los Angeles y de las zanjas de Mixcalco, tan bella, tan donosa, tan guapa y tan modosita que daba gloria verla. Debe de ser cierta la ley de herencia, pues la muchacha era recatada, dulce, elegante, de lindas facciones, bien criada y, en una palabra, fina, con finura no prestada ni aprendida: procedía de seguro de buen padre, pues la madre era la tarasca más abominable que habían visto humanos ojos.

Maupassant — creo que Maupassant — tiene entre las suyas una historieta muy sugestiva y muy fecunda en enseñanzas: la de una muchacha buena, honrada, seria,

capaz de ser excelente madre de familia, y que cae en el mal sólo por ser hija de una pindongona que traía consigo, como cauda pesadísima, la más perdida de las reputaciones. Eso mismo pasó con Cristina: cuando se vió que crecía garrida y espigada una chiquilla del pueblo bajo y se supo que era hija de la vieja bribona de Crispina, ningún obrero la buscó para casarse con ella, ningún señorito se compadeció de su inocencia y de su mocedad y ninguna dama caritativa la tomó bajo su amparo á fin de que no fuera á extraviarse por el mal sendero: todo el mundo consideró naturalísimo que la hija de la Crispina siguiera la profesión de su madre, que la descendiente de la autora de tantos escándalos fuera escandalosa, que la hija de la disoluta cayera en la disolución.

La vieja — vieja no por haber vivido muchos años, sino por haberlos vivido muy de prisa — se encontró el día menos pensado con que sus dedos estaban torpes y agarrotados, con que la aguja se rehusaba á penetrar en el paño durísimo de la ropa de munición y con que la tarea diaria se iba haciendo cada vez más corta y las entradas más pequeñas. Pensar que Cristinita siguiera ese camino habría sido pensar una locura: ni á ella le gustaba ni la madre se lo habría propuesto: ¿cómo iba á destrozarse los dedos, el pulmón y la vista, ella que tenía unas manos tan bonitas, un pecho tan alto y unos ojos tan claros y tan lindos? Y la cosa, la cosa esperada, pre-

vista, en que todos habían convenido como en algo fatal y necesario, se presentó el día menos pensado: llegó un agente, un comprador; se convino en el precio, se arregló la operación, y el día menos pensado Cristina se halló mujer en el lecho de un viejo libidinoso que había dado por ella tanto como por un caballo, menos que por una casa ó por un rancho de diez caballerías. La madre recibió el precio, lo tiró en unos cuantos días ó meses y el mundo siguió sin alteración su carrera acostumbrada.

El comprador quedó encantado al contemplar la prenda que había adquirido, y como habría cuidado y puesto en una buena pensión al caballo ó á la mula que ofrecieran garantías de duración y de mejoramiento, puso un pisito decente para que la Cristina morara en él y se diera gusto. Estaba el vejete como niño con zapatos nuevos; la niña le parecía un manjar de reyes y se había propuesto no deshacerse de ella jamás, pues pensaba, mediante la combinación del halago y del rigor, encadenarla para siempre.

Pero no contaba con la huéspeda, ó mejor, con el huésped de la casa inmediata. Pepe Brambila vió á Cristina y la siguió por muchos días consecutivos. Desde la calle de Montealegre hasta la iglesia de Santa Catalina fué su escolta invariable cuando la muchacha iba á oir misa, y un día que la encontró fuera del cancel, lejos de



—Yo la adoro á usted... Si usted me quiere, le daré mi vida.

la bruja que la acompañaba, Pepe le dijo en voz baja y desembozándose rápidamente:

—Yo la adoro á usted... Si usted me quiere, le daré mi vida.

Frasezota vulgar, pero que venía acompañada de un movimiento de manos, de una mirada, de una voz, de no sé qué, que la del cuento no dijo sí, ni dijo no, ni pudo moverse, ni dar paso. Cuando salió la vieja que hacía de eunuco, Pepe había desaparecido y Cristina estaba temblando con frío de cuartana.

No se fijó la custodia en la turbación de Cristina; quería llegar cuanto antes á su casa, pues, como decía, la bola del latido se le metía en el hueco del estómago y comenzaba á darle vuelcos allí hasta que la alejaba con el tazón de soconusco y su competente cortejo de bollos.

Al día siguiente Pepe le entregó á la reclusa una carta llena de figurones cursis, de palabrotas de pie y medio y de frases que terminaban por tres y cuatro admiraciones; pero á Cristina le pareció aquello lo más fino y delicado del mundo.

—¡Qué bien habla! ¡cuánto me quiere! exclamó sin discernir la baja ley de aquellas bujerías que le daban por oro fino y gemas exquisitas.

Y Cristina se puso á querer al fogoso Brambila con todo su afán de ignorante, de desconocedora de las artes de amor. El día que él le propuso dejar el domicilio casi

conyugal del celoso viejo, Cristina estuvo conforme de toda conformidad: si le hubiera propuesto matar á su comprador, intentar un vuelo desde la azotea, salir desnuda á la calle, todo lo hubiera hecho sin vacilar: la naturaleza salvaje de Cristina, la vida libre, la virginidad de impresiones y la belleza viril y desenfadada del galán le hicieron entregarse á aquel querer con toda su alma.

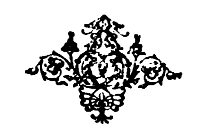
— ¡Dios mío! solía exclamar la muchacha, ¡qué lindo es; pero qué lindo! — Y no apartaba los ojos del descendiente de los Amadores.

Pepe, por su parte, tomó aquello con un calor que á él mismo le asombraba. Muchas veces se había sentido enamorado; la prueba era que le habían querido tanto: pero como en aquella ocasión, jamás: aquella bestia bonita se le había aposentado en lo más oculto de las telas del corazón y no había de salir de allí ni á tres tirones.

El dúo de amor fué incesante, unísono, de un tono tan sostenido que hacía temer no durara mucho á tamaña altura; pero entretanto, por si duraba ó no duraba, los actores se entretenían en cantarle con nuevos bríos.

Pepe vendió las dos casitas que por su hijuela le restaban todavía, obtuvo dos mil pesos mal contados, y una noche sacó á Cristina de su casa para llevarla á la del callejón de la Chinampa, empleando para ello tanta ceremonia como para llevarla á pasear al Zócalo.

El viejo juró, pateó, se indignó, prometió arrancarle las orejas al muchacho, prometió mandar matarla á ella; pero á pesar de sus promesas de hacer y de acontecer tuvo que conformarse, pues no era cosa de que un hombre de arraigo y de principios, intervencionista platónico y presunto notable, fuera á dar tan mal ejemplo. Ya se verían cuando las cosas no estuvieran en manos de la demagogia, eterna perseguidora de los hombres honrados.





CAPITULO IV

San Luis de Potosí

No habían pasado muchos días de la llegada y la instalación del gobierno, cuando una mañana, á la hora que Pepe yacía aún entre sábanas, recibió un recado de su patrón y jefe.

—Hombre, dijo Guillermo, llega usted muy oportunamente, en el momento en que más le necesito. Se nos ha metido en la cabeza á Juan de Dios Arias y á mí hacer un periodiquito de chuela, de pura grosería contra los mochos y sus adictos. Ya tenemos el nombre: se llamará *El Monarca* y será un cauterio que les apliquemos á todos los traidores que se preparan á recibir á don Maximiliano de Austria, y un sinapismo para las viejas bribonas que manchan el nombre de mexicanas concurriendo á los bailes del sargentón Forey y aclamando á la archiduquesa patona que han armado de emperatriz... Claro

que llevará muñecos, y por cierto muy graciosos. Nos ha salido un caricaturista que da la hora. Va usted á ver cómo llama la atención y qué aplausos le dan: se apellida Villasana, y aunque imita á Escalante tiene un grandísimo talento propio... Vea usted si es de chispa el dibujo que acaba de presentarme: esta esfinge formada de botellas representa á Saligny; vea cómo el ojo tuerto lo tiene figurado con una copa, y el monoclo con el fondo de una botella de champagne. Estos que están aquí, con ademán de espanto, son los dos obispos, Labastida y Ormaechea. Labastida es el gordito, adamado, de buena cara; el guapo es el obispillo de Tulancingo, de quien dije en una vez:

Eres apuesto y galán,
 Juan,
No hay hembra que te resista
 Bautista;
Joven, vieja. linda ó fea,
 Ormaechea...

El desdentado, cacarizo, que se está enredando en el sable, es el chato Salas, el regente. Oiga usted lo que les dice Labastida á sus compañeros al exorcizar al horrible Saligny: «Otro monstruo, otra esfinge; *exi-foras*»...

Pero, hombre, ¿qué está haciendo usted en pie? Siéntese y coja pluma, tinta y papel, que voy á dictarle; escriba la apología del sombrero ancho:

Albricias, lindo sombrero,
Porque el francés te detesta
Porque te aborrece Almonte
Y te prohibe la Regencia. .
Sombrero charro, tú no eres
Para traidoras cabezas;
Sólo para el chinacate
Eres aureola y diadema,
Y como copa de fresno
Cuando su frente sombreas.



Escribieron luego una despedida á Forey, en versos de final cortado, los famosos *Patria y amores*, y por remate aquel *Úchile, úchile pagrecito,* que todo el mundo repetía y aplicaba con muchísima oportunidad.

— Ahora, siéntese, amigo, que no todo ha de ser trabajar.

¡Caramba si hace calorcito!... No extrañe usted que así le trate, exigiéndole que sea mi amanuense y dependiente

del correo: quiero conservarle á mi lado y la cosa está... que *temor diera*. Las cajas se carcajean con las tapas abiertas, el dinero anda por las nubes, las circulares suprimiendo empleados salen un día sí y otro también, y no sé qué vayamos á hacer si esto continúa... El gobierno se ve privado de todos sus recursos; nadie le fía ni un saco de alacranes, y cada gobernador de Estado toma todo ó la mejor parte de las rentas federales y aplica el dinerito para su servicio. Fastidiado Juárez de que tanto tiraran de las orejas al pobre de don Prudencio, les propuso á los señores gobernadores que se formara una masa de las rentas federales y de las locales, y que el conjunto se partiera por mitad: todos, por unanimidad de votos y sin ponerse de acuerdo, han respondido que no les conviene el plan. ¡Ya lo creo que no les conviene! como que se trata de arrancarles la mitad de lo que piensan les corresponde... ¿Y qué hace el gobierno? ¿Les deja? Se muere de hambre. ¿Les aprieta las cuñas? Se expone á que se rebelen pasándose al francés... Ya hemos reducido al mínimum la planta de los ministerios, de la secretaría del presidente, de la tesorería general, de la dirección de contribuciones, de la dirección de correos, de la dirección general del papel sellado, de todas las direcciones...

Ya se acuerda usted del decreto de 10 de Junio: á los empleados que resulten sobrantes se les irá colocando según sus méritos, y entretanto, el gobierno les aten-

derá conforme lo permitan las circunstancias del Tesoro. Y las malditas y reventadas circunstancias no han consentido que se dé á cada uno más de veinticinco pesos, con la condición de que salgan de la ciudad y se dirijan á donde lo tengan á bien. Y toda esa gente se va, no lo dude usted, á engrosar las filas del Imperio: ¿á quién le dan pan que llore?

Y habría seguido lamentándose Guillermo si no hubiera llegado á buscarle un sujeto alto, de buena cara, afeitado como sacerdote, los ojos azules, la nariz roma, blanquísima la sotabarba, los movimientos mesurados y el gesto de hombre que vale y puede.

— Guillermo, ¿vienes?

— Allá voy, Manuel, dijo el otro poniéndose en pie.

Y los dos amigos se alejaron de bracero, respetuoso el administrador general de correos, el otro preocupado y como exponiendo agravios.

II

Nadie puede imaginarse la inmensa animación que reinó en San Luis Potosí durante los días en que se instaló allí el gobierno constitucional. Se había extendido la idea, basada no sé en qué lucubración de algún político, de que la intervención no extendería su dominio á más de veinte leguas á la redonda de la ciudad de México, y

muchísimos que creyeron iban á continuar los mismos contratos, las mismas adjudicaciones y los mismos negocitos de marras se propusieron seguir al gobierno y sentar de paso fama de patriotas.

Muchos que ignoraban los cuatro puntos cardinales y que no habían salido nunca más allá del Puente de la Leña, hablaban de convertir la patria en un gran desierto, de quemar las ciudades, de destruir las rancherías, de asolar las siembras, de arrasar los montes y de derramar las presas. Todos cantaban con fruición aquel famoso trocito de *Los Puritanos*, que fué protesta viva de la patria oprimida contra la invasión desatentada, y repetían unos versos conocidísimos entonces:

¡Guerra por la justicia y el derecho,
Guerra á la corrompida monarquía,
Guerra, y entre los brazos de mi patria
La libertad del orbe alumbre el día!

Unos proponían internarse en alguna de las Huastecas y hacer desde allí la guerra á lo Viriato y á lo Sertorio; querían otros meterse en alguna costa mortífera donde se murieran á montón los invasores... y los invadidos; y los más soñaban en picachos inaccesibles, en tierras pantanosas, islas y penínsulas que nunca habían visto ni tenían trazas de ver.

La inmigración de mexicanos llegó á San Luis arrolladora y deseosa de empresas. Ya se tenía noticia de que

la tierra se había señalado siempre por su patriotismo, por su lealtad y por su amor á los buenos principios. ¿Qué ocasión mejor, para redondear en ella alguna com-



SAN LUIS. — Palacio del Gobierno

binación fructuosa y honrada, metiendo en casa aquel buen día?

La recepción de los potosinos había sido espléndida: sabedor el gobierno de que se trasladaba á su tierra lo que en otros felices tiempos se llamó la legalidad trashu-

mante, habían arreglado todo para que no desdijera de su fama de liberales y rumbosos, bien adquirida en épocas de prueba.

El gobierno local se trasladó al edificio en que de ordinario solía vivir el flamante obispo de la diócesis, dejando á los recién llegados el goce de la hermosa casa de orden dórico en que se albergaban los poderes del Estado. Juárez y su familia fueron á vivir al palacio; Lerdo se alojó en el hotel de San Luis y los demás próceres se distribuyeron en las principales casas de la población. Nada les faltó á los recién llegados: ni buen trato, ni generosidad, ni buenos deseos, pues la ciudad acreditó una vez más que merecía el nombre de San Luis de la Patria, que había recibido en la época de nuestra fatal contienda con los americanos.

Y cuenta que las circunstancias no eran para darse vuelo ni hacer fiestas: San Luis acababa de sufrir un golpe tremendo con la falta de su gobernador, el licenciado don Vicente Chico Sein, que acababa de perder el juicio á consecuencia de las terribles impresiones que había sufrido en aquellos días de prueba para el país.

Era don Vicente de un patriotismo tan acrisolado, que si bien había podido resistir sin gran quebranto las mil y una revoluciones, pronunciamientos, cuartelazos, asonadas, sorpresas, batallas y escaramuzas de nuestra época peor, tan pronto como se anunció la invasión ame-

ricana, el hombre clavó el pico y se sintió desmalazado y sin fuerzas.

Cuando vió llegar á San Luis el contingente que Santa Anna condujo para rechazar la acometida por el Norte, concibió esperanzas y llegó á creer en un triunfo próximo y seguro; y cuando llegaron falsas noticias de una victoria mexicana en la Angostura, pensó á pie juntillas que el famoso Dios de las batallas nos concedía un triunfo que pusiera espanto en el ánimo de nuestros enemigos; mas cuando empezaron á llegar á San Luis los dispersos, los heridos, los desnudos, los hambrientos, y todos á una aseguraron que el campo había quedado por los yanquis, y que lo que parecía un éxito cabal era una derrota tremenda, el hombre perdió los estribos y cantó los perejiles: un día en paños menores y envuelto en un zarape del Saltillo, salió á la calle gritando vivas á Dios, á la libertad y á la gloria, y fué menester que le detuviera piadosamente la mano amiga del licenciado Degollado para que no se arrojara á cometer mayores atrocidades.

Se le recluyó largo tiempo en una huerta cercana á la capital, y allí continuaba vegetando, sin esperanzas de remedio, cuando un médico americano, cabalmente de los que habían venido en la expedición, aconsejó al licenciado don Julián de los Reyes, pariente de Chico Sein y gobernador de San Luis, un arbitrio que se le figuró capaz de producir el efecto deseado.

Un día, luego que Chico Sein hubo tomado el baño frío que es de rúbrica para los locos, se emboscó entre la arboleda un golpe de dos ó tres mil indios acompañados de todas las músicas de San Luis y villas suburbanas. El grupo empezó á dar vivas á la patria y á celebrar á grandes voces los resultados de la última batalla, y como el pobre demente escuchara aquella algarabía, preguntara su significación y le contestaran que se celebraba el triunfo que acababan de obtener nuestras armas contra las de nuestros injustos enemigos, el buen licenciado se deshizo en lágrimas, sufrió un desmayo y al volver de él halló que se le habían caído del entendimiento las sombras caliginosas de la locura, que le habían hecho cometer tantos desaciertos y exponerse á tantas cosas risibles.

Durante la guerra de Reforma, don Vicente, que había llegado á gobernador de San Luis, ayudó grandemente al triunfo de los puros con su persona y con su influencia, y Degollado, Parrodi y Vidaurri hicieron justicia á aquella buena fe, á aquel patriotismo ardiente y á aquella firme y constante voluntad de conseguir para el país los beneficios de la civilización moderna.

Pero al anunciarse la intervención, todo el nervio y toda la energía del pobre viejo empezaron á decaer hasta un grado alarmante. Las conferencias de la Soledad le hicieron concebir grandes esperanzas; la resistencia de Puebla le entusiasmó á un grado máximo; pero cuando supo

que el gobierno abandonaba la capital y que se apoderaba de ella el invasor, se sintió más acongojado que nunca, figurándose como indudable la pérdida del suelo natal.

Un día, en el acuerdo del gobierno, empezó á dictar órdenes contradictorias y extravagantes, á manifestar opiniones raras y á ejecutar cosas que desdecían de su respetabilidad y de sus antecedentes; señales claras en que todos conocieron que se apagaba, quizás para siempre, el luminar de aquella alma que no había sentido más anhelo que el bienestar de México.

El general don Francisco Alcalde, jefe de las armas en el Estado, asumió los dos mandos, político y militar, anunciándoles al pueblo y al gobierno el trastorno mental del señor Chico Sein. Este no volvió á recobrar el juicio, y á los pocos meses de la pérdida murió en su tierra adoptiva. Por cierto que allí estaban Juárez y los suyos, que hicieron justicia al ardiente y noble patriotismo del gobernador, si bien no pensaron que fuera el suyo ejemplo digno de imitarse.

III

Los potosinos, no los de las clases elevadas, que eran los simpatizadores del presunto imperio mexicano y que no querían descomponerse mediante una adhesión á la chinaca que después les quitara las probabilidades de

una crucecilla ó de un tratamiento de excelencia; no las gentes ricas, digo, sino los numerosísimos comerciantes, propietarios y gentes de la clase media, se apresuraron á agasajar á Juárez y á los suyos obsequiándoles con días de campo, meriendas, serenatas, bailes y fiestecitas con que les traían como zarandillos, de aquí para allá, sin darles tiempo para descansar un punto.

En una de las fiestas, que por cierto pasó en una quinta apretada de frondosa y repuesta arboleda, Guillermo Prieto obtuvo uno de los más grandes triunfos de su vida.

Ya habían hablado Zarco, redactor de la *Independencia Mexicana;* Zamacona, que dirigía el *Diario Oficial*, y algún otro de los plumíferos que acompañaban al gobierno, cuando alguien lanzó el regocijado grito de *bomba*, señalando al mismo tiempo al escritor de *El Monarca.*

Guillermo se puso en pie y empezó por saludar al distinguido concurso en que veía á las muchachas de ojos más charlatanes, más traicioneros y más bonitos que había topado en su vida: «cuanto yo diga, exclamó, de San Luis la hospitalaria, *pus bueno,* á ellas se lo dedico con su requilorio y su puntuación y sus granitos de ajonjolí».

Recordó la influencia del famoso Calleja, avecindado en San Luis, tan celoso realista que antes de que se lo ordenara el virrey ya tenía lista á la tropa que le había

de acompañar en su tremenda y desoladora campaña contra los beneméritos independientes. Hizo ver cómo en aquel hombre cruel y truculento había un alma de verdadero soldado, pues no sólo había obtenido grandes éxitos en su carrera, sino que había prohijado á militares tan famosos como Gómez-Pedraza, Barragán, Bustamante, Armijo, Martín de Aguirre y don Manuel Oviedo.

Habló de Herrera y Villerias y de su heroica tentativa para libertar á San Luis; de las hazañas de Mina; de las muertes de Márquez, de don Zenón Fernández y de don Esteban Montezuma y de los pronunciamientos de Paredes y de Ugarte.

¡Con qué colorido describió las invasiones de los bárbaros, cuando se les vió á unas cuantas leguas de San Luis, en La Hedionda, dueños de la situación, matando, asolando é incendiando, sin freno ni ley que les sujetara, hasta que los potosinos cayeron sobre ellos en El Salado destrozándoles sin compasión y obligándoles á dejar sus presas!

Pero cuando Guillermo subió á una altura inconmensurable fué cuando alabó el civismo de los potosinos en la época de la guerra americana. «Cuando casi todos los hijos, rugió, como los infames descendientes del rey Lear, se excusaban de servir á la patria y le volvían las espaldas, San Luis, como una nueva é insigne Cordelia, fué de los pocos que no sólo presentaron sus arcas y le dieron á

la madre común su dinero á manos llenas; no sólo le entregaron el sustento que cuidadosamente guardaban en sus bodegas; no sólo pusieron á su disposición lo que más amaban, sino que hicieron algo más: abrirse las venas y ofrecerle toda su sangre generosa.»

¡Qué aplausos los que ahogaron las últimas palabras de Guillermo! Le abrazaban los hombres, le sonreían las mujeres, los vivas le ensordecían, y con su copa en la mano aguardaba á que se sosegara aquel motín.

Concluyó así:

«Afortunadamente, señores, no anda por aquí el insigne visitador don José de Gálvez, que si anduviera pocas le habían de parecer nuestras cabezas para cortarlas y ponerlas en la picota escarmentando así á los autores de tumultos... Permitidme que concluya como empecé, brindando por las bellas damas potosinas, tan nobles, tan patriotas y tan buenas. Ellas son el imán de mi vida, la calandria que alegra mis tristezas, la lluvia de hojas de rosa que refresca mis sienes de bardo, la campanita de oro que me llama al cumplimiento del deber.

»Por ellas, señores; porque los franceses no hallen en San Luis más que miseria, aislamiento y desdén, y porque esos ojos que ahora nos alegran con sus miradas y esos labios que nos entusiasman con sus palabras de miel, fulminen todos sus rayos sobre los verdugos de la patria, lancen todos sus anatemas contra los malvados que de-

sean amamanten hijos esclavos los senos de las bellas potosinas.»

Concluyó Guillermo, y el mundo parecía venirse abajo con los aplausos, los gritos, las felicitaciones, el chocar de copas y el bullir de gentes que iban á estrechar en sus brazos al orador y á darle la enhorabuena.

IV

Una mañana se presentó en la oficina de Guillermo un sujeto bajito de cuerpo, blanco de rostro, de ojos redondos, nariz ganchuda, cara circular y calva que parecía tallada con esmeril. Si es cierto lo que han imaginado algunos ingeniosos sobre la adivinación de los instintos humanos mediante los rasgos fisiognómicos, aquel señor debía de tener instintos de buitre.

—Pasa, Sebastián, dijo Prieto, que hablaba en aquellos instantes del envío de un correo extraordinario. Pasa á lo barrido, que en este instante estoy á tus órdenes.

Tomó asiento el de la calva, y cuando Guillermo le vió tan elegante y tan pulido, sin una mota la ropa, albeante el cuello y respirando aseo desde la cabeza monda y aplanada hasta el calzado reluciente y que parecía no haber tenido contacto con el barro de la calle ni con cosa ninguna que no fuera pulcra y elegante, le dijo lanzando un suspiro:

—Tú siempre tan limpio... tan limpio. Eres como Juárez: parece que á cada vez que uno les ve salen de una cubierta... ¿Qué te trae por aquí, hermano?

—No me agradezcas la visita, dijo el otro sonriente: ya sabrás de ese famoso pleito que por aquí ha llamado tanto la atención...

—No sé nada.

—Se trata de un sujeto que murió enfermo de tifo después de otorgar una memoria testamentaria. Los designados como herederos en el papel naturalmente, sostienen que éste es bueno y que se debe llevar á cabo; los preteridos y que se juzgan perjudicados ponen el grito en el cielo y juran que el otorgante estaba fuera de sus cabales...

—¡Qué curioso!

—El negocio dura hace diez y seis años, se han escrito para ventilarle algunos medianos montes de papel sellado, los de la curia han percibido dinerales y la cosa no tenía trazas de acabar en los días de la vida, cuando á las dos partes se les ocurrió nombrarnos árbitros á Pepe Iglesias y á mí. Estudiamos el asunto con toda escrupulosidad y anoche, que hicimos saber que ya estaba para notificarse el fallo, las afueras del hotel en que vivo estaban llenas de gente ansiosa de saber cómo terminaba este litigio que tanto ha apasionado á la población.

—¿Y qué resuelven?



D. Sebastián Lerdo de Tejada.

— A su tiempo lo sabrás.

—¿De manera que todos esos mirones se quedaron como el violón de tío Roque?

—¿Cómo se quedó ese violón?

— Templado y en un rincón.

— Cabal. Ahora quiero que me facilites, si acaso le tienes, á un buen escribiente, hábil, servicial, listo, de buena letra y sobre todo, discreto. ¿Le tienes?

—¿Que si le tengo? ¡Pero si parece que estás haciendo el retrato del señor don José Brambila, que presente está y que te recomiendo con toda mi alma! ¿Le mandas aquí lo que ha de copiar ó te busca en tu hotel?

— Ni una ni otra cosa. Como se trata de papeles reservados y queremos que la copia quede concluída á la mayor brevedad, le hemos arreglado al señor una piececita muy llena de luz que colinda con la oficina de Iglesias. Así cualquier dificultad que pueda haber en la lectura de la dificilísima letra de Pepe, que es el ponente, la podrá consultar sin tener que andar mucho trecho.

— Pues váyase con el señor Lerdo, amigo Brambila... Adiós, Sebastián, hijo; tú siempre gozando. ¡Quién fuera tú! Te vas á ganar un dineral en ese negociazo; pero bien te lo mereces por talentoso y por trabajador. Que Dios te bendiga, Sebastián.

— ¡Qué dineral, hombre! El pleito es de importancia: varias haciendas que valen varios millones de pesos;

pero Iglesias y yo hemos convenido en no cobrar más que mil pesos.

— Debían cobrar más: lo da el negocio.

— Eso hemos creído que valía nuestro trabajo.

El cuarto en que don Sebastián instaló á Brambila era amplio y fresco; colindaba, como había dicho el abogado, con la aduana; pero mediante tres ó cuatro piezas vacías, siguiendo por el otro lado muchas más también desocupadas y que iban á dar al despacho de la presidencia.

El amanuense empezó su trabajo con verdadero frenesí, pues por una parte le importaba dejar satisfechos á aquellos señores, y por otra don Sebastián le había dicho repetidas veces al darle las instrucciones:

— Este es trabajo de empeño; lo pagaremos á razón de tres pesos el pliego si sale de nuestro gusto.

Ya llevaba varios días escribiendo en forma de resultandos y considerandos el parecer que aquellos señores se habían formado acerca de aquel difícil y complicadísimo problema jurídico, cuando una mañana sintió que alguien entraba á la pieza vecina, y luego de sentarse en un sofá que á mano había por allí empezó á departir con otra persona que se sentó en una silla. Conoció Pepe los movimientos de los interlocutores, en el crujir del asiento del canapé y en el surcar el suelo las patas de la silla, y siguió escribiendo sin figurarse que aquellos sujetos vendrían á hablar cosa secreta.

La voz del que hablaba con más reposo y autoridad era desconocida para el escribiente, la del que respondía con sumisión, aunque con entereza, sí recordaba haberla escuchado: era la del sujeto que había ido á buscar á Prieto y á quien éste había llamado Manuel.

—Le he mandado llamar, señor Doblado, dijo el de la voz acompasada, para preguntarle por qué razón acaba de ordenar que salgan de San Luis dentro de veinticuatro horas y del país dentro de un mes, dos personas que no tiene usted facultad para desterrar.

—Señor, respondió el otro con una poquilla de altanería, los sujetos á quien usted se refiere, y que no son otros que don Francisco Zarco y don Manuel María de Zamacona, son gentes ingobernables é indignas de que se les trate con amabilidad.

—No pido para ellos amabilidad; pido justicia.

—Hostilizan constantemente al gobierno, son una rémora para la buena administración, censuran cuanto se hallan á la mano, y no hay providencia, determinación, trabajo ó arreglo que ellos no estén prontos á encontrar defectuosos ó inoportunos.

—En efecto, algo hay de eso.

—Y no sólo, sino que en las actuales circunstancias, cuando todos debíamos agruparnos alrededor de la bandera que usted empuña y prescindir de divisiones de partidos y sobre todo de discolerías, éstos vienen á introdu-

cir el desorden y á ser causa de que la defensa nacional se debilite.

— Quizás tenga usted razón.

— Pues á eso se debió, exclamó triunfante don Manuel, la providencia cuya razón deseaba usted conocer.



— Y que, sin embargo, repruebo.

— ¿La reprueba usted, señor? dijo don Manuel en el colmo de la estupefacción.

— Sí, señor Doblado, la repruebo porque significa un atropello inferido á dos ciudadanos, á dos diputados, á dos miembros de la comisión permanente del Congreso. ¿Qué más quisiera yo que todas las providencias que dicto fueran del gusto de todo el mundo, y sobre todo de personas ilustradas, como lo son esas á quienes usted ha impuesto una pena exorbitante y prohibida por la Constitución? Pero si no es posible dejar satisfechas á esas gentes, por lo menos hay que dejar satis-

fecha á la ley, y por eso le digo á usted que repruebo su providencia.

—De manera...

— De manera que creo debe usted revocar la orden que ha dictado y que hemos convenido en que es arbitraria.

Hubo un intervalo de silencio, y á poco dijo Doblado con enojo:

—Así no se puede gobernar.

Y después de otra interrupción:

—Le suplico á usted acepte mi renuncia.

Y la silla subrayó el mal humor del ocupante, rayando el suelo con una priesa que daba idea del estado de espíritu de don Manuel.

—La acepto con sentimiento por tener que privarme de los servicios de persona como usted, pero ya que usted asegura que no puede gobernar...

Y crujió el sofá expresando satisfacción porque se le quitaba de encima un peso abrumador, y la silla rechinó llena de rabia al sentir que la movían del sitio donde estaba bien hallada.

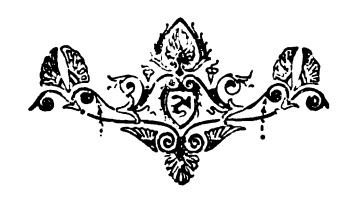
—Adiós, señor Presidente... Saldré pronto para Guanajuato.

— Adiós, señor Doblado; que lleve usted muy buen viaje.

Y los pasos se alejaron en dirección de la crujía de habitaciones.

Así supo José Brambila de la crisis ministerial primero que nadie.

A pocos días aparecieron en el *Diario Oficial* los nombramientos de Lerdo para Ministro de Relaciones y Gobernación, y de Iglesias para Secretario de Fomento y Justicia.





CAPITULO V

Los dioses se van...

Ay, Brambila, hijo mío, qué mal anda todo y cuán pronto vamos á saber lo que es amar á Dios en tierra ajena! ¿Ha visto usted cosa más terrible que el asesinato del excelente Nacho de la Llave? Cayó al frente de su tropa tan confiado, tan tranquilo, tan sereno como en otro tiempo se presentaba frente á las balas reaccionarias y francesas. Pues todavía hubo algo más espantoso, que fué la muerte de Comonfort, que pereció sólo por hacer ver que tenía muchísimo valor, por una de esas galanetas de charro coleador que son la especialidad de los del Bajío... ¿A dónde vamos á parar, Brambila? No tenemos tropa, no tenemos generales, no tenemos plata, y sí tenemos la obligación de sostener á toda costa este edificio que amenaza desplomarse... ¿Qué

tal estará el infierno que hasta los diablos se salen? ¿Qué tal andará el personal que Juárez se ha visto obligado á poner de oficial mayor de guerra á don Juan Suárez y Navarro, el *jotete* aquel, paisano de usted, que es un pillo y un bribón de los que no se dan muchos en rama?... Todo lo que el gobierno pudo sacar, todo lo que consiguió supriméndonos á sus otros servidores nuestra congrua sustentación, lo redujo á pesos, sacó cuarenta y siete mil y lo puso en documentos y letras por cobrar en manos de Comonfort, y aunque después de la muerte se dieron órdenes á las casas pagadoras para que no entregaran un real del importe de esos documentos, Larrache y Compañía se niegan á devolver el dinero alegando que quizás Comonfort dispuso de él, que quizás está pagado... qué sé yo!... En fin, amigo, que nos vemos precisados á salir de San Luis y no tenemos una peseta con que ayudarnos...

Luego que acabó de hablar, Guillermo dictó una nueva y regocijada poesía, la última que escribió para *El Monarca: Gran remate, al contado y sin reclamo, bajo la garantía de Cartouche.* Y luego, en una nota, refiriéndose al título del romance: *Ladrón famoso con quien se compara frecuentemente en Europa á Napoleón el chico.*

Prieto se arrellanó en su silla, echó la cabeza para atrás, cerró los ojos y con el cigarrillo entre los labios empezó á hablar así:

— Escriba usted... despacito y buena letra... Hum... Escriba...

Sobre un trono que pudiera
servir de banco de herrar,
según el tropel de bestias
que le cerca sin cesar;
el semblante borreguno
y la mirada falaz,
transformado en vendutero
Napoleón el chico está.
Cuidado, que alza el martillo.
Señores, ¿no hay quién dé más?
John Bull con su inmensa pipa
tendido á lo largo está
y á cada tierna mirada
y á cada envidia procaz,
By God, socarrón responde
y echa un trago de cognac.
El Austria, vieja estirada,
con su gorro y con su chal,
finge un ataque de nervios
del martillo al resonar;
y finge que hace posturas
sin aventurar un real.
La Rusia, anciana finchada,
á cada golpe hace zas,
y valúa milagrosa
la noble insignia imperial:
sabe que luce y no es oro
lo que se va á rematar.
Es corona de oropeles
hecha por un sacristán,
y que un indio vendió infame
con la bendición papal.
«Eh, señores, se remata.
¿No hay postor? ¿no hay quién dé más?»

Dió Guillermo una vuelta por el cuarto, se rascó la cabeza, tiró la vieja del cigarro, y acercándose á la mesa dijo al escribiente:

— Ahora va un *patabaco* á los intervencionistas:

Se rematan las Tres Gracias
que están bajo ese cristal.
Es el encanto y delicia
de toda la cristiandad;
es en el beber un Baco,
en corpulencia un gañán:
sus entrañas, Torquemada
se ha encargado de formar,
y en el baile ejerce todo:
Fe, Esperanza y Caridad.

— ¿Qué tal? ¿Se conoce á don Opas? Ya sabrá usted que el buen arzobispo ha estado en los saraos de Almonte *lleno de confianza en Dios*, como dice *La Sociedad*. Su Ilustrísima bailó, bebió, se dió vuelo, y cuando

Harto de danzas y besos
el ungido del Señor
fué de Birján á las aras
con santa resignación.
«Tiene la espada... Es mi falla,
»el as... á bastos la voy...
»Codillo... va un alburito:
»el caballo contra el dos.»
Y, Su Ilustrísima gana,
porque con fe en el Señor ..
miró el caballo á la puerta,
lleno de confianza en Dios.

— Ahora va Juan Pamuceno:

La otra gracia es gracia azteca
nacida en triste jacal:
pertenece á manos muertas,
bien se puede adjudicar...

— Creo que no podía decirse más decentemente, ¡oh, Brambila, el origen clerical del Monk mexicano! Siga usted, que hay que sacarle todo á la carofla:

Indio noble, fué la gloria
del saqueo del Parián:
sirvió en San Jacinto al héroe
que no pudo despertar;
tiene de Iscariote el alma
y las mañas de rufián.

— Era menester, para individualizar á este bribón, sacarle lo que hizo en los tiempos de *Zavala, échenles bala, y Lobato lo arrebato...* Este es el chato Salas:

La otra gracia es gracia alegre,
borrachita y nada más:
cadete cuando Apodaca,
siempre alumno de Birján...
Señores, remato el grupo;
señores, ¿no hay quien dé más?

Acabó Guillermo su poesía en que por igual salían á relucir las momias que se aprestaban á ser damas de honor, las poblaciones que habían sufragado declarán-

dose representantes del imperio mexicano, los traidores, la tropa, los franceses, todo el mundo.

—De esta vez, continuó el maestro, nos retiramos para no volver en mucho tiempo: á Saltillo vamos y tomaremos por Matehuala para aguardar allí ciertas operaciones militares; Negrete queda encargado de defender la plaza, que de seguro pretende tomar Mejía. Pero á buena parte va; este indio es más hombre y más valiente que lo que cualquiera puede figurarse: ya verá qué cuatro les pone á los jaguares de Crimea... Por el interior todo anda mal; á Manuel Doblado me le han dado una zacateada que ya me le vuelven loco. ¡Pobrecillo! él tenía la esperanza de aderezar cualquier pastel con la complicidad de los franchutes, y ellos no se han abierto á partido. ¡Que se fastidie!... Morelia está de firme en poder de la canalla y probablemente la seguirá muy pronto Guadalajara. Hay que emprender de nuevo la misión: Dios y la Guadalupana nos ayuden á salir de ella con bien...

Y se retiró dejando al subalterno más triste y meditabundo que hubiera sido regular.

II

De la hacienda de Bocas á la de la Noria hay seis leguas: tres de monte y tres de terreno llano y sin asperezas; y aunque los cocheros aseguraban que la parte

rocallosa era accesible á los coches y carros,—camino de ruedas, como ellos decían, — lo cierto es que resultaba tremendamente difícil el atravesar aquellas gargantas, aquellos peñascales, aquellas eminencias y aquellas barrancas que parecían puestas adrede para estorbar el paso á la nueva *familia enferma* que Juárez acababa de procrear.



Atravesaba José Brambila uno de aquellos pasos en compañía de su inseparable don Manuel, cuando vió que un carruaje se inclinaba por las ruedas traseras, avanzaba por las delanteras, envolvía á los animales de silla y dejaba pendientes sobre el barranco á los de tiro.

— ¡Pepe, Pepito! oyó gritar á una voz amada y conocida.

— ¡Pepe... Pepito! oyó gritar á otra voz que había sido amada y que no era desconocida.

— ¡Pepe... Pepito! le gritó una tercera voz odiada y no tan familiar.

Acudió más que de prisa, le siguió, picando espuelas á su penco, el bueno de don Manuel, y tras ellos llegaron tres ó cuatro gentes más de la comitiva, que se dieron maña para poner en estado de caminar el armatoste que estaba desenajaringado, arrojando clavos, polilla, trozos de cuero, cajas, cajones, maletas, canastos y jaulas (que son la sangre y los humores de esos monstruos), y decidido á no seguir caminando si no se lo rogaban muy de veras.

El primer bulto que le entregaron á Pepe por una portezuela fué uno que chillaba desmorecido por el susto y que era nada menos que Nacho, su hijo, que había tenido que dejar el pezón materno para precipitarse en aquella abra terrible que parecía llamarles desde el fondo con el lenguaje mudo de sus hierbajos, que se agitaban lentamente como una mano que hiciera señas.

En seguida y también por la portezuela salió Cristina, convulsa de miedo y llorosa como una Magdalena; después apareció una mujerona grande y bien dada; luego un vejete exprimido y ridículo, y al fin, por su propio esfuerzo, tres ó cuatro criados, pilmamas, mozos, pinches y otras cosas así de secundarias.

La grandullona, que estaba descolorida como un pan de cera, aprovechó la cercanía de Pepe para desmayarse en sus brazos, no sin lanzar un expresivo «¡Ay Pepe, quién nos lo hubiera dicho!»

— Caballero, le debemos á usted la vida, dijo con resolución el vejete, el cual parecía un manojo de acahuales reunidos sin más sujeción que la pretina de los pantalones. Las manos y los pies eran como varejones terminados en hacecillos filiformes que á cuenta eran los dedos de las manos; la cara era como la raíz de la planta, con su núcleo de distribución muy bien señalado, pero con una cantidad tal de radículos — las arrugas y las cuerdas que surcaban el pergamino — que cubría el manojo de hierbas, que había sido preciso un microscopio para atinar con la distribución de tantas diferentes vías de conducción. Y como si hubiera sido hecho de propósito, llevaba un gorrillo de vicuña negruzco, que era como un cajete ó maceta que coronaba aquella raíz invertida.

— ¿Qué me deben ustedes, señor licenciado, qué me van á deber si yo acudí sólo al verles tan afligidos y...?

— Pues ha hecho usted bien; nosotros le apreciamos mucho: que se lo diga á usted este ángel que tiene por esposa. ¿Qué decíamos de él, señora?

En brazos de la interpelada había vuelto á la vida aquella á quien había costado el sacarla tanto trabajo como cobrar un pez de muchas libras, y cuando estuvo en posesión de todas sus facultades, Pepe pudo mirarla á todo su gusto, aunque no sin un temblor de corazón.

— ¡María! dijo con cortedad.

— Pepe, buenos días.

Y la contempló no como la había visto antes, sino con ojos de crítico que examina fría y desapasionadamente. Era alta, blanca, con la cara llena de mudas y coloretes y con una voz tan suave y acariciadora que no parecía salir de aquel cuerpazo de Fama ó Pomona. Era bien proporcionada y nada desentonaba en ella: los ojos estaban en armonía con la cara, la cara con las manos, las manos con los pies, los pies con el busto y el busto con la opulencia de toda la persona. Parecía que un escultor la había tallado para cariátide que sostuviera toda una bóveda, ó que un pintor la hubiera pintado para figura decorativa de un plafón.

—Hombre, ¡qué caro se vende usted! dijo con desembarazo el vejete; se necesita de un conjunto tremendo de circunstancias para que usted llegue á enterarse de que existimos. Son menester vueltas, caídas, peregrinaciones, peligros y hasta coincidencias como la de caminar en compañía de su digna señora, para que podamos echarle la vista encima. ¿De qué nos sirve el ser paisanos, amigo? Su padre de usted — Dios le tenga en su santo reino — fué amigo mío, muy amigo. Por cierto que indirectamente (se lo contaba ahora á la esposa de usted) yo tuve la culpa de que estuvieran á punto de fusilarle... Yo redacté un papel —¡qué chistoso! — contra el general Inclán poniéndole de oro y azul — cosas de muchachos — y don Ignacio, su padre de usted, se estuvo firme y sin decir quién

había escrito aquello. Yo había sido; por cierto que me reía grandemente de los apuros del bueno de Brambila. ¡Qué chistoso!

—¿Y usted, María, qué tal?

—¿Esta? El rigor de las desdichas: el marido le salió un borracho imposible, le dió una vida de perros, y cuando tuvo el buen gusto de matarse me la ha dejado sin un real. A mi lado vive haciéndome casa y no sé qué pensar para cuando me toque el trance de dejarla sola. Lo que yo le decía: más vale un muchacho honrado y trabajador que todos los ricos holgazanes del mundo; pero se empeñó y se empeñó y agachó la cabeza y *mascó*, y con eso todo se fué á la porra. ¿Usted no sabe lo que es *mascar*? Pues cuando usted agota su elocuencia encontrándole vicios y defectos á un novio, la interesada se encierra en *masque*, es decir, *aunque, á pesar de todo, nada me importa, déjeme usted en paz, déjeme hacer mi gusto*... Y así les va... Amigo, mis felicitaciones, tiene usted una mujercita que vale lo que pesa de oro: tan guapita, tan simpática, tan sencilla y tan bondadosa; es una alhaja.

Cristina no las tenía todas consigo con aquellas gentes que la abrumaban — á ella, hija de una *pípila* de la Merced — con nombres que la dejaban cariacontecida y llena de un respetuoso temor.

—¿Usted conoce á las Domínguez? ¡Qué excelentes señoras! Descienden de la Corregidora de Querétaro...

¡Qué simpática Concha Lizardi! ¿verdad? ¡Y qué gran señora Pepa Cardeña!... Usted sin duda que conoce á Chole Vivanco; es guapa, pero á mí más me gusta Catalina Barron... Sobre todo, como Lola Osio, la mujer de Sánchez Navarro, no hay ninguna; tan elegante, tan fina, tan dama: á mí me encanta. La que se conserva admirablemente ¿sabe usted? es la señora Rincón: la que es bonita muchacha es bonita vieja...

Y así seguía ensartando nombres y más nombres, unas veces con comentarios lisonjeros, otras con pullas maliciosas, siempre manifestando estar al cabo de todas las poridades de la alta y la baja sociedad.

Cristina estaba como quien ve visiones, pero cuando se descompuso como si hubiera penetrado un secreto terrible, fué cuando María le dijo un poco negligentemente:

— Somos paisanos su esposo de usted y nosotros. Él y yo ¡qué gracioso! jugamos á los novios cuando chiquillos. Por cierto que hicimos mil locuras. Me fué siguiendo hasta México y me encontró próxima á casarme. Hizo un berrinche, que ni le cuento á usted. Ahora todo está olvidado: él se casó y se casó bien; yo me casé y me casé mal: cada quien lo que le toca. ¿No le parece?

Cristina no contestó sino que vió de pies á cabeza á la interesada. ¿Conque ésta era María, la famosa María Delgado, hija del licenciado don Canuto Delgado y persona por quien su... su marido, había hecho la más estu-

penda serie de locuras? ¿Conque ésta era la que salía á charlar con él en ropas archimenores, á las tres de la madrugada y por una ventana sin rejas? ¿Conque ésta era la que se había tragado no se sabía bien cuántas onzas de láudano y que había sido vuelta á la vida con grandísimo trabajo, al extremo de que don Pablo Gutiérrez aseguraba que aquella cura era su mejor hazaña de médico? ¿Conque ésta era la que escribía billetitos obscenos, apretados de majaderías y de indecencias, que no se atrevería á escribir ella, la tonta, la ignorante, la hija de una bribona, la manceba de un viejo asqueroso, la querida de un señorito que se había encaprichado por su palmito? ¿Conque ésta era la loquinaria, la destornillada, la fantasiosa, la que había matado á disgustos á su madre y á su marido y sólo poseía por todo capital al vejete del padre, que era lo bastante bueno ó lo bastante imbécil para soportarla? ¿Conque ésta era...

Y la vió de pies á cabeza, desde el moño castaño que temblaba con los vaivenes del coche, los ojos cuyas pupilas parecían tomates verdes pelados, con todo y sus pepitas yacentes en el fondo, el rostro ripioso y respirando afeites, los dientes chiquitines, el cuello grueso y descendiendo en una línea muy clara y visible mediante el escote, los senos de giganta, como hechos para alimentar á media humanidad, la cintura gruesa y llena, las caderas anchas, los muslos apretados, el pie delgado y fino.

—¡Cómo serás, pensaba Cristina, cuando te sueltes, cuando toda esa carne prensada, aprisionada, sujeta, quede libre de corsés, ligas, cintas y cordones! ha de ser más del doble del volumen.

Y empezó á mirarla con temor haciendo inventarios de los encantos que cada una podía tener.

—Este es un viejón espantoso; bien cuidado y todo, pero ya no se cuece de tres hervores. A mí esa carota de querubín de colateral no me llamaría la atención: fea, no es fea; pero con esa carne y esa piel tan curtida con el colorete... Parece que la echaron en el baño de raíz de timbre... ¡Y qué casualidad, que en vez de venir en compañía de tantas señoras como hay en la expedición, me haya tocado esta mona de cantera! Me da miedo con sus ojotes verdes montados al aire: parecen un par de chalchihuites ó un par de sapitos saltones de esos que abundan en las calles de México...

A los siete días de caminar juntas, ya Cristina había perdido toda desconfianza y veía á la giganta como la persona más natural y corriente del mundo. A solas con Pepe solía reirse de los *vapores* de María, de sus pañuelos de batista, de sus medias de seda y de sus frascos de sales, y como el muchacho se asombraba de haber querido alguna vez á semejante esperpento, los temores de la chica se sosegaron del todo y no volvió á pensar ni en celos ni en traiciones.

Para llegar á la hacienda de Agua Nueva, el camino se extiende durante unas dos leguas por unas lomas en cuyo término se encuentran el puerto y el estanque de la Boca. Más allá sigue un descenso de unas cuantas varas, que continúa por camino llano hasta el puerto de Peñoles, en cuyos rellanos está la hacienda, término de la jornada.

Pepe se acercaba á los coches, investigaba si algo se ofrecía al viejo ó á las señoras, y regresaba á juntarse con su inseparable don Manuel Amores, que no le dejaba un punto.

En una de aquellas aproximaciones, don Canuto le interrogó con maña:

—Bueno, amigo, ¿y qué se sabe? Usted está donde se guisa y ha de tener noticias frescas.

—Señor, yo no sé una palabra. Ya se figura que el administrador general no ha de decir nada delante de mí, y que tampoco yo he de ir á preguntárselo.

—Pues todo está mal, querido, todo está mal. Ó á Juárez se le han mojado los papeles y anda como toro embolado, ó tiene unos consejeros de Barrabás. ¿Cómo se entiende, si no, que no arregle todo para que la nación se defienda pronto y bien? Porque á mí no me digan que ese sistema de huídas y más huídas, vueltas y más vueltas conduzca á algo ni sirva de nada.

No, amigo Brambila, no crea usted que hayan venido

por aquí puros empleados: ha venido algo más, ha venido la parte sana de la nación, muchísimos que son el germen de la sociedad nueva, que ha de dar la ley en la República pasados unos cuantos años. Aquí estamos los adjudicatarios, los dueños de bienes nacionalizados, los que no hemos tenido miedo á las excomuniones de la Iglesia ni á la mala opinión de las gentes... Dicen que ahora nuestras casas tienen *grito,* que apenas se compran ó se vendan ha de chillar el cochino y nos hemos de ver precisados á dejarlas; pero no lo crea usted, esto ha de subsistir, se ha de quedar, sean moros ó cristianos los que manden...

—¿Y cuántas son las casitas, señor licenciado?

—¿Las casas? Son pocas. Una en la calle de la Santísima, dos en el rumbo de San-Cosme, una en Santa Teresa, tres en Recabado...

—¡Ay, señor, no siga usted, que no va á acabar de contarlas en un año!

—No es para tanto, hombre. Me quedan sólo por contar una en la Alcaicería, otra en el Estanco de Hombres y dos en el Tepozán.

—Pues está usted plateado.

—¡Qué plateado, hombre de Dios! Cuando eso valga será porque la rana críe pelos y el sapo cola.

—Ya le veremos á usted podrido en pesos.

—¡Qué pesos ni qué ojo de hacha!... No, amigo; mi

propósito ha sido, al quedarme con esos terrenos, el probarle á las gentes que se puede ser hombre honrado y ayudar al gobierno en la empresa de desestancar la propiedad que ha acumulado el celo religioso mal entendido. Para mí esto no es cuestión de interés, es de patriotismo, de verdadero amor á nuestro país... ¿Qué voy ganando yo con tener esas casucas miserables, que no me han de dar ni el medio por ciento? Nada; me habría bastado con urgir al gobierno para que me pagara los buenos y seguros créditos que me adeudaba, y con eso habría tenido para pasarla bien y contento, pues invirtiendo esas sumas en prestar al mutuo usurario podría haber sacado el dos, el tres y hasta el seis por ciento mensual... Pero ¿iba á molestar al gobierno, á echarle al cuello lazo de puerco y rechine quien rechinare? No soy tan así, amigo mío...

—¿Y qué piensa hacer usted?

—Amigo mío, esa es una de las cosas obscuras. ¿Qué voy á hacer? Ni yo mismo lo sé. ¿Hasta qué punto tiene un hombre, un partidario, la obligación de seguir al partido de quien depende? Es muy difícil resolverlo. Yo no busco á las personas, no me atengo á las individualidades: á mí me importan los principios, los puros y santísimos principios. Los franceses dicen que no plantearán un régimen reaccionario ciego y brutal, que dejarán vigentes la Constitución y las Leyes de Reforma, que garantizarán las adjudicaciones que hayan sido hechas regular-

mente y que sostendrán un gobierno fuerte y sabio á quien respetemos y que se haga respetar. Pues ¿qué más pedimos ni para qué necesitamos más? Si á Juárez le da la gana de andarse quemando la piel en estos destierros, ¿por qué hemos de andar nosotros con él? ¿por qué hemos de estar haciéndole el caldo gordo?... Las adjudicaciones serán respetadas, ¿lo oye usted? cada quisque podrá conservar lo suyo y todo el mundo en paz.

Llegaron al Saltillo en medio de los vítores y de la alegría de la multitud, y tan pronto como Juárez se hubo instalado y empezaron á funcionar los ministerios, don Canuto llamó á Pepe y le dijo recatadamente:

— Como prueba de que no conservo resabio de antiguas diferencias, y de que no les dí valor á sus muchachadas, quiero llevarle con una persona que ha de servirle: es un gran abogado y gente que ha de darle trabajo. No más, pico de cera; — y se puso los dedos pulgar é índice sobre los labios. — No conviene que vaya usted á salirle á don Guillermo Prieto con la pata de que va á escribirle cartas á Zamacona ó ayudarle á esto ó á lo otro. Me fijo en usted porque el paisanaje siempre tira, y porque sé que usted, como hijo de su padre, no ha de traicionar jamás á lo que prometa una vez.

Luego que Pepe hubo hecho todas las promesas y juramentos requeridos, el licenciado don Canuto Delgado le llevó á la casa de un sujeto que le dijo era nada menos

que don Manuel María de Zamacona, abogado, orador, ex ministro, periodista, personaje político y otras muchas cosas.

—¿Conque usted tiene la dignación de hacerme la honra de venir á servirme en el modesto empleo de escribiente? Muchas gracias, dijo apretando con efusión ambas manos de Brambila con las dos suyas, finas y elegantes.


Don Manuel María de Zamacona

El ingenioso Brambila notó entonces que el caballero aquél era muy fino, muy discreto, hasta muy guapo con aquella su nariz y su melena románticas; pero que no hacía ni decía nada que no estuviera calculado y pensado de antemano. Su bastón era la copia de la caña de Belisario, su barba era á lo Jefferson, sus gestos á lo Adams, la entonación de su voz á lo Macaulay, su levita á lo Beaconsfield. La luz que entraba á su habitación estaba medida y tasada, la sombra que había de dar en el rostro de don Manuel era obra de cálculo.

— Vamos, le dijo á Brambila, siéntese usted y escriba lo que voy á dictar... «Reservadísima. Aparte... Señor Presidente de la República, Licenciado don Benito Juárez. Saltillo, Junio 16 de 1864... Punto y aparte... Querido amigo y respetable señor...» Dos puntos.

Consultó unos papeles que cogió de un gancho en que estaban prendidos, y siguió dictando mientras daba paseos por la habitación... «Un incidente que acaba de ocurrir me hace resolverme á romper el silencio que hace tiempo guardo con usted... Coma... acerca de la marcha de los negocios públicos... Coma... y de los sucesos que acaecen en esta ciudad... Seguido. El oficial que manda á los soldados encargados de echar leva... Coma... llegó hasta mí con aspecto... no, con aire... no, con ademán... con ademán amenazador por causa... no, á causa de que pretendí probarle que un hombre... mejor un infeliz... á quien conducía preso... más bien ponga usted forzado, era un doméstico honrado... Honrado no, porque es consonante de forzado; mejor escriba usted... pero, en fin, eso ya veremos de arreglarlo... honrado y padre de una familia numerosa.» Punto y aparte.

Dictó en seguida la historia de una niña pura y cándida como unas rosas seducida por un felón de oficial de guardia, y discurrió sobre el mal que esto podía hacer en el ánimo de las poblaciones.

Se arrellanó en un sillón, y con las manos en alto, la

mirada fulgurante y la melena movediza, dictó sin tropiezos el que en su opinión debía ser el párrafo principal de la carta:

«Permítame usted que le diga dos palabras acerca de ese punto. Usted sabe que nunca he pecado de intruso, y que hace mucho tiempo que no le digo ni una palabra acerca de negocios públicos; pero la crisis actual ha llegado al punto de que veamos que los mexicanos ya no tendrán patria en tiempo más ó menos distante. Recogiéndome en mi interior para ver qué se podría hacer contra semejante desgracia, he reconocido que mis esfuerzos se habían de limitar á la comunicación de mis pobres pero bien intencionadas ideas al encargado de salvarnos... No abrigue usted duda ninguna, tengo más razón que el apóstol dirigiéndome á usted y gritándolo como él: *sálvanos, Señor*, porque siento como él que las olas avanzan para sepultarnos, que nos falta el terreno que pisamos y que no podemos, como él, esperar la salvación mediante un prodigio sobrenatural, sino por el apoyo común de las fuerzas humanas. En efecto, señor, las olas de la invasión progresan sin dique ni resistencia y los confines del país, adonde no han llegado estas olas, ceden bajo nuestros pies y se truecan en terreno inseguro y enemigo. Estas ideas no son de un espíritu apocado; hace largo tiempo que las oigo en boca de todo el mundo. Los amigos del gobierno que aquí viven tenían el intento de ex-

ponérselas á usted en una carta confidencial, y aunque no están de acuerdo acerca de la forma que han de darle y sobre la conveniencia de ese acto colectivo, están de acuerdo en juzgar como yo la situación política. No creo, señor Presidente, que puedan ser tachadas de medrosas las gentes que han seguido al gobierno dándole pruebas constantes de sincero patriotismo; pero esas gentes no pueden menos de impresionarse viendo que se convierten en realidad las esperanzas de la intervención, que hace un año provocaba nuestra risa porque las creíamos quiméricas...»

Se despepitaba luego hablando de cómo el invasor había extendido en el país inmensas líneas militares: cómo había tenido la tranquilidad necesaria para ocuparse de trabajos propios de los tiempos eminentemente pacíficos; cómo había restablecido la línea telegráfica desde Querétaro hasta Veracruz uniéndola con otra línea en Chalchicomula; cómo había hecho llegar hasta Paso Ancho los trabajos del camino de hierro; cómo había regularizado el servicio de correos; cómo había restablecido la seguridad en los caminos; cómo había podido seducir á las poblaciones y granjeádose la confianza del público que ponía en sus manos grandes conductas de dinero, y cómo se atraía á los miembros del partido republicano.

Las cortes extranjeras reconocían el nuevo gobierno y

le proporcionaban fondos, el hermano del Emperador de Austria se decidía á ocupar el trono de México, el prudentísimo rey de los belgas inducía á su hija á que aceptara ese trono, y los banqueros de París y Londres abrían sus cofres para la realización del empréstito mexicano.

En cambio la defensa nacional andaba de capa caída; nadie nos hacía caso, nadie nos mencionaba, y las simpatías que había producido el sitio de Puebla se habían deshecho como la sal en el agua.

Nuestro gobierno estaba metido en un rincón del país, ignorado de las poblaciones, que acababan por echarse en brazos de la intervención, como lo estaba haciendo Yucatán. Como la defensa nacional no estaba en manos del gobierno, había tomado un carácter anárquico y destructor, fecundo sólo en ruinas y en mala fama.

¡Y qué política se seguía! Todo estribaba en esperar los errores de los adversarios; y la verdad es que la nación no quería que se dejaran su existencia y su porvenir fiados á las complicaciones de la política europea, al triunfo de los federalistas americanos ó á las dificultades que se provocaran los mismos invasores.

Y cuando firmó aquella enérgica catilinaria, después de ponerle puntos y comas y de releerla meneando la cabeza, viendo que todo era bueno guardó el pliego en su sobre y lo mandó á la casa del Presidente.



sía como perro con garrotillo, se tapaba con más de cincuenta ponchos...



CAPÍTULO VI

Vidaurri

I

El señor licenciado recibió á Pepe todavía en cama. Tosía como perro con garrotillo, se tapaba con más de cincuenta ponchos, zarapes, colchas, toallas, sobrecamas y hasta pantalones y levitas; tenía la cabeza atada con un enorme paliacate rojo y meneaba con la mano derecha otro de flores raras, que le servía para acentuar las frases más altas de su discurso. Mas á pesar de tantas ropas, de tantísimos abrigos, de una camisa de lana y de dos almohadones que le servían para reclinar el cuerpo, su excelencia no abultaba ni una cuarta sobre la cama; parecía que hubieran metido un arenque ahumado entre aquel montón de cobijas. Pepe oyó el carraspeo desde que entró en la casa y al toparse

con la arrogante María, que llevaba una taza de caldo, ella le introdujo al cuarto del enfermo.

— Pase, amigo, dijo el doliente desde su cama, pase. ¿Qué milagro que se llega por la casa de los pobres? Como ya tenemos tantos días por aquí y su mercé no se paraba, me figuré que no quería vernos; pero si usted no se presenta nosotros le llamamos ¿no le parece?

Y blandió por los aires las flores amarillas del pañuelo de hierbas.

— Aquí me tiene á sus órdenes, señor; sino que...

— Pues siéntese, amigo, siéntese, que vamos á hablar largo. Acércale una silla, hija.

Tosió, carraspeó, escupió, se sonó, dejó al aire un fragmento del bigote tieso y mucilaginoso, y luego dijo esgrimiendo el trapo de colores:

— Pues sí, amigo, le llamé, me tomé la libertad de llamarle para pedirle un favor macho, un señor don favor.

— Usted dirá, señor.

— Ya sabrá usted cómo anda esto. Con haber escrito esa lindísima carta en que Zamacona le dice á Juárez las tres y la bailadora ya está al cabo de todo. Por cierto que Manuel se hace lenguas hablando de usted y de su letra... Un escribiente con ortografía, amigo Canuto, es como un cuervo blanco, *rara avis in terra nigroque simillima cygno,* me ha dicho... Bueno, eso no hace al caso; se

trata de lo siguiente: las cosas van aquí de mal en peor. Juárez no hace nada, no se mueve, no arregla cosa, no tiene cuenta con la situación. Pues ¿qué oportunidad podía haber mejor que la presente para tratar con los franceses? Ninguna, digan lo que quieran. Dentro de pocos meses estaremos en el riñón de algún desierto, en los Estados Unidos, en la cárcel, en cualquier parte, y los invasores no tendrán más tarea que la de imponernos condiciones. Esto no puede ser: los republicanos decentes, los que tenemos algo que defender y que no nos encontramos con una mano atrás y otra adelante, como los compañeros de don Benito, no podemos pasar por semejante vergüenza: hemos de salvar al país queriendo Juárez y no queriéndolo; ¿no le parece? El encastillado en su legalidad, en su *non possumus,* nos tiene dados al demonio y agorzomados, y lo cierto es que no hemos de consentir tal cosa.

Varias veces se había interrumpido para toser el licenciado durante su discurso, al grado que Brambila creyó que iba á arrojar los pulmones en uno de aquellos esfuerzos. La última vez, tras de agitar todo el cuerpo con terribles convulsiones, hizo el gallito propio de los niños que sufren tos ferina y se quedó amoratado sobre la almohada. Luego entre gimoteos y saltitos, el pobre diputado dijo con grandísimos trabajos:

— Yo... me... voy... me... voy... porque... me voy...

Y cayó con otro ataque de tos. Cuando se repuso, Brambila le oyó decir todo jadeante:

—Me muero... si sigo aquí... Todos se marchan: amigos íntimos de Juárez, ministros, generales... Yo, que nada soy, bastante hago... seis meses... seis meses hace que no me pagan mis dietas... Los franceses se han comprometido á respetar las adjudicaciones legales: llegan tratando de plantear un buen gobierno y no destrozándolo todo, como decían nuestros demagogos... Me voy.

Brambila oyó sin pestañear el discursillo, y luego que don Canuto fué dueño de todas sus facultades dijo esta razón, poco más ó menos:

—Le necesito como agua de Mayo, mi amigo, como agua de Mayo; usted me hace una valedura y no me dice que no. Mi hija, la pobrecita María, ya usted sabe, tiene que ir á Monterrey, á hablar... con un amigo... con un cliente... con un hombre que tiene en su poder los cuatro tlacos que heredó la infeliz... Yo, ya usted ve, estoy imposibilitado para moverme: dicen que enfisema, dicen que tos nerviosa, dicen que bronquitis: ni andar, ni comer, ni dormir; siete días con sus noches llevo de no probar el sueño... ya me ha visto Salas, y sus remedios como si se los aplicaran á la pared... ¿Quiere hacerme el favor de acompañar á la pobrecita María á ver á ese... cliente... á ese amigo? No me diga que no, porque me obliga á marcharme con ella y eso equivale á que me mate.

—Señor, contestó el escribiente dudando de su buena suerte; en tratándose de la hija de usted, de la pobre María, yo estoy pronto á lo que usted me ordene; sólo necesito consultárselo á mi jefe, el señor Prieto, que tan bondadosamente... digo, pedirle una licencia...

—No haga usted eso, amigo, no haga eso porque me descubre. El pobre Prieto, su jefe de usted, es de los chiflados como Juárez, Lerdo é Iglesias, que creen *en el triunfo de nuestra causa* y *en la restauración de nuestras instituciones* y en todas esas tonterías para hacer dormir de pie... ¿Sabe usted cómo me ha puesto Guillermo? El entusiasta *Mescurro*, el patriota *Mezafo* y otros motecitos así, no más porque no me pongo á gritar las tonterías que ellos acostumbran... No, nada de avisar á Guillermo: él sabe mi enfermedad y yo me encargo de decirle que usted me está escribiendo al dictado, y aun que le mande fuera del Saltillo á... pues á cualquier cosa; ya veremos.

—Si usted se encarga, señor, yo estoy á sus órdenes...

—Ya lo creo que me encargo.

—Pues cuando usted lo determine.

—Esta noche, amigo: el llanto sobre el difunto.

Y por la noche salieron, muy apareados y muy friolentos los dos antiguos amantes, que iban á pleitar los llanos del Maguey sin tener las escrituras.

II

Las primeras leguas fueron de reserva y de temor; pero como á poco sacó Brambila una botellita de cognac Verbena, el aguardiente desató las lenguas, acercó los cuerpos, puso en contacto las manos é hizo que los ojos despidieran llamas que si no se veían en aquella obscuridad, sí quemaban como dicen que queman los tizones obscuros del infierno.

—Sí, Pepe, dijo la moza abriéndose de capa, yo me porté cochinamente con usted. ¿Para qué es más que la verdad? Pero no me culpe á mí... no me culpe á mí sola: los autores de todo fueron mis padres, mis pobres padres, que tenían la ilusión de hacer carrera conmigo... Y ya ve usted, la suerte me castigó por do más pecado había: en un año viuda, huérfana de madre, arruinada, sin recursos... ¿Qué le parece? Yo he sido siempre de buenas inclinaciones, he buscado toda mi vida un... ser á quien amar; pero la suerte se me ha declarado en contra... Yo soy buena, Pepe; ¿te acuerdas cuando te decía que estaba cortada para rica y hecha para pobre? Es la verdad, Pepito, es la verdad. A mí me habría bastado con tu cariño, con tu cariño desinteresado, y con tu sueldo de escribiente lo habría pasado mejor que con la bambolla de ese hombre...

—Pero no me dijiste media palabra; si me la hubieras dicho yo habría corrido á salvarte, á hacerte mía, exclamó con arranque lírico el muchacho trayendo á la memoria un trocito de novela que se le había quedado trasconejado en la sesera.

—¡Ah, Pepe, Pepito! respondió la otra no menos empingorotada; ¡qué fácil es decirlo, pero qué difícil es practicarlo! Cualquiera piensa: ¿se necesita desobedecer á los padres? pues se les desobedece; ¿hay que ocurrir á la violencia? pues se ocurre; ¿se tiene precisión de romper con las pragmáticas sociales? pues se rompe... Pero eso está bien sobre el papel, cuando tienes enfrente una novela bien escrita y te entusiasmas con lo que te cuenta el autor, diestro en esas cosas y capaz de hacerte tragar cualquier bola; mas ponte en mi caso, sumisa, obediente, acostumbrada á venerar á mis padres, sabiendo que un disgusto (como me lo dijo Lucio más de una vez) podía causarles la muerte, y ponte á hacer tu santísima voluntad... Hay que ser prácticos, hijito, hay que ponerse en lo justo: yo te quise mucho, pero de eso á hacer imposibles va mucha distancia... No es lo mismo comer que tirarse con los platos ¿no te parece?

Pepe no quería más que convencerse de que la viuda tenía razón; pero á pesar de su buena voluntad hallaba muchas cosas difíciles de compaginarse en toda la relación que venía haciéndole la guapísima cariátide. Esbozó

algunas objeciones; pero la muchacha, encontrando que la discusión se presentaba de resultados muy turbios, ocurrió á un argumento en *bárbara* que estaba segura le había de producir excelentes resultados, y fué coger la cabeza del escribientillo, acercar su rostro al de él y besarle en la boca, en las mejillas, en la frente, en todas partes, diciéndole cosas, como:

— ¡Qué malo eres, que has dudado de mi cariño! ¡si á ti no más te quiero! ¡á ti no más te quiero con toda mi alma! ¿Verdad que lo crees? ¿Verdad que tú también me quieres?

Como menudeara el besuqueo, Brambila, que no era manco, le respondió por los propios consonantes, entonándose luego un duo de amor en que si ella se mostró insinuante y llena de acometividad, él supo elevar la nota hasta alturas inconmensurables.

— Para que veas, exclamó ella llena de arrebato, para que veas que te quiero y que no tengo secreto para ti, voy á decirte á lo que voy á Monterrey: voy á hablar con Vidaurri, á tratar con él.

Y Pepe, que no sabía quién era Vidaurri ni los bienes que le vinieran con la gracia de charlar con él al que lo hiciera, se fingió asombrado al oir aquella noticia, que le parecía de la insignificancia más grande.

— ¿Qué dices? ¿Con Vidaurri? ¿De veras? ¡Vaya que emprender un viaje para ir á charlar con ese señor... Vidaurri!

—Como lo oyes; nada menos que con el célebre Vidaurri.

—Pues me dejas... me dejas asombrado.

Y las explicaciones de ella se perdieron entre el ruido que hacía el coche al romper una caliza quejumbrosa que resonaba con rumor de herraje: media hora después estaban en Monterrey.

III

El licenciado había dispuesto con nimiedad el punto relativo á alojamientos, determinando que se buscara un hotel decente, cuartos contiguos, pero no comunicados, y que las apariencias quedaran tan á salvo como fuera posible.

—No vale ser sino parecer. Aunque tú eres una señora viuda y él es un hombre casado y los dos son personas serias, es menester que hagan como si fueran simples parientes. No hay para qué le den un ochavo al pregonero poniendo carteles en las esquinas y haciendo recaer suposiciones que no tienen ningún fundamento. Tú inventaste esta traza para no ir sola, y ya ves que me ha parecido bien, porque sé que eres, que son los dos, gentes muy cuerdas y muy sensatas... Este muchacho, tal como le veo, ni parece de la raza tremenda de los Amadores; más bien debe de haber sacado á la familia del padre, que era

gente seria y nada amante de broncas... Conque dos cuartitos bien distantes y guardando todas las apariencias.

Pero los felices y resellados amantes no encontraron aquello de su gusto, y fueron á habitar en una pieza de menguado mesón, pasando ante todo el mundo por un matrimonio bien avenido.

A la viuda le dió tan fuerte con la unión repentina, que no quería dejar un punto al venturoso Brambila, así es que por la tarde, cuando María solicitó el favor de ver al señor Vidaurri, llevó con ella á su marido momentáneo presentándoselo al señor gobernador.

Don Santiago Vidaurri se hallaba en su casa, que también era el palacio del Estado de Nuevo León y Coahuila, que por cierto le pareció al matrimonio un caserón sin el decoro y la importancia que hacía presagiar su nombre. Don Santiago se hallaba sentado en un sillón de cuero que no pecaba de limpio ni de nuevo — un *butaque* como se decía entonces. — Se puso en pie al ver á las visitas y éstas pudieron contemplar á sus anchas aquel cuerpazo que parecía los de esos cirqueros que suelen treparse en los hombros de otros para simular gigantes. Era cargado de hombros, de talle corto, de piernas larguísimas y de brazos de mono. Vestía pantalón y chaqueta de buen tricó negro, llevaba el chaleco desabrochado y usaba zapatones de gamuza negruzca sujetos con correhuelas,

dejando ver los calcetines enormes y bastos, aunque limpios, y las pantorrillas flacas, semejantes á uno de esos palos que ahora usan para jugar no sé qué juego ameri-



cano. La piel de la cara era amarillenta, la nariz grande y mal hecha, la frente calva y con una *furia* de pelo que le bajaba desde el occipucio, la barbilla menguada y ti-

rando á separarse del resto de la cara, las orejas grandes, la voz bronca y sin inflexiones.

Luego que las visitas se instalaron en sendos sillones de vaqueta, don Santiago se restituyó á su *butaque,* no sin pedir permiso á los recién llegados para acabar de firmar.

—Es cosa de un instante; no me tardo nadita; ahora verán ustedes.

Y cruzó la pierna izquierda sobre la derecha, le dió dos vueltas alrededor de la espinilla, se colocó los papeles en el muslo y siguió firmando las cartas que le presentaba un escribiente, mientras otro las retiraba y vertía arenilla sobre el charco de tinta negrísima, del más puro huizache, que habían dejado la cursiva con que don Santiago ponía su nombre y la engarabitada rúbrica con que la remataba.

Sacó el general un pañuelo de olancillo, grandote y teñido de azul, se sonó á dos manos y cogiendo una gorra que yacía sobre la silla inmediata llamó con dos palmadas. Una mujer insignificante apareció en la puerta y saludó de mala gana á las visitas.

—Juana, hija, dí que me traigan el chocolate; ya tengo en el estómago tanto agujero así—y señaló un círculo del tamaño de un asiento de silla.

—Dispénsenme; en este momento soy con ustedes, dijo mientras la criada llevaba un diminuto pocillo de

chocolate con su correspondiente escolta de panes de manteca... ¿Ustedes gustan? Los viejos tenemos estas servidumbres ¿verdad? — Y sopeó con un bizcocho el negro Caracas, coronado con un copetito de irisada espuma.

—Conque usted es hija de mi querido amigo don Canuto Delgado, y el señor, á lo que parece, yerno del dicho amigo... Bien, bien.

Se enjugó la jeta pelona y huérfana de barbas con la servilletita atestada de embutidos y relindos y lanzó un regüeldo que inútilmente trató de sofocar con el trapo...

—Por aquí, le dijo á la muchacha que conducía tintineando un vaso lleno de agua limpísima y un botellón de barro poroso.

Bebió el agua del vaso, acercó éste para que le echaran del canjilón, y poniendo la mano como abanico lanzó otro eructo más ruidoso que el primero. Luego extendió las piernas cuan largas eran, se caló la gorra, y conservando tras de la oreja derecha la pluma de barbas azules, tiró de una hoja de maíz que se asomaba por el intersticio de la gorra y la frente, cogió tabaco de la *tagarna*, sacó yesca y eslabón y con el cigarrote entre los labios interrogó á los sujetos que estaban de visita:

—Conque vienen del Saltillo ¿eh? Y qué tal, ¿cómo se portan los saltilleros? Yo he querido ir á ver á don Benito, he querido ir á verle; pero en estas y en las otras se me ha ido pasando...

Dió un chupete al cigarro y continuó viendo ascender el humo por la espesa atmósfera del cuarto.

— Me dice aquí el licenciado que está resuelto á separarse del gobierno y que ya no aguanta aquello; es natural, una persona de vergüenza...

Yo soy liberal, soy *la espada del Congreso*, como me llamó el *Nigromante*, y la verdad es que se lo he demostrado al país. Cuando todo estaba perdido, de esta tierra salieron los que le dieron el golpe á la reacción: Zaragoza, Zuazua y Quiroga estuvieron criados á mis pechos, y Escobedo, Treviño y Aramberri son como mis hijos; á todos les he mantenido á mis órdenes... Bueno, pues tiene usted que yo estoy resuelto á que esta palomilla que ha sacado de México don Benito, no nos caiga aquí para arruinarnos... Porque ¿qué quiere usted? á mí mi trabajo me ha costado mantener esto en paz, y hasta ahora, gracias á Dios, en tan linda hora lo diga, vamos bien hasta donde es posible... Yo no digo nada del Presidente; será un ángel, tendrá rositas; pero trae una percha de malosos que da horror. Nada menos vienen con él unos cubanos, unos tales Quesadas, que son como las tres de la tarde. Ya, ya empezaron por aquí y francamente, creo que no volverán á meterse en otra... En el rancho del Borrego quedó muerto un pelado llamado Villanueva, Francisco Villanueva, coronel y diz que gobernador de San Luis: yo no sé nada; no sé sino que mi compadre

Santos Pinilla supo que venían echando el gato á retozar y les dió una zacateada como era su deber; á mí me avisó todo cuando ya estaba hecho, y cuando las cosas están así, ya ni llorar es bueno... Y la verdad es que si no se aplican esos remedios todo se lo lleva Cristo: de la hacienda del Potosí se sacaron los mañosos una barbaridad de yeguas, y á la de Raíces llegó un coronel, Adolfo Garza, y cargó con no sé cuántas bestias... Figúrese no más; haberme costado tantísimo fundar el orden y la paz, que son los bienes que la Divina Providencia nos ha concedido guardar por una especial distinción, y ahora exponernos á perderles... Es cuanto se pueda ver... Y lo que es mientras yo viva no ha de suceder que caigan sobre nosotros los hambreados de México, toda esa gentuza que con una mano atrás y otra adelante viene á ver qué pepena, á ver qué se lleva... ¿No le parece que hago bien?

—¿De manera, señor general, que usted piensa someterse á la intervención? dijo María como queriendo sondear al viejo marrullero.

Vidaurri dió un chupetón al cigarro, sumió aún más las mejillas, echó humo por boca y narices, quitó la ceniza con el dedo meñique, se repantigó en el asiento y dijo con socarronería:

—Eso, mi señora doña María, eso es mucho cuento. Aquí necesitamos la adopción de un pensamiento salva-

dor, otros hombres y otras obras... Si Juárez no se empeña en quitarle al Estado sus recursos, si no trata de arruinar á estos pueblos, que bastante sufren ya con la sequía, yo me pondré de su parte; pero en otro caso, caramba, puede creerme que... yo no sé; no sé qué hacer ni cómo averiguármelas.

—¿Y lo sabe don Benito?

—A don Benito ya se lo he dicho y puedo decírselo á usted, porque no es un secreto: anda ya de estampa en los papeles públicos. Si el gobierno despide á su camarilla, todo está listo; si la conserva, no hay arreglo ni hay nada... ¿Qué quiere usted? Yo soy fronterizo y me pongo nervioso al ver que vienen los pisaverdes de la calle de Plateros á comerse lo que nosotros hemos ahorrado con tantísimo trabajo... Pero que vengan, que vengan; ya sabré responderles como se lo merezcan.

—Entonces usted está contra Juárez, aventuró Brambila.

—¡Ave María Purísima!... sin pecado concebida. ¡Cómo había de estar contra don Benito! Es el Presidente legítimo y ya usted sabe que yo soy muy liberal: *la espada del Congreso* me llamó Nacho Ramírez, el *Nigromante,* ya le conoce... Bueno, pues quien manda manda y cartucheras al cañón, quepan ó no quepan, ¿no le parece? Yo á don Benito le creo impecable, y por cierto que no todos tienen de él esa opinión...

—De modo que usted es juarista.

—Juarista soy, señora mía; pero eso no quiere decir que quiera hacer ronda con los tulices que acompañan al don Benito... Trae á un tal Quesadas, ese, el cubano, el mismo de que le hablaba, que es más ladrón que las ardillas, y al tal Lerdo, que es un tinterillo más canalla... En fin, que no sé.

—Los franceses vienen dando garantías, tratan bien á las poblaciones, implantan gobiernos duraderos y llaman á su lado á los hombres honrados de cada localidad. ¿Se inclinaría usted á los franceses?

—Hija mía; ¿pero qué voy á saber? Ya le he dicho que soy muy liberal, muy demócrata. Bueno; pues si el pueblo quiere defenderse yo me pongo á su frente y puede contar con que no queda un francés para remedio. Pero si el pueblo tiene ganas de franceses, pues no hay más que hacerle su santísimo gusto, no hay más que darle francesitos hasta hartarle... Al enfermo, lo que pida.

—¿Y qué le parece á usted de la idea de mi padre, de marcharse á la capital?

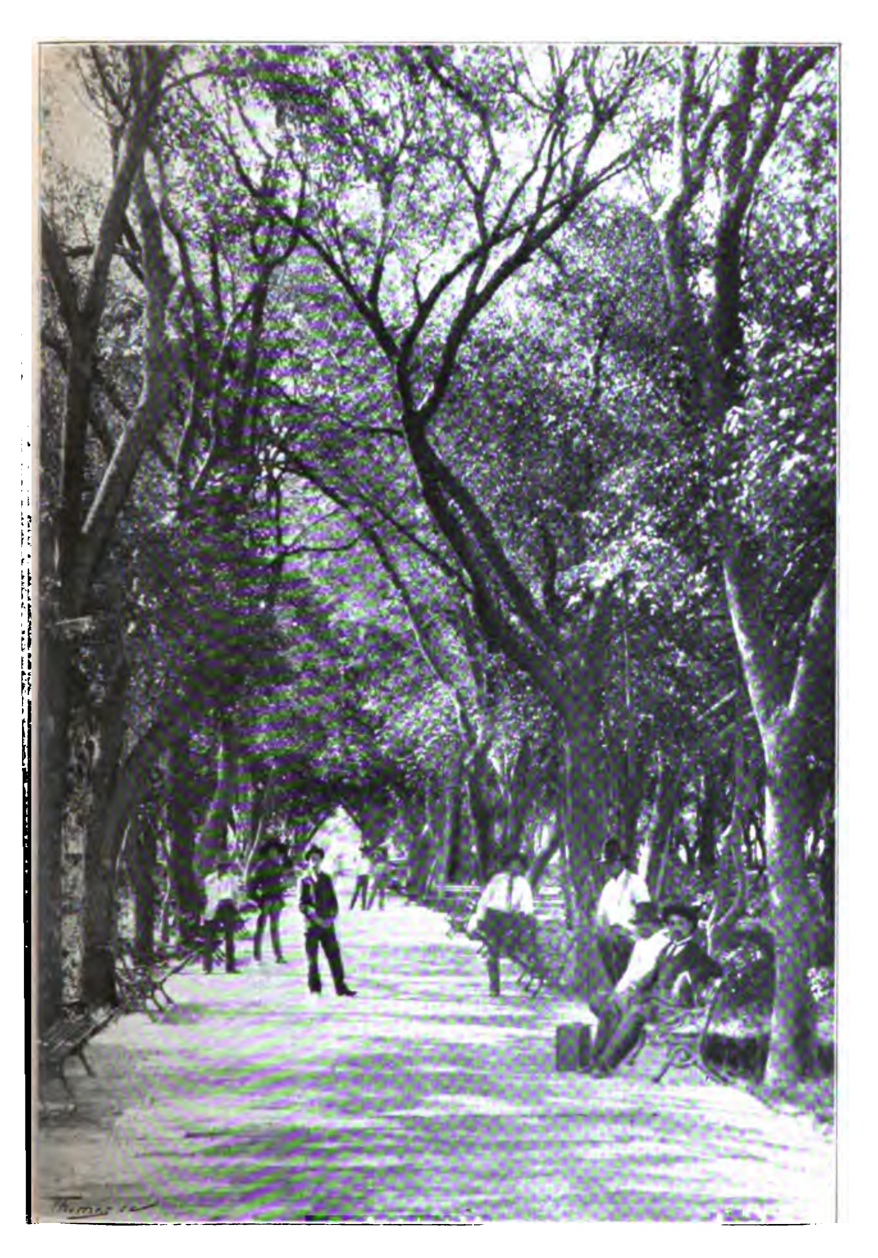
—Hija, respondió el viejo echando yescas y guardando debajo de la camisa la bolsa con las herramientas, hija, en eso no es posible dar consejos: su corazón, su carpintero.

—Pero ¿usted qué haría en su lugar?

—¡Ay, mi señora doña María! ¡qué difícil es ponerse

uno en el pellejo de otro!... Pero, en fin, yo haría esto que no compromete á nada: me largaba á México, seguía diciendo que era muy liberal y muy republicano, y no aceptaba ningún destino del Imperio mientras no tuviera seguridad de que aquello estaba más firme que las quijadas de arriba, y á vivir... Que triunfaban los intervencionistas, pues yo me conservaría en mi apartamiento, con la seguridad de que me guardarían mis frijoles los tales: á nadie se mima más que á un enemigo... Que triunfaban los republicanos, — lo cual pongo más en duda que la venida del Antecristo, — yo sostenía que estaba en México por servir á la causa y que no contando con recursos para seguir á don Benito me iba á la capital á ejercer mi profesión con entera independencia... ¿Qué es su padre de usted? ¿Diputado? Pues de diputados está llena la capital. ¿No se han tapado las narices ministros, generales, adjudicatarios, parientes de Juárez y hasta amigos suyos, uña y carne como quien dice? Si quiere un mal consejo, dígale que se vaya, que se marche. Al fin nadie le ha de pedir cuentas, y si se las piden, con no darlas es bastante. Que se vaya por donde se fueron Zarco, Zamacona, Berriozábal, el mundo entero; que no haga el papel de loco buscando lo que no ha perdido. Pero eso, allá él, allá él: yo cumplo con darle mi opinión de amigo. ¿Qué dice?

— Pues digo que cuanto usted nos acaba de comuni-



SALTILLO. — Parque de Zaragoza.

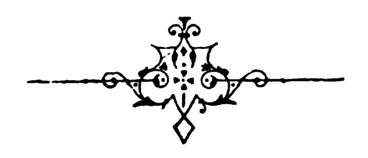
car se lo transmitiremos fielmente, y que estoy segura que mi padre lo aceptará al pie de la letra.

—¡Pero, por María Santísima, que no suene mi nombre, que yo no figure en eso! Ni una palabra, señora mía, ni una palabra; pico de cera.

—Pierda cuidado el señor Vidaurri, que en cuanto á secreto...

Y salió el matrimonio del cuarto del gobernador, que con su cigarrote entre los labios y envuelto en su zarape les despidió en la puerta deseándoles muy buen viaje.

El mismo día se restituyeron al Saltillo.





CAPITULO VII

En rebelión

I

A los tres días se presentó Pepe á saludar á su patrón, explicándole que por haber estado enfermo no había ocurrido á trabajar. Prieto le miró de pies á cabeza, y luego, quitándose los anteojos y atusándose la barba llena de desperdicios, le dijo con sorna:

— Que sufra usted muy seguido esas enfermedades, mi amigo. Las conozco y las he padecido, aunque ahora ya no las tenga como en tiempos pasados... A mí no me la pega, compadre; usted ha estado metido en cualquier rechimalito en compañía de alguna muchachona... ¡Ay amigo, y que no pueda uno enfermarse así!... Pase, pase á despachar unas comunicaciones, que salimos mañana y no hay tiempo que perder.

—¿Y á dónde vamos, señor? ¿Se puede saber?

—A Monterrey, amigo, á Monterrey, á los abrevaderos de don Santiago Vidaurri de Milmo y de Quiroga.

—¡Vaya una cosa! pensó Brambila; ¡quién había de decirme que iba á recorrer otra vez el camino andado!

En su casa halló de monos á Cristina; pero lo dió por bien empleado al recibir una esquela de María en que le suplicaba fuera á verla.

—¡Vaya una señora! dijo la muchacha recelosa. Con tantísimo llamarte y traerte y volverte á llamar, ya me va dando mala espina.

—Pero ¿no sabes que el padre está á la muerte?

—Si duraran mis trabajos lo que el vejete tu amigo, ya tenía para morirme de cien años.

—Atiende á que son paisanos míos, antiguos amigos de mi casa y...

—¿Y no eran tus paisanos cuando el viejo te ponía en la cárcel y te amenazaba con desterrarte? Porque me parece...

—¡Ay, hija! tenemos que perdonar para que nos perdonen.

Y salió disparado, no queriendo continuar aquella cuestión en que habría acabado por perder toda ventaja.

Se encontró al licenciado tendido en un sillón, con la cabeza como divorciada del cuerpo, las piernas como cortadas y los brazos como dislocados. El inseparable

paliacate rojo yacía junto á él amontonado cual si fuera un cuajarón de sangre.

—Mejorcito, amigo, un poco mejor; pero imposibilitado de caminar. ¿Qué voy á hacer á Monterrey con esos señores, cuando no puedo andar por este cuartito? Ya me lo dijo el médico: licenciado, aunque usted se empeñe está imposibilitado de moverse... Para el interior se podría ensayar; al fin allá el clima es suave; pero para Monterrey, con esta temperatura, con este airecito que está soplando, es exponerse á una muerte inmediata... Hágame una valedura, mi buen Brambila; dígale todo á Guillermo Prieto; dígale cómo mis deseos serían marcharme con ustedes; pero que Salas me tiene preso, me secuestra, me encarcela, me arraiga... En fin, usted sabe lo que ha de decirle para que se lo haga comprender á Juárez y á los ministros. Iglesias estuvo ayer aquí y se quedó convencido de que estoy amolado como nadie. «Usted necesita marcharse



á su tierra, me dijo; sólo en Guadalajara se repone usted.»

—¡Ajajá! exclamó Guillermo cuando Pepe le comunicó el caso; el entusiasta *Mescurro* quiere tomar el camino de su casa; bien hecho; que siga á todos los que van preparando la espina dorsal para hacerle zalemas al francés. Me parece bien; que se vaya y que le dé recuerdos al señor *Novuelva*.

—Está enfermo, señor, está grave de veras.

—Si es una epidemia la que en estos días se ha soltado, que ni le cuente á usted. Fiebres, resfriados, enfisemas, pulmonías y bronquitis son de la exclusiva propiedad de los señores representantes del pueblo; los militares poseen el privilegio de las heridas antiguas vueltas á abrir por el tráfago de la guerra; los escribientes tienen á su cargo el ramo de ojos — pasan de diez los nombres nuevos de enfermedades de la vista que he estado oyendo — y los adjudicatarios se consagran á dolencias del estómago: ayer, en una misma cuadra, me encontré un dispéptico, dos gastrálgicos, tres hiperclorhídricos y qué sé yo qué más. ¡Que se vayan malditos de Dios; sinvergüenzas, traidores, canallas, más bribones que Almonte, más perdidos que Pelagio, más bellacos que Bazaine, más venales que *La Esmeralda!* ¡Indecentes!

Y en efecto, el licenciado Delgado salió para el interior, no sin obtener una carta en que declaraba todo el

protomedicato saltillero que estaba el pobre *in articulo mortis*, y que si el gobierno le quería olear no había inconveniente ninguno por parte de aquella docta facultad.

Referir la despedida de los amantes sería cosa de llenar con ella páginas y páginas; baste decir que cuando Pepe y su dama vieron aparecer por las rendijas de la puerta del cuarto de la señora la luz que despedía el sol ceñudo y malhumorado que á deshora dejaba los brazos de Tetis, deshaciéndose de los de María, dijo el engreído Brambila, continuando tal vez alguna conversación empezada:

—¡Te juro que iré á verte á donde vivas, te juro que te buscaré por cielo y tierra, te juro que te querré siempre con todo mi corazón y que no olvidaré nunca los felices momentos que me has dado!

—Te espero, Pepe.

Y un beso largo, tan largo que le permitió al sol salir de entre la muralla de montes que le tapaba la mitad del rostro y ascender por el cielo aborregado para asombrarse de aquella pasión de que no hubo ejemplo en toda la madrugada; un beso que parecía un poema de mil versos por lo sonoro, lo repiqueteado y lo inacabable, ese beso dió fin á la entrevista empezada á prima noche.

—¡Adiós, Pepe!

—¡Adiós, mi María!

Y el muchacho salió á toda prisa para no ver caer

como pollo descabezado á aquella mujerona que en los trances de amor solía aplanarse como si en vez de su cuerpazo tuviera el de un pajarito.

Pepe llegó á su casa triste y mohino además, y cuando la pobre Cristina le preguntó cómo le había ido de trabajos, él le respondió con muestras de cansancio:

—¿Cómo quieres que me vaya? Como al diablo con San Miguel. Toda la noche dale y dale, trabajando como un burro y sin tener un momento de reposo.

Y la muchacha *(sancta simplicitas)* dispuso desayuno y lecho para el ajetreado Brambila, y le dejó acostado saliéndose de puntillas.

II

Sucedió, pues, que á principios de Febrero los de la familia enferma salieron del Saltillo y se encaminaron á Monterrey: iban, como quien dice, á las fauces del lobo, á las garras del ogro, á la cueva en que el monstruo campaba por sus respetos. Pero como aquellas gentes no podían creer en la picardía y en la mala voluntad de Vidaurri, que se pavoneaba con el título de liberal purísimo é intérprete único de la Constitución, marcharon confiados hasta cierto punto y hasta cierto punto resueltos á que el sol apareciese por Antequera.

A las siete de la mañana salieron los padres graves, el

Presidente y los ministros; Guillermo Prieto se marchó á las siete y media y con él el buen Brambila, y á las ocho se retiró Cristina juntamente con la familia del señor Juárez, que se había quedado sin saber cómo se desenlazaría aquel que el administrador de correos llamaba conflicto dramático.

Caminaron todo aquel friísimo é insoportable día diez de Febrero, en medio de la nieve y la ventisca que de todas partes les atacaban con una saña inaudita; se detuvieron en diferentes pueblos para recibir el homenaje y las aclamaciones de las autoridades y vecinos, y al anochecer, en medio de una lluviecita que se metía hasta los huesos, llegaron á Santa Catarina, lugarejo distante de Monterrey obra de cuatro leguas.

—¡Pobres muchachos, pobres soldaditos, míralos tendidos en medio de este campo inhospitalario! dijo Guillermo señalando á los infantes de la división Doblado que se mantenían arma al brazo sin darle importancia ninguna á la nevasca.

Es de advertir que Guillermo le había apeado el tratamiento á Brambila y que le llamaba de tú como llamaba á todo el mundo.

—¡Pobres soldaditos, cuánto sufren lejos de sus familias, de su tierra, de todo lo que aman! Ellos nos custodian, nos acompañan, son nuestros amigos, nuestros defensores y nuestros padres. Para ellos no hay triunfos,

porque no hay triunfos en la choza del desgraciado; no hay placeres, porque el placer le está vedado al infeliz; no hay satisfacciones, porque la satisfacción no es para el que no tiene que comer. Amigo Brambila, óyelo, óyelo bien, nosotros, los criollos, los mestizos, los que nos llamamos clases directoras, somos los gachupines del indio... ¿Cuál es la suerte de este pobre? Nacer en un jacal de ramas; caminar á la espalda de la madre, mientras los muchachos finos andan en brazos de la nodriza; pasar la infancia arreando puercos y gallinas; *jurtarse* á una muchacha al cumplir los diez y ocho; caer de leva tan pronto como pasa por el rancho una fuerza pronunciada; darle patadas al suelo de la patria durante tres ó cuatro años recorriéndole desde el *Christus* hasta el *amén* y morir en el fondo de una zanja, destripado por el paso de una batería amiga ó enemiga, ó en manos de un aprendiz de médico que corta sin compasión los brazos y las piernas de las gentes que no hablan de la mala cura ni pagan ¡ay! planillas de honorarios... Pero ¿por qué estamos detenidos aquí? ¿Habrá algún obstáculo en el camino? ¿Se habrá roto algún carruaje de la comitiva? ¡Eh, tú, cómo te llames, cochero!

—Soy Prajedis, amo.

—Bueno, tú, Prajedis ¿qué diablos sucede?

—Nada, l'amo; que aquí vamos á hacer noche y hay que bajarse.

—¡Reventaras, hombre! Pero ¿dónde demonio nos metemos? No hay siquiera un jacal en que descansar.

—Adelantito, señor.

—Bueno, pues tira, que hace hambre y sueño.

Y á la media hora se movió el armatoste, no sin que Guillermo continuara aquella disertación político-social, más llena de exclamaciones que las cartas amorosas de su amanuense.

El Presidente y todos los suyos se quedaron al pie del Obispado, en la quinta de don Juan López Peña, y el doce, á eso del mediodía, entraron á las calles de la ciudad, que estaban cubiertas con toldo. El piso estaba regado de flores, el Ayuntamiento recibió á los recién llegados y la gente, aunque reservada y temerosa, miró aquella entrada en que no creía. Las campanas y los cañones acentuaron la extraña solemnidad, que tenía no sé qué de forzado y de violento.

III

Los dos amigos, Brambila y don Manuel de Amores, se habían perdido de vista desde hacía tiempo.

—Yo, dijo el escribiente borrachín al escribiente enamorado, yo estoy cerca de mi jefe, patrón, valedor y hasta me atrevería á decir que amigo, don Manuel Doblado. Con él he sufrido derrotas, he hecho marchas,

he estado en conferencias y he visto cosas que se quedaría usted con la boca abierta si se las contara. Ya sé lo que es la *carrera militar*, amigo Brambila; ya sé lo que es salvarse á uña de caballo, sintiendo que va detrás de uno



un cristiano que trata de darle un mal golpe; ya sé lo que es esconderse en cuevas durante dos ó tres días, comiendo por todo regalo unas gordas nejas y unos frijoles parados...

—Sabe usted muchas cosas, don Manuel, observó

Pepe viendo que la nariz del viejo estaba aumentada de volumen y tan rubicunda que parecía que iba á hacer explosión; sabe usted mucho; pero ¿á qué no sabe por qué damos la vuelta de Monterrey cuando apenas acabamos de llegar?

—¿Que no lo sé? Le doy santo y seña, y si quiere oirme, véngase junto á mí en todo este camino, que yo le prometo ponerle pando de noticias, y todo de lo más cierto y patente: no más fíese de mí... Figúrese que estoy donde se guisa: mi jefe, patrón, valedor y hasta me atrevería á decir que amigo, don Manuel Doblado, se metió en esto con todas sus ganas y yo lo sé todo por su conducto.

—¿Por su conducto? Hombre, no me figuraba que don Manuel fuera tan comunicativo.

—¡Caramba, amigo; á usted hay que ayunarle sus vigilias! No quiero decir que don Manuel haya ido materialmente, así como estamos usted y yo, á decirme punto por punto: «oiga usted, Amores ó Temores ó Resquemores, que de todos estos modos me llama; esto y lo otro y lo de más allá y que tornó y que volvió». No sea usted tan apegado á la letra; pero como hacen confianza de uno y uno puede colar las narices en cualquier sitio cuando á uno le da la gana, naturalmente, con eso y con el entendimiento que Dios le ha dado á uno para ir engarzando y componiendo cosas, pues llega á formarse idea de todo lo que pasa.

—Bueno, pues cuéntelo usted.

—A eso voy; pero déjeme apretar este contralátigo que va desprendiéndose.

—¿Ya? Entienda que se me quema la miel.

—Espere, hombre; me falta echar un traguito, que sin él no hay arreglo posible; no espere que sea elocuente ni cosa que lo valga si tengo el gaznate reseco, la lengua como oropel y la boca sabiendo á medalla.

—Ahora sí está despachado.

—Bueno, pues ha de saber usted que este vejancón cara de santo viejo de don Santiago Vidaurri no es general ni nada.

—Sí, hombre, ya lo sabía.

—No es general ni cosa que se le parezca: es un tinterillo, un huizachero, un coyote y nada más. Comenzó siendo secretario de todos los gobernadores de Nuevo León, y como era listísimo en alilayas y picardías, se hizo el indispensable en poco tiempo: nadie como él para enredar una cuestión; nadie más fecundo en expedientes para retardar una respuesta; nadie más apropiado para contar una mentira á su hora ó para despistar á un importuno. Dicen que combatió á los bárbaros; más bárbaro era él y quizás por eso les puso la ceniza en la frente á los otros. La cuestión es que obtuvo lo que le dió la gana haciéndose temer como cacique de esta frontera, y que contando con gentes como Zuazua, que sí era va-

liente y buen guerrillero, llegó á hacerse una reputación colosal entre los papanatas del centro, que tenían á este figurón por la primer persona de la Santísima Trinidad... Pero aquí conviene un ratito de reposo, porque el friíto se explica más de lo que yo quisiera: á su salud... Le aconsejo que tome un poquito de alcohol, porque es la única manera de entonarse.

—Bueno, continuó don Manuel apretando el tapón de olote en la boca de la botella, bueno, pues este tal tiene tanta suerte, que cuando debía haber caído preso en Ahualulco, se volvió ojo relojo la Virgen te quiebre un ojo, y que cuando Zuazua murió él estaba cerquititas de la cama del difunto, á una distancia como usted y yo y resultó sin un rasguñito: quizás Dios le guarde para ser víctima de la ley de 25 de Enero del 62, como le decía Doblado... Por más que usted diga, no hay cosa más linda que este escozorcito que deja en la barriga el buen aguardiente. Eso no puede hacer daño...

¿En qué íbamos? ¡Ah, sí! en que éste es el pelado de más suerte que ha parido madre. No crea usted que esté de gobernador por el gusto que le dé repantigarse en la silla, ni por los honores, ni por la alegría de que le llamen excelencia: es con su cuenta y razón. Tiene en su poder todas las aduanas de esta frontera, desde Tampico hasta Piedras Negras, y tiene un yerno á quien le llaman tío Milmo, un irlandesote todavía más grandullón que

Vidaurri. Milmo es comerciante é introductor, y desde agua miel hasta agua cola, desde oro en barras hasta majada, todo lo importa y lo exporta sin pagar tlaco. Este es el nudo, el verdadero nudo de la dificultad. A Vidaurri no le importan liberales ni mochos, franceses ni intervencionistas, angélicos coros ni demonios coronados: lo que le importa es sus santísimas aduanas: el que se las deje es su amigo, el que se las quite es su enemigo á muerte.

Ya hacía tiempo que el gobierno andaba en la tarea esa: «devuélveme mis rentas, dame lo que me pertenece». Y Vidaurri con enfado: «nada te doy porque yo estoy muy bien hallado con ello; déjame en paz porque yo necesito esos dinerales para que me engorden el bolsillo».

Le escribió cartas al ministro Iglesias, le rogó se constituyera en influjo para que se le confirmara en la posesión de lo que creía pertenecerle, y sobre todo, se propuso intrigar para que don Benito y los suyos ni siquiera miraran por este rumbo. Pero el Presidente sentía grima de lo que estaba sucediendo, y una mañana ordenó la salida para Monterrey con todo el aparato que usted conoce; delante mandó á don Manuel Doblado, mi jefe, patrón, valedor, y hasta me atrevería á decir que amigo, para que se avistara con Vidaurri y pusiera en claro su actitud y sus intenciones.

Don Manuel se encontró á Vidaurri metido en la Ciu-

dadela, el edificio ese que se hizo famoso por la defensa contra los americanos. Allí estaba don Santiago en alta fuerza, con cañones, fusiles, pólvora, amigos y cuanto podía necesitar. El maldito estaba seguro de que las tropas del gobierno iban á atacarle, y como no podía mostrarse declaradamente hostil ni francamente favorable, empezó á hacer un papel ambiguo con que no se aclaraba pizca de sus intenciones.

—Señor don Santiago, le dijo don Manuel, vengo aquí como amigo, como viejo compañero suyo, á ver si logro que nos arreglemos y que cese esta situación embarazosa que pone tan satisfechos á nuestros enemigos y perjudica tanto á la causa.

—Pero siéntese, mi señor don Manuel, pase á lo barrido. ¿Gusta su mercé un *macuchito?* No sabe todo lo que me alegro de verle por esta su casa. Hable, que yo con mi franqueza fronteriza sabré contestarle. ¿He hecho mal? pues lo confieso; ¿he hecho bien? pues me sostengo en ello...

—Pues á esa misma franqueza fronteriza apelo para que me diga su sentir. Vale la pena de que dos hombres honrados se expliquen con verdad y sin apelar á subterfugios.

—Así me gusta, amigo don Manuel, así me gusta. Bien hizo el señor Presidente en mandarle por acá, que no podía haber elegido mejor emisario: usted y yo sí nos entenderemos.

— Y ante todo, señor gobernador, ¿por qué tiene usted su palacio tan lejos de la ciudad y tan alto?

— Este no es el palacio, señor don Manuel; esto es lo que impropiamente llaman aquí la Ciudadela, que es el obispado que levantó el obispo Llanos y Valdés.

— Y como tal Ciudadela estará apretada de municiones de boca y de guerra.

— ¡Qué va á estar! no, señor; sino que allá, en el palacio, en el centro, es todo tan frío, tan frío, que la pobre de mi mujer se me pone á la muerte; y yo le digo: «pues vámonos á la Ciudadela, que allí sí hace buen tiempo», y aquí estamos viviendo mientras que pasa el invierno.

— Pues aquel palacio ha de estar helado, exclamó don Manuel echando la vista á los anafres, estufas, braseros y chimeneas que estaban distribuídos en la pieza.

— Es una nevera, señor, una positiva nevera.

— Pues vamos á nuestro asunto, señor don Santiago.

— Eso es, amigo don Manuel; vamos á nuestro asunto.

— El señor Juárez desea saber cuál es la actitud de usted y qué es lo que pretende hacer; si está conforme con la marcha de los negocios, si tiene que hacer alguna indicación, si ha de cumplimentar las disposiciones del ministerio de Hacienda sobre devolución de aduanas, y en fin, todo lo que pueda servirle de norma para proceder.

— Amigo don Manuel, dijo el otro dándole un chupe-



— Eso es, amigo don Manuel; vamos á nuestro asunto.

tón al cigarro y mirando al suelo como abrumado; son esas muchas preguntitas y la verdad es que no sé cómo lograré contestarle. Córramela despacio y hablaremos, porque...

— Bien, señor don Santiago, ¿cuál es la idea de usted sobre la defensa nacional?

— ¡Ah! exclamó el taimado viejo cerrando los ojos, mis ideas... mis ideas sobre la defensa nacional... Pues mire usted, don Manuel, de usted á mí, sin que esto se sepa... porque al fin no hay necesidad, yo tengo mis ideas.

— ¿Y cuáles son? ¿se pueden conocer?

— Óigame usted, á un amigo como usted sí se las puedo dar á conocer; pero á otros, á ese Lerdo que don Benito tiene ahora de ministro, y á Iglesias y á toda la camarilla, nada les diré.

— Pues le agradezco á usted la confianza... ¿Y cuál es el pensamiento?

— Se lo voy á decir á usted; cosas que se le ocurren á uno...

— Sí...

— Pues muy sencillo. ¿Sabe usted lo que aquí se necesita? Se necesita, — y acercó su silla al sofá en que se sentaba Doblado, — se necesita... «la adopción de un pensamiento salvador, otros hombres y otras obras».

— ¿Y el plan?

—¿Qué mejor plan quiere? Un pensamiento salvador, otros hombres y otras obras.

—¿Y cuál es el pensamiento, cuáles son los hombres y cuáles son las obras?

—Eso á ustedes les toca.

—¿Y acepta usted el gobierno del señor Juárez?

—¡Válgame, señor, y que me haga esas preguntas!... Me ofende, créame que me ofende. Yo creo al señor Juárez lo que no le creen otros: le creo impecable.

—Sin embargo, dicen que usted trata de apoderarse de su persona y de todo el gobierno.

—¡Válgame, señor! sería un sacrilegio.

—Pues dicen que usted estaba pronto á cometer ese sacrilegio.

—No, lo que creo sucede es que ustedes le tienen tirria al Estado de Nuevo León y Coahuila; le quieren quitar sus recursos y dejarle en la miseria; y usted comprenderá que es justo que yo me resista á ir de esa manera al precipicio... Ya le digo á usted: aquí necesitamos «un pensamiento salvador, otros hombres y otras obras». Si no hacemos esto ¿á dónde vamos? ¿qué será de nosotros en poco tiempo? Los sucesos lo están diciendo con ese lenguaje que no admite réplica ni menos ilusiones. ¡Espantosa verdad que aun hay algunos que se niegan á reconocer! Los partidos no han hecho otra cosa que arruinar este pobre país, y con ellos la nación toda y sus hijos

buenos y malos, vamos á ser sojuzgados y desarmados, y ¿entonces, señor Doblado? No perdamos el tiempo, no demos lugar á aquel fatal *entonces*. Al grano...

—Eso le digo á usted, señor don Santiago; al grano, que con eso no vamos á ninguna parte. ¿Se somete usted?

—¡Si estoy sometido, señor don Manuel! Yo sólo pido que ustedes no dispongan de las rentas federales, que no dejen á este Estado á un pan pedir, que...

—¿Y si nos empeñáramos en que el gobierno recibiera lo que es suyo?

—¡Ah! entonces, entonces... En fin, ¡allá ustedes! Todavía es tiempo de que reflexionen; si ustedes dan un paso, yo daré dos; si se disgustan porque quiero quitar la camarilla del lado del Presidente, yo he de sostener lo que digo y nada más. ¿Qué le parece? Y luego, que naturalmente, uno se afecta por lo que intentan en su contra; no es de palo para soportar sin moverse las atrocidades que le hagan. ¿Por qué quiere el Presidente entrar de noche? ¿Por qué tiene empeño en venir acompañado de tropas?

—Pero si el Presidente llega de noche porque la noche le coge en el camino, no era cosa de que se quedara á campo raso, *jateando* como un arriero.

—¿Y la tropa? ¿La división de Guanajato?

—La división de Guanajato viene conmigo, y puede estar seguro de que nada intentará contra usted.

—¿Y si el Presidente se lo manda?

—Si el Presidente se lo manda será porque usted y yo hayamos agotado los medios de conciliación, y, por consecuencia, porque hayamos dejado de ser amigos.

—Don Manuel, don Manuel, ¿me viene usted á tantear? ¿Es mi amigo? ¿Me quiere como dice? ¿Está de mi lado ó del lado de los galabardos que me aborrecen porque les sirvo de estorbo? La verdad, don Manuel.

—Soy su amigo de usted, señor don Santiago; soy su amigo y se lo demuestro proporcionándole oportunidad de que se sincere. Le atribuyen á usted propósitos de traición, deseo de someterse á los franceses, veleidades antipatrióticas: pruebe usted que esos son indignos rumores que han propalado sus enemigos.

—Claro que son.

—Y que usted es el mismo patriota que conoce México desde hace tantos años.

—Por supuesto.

—Y que habrá en usted el ánimo equivocado de un partidario; pero nunca el alma bellaca de un traidor.

—Eso, eso.

—Pues ¿qué aguarda para presentarse ante el Presidente y arreglar todos sus asuntos?

—Amigo, ¿y la camarilla?

—¿A qué llama usted la camarilla?

—A toda esa cáfila de mexicanetes que tienen la tripa

pegada al espinazo y que vienen á querer sacarla de mal año acá en el rumbo.

—Pues de usted depende que se alejen á toda prisa.

—¿De mí? ¿Y cómo?

—Diciéndole dos palabras al Presidente.



MONTERREY.—RUINAS DE LA CIUDADELA

—¿Dos? Ya le he dicho dos mil.

—Se las habrá dicho usted en comunicaciones y papelorios que dan por resultado el embrollar más las cosas.

—Cabal.

—Pues tiene usted que decírselas frente á frente.

—¡No, no soy la ciega! exclamó don Santiago, denegando enérgicamente con el índice larguísimo de su mano

derecha. La camarilla me coge, me entrega á los mañosos de Quesada y se acabó la historia. Esa no es conmigo.

—Pues para demostrarle que no hay en el gobierno sino la mejor intención para usted, le propongo esto que le dará idea de mi sinceridad y de lo seguro que estoy de que don Benito no quiere sino la paz con usted. Yo me quedo aquí y usted va á la conferencia; ¿hay arreglo? vuelve usted y me deja en libertad; ¿no hay arreglo y ponen á usted preso ó le matan? pues como yo estoy en rehenes, á mí me matan ó me ponen preso en lugar de usted.

Vidaurri se quedó un rato con la frente entre las manos, luego alzó la cabeza y dijo con reposo:

—Pues óigame, no me parece mal; pero me va á permitir que lo consulte con mi señora, con Juanita, Juanita Vidaurri; que también es mi prima...

—No sabía que la señora...

—Es un entendimiento para alabar á Dios, y como es *zaurina*...

—¿*Zaurina?*

—Ni más ni menos: nació en viernes santo y lloró en el vientre de su madre.

—Sí, sí, vaya usted... como es *zaurina*...

Tardó Vidaurri un buen cuarto de hora, y luego repantigándose en el sillón, hizo ademán de limpiarse un su-

dor que no se cohonestaba con el frío de la temperatura. Venía fumando un cigarro de hoja que casi le cubría la mano, y echaba humo por boca y narices.

—Amigo, bien dijo quien dijo que el consejo de la mujer es poco y quien no le toma es un loco; pero mucho mejor habría dicho si hubiera dicho que es loco rematadísimo si no le toma cuando el consejo de la mujer es mucho y muy bueno.

—No entiendo.

—Pues casi nada. Mi pobre mujercita, que aunque me esté feo el decirlo, guarda de eso con que se hacen los sermones, además de que tiene muchísima práctica del mundo, y de que todo lo consulta con mi yerno Milmo, y de que es *zaurina*...

—Sigo sin entender.

—Porque, ¿no se ha fijado usted en que las cosas que á veces se nos escapan ellas las cogen al vuelo?

—¿.....?

—Son más listas; no cabe duda. Bueno, pues Juanita me dice esto que es el evangelio: «tú ves si te presentas; eso es cosa tuya; es asunto de política y yo no me meto en políticas; pero en tu lugar no iría. ¿Por qué? Muy sencillo: don Benito Juárez aborrece á Doblado, te aborrece á ti, y si al saber tu muerte nosotros sacrificamos á Doblado, le hacemos el caldo gordo al Presidente: sale de dos gentes que le molestan mucho, de una por su pro-

pia mano y de otra por mano ajena.» ¿Qué le parece? ¿Verdad que tiene razón?

En vano procuró don Manuel disuadir á Vidaurri; se había remachado en el parecer de su *zaurina* y todos los padres del concilio no le habrían hecho dar un paso atrás ni adelante.

IV

Don Manuel se sirvió uno tras otro vasos de aguardiente, les bebió en traguitos, escupió una saliva espesa, se echó en la silla del caballo, puso dos ó tres compases de silencio, y luego con voz pausada continuó:

—¡Caramba! Ya hacía ganas de un pisto: hablé más que un padre misionero y me siento cansado y sin alientos... Bueno, y usted dirá: «estas son invenciones del amigo don Manuel; ¿de dónde demonios sacó toda esa descripción de cuanto pasó y no pasó? A buen seguro que Doblado, que tiene fama de sigiloso, fuera á hacerle confidencias á su escribiente.» En efecto, mi jefe, patrón, valedor, y hasta me atrevería á decir que amigo, don Manuel Doblado, no me tiene á su lado para comunicarme lo que le ocurre; pero ha de saber usted que el hombre estaba ardiendo contra Vidaurri al grado que se le podían tostar chiles. Después de todas las cosas que sucedieron el Cíbolo dió en la florecita de que don Manuel no había

transmitido sus palabras, que no había obrado con lealtad, que era un falso y un traidor y que, en suma, se había comido el mandado. Al saberlo el diplomático se puso hecho un energúmeno y á don José María Iglesias, á su amo de usted y á otro señor que no conozco les despepitó todito: yo estaba en la pieza vecina y pude oir cuanto dijeron. Por cierto que esta intempestiva retirada nuestra la explicaban ellos muy bien.

—¡Por Dios, decía Prieto, que se porta bien la *espada del Congreso! Et dixebant: ave rex Iudeorum et dabant ei alapas*. Nos recibe con mimo, nos agasaja, hinca ante nosotros la rodilla, y luego nos venda los ojos y nos pega con una caña y nos pide que adivinemos quién nos dió.

—Y tú no conoces todo el caso, Guillermo, interrumpió Iglesias: contestó el aviso del viaje del gobierno diciendo que con satisfacción se apresuraría á recibirle del mejor modo posible; y al mismo tiempo llamó reservada y violentamente á la brigada del general Hinojosa con objeto de que fuese á auxiliarle para atacar á las fuerzas del gobierno. Mandó poner vela en las calles de Monterrey, disponer habitaciones y hacer todos los preparativos de solemnidad para recibirle; y á la vez estuvo esperando los momentos inmediatos á la llegada para echarse sobre los cañones que se habían enviado confiando en su palabra. Dispuso que el Ayuntamiento y los funcionarios públicos fuesen á recibir al gobierno, y antes fué á ence-

rrarse él con todos los que pudo armar, dentro de la Ciudadela, en actitud de guerra. Mandó hacer salva de honor á la entrada del Presidente, como también la mandó hacer después, al tiempo de su salida; y sin embargo, tenía abocados los cañones contra las fuerzas del gobierno.

—¡Bandido! gritó Guillermo enseñando los puños; ¿quién va á creer en su mentida sumisión? Es como la gatita de Sor Ángela: por delante halaga y por detrás araña. La noche que permanecimos en Monterrey hizo correr la voz de que atacábamos la Ciudadela é inventó una algarada en que menudearon los mueras contra Juárez y contra el gobierno.

—Y anunció que si el gobierno no hacía salir sus tropas, él se vería obligado á hacerlas salir por la fuerza al siguiente día.

—Pero pronto terminarán los bríos de este mamarracho: Coahuila quedará separado de Nuevo León.

—Cuando vió salir las fuerzas creyó que había triunfado y se las prometió felices: mandó preguntar al señor Juárez si podía recibirle y llegó fingiendo sumisión. Luego que supo que el gobierno salía de Monterrey, pidió no se diera un paso que podía traer consecuencias.

—Ningunas por parte del gobierno; lo que deseo es que no las haya aquí; nos enfriaremos, calmarán los ánimos y volveré, contestó el señor Juárez...



CAPÍTULO VIII

Monterrey

I

Bien dijo quien dijo que Júpiter enloquece á aquel á quien desea perder. Vidaurri, que se las echaba de listo, de zorro, de agudo, de hombre que sentía crecer la hierba, á la hora que quiso poner en acción su diplomacia sutil y maquiavélica hizo lo que muchos otros que quisieron establecer componendas entre la verdad y la mentira, entre el diablo y San Miguel, entre Orzmud y Arimanes.

Se encontró solo, sin el gobierno de Juárez, sin la presión de la camarilla, sin el temor de que los mexicanetes se comieran en salsa verde al Estado de Nuevo León y se puso á respirar á pulmón pleno. Y entonces se le ocurrió, para justificar, cohonestar y dar cariz de cosa excelente á la traición que premeditaba, se le ocurrió, digo, el arbi-

trio más peregrino que podía imaginar cabeza de tinterillo soberbio.

Se entendió con el mariscal Bazaine para que le dirigiera una carta mitad conminatoria, mitad adulatoria, excitándole para que, en un plazo breve, se pusiera á sus órdenes ó se declarara resueltamente hostil. Como el romano, declaró que llevaba en sus manos la paz ó la guerra, y puso á Vidaurri á elegir lo que le conviniera mejor.

Fingía el hombre encontrarse en gran perplejidad, y no encontrando manera de decidirse por ningún extremo, ocurrió al más curioso arbitrio que se podía imaginar: rehusaba tomar sobre sus hombros resolución tan grave como la que le indicaba Bazaine, y ocurría al pueblo pidiéndole que él mismo decidiera.

«Bien claro, decía don Santiago, es lo que importa la »intimación que se hace: *en una mano os ofrezco la paz y »en la otra la guerra; si aceptáis lo primero debéis adheriros »francamente á la intervención reconociendo al gobierno esta»blecido en México: si, por el contrario, os decidís por lo se»gundo, debéis sufrir todas las calamidades que trae consigo »la guerra y que pueden sobrevenir de ella.*

»La contestación del gobierno, continuaba el astuto »huizachero, no puede ser más fundada: *no tengo la facul»tad suficiente para resolver la adopción de uno de los dos »extremos que me proponéis, y como siempre se ha hecho en*

»las cuestiones vitales, voy á someter á la resolución del pue-»blo la que me proponéis, y su resultado os será transmitido »tan luego como se obtenga.»

Y entraba luego en la reglamentación de su idea llamando á votar á todos los ciudadanos á fin de que se decidieran por la paz ó la guerra, estableciendo también una minuciosa especificación de lo que acarrearía aquel plebiscito único en su especie.

Pero Juárez y el Estado de Nuevo León no encontraron bien aquella añagaza tan ingeniosa, y determinaron el uno declarar á Vidaurri reo de alta traición, y el otro rebelarse en masa contra la tal votación y sus consecuencias. Vidaurri, viendo el fracaso de las negociaciones, salió el 26 de Marzo del 65 para Presidio del Norte, dejando á Monterrey libre para que le ocuparan los enemigos.

II

No hay cómo describir el entusiasmo de los nuevo-leonenses al recibir en su ciudad á Juárez y á los suyos. El Ayuntamiento, como representante del lugar, y en pos de los ediles muchísimos particulares y pueblo, esperaron al gobierno en las afueras de Monterrey ó fueron á recibirle hasta Santa Catarina; á la entrada se dijeron discursos y se celebró la feliz llegada de los inmigrantes.

El cuatro de Abril, si no fallan los recuerdos de Brambila, es decir, dos días después de la entrada, la ciudad ofreció un baile á los recién llegados, y allí se hizo gala del cariño, la admiración y el respeto que se abrigaba por los que habían dejado regalo y comodidades por



MONTERREY.—Antiguo Obispado

andar á salto de mata. Las niñas más guapas, los mancebos más galanes, los caballeros más ricos y más conocidos cortejaron y atendieron con singular esmero á Juárez, á su familia, á los ministros y hasta á la gente de inferior categoría, quedando todos tan satisfechos, que sin vacilación comprendieron que la pasada hostilidad se debía al temor que inspiraba el famoso *Cíbolo de la fron*

tera, como solía llamarse á Vidaurri en los felices tiempos del *Omnibus* y del *Universal.*

El cinco de Mayo se celebró la fecha gloriosa con una tanda de discursos, poesías y aclamaciones patrióticas que causaron el entusiasmo consiguiente. Guillermo Prieto dijo aquellos famosos versos que empiezan:

¡A qué distancia me arrojó el destino
Para cantar tus glorias, patria mía!

Juan de Dios Arias declamó con primor una tirada cuyos primorosos renglones decían:

Hay un mandato, obsequio soberano,
Que castiga con muerte ó con picota
A todo aquel que, digno mexicano,
No incline la cerviz ante el tirano
Y que se muestre honrado y fiel patriota.

El licenciado Caballero, Promotor del Tribunal del Circuito, leyó el parte de la batalla glosándole con citas oportunas y con oportunísimas observaciones, y Julián Montiel dijo aquella valentísima oda de Juan Valle:

Por siete veces gloria, patria mía,
Por siete veces mengua, intrusa Francia.

Pero pasó aquel primer momento y pasaron también los entusiasmos y el jolgorio. Y el gobierno no pagaba, el gobierno vivía á la cuarta pregunta, el gobierno estaba en quiebra y, lo que era peor, el gobierno no tenía tra-

zas de mejorar su situación aunque le ayudaran padres descalzos.

Comenzaron á emigrar algunos que se apoyaban en el decreto que disminuía más aún las plantas y los sueldos de los ministerios, mientras otros se arrimaban resueltamente al Imperio y entonaban un *mea culpa* fervoroso por haberse metido en libros de caballerías, siguiendo á un gobierno más tronado que Judas el domingo de Resurrección.

Por entonces Brambila pudo hablar extensamente con don José María Iglesias, el ministro de la poca justicia y de la desmedrada hacienda que poseía Juárez, y el escribiente del correo se quedó prendadísimo de aquel entendimiento claro como un diamante, de aquella memoria precisa como una saeta que va á su sitio, de aquella instrucción extensa como un gran valle y profunda como un misterio, y sobre todo, de aquella bondad que hacía aparecer el alma de Iglesias como si fuera un lago tranquilo, siempre limpio, siempre unido, siempre espejeante y mostrando en su fondo las guijas diamantinas y los veneros de que fluían aguas vivas.

Iglesias apenas pasaba de los cuarenta, y por tanto se encontraba en todo el vigor de la edad. Era ligeramente moreno, de grandes ojos que tapaban gruesos espejuelos, de mirada plácida, de nariz basta y de frente prolongada por la calvicie. Vestía con pulcritud aunque sin nimie-

dad, llevaba toda la barba y hablaba con reposo, como si pesara y midiera cada palabra que salía de su boca.

Pepe se pasaba las horas muertas escuchando á Iglesias, que con Guillermo, Lerdo, Urquidi y otros sujetos iba á la botica de Garza García, situada en la plaza principal de Monterrey.

Pero otras veces gustaba de juntarse con los muchachos de la población, que encabezaba el pianista Siliceo, alegrador de corrillos y excelente para quitar murrias. De él dijo Prieto, precisamente por esos días venturosos:

Don Agustín Siliceo,
Que no conoce la curia
Cuando á la patria se injuria
Y que es diestro en el tecleo,
Se acoge á mi solideo
Y ofrece á la población
Por una onza, dar lección
De música (ó más barato)...
Da informes en su curato
El Cura de Tamajón...

III

¿Y qué cura era éste, me diréis, que aparece de modo tan inopinado y que se ocupaba en poner versos para anunciar á los pianistas?

El Cura de Tamajón fué nada menos que el sucesor de *La Chinaca* y *El Monarca,* y el órgano que tuvo Prieto

para decir injurias á todo bicho muerto ó vivo que estuviera contaminado de traición.

El Cura de Tamajón es la sarta más grande de insultos, justicias, murmuraciones, picardías, falsos testimonios, verdades sabidas y tonterías reconocidas que haya salido en épocas de lucha. Allí no se respetaba ni á las arcaicas damas de honor, ni á las chiquillas graciosas que arrojaban retratos de Juárez á las turbas, ni á los generales que se adherían al Imperio regurgitando todavía la pitanza republicana, ni á los obispos que creían volver al goce de sus casitas, ni á los empleados serviles, ni á la honra de las familias: allí todo el mundo tenía su sambenito; si no le cabía cómodamente se le introducía á la fuerza, y á vivir.

Un periódico nuevo, escrito en verso, por un literato de punta, tenía que provocar comentarios en Monterrey, tierra pacífica en que, aparte del *Boletín* vidaurresco y de algún otro papasal sin importancia, la prensa era punto menos que desconocida.

Desde el programa, editorial, artículo de fondo ó *á nuestros lectores,* el público se rió viendo la mar de chiste en aquel engendro recién aparecido.

Ha resucitado un muerto
Que al echarle en el cajón
CORO. *Con el salchichón*
Con el salchichón.
Oyó cantar á unas chicas
El Cura de Tamajón.

Coro. Con el salchichón
Con el salchichón,
Diga usted que sí
Diga usted que no.
Diga usted que sí
Como digo yo:
Con el salchichón
Con el salchichón...

Pero quien tuvo un disgusto con el Cura fué alguien que desde las primeras líneas se consideró atacado por el valiente sacerdote. En las condiciones decía el periódico: *Las suscripciones se reciben en la Casa de Correos y en la casa del Diablo;* y como Prieto vivía en la casa de don Francisco Villarreal, á quien sus paisanos llamaban el *Diablo*, éste, enojado como el demonio de su nombre, cometió la sandez de demandar á Guillermo, citándole á juicio de conciliación ante un juzgado. Lo cual sirvió para que Prieto se riera un poco á costa del bilioso arrendador y dijera ante la presencia judicial ciertos equivoquillos que pusieron al diablo más endiablado que nunca.

En aquel año el calor fué tremendo: la luz entraba muy de mañana por puertas y balcones, como si tuviera consigo corpúsculos caloríficos que la hicieran ingrata y desapacible. El sol asomaba su pupila roja, de cíclope irritado, de incendiario que avanzaba quemando con su tea la grama de los campos y calcinando el empedrado de las ciudades. De nada valían baños fríos ni calientes, bebidas heladas ni ropa ligera: se sudaba por la mañana,

se sudaba á mediodía, se sudaba por la tarde, se sudaba por la noche y dormido se seguía sudando: las gentes parecían botellones de Guadalajara, rezumando humedad por todos los poros.

Guillermo Prieto, que solía burlarse de las conveniencias sociales y que ante todo buscaba su comodidad, andaba por las calles como perro del mal, con la lengua de fuera, babeando, sudosa la cara y con la más curiosa indumentaria que vieron humanos ojos. Solía traer (mas siempre en la mano, nunca en la cabeza) sombrero de soyate ó casco de cuero de los que usa la infantería inglesa; saco de *pongée* de seda colgado al hombro, camiseta de seda abierta en dirección del pecho peludo y no muy limpio, pantalones de dril mostrando el carcañal y zapatos bajos de gamuza.

Una tarde llegó á la botica, mandó preparar un vaso de agua gaseosa helada que solía beber en unión de Iglesias, se abanicó un buen rato, bebió sorbitos de agua y, requiriendo un trozo de papel de estraza, comenzó á escribir con una pluma de puntos torcidos.

—Señor, dijo Brambila, espere usted que voy á traer papel y pluma que convengan.

—Aquí, aquí, que no aguarda el impresor.

—Pues escribiré yo, señor.

—Bueno, está bien; escriba entonces lo que voy á decirle... ¡Qué demonio! Nada se me ocurre. De traidores,

viejas bribonas, militares desleales, adjudicatarios acomodaticios y demás gentualla está lleno el número... ¡Ah! mire usted; — y señaló un par de descamisados con las piernas y los bustos al aire, luciendo unos cuantos harapos por vía de camisa y de calzoncillos y con las mechas sobre la cara á guisa de endemoniados. En un palo que llevaban en los hombros iba un barril que se conocía pesaba enormemente, pues sólo con gran esfuerzo lograban levantarle. — ¡Ya encontré! espere usted, que de eso sale una gacetilla... (Dictando):

Es un palo, es un barril
Que llevan dos infelices
Verdugos de las narices
En un paseo incivil.
Llaman *caballo* al residuo
Que sale de la prisión,
Pero es una maldición
Para cualquier individuo.
Es la fiebre, es el mareo
De los mismos alguaciles.
¡Vaya un chiste de candiles,
Vaya un chiste de paseo!
¡Y que nuestra condición
Quiere un tributo tan perro!
¿Por qué se lanza al destierro
En punto de la oración?
Benítez, si me comprendes
Y ves por nuestra fortuna,
Haz que entre las doce y una
Salgan ahuyentando duendes
Si no mandaré con flato
Un cólico á la prisión

Para vengar el olfato
Del Cura de Tamajón.

Pero no fué á Roma por la respuesta: un tal Garibay, atacado de provincialismo agudo, salió á defender á su tierra, cuyo honor creía que radicaba en aquel armatoste fétido y horrible. *La Opinión,* como se llamaba el periódico de Garibay, acometió á Prieto demostrándole que Monterrey olía bien porque México olía mal. *Fidel* le respondió con una moderación de que entonces dió muestras muy escasas:

Pues huele México mal
Y la disculpa es aquí,
Que huela México así,
Pequé como un animal.
Cuando á México imitares,
Endílguense tus deseos
A sus calles y paseos,
Pero no á sus muladares.

IV

Un día de esos llegó á la botica (en que ya estab[illegible] instalados Iglesias y Prieto apurando tragos del efíme[illegible] refresco) un sujeto de regular estatura, metido en carn[illegible] completamente rasurado y vestido con modesto traje [illegible] dril y zapatos de gamuza. En aquel sol, capaz de der[illegible] tirle los sesos á quien tuviera el cráneo más duro, c[illegible] aquel calor que licuaba las piedras y hacía sudar á los



—Santas y buenas noches, señores, dijo el lector dando la mano...

muros, el cristiano aquel venía leyendo un librillo que se echó á la faltriquera cuando divisó á la concurrencia.

—Santas y buenas noches, señores, dijo el lector dando la mano á los presentes.

—¡Gonzalitos! gritó Guillermo.

—¡Señor González! dijo Iglesias.

—¡Gonzalitos! exclamaron los dependientes de la farmacia.

Se acercó el sujeto aclamado, que por cierto olía pronunciadamente á almizcle, y luego de sentarse empezó á contestar las preguntas que le dirigían de todas partes.

—Gonzalitos, ¿qué es la flor de náuclea?

—Es la figura que hacen las aguas al abrir paso á un cuerpo duro, respondió el interpelado sin vacilar.

—Y ¿qué es privilegio rodado? interrogó Iglesias.

—Qué ¿no es aquel que estableció don Fernando I, en 1038 ó cosa así? Me parece que se llamaba rodado porque...

—Bien, bien, está usted al cabo de todo.

—Díganos usted algo sobre los apuros de Fr. Juan de Larios.

—¡Ah, sí! cuando los tobosos y los corales jugaron la vida del pobrecito padre en un juego de pelota...

—¿Dónde queda Rénais?

—¡En Bélgica, criatura!

Pero cuando dejó maravillados á todos fué al oirle

recitar de cabo á rabo un documento (cédula real ó algo por el estilo) contenido en la *Relación histórica* del Nuevo Santander, por Fr. Vicente de Santa María.

—¡Qué retentiva tan asombrosa! exclamó Iglesias.

—¡Colosal! dijo Prieto acomodándose los anteojos y admirado—él que nunca había sabido nada—de que alguien supiera tanto.

—Pero ustedes ya han puesto á prueba, dijo Gonzalitos, la memoria de este pobre médico de pueblo; ahora me voy á permitir hacer algunas preguntas á las lumbreras mexicanas.

—¡Por Dios, que á mí nada me pregunte! exclamó Guillermo denegando con la cabeza, los anteojos y la barba. Aquí á Pepe...

—¿Mi señor don José María? Sí, ya sé que le da quince y raya á este memorista chambón. Dígame, si me hace favor, algo de Mohamed XIV.

Explicó Iglesias lo que preguntaban y aun citó libro y página, y en seguida, á petición de Gonzalitos, dijo algunas escenas de una comedia de Bretón, el texto de una ley de partida, un artículo de Zarco, un discurso de Berryer y un texto de Cooper.

El auditorio estaba asombrado; pero como para dar fin á aquel fuego graneado en que no podía tomar parte, Guillermo preguntó:

—Gonzalitos, ¿es cierto que ha sido usted nombrado

miembro de esa orden de Guadalupe, que acaba de establecer en México don Maximiliano el intruso?

—¡Calle, hombre, calle! sí que es cierto; pero más hubiera agradecido que este nieto de Carlos V me hubiera mandado siquiera unos diez pesos para mi hospital. Las condecoraciones son buenas para quien las pretende. Prefiero tener atole para mis enfermos mejor que llevar al pecho la tal crucecita. Jamás me la pondré.



D. J. Eleuterio González

Se rieron todos de la ingenuidad del doctor, y como había trazas de que continuaran los *toros* históricos y geográficos, los mirones se arrellanaron en sus sillones, con sus vasos de gaseosa bien empuñados. De repente llegó una pobre mujer, que dijo dirigiéndose al doctor:

—¡Señor, mi enferma sigue peor!

—¿Peor? Pues voy á verla en seguida.

—¿Cómo? ¿Se va usted?

—Sí, criatura, voy á ver á la hermana de esta bendita

mujer: está con un flujo que da horror... Ya ve usted, esta mañana fuí á recetar á la esposa de Juárez, del Presidente de la República; ahora me toca esta desgraciada...

Y luego, dirigiéndose á la llorosa mujeruca:

—Espérame allá, que no me tardo un minuto... Pero no, aguárdate, que voy á darte una medicina para que se la apliques en seguida: son unas cucharadas, cosa buena, que la aliviarán en seguida; una cada hora...

—¡Pero si no tenemos reloj, señor Gonzalitos!

—Ni han de saber consultarle.

—Sí, señor, eso sí, que no siempre hemos estado tan dejadas de la mano de Dios.

—Pues entonces, toma el mío.

Y el viejo reloj de plata de Gonzalitos pasó á las manos de la pobre, como si hubiera sido un bicho vivo cuya respiración se escuchara acompasadamente, y también pasó algo que produjo el sonido del dinero, uno de los que primeramente aprende á conocer la criatura humana.

—Allá voy, hija; voy pisándote los talones. Hasta la vista, señores.

—Adiós, Gonzalitos, contestaron todos en coro.

V

—¡Curioso tipo este de Gonzalitos! dijo Prieto.

—¡Y qué mérito tiene! confirmó Iglesias.

—Jamás cobra nada á las gentes que cura, pobres ó ricos, exclamó uno.

—Y siempre da cuanto le cae á la mano.

—Dedica todo su tiempo á la caridad.

—Y á la enseñanza.

—Y á promover la unión.

—Es el médico de los pobres.

—Y de los ricos.

—Es el personaje más popular de Monterrey.

—Es un santo.

—¿Y no saben ustedes su historia? preguntó el dueño de la farmacia.

—¡Terrible historia!

—Cuéntela usted, dijeron los mexicanos.

—Se puede contar; se puede contar porque no tiene nada que no sea limpio y honrado... por parte de Gonzalitos. Gonzalitos se casó el año cuarenta y tantos. Ustedes deben de conocer á su mujer; fué aquella doña Carmen...

—¡Ah, sí, la hermana de doña Melchora!

—La querida de Arista.

—Por allí le vino el daño. Cuando el virtuoso Arista anduvo por aquí en cuarenta y seis, se prendó locamente de doña Carmen: todo Monterrey lo sabía, pero Gonzalitos lo ignoraba completamente. Un día salió don Eleuterio á sus faenas diarias; pero apenas llevaba andadas unas cuadras cuando advirtió que había olvidado un instru-

mento de cirugía; se volvió para tomarle, entró á la casa, y al empujar las hojas de la puerta de la cerrada alcoba, vió abiertas de par en par las del libro en que estaba escrita su deshonra... González fingió no ver nada; tomó lo que buscaba, salió á la calle y desde allá mandó por su cama, por sus instrumentos y por sus libros: la mujer y su amante quedaron libres y dueños del campo... Arista se llevó de Monterrey á su cuyo, y años después, una noche que Gonzalitos se encontraba en su casa, descansando de sus eternas tareas de hacer bien y aportar consuelo á los desgraciados, oyó que tocaban á su puerta, cosa que sucede una noche sí y otra también. Se levantó, le dijeron que había un enfermo grave en un lugar cercano á la ciudad, montó en el caballo que estaba preparado y emprendió el camino... En una chocita de los suburbios se hallaba herido gravemente el mismo Arista, su deshonrador, su enemigo, el que le había quitado lo único que poseía... Gonzalitos no pensó en matarle, ni en vengarse, ni en causarle daño ninguno: le curó lo mejor que supo, volvió dos ó tres veces hasta que dejó cicatrizada la herida que tenía el infame y se volvió á su casa más tranquilo de espíritu, más sereno, más igual de ánimo que había estado nunca... Años después, muerto Arista, la mujer procuró reconciliarse con Gonzalitos; pero él permaneció sordo é inexorable: no contestó una carta, no recibió á un comisionado, no quiso oir hablar más de la bribona...

Ahora, vive dedicado á querer á sus amigos y á sus discípulos y á hacer el bien á todo el mundo...

Alguien refirió las asechanzas que Arista había puesto á su salvador y el cristiano desprecio de Gonzalitos para su enemigo. Y cuando empezaba á pardear la tarde y á refrescar el tiempo, todos se retiraron á tomar aire á los asientos de la plaza.

VI

Vidaurri estuvo en lo justo cuando aseguró que Juárez no padecería riesgos entre los neoleonenses. ¡Qué riesgos iba á tener, si todo el mundo le adoraba! Salía del palacio todas las tardes, acompañado de sus dos ministros, Iglesias y Lerdo, tomaba las calles que hoy llaman de Escobedo y del doctor Mier hasta llegar al paseo de la Purísima, y allí permanecía un buen rato departiendo con sus amigos y hablando al parecer de cosas indiferentes. Los que se creían bien informados aseguraban que en esos paseos se discutían las notas que se mandaban al único gobierno que sabía hubiera gobierno republicano en México, al gobierno americano; que en esos paseos se discutían las notabilísimas *Revistas* de Iglesias y que en ellos se trataban muchas cosas relacionadas con nuestra situación. Así sería, pero lo probable es que esas juntas hayan sido exclusivamente amistosas, destinadas á dar

esparcimiento á los ánimos de quien tan abatidos debían de tenerles.

Y tanto más natural es creer que Juárez acudiera á los consuelos de la amistad, cuanto que acababa de enviar á su familia rumbo á la frontera, para hacerla llegar á los Estados Unidos. Fueron con ella el general don Pedro Hinojosa, que á tiempo había comprendido lo mal que había hecho uniéndose á Vidaurri, y el coronel don Jesús de la Garza, que mandaba una escolta que llevó á los emigrados con toda felicidad hasta el punto de su destino.

Prieto solía acompañar á los triunviros, y un día que se recibió un pliego urgente, Brambila se acercó al grupo y entregó el papel á su jefe. Le pasó éste al Presidente, y apenas le leyó cuando dijo sin inmutarse:

— Tenías razón; está muy cerca y hay que andar con prisa. Mañana salimos; á las tres de la tarde estaremos en camino.

— ¿Y si la acometida se apresura?

— No podemos salir antes.

¿Qué salida era aquella? No podía preguntarlo Brambila; pero no había caminado diez pasos cuando el primer conocido á quien encontró, — ya lo era todo el mundo, — le dijo con aire de misterio:

— ¿Conque tenemos bola?

— ¿Bola? No sé nada.

— Sí, hombre, no se haga de nuevas; Vidaurri y Qui-

roga están aquí, á unas cuantas leguas, traen tres mil hombres y es más que seguro que harán salir á don Benito.

—Tal vez.

—Lo va á ver.

Y en efecto, entre la gente ya se rugía que don Santiago y su segundo se acercaban á Monterrey, no se sabía si como amigos ó como enemigos del francés, aunque hacían presagiar lo primero unos papeles que los jinetes de Quiroga habían fijado en los suburbios del lugar.

Sin embargo, no todo era cierto en los tales rumores, pues el *Cíbolo* esperaba en Texas, pacientemente y sin que al parecer le importara gran cosa lo que pasaba en su metrópoli, que su teniente y fautor echara á Juárez para poder entrar él en posesión de la tajada.

El quince de Agosto amaneció nebuloso y aborregado, sin que las nubes se abrieran para más que dejar pasar rayitos de aquel sol legañoso, rayitos que á poco se convertían en lluvia de chipi chipi que enlodaba el piso y encerraba á las gentes en su casa. Desde muy temprano empezaron á oirse tiros en las afueras, tiros que por cierto ponían en grande alarma al jefe Prieto, que en verdad no cultivaba la baladronada ni la ronca.

—¡Pepito, Pepito, decía á Iglesias, aquí va á haber alguna sonada! Este bruto de Quiroga nos coge, nos aprieta el pescuezo y se queda tan fresco. Hay que salir á toda prisa.

—Ya sabes, respondía Iglesias con su tranquilo estoicismo, que el señor Presidente señaló para la salida el día de hoy á las tres de la tarde.

—Ya lo sé; pero tú no ignoras, Pepe de mi alma, que el que da la ley puede abrogarla, derogarla, modificarla y no acordarse más de ella. ¿Qué trabajo te costaría á ti, que eres tan justamente mimado de Juárez, acercarte y decirle con esa labia y con esa elocuencia que Dios te ha dado: «señor, vámonos; vámonos, señor, que si no, nos matan estos salvajes»?

—¡Pero te desconozco, Guillermo; por Dios que te desconozco! ¿Eres tú el que impidió el sacrificio de Juárez perorando á la soldadesca furiosa? ¿Eres tú el salvador de la Reforma, el que con su presencia de ánimo dejó maravillados á los mismos militares? O el autor de la naturaleza padece ó el mundo se acaba.

—No, Pepe mío, no, Pepe de mi alma; soy el mismo, no me han cambiado por otro; pero, hijo, tú, que sabes tanta psicología y tanta lógica y tantísimas cosas divinas y humanas, debes de saber también la causa de que yo que me crezco y peroro y causo asombro delante de las gentes, cuando sé que hay quien me oiga; á solas, sin espectadores y sin claque, me siento empequeñecido, acoquinado, sin fuerzas para levantar un dedo.

—Pues para tu gobierno te aviso que hoy por la mañana fueron á hablarle al Presidente Manuel Z. Gómez y

Benítez Pinillos pidiéndole por todos los santos del cielo que se pusiera en camino y les dejara á ellos dentro de la plaza. Esos buenos patriotas hacían observar que si caían en poder de los facciosos la persona de Juárez y su ministerio...



D. JULIÁN QUIROGA

—Eso, eso.

—Se malograría toda la defensa nacional y quedaríamos sin bandera...

—*Axcan*...

—Pues el tal Quiroga es capaz de cualquier barbaridad.

—Lo que yo venía diciendo. ¿Y qué contestó don Benito?

—Enseñó su reloj, que señalaba las nueve de la mañana; y estando citada la salida para las tres de la tarde...

—¿Y qué objeto tiene eso?

—Demostrar que el Gobierno se retira de Monterrey porque así conviene á los intereses públicos, no porque le echen unos cuantos facciosos.

—¿Y sabe quién es Quiroga?

—¿Que si lo sabe? Sabe que es el hombre más cruel de los muchos crudelísimos que andan ahora con las armas en la mano.

—Junto á él Márquez es un niño de teta.

—Sabe que fusila á los soldados que se cansan.

—Y á las galletas que siguen á sus hombres.

—Sabe que mató á un hijo suyo porque no cumplió escrupulosamente una orden que recibió.

—Cuelga á los hombres vivos, cabeza abajo, en los árboles de montes aislados, y allí les deja para que se mueran de hambre y de fatiga.

—En una ocasión trató de matar á Domingo Martínez porque resistió á una orden suya.

—Fué menester que Garza García le defendiera para que el atentado no se consumara... ¿Y qué dice Juárez?

—Enseña el reloj para probar que todavía no es la hora señalada.

A la una las calles de Monterrey eran un maremágnum: gritos, confusión, azoramiento, gente asomada á las ventanas, jinetes de blusa roja recorriendo las calles en caballitos lustrosos, con el rifle á la bandolera y sacando chispas del empedrado; carruajes que parecían viejos señorones gordos y reverenciosos, atravesando las calles con el movimiento de sus sopandas de cuero; oficiales con uniforme dando disposiciones á voz en grito:

perros chillones, soldaderas cargadas de ollas y de jaulas, y muchachas y viejas y bobos...

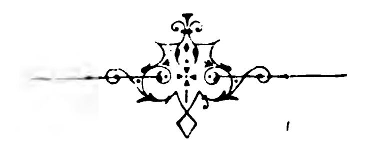
Cerca de las tres había una inmensa aglomeración de gentes por el Palacio que habitaba Juárez. Al principiar la calle aparecieron cosa de veinte montados, y el pánico se extendió en un momento: el cerrar de puertas que parecía cañonazos, el grito de «no corran que son pocos», los silbidos de la muchedumbre y los tiros que empezaban á disparar los de á caballo, pusieron espanto en el ánimo de los mirones y les hicieron marchar más que de prisa.

En esos momentos aparecieron los coches poco á poco, uno con mulas blancas, en que se sabía iba Juárez, otro con tiro alazán, dos cargados hasta los topes con papeles y equipajes, y á caballo muchos empleados, algunos oficiales y unos cuantos ordenanzas. Los de Quiroga se acercaron con más furia, engrosaron su número en un decir Jesús é hicieron fuego sin ton ni son. Las balas pasaban silbando cerca de los carruajes, rozaban los pencos, herían á alguno de los rezagados y la comitiva seguía á su paso, como si legalmente no debiera darse cuenta de aquel desafuero.

Brambila, que era de los de á caballo, sentía ya que una de aquellas balas cónicas, especialidad fronteriza, entraba, le taladraba la piel y le dejaba en el sitio; pero cuando iba más espantado vió venir á toda rienda un

grupo de soldados que rodeó los carruajes, mientras el resto seguía la calle dispuesto á escarmentar á la canalla. Era la Guardia de Supremos Poderes, que mandaba Meoquí, y que alejó por un buen trecho á los vidaurristas.

Esa noche durmieron en Santa Catarina, y el diez y seis, cuando aún no salía el sol, se oyeron más tiros, hubo otra alarma, y fué menester que salieran los de la escolta á alejar á los enemigos, lo cual consiguieron con sumo trabajo.





CAPÍTULO IX

El desierto

I

La comitiva aquella no tenía semejanza con nada conocido: no era un ejército en marcha, porque le faltaban los soldados y las armas; no era una caravana pacífica, porque los que la componían llevaban á veces restos de uniformes; no era un convoy de traficantes, porque no había las provisiones de agua y de víveres que transportaban los que solían viajar por el desierto: tenía de todo; pero más tenía de tropa derrotada, de comitiva cogida por los bandoleros y de familia que escapaba á un desastre, á un terremoto ó á un incendio en que hubieran quedado entre los escombros y las llamas las ropas mejores, los muebles, las acémilas y el dinero.

¡Qué macabra procesión! Había grupos de hombres á

pie, de mujeres con el pecho al aire, de chicuelos asombradizos, de soldados sin armas, de caballerías cogidas del diestro, de coches desvencijados, de carros hechos trizas, de familias que lloraban y de hombres... que lloraban también pidiendo á Dios que llegaran los franceses, que hubiera una batalla, que les hicieran prisioneros y que aquello terminara de cualquier modo.

¡Y qué gracioso alarde de confianza encerraban aquellas frases de Juárez rehusándose á salir de Monterrey como si fuera un fugitivo, y haciendo creer que sólo se trasladaba á otro lugar porque así lo exigían las necesidades de la defensa nacional! No, hay que decirlo claramente; aquello fué una huída, en que el polvo que levantaban los pies de los fugitivos iba apagando hasta el último rayo del lucero de la esperanza, que antes les había sonreído. Todos los días se sabía de nuevas defecciones, de nuevas derrotas, de nuevos cambios, de las nuevas raíces que iba echando en el suelo el árbol plantado por Almonte y Napoleón III; pero ellos, los juaristas, seguían su camino, seguros de que no podía ser eterno el triunfo de la iniquidad sobre el derecho.

De Santa Catarina pasó el Gobierno á Santa María, y desde allí encontró un paisaje más terrible aún que el que había traído de San Luis. Las grandes magueyeras, que parecían panoplias llenas de espadas que amenazaban al cielo, á la tierra y al abismo; los enormes cactus con su



— Y el desierto era en verdad, altivo, temeroso, inatacable, fortificado...

roja fruta y su flor abierta como corazón sangriento; los chaparros que solían darle severidad al paisaje, pero que al fin constituían un paisaje, habían desaparecido del todo, habían ido achicándose, perdiéndose, ocultándose en el centro de la tierra, y sólo quedaba una inmensa extensión, una extensión arenosa, pelada, triste y solemne que infundía pavor en las almas de los esforzados.

—Entramos en el Desierto; sea por Dios, dijo Guillermo: que El nos muestre la tierra prometida.

Y el desierto era en verdad, altivo, temeroso, inatacable, fortificado en su misma rudeza, en su misma solemnidad, en su misma sencillez. Caminaron todo el día, los de á caballo sufriendo los saetazos de un sol que defendía sus dominios con la furia de quien encuentra que se viola lo que le pertenece; los de los coches sufriendo el calor y el polvo.

Brambila solía ver que una nube envolvía los carruajes, les rodeaba, les ocultaba de la vista y hasta parecía conducirles y levantarles en alto, y cuando se acercaba al que conducía á Cristina y á la familia de Prieto le recibía una nube de polvo grueso que sin defensa se introducía por los ojos, narices, boca y oídos, produciéndoles una irritación espantosa, un escozor vecino de la locura. Nacho, el niño, dormía con la cara amoratada y los ojos medio abiertos, como si estuviera más aletargado que en reposo.

Al despertar lloraba desconsoladamente, como si sintiera un gran dolor interno.

—¿A qué hora llegaremos á la jornada? preguntó Cristina en medio de su cansancio.

—Ni siquiera sé si aquí hay jornadas ni dónde se descansa.

—¡Qué angustia, Dios mío! decían las señoras limpiándose el sudor que les llenaba el rostro.

—¡Adelante, adelante! decía alguno más animoso. ¡Adelante! que no tardaremos en encontrar asilo.

Pero no había tal; la landa inmensa seguía por leguas y leguas hasta perderse de vista; el lomerío, de lomas bajas y estériles, semejaba las ondulaciones de un mar eternamente en calma; y los miles de millones de corpúsculos que el sol tenía cuidado de pulir y abrillantar mostrando las fases que hirieran más los ojos, brotaban con el casco de los caballos, se difundían por los aires, y al cegar la vista parecían una lluvia de diamantes que descendiera á la tierra en cristalizaciones caprichosas y no imaginadas nunca.

La repentina salida de Monterrey hizo que se olvidara ó se descuidara mucho lo de matalotaje, y el agua, que todo el mundo ansiaba sorber para calmar un poco la opresión y el bochorno del mediodía, nadie se figuraba dónde iba á hallarla, pues la falta de lluvia tenía secos todos los arroyos y veneros del rumbo.

Así siguió caminando la caravana sin encontrar punto de sesteo, y cuando el sol dejó de lanzar sus dardos y se extendió sobre la tierra una poca de paz y de frescura, hombres y bestias descansaron en una ranchería casi abandonada, en que apenas habitaban los dos ó tres viejos que los indios habían respetado en sus correrías.

Como si el sol hubiera ido sólo á llenar su aljaba con más crueles y enherboladas flechas, salió al día siguiente cuando menos lo esperaban los viajeros. Pero no salió como suele salir en el campo, entre nubes rosadas, alegre, plácido, rompiendo en la altura doseles de estratus en que se confunden el amarillo paja con el verde claro, y en el suelo el aljófar menudísimo que llora la noche sobre la hierba lozana y perfumada. No le acompañaron en los árboles las arpadas lenguas de los pajarillos, ni en las chozas el canto de los gallos y la bendita columna de humo que anuncia se cuece en el hogar el bendito pan del trabajo. Salió de pronto, cruel, inexorable, rojizo, como si hubiera sido un escudo puesto en un horno hasta tomar el color del bronce candente.

Y desde esa hora empezaron el tráfago, el agigolón, el ir y venir, el obsequiarse los amigos con un trago de agua que quemaba por caliente y repugnaba por corrompida, ó con un trago de alcohol que quemaba más la sangre y provocaba nuevas y terribles fantasías; el aderezar

mulas y caballos y el montar á toda prisa para evitar la fuerza del calor.

A las cinco y media, entre lamentos de señoras, llorar de niños, renegar de arrieros, alabados de la soldadesca y órdenes de los jefes, la comitiva se puso en marcha con relativo desembarazo. La jornada, no hay para qué decirlo, fué todavía más penosa que la anterior; pero cuando descansaban los viajeros á la sombra de unas paredes viejas que la suerte les deparó, vieron venir á toda rienda á un sujeto que por los cordones y las charreteras del uniforme parecía militar, y paisano por la gorrita de fieltro que le cubría el rostro.

— Es uno de los de la escolta, dijo Iglesias.

— ¡Es Lalanne, el coronel Lalanne! exclamó Guillermo.

Y Lalanne era, en efecto, que llegaba portador de un mensaje que dijo en voz alta:

— Señor Presidente, el señor general González Ortega manda decir á ustedes que si se apresuran un poco dormirán en la hacienda de Anhelo, donde les tiene preparado alojamiento.

Como si hubiera sido un espolazo, los ánimos aplanados se sintieron llenos de confianza, los semblantes mustios se alegraron y hasta las bestias, que parecían haber oído y entendido el mensaje, empezaron á caminar con un brío de que hacía tiempo no daban muestra.

Y en efecto, allí estaba la hacienda, tras una loma, en

medio de aquel paisaje árido y triste; pero convertida en un vergel en que la verdura mostraba su nota alegre y refrigeradora, en que brotaban las flores y corría el agua y se palpaba la vida.



La primer visita fué para la huerta, que era un oasis en medio de aquellos arenales inmensos: las manzanas se ostentaban rojas, cristalinas, incitantes, como mejilla de doncella; los melocotones, gordos y amarillentos como rostros enfermos de mal de costa, mostraban su vello que hacía estremecerse á los nerviosos; los limones, ocultos entre las hojas verdes del árbol y confundiéndose con ellas, daban idea del frescor y la humedad más agrada-

bles; y granadas de rojos granos y corteza que parecía docto pergamino, perones, higos, albérchigos y sobre todo uvas como ojitos verdes que espiaran entre las hojas, deleitaron á los pobres y rendidos excursionistas.

Saquearon la huerta en menos que canta un gallo, y cuando volvieron con racimos de uvas que habrían dado envidia á los que llevaron de la tierra de Canán los mensajeros hebreos, sólo Juárez y sus ministros se rehusaron á comer aquel regalo. Hasta el austero Balcárcel cogió un racimito y le saboreó hasta el fin murmurando con deleite: *dulcia vitia, dulcia vitia.*

La comida, para la cual se habían reservado los jefes, no fué tal como la hacía presagiar la esplendidez de la huerta: un zancarrón que no se supo nunca si fué de ave ó de cuadrúpedo, de pez ó de fósil, de cosa viva ó de cosa muerta, les dió que hacer durante un largo espacio. Al fin, cansados de majar en hierro frío, arrojaron el zancarrón por la ventana y comieron unos frijoles parados que daban la hora.

Al caer el zancarrón fué á dar cerca del licenciado Caballero y del coronel de la Fuente; hicieron lo que les fué posible contra aquella roca disfrazada con aponeurosis y tegumentos y la arrojaron al suelo. De allí la recogió Brambila y la llevó á Cristina, regocijándose y tomando á chacota el paso. Los chicos salieron un poco mejor librados en su busca de elementos nutritivos, que tanto pueden el hambre y los dientes jóvenes.

Brambila se reía mientras buscaba hililos de cualquier cosa digerible en aquel zancarrón que parecía el legendario de Mahoma; pero más se reía viendo á Juárez, Iglesias, Lerdo y Prieto sentados á una mesilla que parecía de las que se ponen para los niños en los días de banquete, y al administrador de la finca repitiendo á más y mejor:

—¡Qué comida tan opípara!, ¿verdad, señor Presidente?

Pero ni Brambila ni ninguno de los de la compaña se libró de un caso terrible y que para relatarse exigiría el numen rabelesiano: las uvas hicieron oficio de purgante, y la jornada de Anhelo tuvo que retardarse varias horas. Balcárcel salió de su imperturbabilidad; Contreras Elizalde suspendió una conferencia sobre el artículo 5.º ó el 6.º del Código fundamental; se agravó el general Ortiz y Zárate, y hasta Guillermo Prieto se puso enfermo, y en medio de los retortijones de tripas y de los crujidos de dientes decía á su adlátere:

—¡Tenía razón este bendito administrador; tenía razón que le sobraba!

—¿Y por qué, señor?

—Sebastián Lerdo le preguntaba si había muchos bárbaros por aquí, y él respondió sin vacilar: «Claro que hay, sí, señor; claro que hay muchos bárbaros; pero... ustedes son más»... Con lo cual, aunque quería decir que

podíamos contra los bárbaros, porque éramos más que ellos en número, en realidad nos dijo que éramos más bárbaros que los tales... Que era lo que se quería demostrar.

II

Desde Anhelo se resolvieron los viajeros á abandonar el camino de Monclova, que habían seguido hasta allí, tomando el lateral de Parras. González Ortega quedó encargado del mando de una pequeña escolta, y aunque tuvieron amagos de ataque por parte de una columna francesa, continuaron sin novedad por villa de Viezca, Laguna de Matamoros y Santa Rosa.

Una noche, en las Tinajas, en el riñón del desierto, donde quizás nunca había llegado noticia de que existieran presidentes de la República ni gentes que ejercieran mando en México, y donde de seguro no pudo pensarse que pasaran jamás los grandes de la tierra aunque fuera fugitivos y errantes; una noche vieron los de la comitiva subir las sombras con religioso fervor.

Porque en el desierto no viene la noche como dice el poeta: «sencillamente, cuando el día se retira»; no, en el desierto, cuando en el cielo muestra todavía el sol su abanico variopinto, en que riñen lucha cruel las tintas moribundas y los colores chillones, la noche sube de la tierra, sube como si estuviera acurrucada detrás de los

matorrales, dentro de los barrancos, á la vera de las abras temerosas y bañándose en el líquido putrefacto de los pantanos, de donde sale la malaria traidora y asesina.

La jornada se había rendido con gran esfuerzo; las bestias se revolcaban en la arena del suelo, para enjugarse el sudor de la caminata y para calmar la comezón que les producía la picadura de los tábanos; los hombres se agrupaban en reuniones sigilosas que se confundían con los pretiles y las rocas, y la paz que se extendía en aquella inmensa extensión, era más triste y más temerosa en su soledad que si hubiera estádo preñada de enemigos.

Juárez se estuvo contemplando el cielo en que brillaban las estrellas como clavos de oro que sujetaran una colgadura fúnebre; pero á poco, acostumbrado á la obscuridad, distinguió grupos de gentes que iban y venían comunicándose al oído algo que parecía una contraseña. El Presidente llamó á Prieto y le encargó que averiguara qué significaban aquellas reuniones que parecían subversivas.

—¿Qué es esto, muchachos, dijo Prieto interpelando á los más próximos? ¿Qué quieren decir esta bola y este silencio? ¿Se han vuelto frailes capuchinos ó están en la muda? A cantar, hijos, á divertirse, á sacudir el fastidio, que es una contracaridá pasar los trabajos que pasamos en el día para hacer en la noche cara de herrero mal pagado.

—Pos don Guillermo, pos, güero, respondió resueltamente el más viejo y el que parecía de más autoridad entre los reservados; ¿cómo quiere su mercé que estemos contentos los pobres Juanes, no teniendo ni paga, ni comida, ni siquiera un trago de refino?

—¿Paga? Pero ¿para qué quieres paga si no hay en qué gastarla? ¿Comida? Comes como el Presidente de la República, como los ministros, como el mismo Contreras Elizalde, á quien le llaman el Parisiense porque ha vivido mano á mano con los reyes y los príncipes de las Europas... En cuanto á beber, tú y tus amigos beben más que nosotros. Apenas hay un trago y Juárez dice: «para los soldados, para la gente, para la escolta». ¿Quién se bebió hace dos días una damajuana de coñac? ¿Quién acabó con una caja de vino tinto, al grado que apenas alcanzaron un dedalito el general Ortiz de Zárate, Espinosa de los Monteros, Manuel Izaguirre y las señoras de la comitiva?

—Pos nosotros, jefe, contestó el *Juan* relamiéndose los bigotes.

—Pues entonces ¿de qué se quejan? Que pasen ocho ó diez días y habrá abundancia y habrá dinero y habrá comida y bebida... hasta tentárselas.

—Bueno, güero, pero eso tarda, y mientras...

—Mientras, nos aguantamos; ¿para qué somos hombres?

—Pos pa sufrir.

—Pos pa sufrir, está dicho: vámonos estando firmes, al fin que no son éstas penas del infierno...

Y luego comenzó Guillermo á consolar á los muchachos hablándoles de la patria invadida y del francés triunfante y del papel que ellos desempeñaban y de la necesidad de mantenerse fuertes y de no ceder jamás. Y con aquellas exhortaciones patrióticas y con aquellas voces de cariño, cuentos, narracioncillas picarescas, harapos de la túnica de Scherezada, despojos de Perrault, de Walter Scott, de Dumas y de Hugo; pero aderezados con la salsa de aquella imaginación rica y brillante que tomaba como materia prima los cuentos de viejas, las imaginaciones del vulgo y las tonterías y las mentiras del populacho. Y los soldados, aquellos mismos que reclamaban prest, vestuario y rancho, empezaron á agruparse cerca del narrador, á dirigirle cándidas preguntas, á interesarse en las desventuras de los Calendas, en la suerte de Robinsón, en la vida de la emparedada ó en las tristezas de la hermana Ana.

Poco á poco se fué apagando la voz de Guillermo, los soldados fueron cayendo dormidos en posturas de niños á quienes sorprendió el sueño lejos del regazo de su madre, y á poco se oyó un solo, grave y sonoro ronquido que respondió en vez de aplausos y aclamaciones de admiración á la voz del que contaba. Cuando les dejó bien dor-

midos, Guillermo se alejó de puntillas, como la madre que no quiere distraer el sueño de su criatura.

III

Un día que había sido excepcionalmente caluroso, caluroso hasta producir insolaciones; en que los viajeros ansiaban ya, no una fuente de agua, sino siquiera una nube que les salvara de aquel sol implacable que brillaba en toda su redondez en el cielo límpidamente azul, la noche les cogió en el cañón de un río que habían tomado como índice de su camino.

Tan pronto como determinaron quedarse en tal sitio Juárez mandó recoger á todos los soldados enfermos de cansancio, de insolación, de hambre y de sed: desgraciados había que quedaron resueltos, impasibles, sin recordar nada de su persona, con la cara al sol, mirando fijamente el despiadado globo de fuego, decididos á no dar un paso más, y á quienes era preciso levantar como si fueran cuerpos difuntos; otros lanzaban chillidos, ensayaban cabriolas, se golpeaban contra los paredones del sendero y luego se quedabán inmóviles, idiotizados, sin hablar palabra, y otros, en fin, buscaban alguna sombra metafísica — la sombra de algún chaparro pelado ó de alguna quiebra del camino — y allí se quedaban con el fusil al lado, respondiendo á todas las preguntas y á todas las

exhortaciones con palabras incoherentes y con la mirada vaga en que solía pasar la lucecilla fatídica de la locura.

Los del Gobierno se aderezaron lechos en el interior de los carruajes; los soldados durmieron en las arenas de aquel río, que á la hora del sol parecían de cristal fundido y en la noche eran de carbón ardiente; los arrieros *jatearon* en una pequeña hondonada, y la obscuridad cayó sobre aquella gente angustiada que, como decía Prieto, llevaba en su ser el dolor como si fuera una espada metida hasta los riñones.

A media noche, cuando todos descansaban rendidos de la fatiga y del sobresalto, oyeron los que estaban dentro de los coches y sintieron los que dormían en la arena el trotar de muchas bestias que corrían en carrera loca y desesperada. Creyeron por de pronto en alguna invasión de bárbaros, pensaron luego en alguno de esos terrores nocturnos que suelen padecer los animales, sujetos á las mismas alucinaciones que los hombres, y al fin vieron venir enloquecidos, asustados, furiosos, á los pobres soldados que dormían río arriba y que gritaban á grandes voces:

—¡La creciente, la creciente!...

—¿Qué dicen? preguntó Juárez contemplando á aquellos infelices que apenas se daban á entender con aquellas sus voces de espantados.

—Es la inundación, señor, repuso Balcárcel; nos ha-



llamos en la corriente de un río y debe de venir crecido por alguna tormenta de las montañas.

Los cocheros habían sacado ya los carruajes fuera del cauce, los hombres se habían puesto en salvo y las bestias empezaban á recogerse en medio de aquella obscuridad que por primera vez se alegraba con un hálito de frescura.

Apenas era tiempo: la inundación vino arrolladora, furiosa, tapando primero los montículos blancos que

se distinguían en el centro del río, llenando después los bordes del barranco y rebasando sobre la orilla con chapaleo intermitente y temeroso.

Toda la noche transcurrió en buscar á los perdidos, en dar trazas para continuar la marcha y en comentar los riesgos que cada uno había corrido.

IV

En el informe montón de cosas y de personas que formaba la comitiva — papeles, muebles, batería de cocina, jaulas de loros, baúles repletos de naderías y mundos llenos de correspondencia de Estado — ministros, generales, escribientes, simpatizadores, agregados, médicos y familias que huían de temor á Vidaurri ó de temor á los indios — entre ese agregado incomprensible se destacaba el coche que ocupaba la familia de Espinosa de los Monteros y en la cual venía el señor don Juan Arias, partidario acérrimo de Juárez y excelente sujeto que, aunque un poquillo raro en sus maneras, profesaba el más acendrado republicanismo.

Un día llegaron los fugitivos á la hacienda del señor Zuluaga, en medio del campo yermo y despoblado, rodeada de árboles y viñedos, que en aquella tristeza daban idea de las venturas del cielo vistas desde la eterna gehena donde el gusano no muere y el fuego no se apaga.

La gente llegó alegre y contenta; los soldados pusieron las armas en pabellones, y en un cuartito que se les destinó — pues la casa estaba cerrada y no quiso Juárez que se incomodara á nadie ni que el administrador se expusiera á que le riñeran — se metieron los señores del Gobierno.

Brambila se reunió con Contreras Elizalde, el Parisiense, y recorrieron juntos la bodega llena de enormes pipas, la huerta, el lagar, los terrenos cercanos y las azoteas de la finca. Contreras era tipo gracioso: rubio, adamado, correcto, fino, siempre de guantes, siempre de punta en blanco como si tuviera que seguir á una griseta en el boulevard de los Italianos, era, sin embargo, la figura del demagogo temible, siempre vomitando injurias contra todo poder constituído, en un español trufado de francés que daba risa por gracioso y por impertinente. Porque, en efecto, de aquel *muscadin* se aguardaban piropos á las mujeres de hombros desnudos, en los salones tapizados de raso; pero ¿quién iba á pensar que caballero tan fino y tan perfecto podía beber, cabe la guillotina, sangre caliente de aristócratas?

Elizalde se encontró á un grupo de soldados y con ellos puso cátedra explicándoles cómo no hay en el mundo cosa superior á los derechos del hombre, hierba betónica que cura las dolencias de este mundo y del otro.

— Sabed, explicaba Contreras, que sobre la sujeción

militar, sobre la disciplina y sobre la subordinación al gobierno á quien se sirve, está la libertad del hombre, dueño y señor del mundo. *Prima* el hombre sobre el patriota; *prima* el hombre sobre el soldado; *prima* el hombre sobre el partidario de este ó aquel credo político, religioso ó económico.

Y se extendió luego en las afirmaciones de un fourrierismo seductor por lisonjero é intangible, por vago y aéreo.

Brambila, por su parte, se metió también á diablo predicador y habló de la libertad de amar que debía tener el republicano.

— Si no tenemos libertad de escoger la hembra que nos guste, no hay libertad. Me río de la libertad que consiste en elegir diputados ó gobernadores. No, en la libertad de querer está el toque.

Y los soldados reían sin parar, encontrando aquello muy justo y muy gracioso.

Pero al fin, cuando Arias tomó la palabra y dijo tantas y tan incomensurables herejías como hacía presumir su poco juicio, Contreras y Brambila tuvieron que combatirle rogándole que no desmoralizara á la tropa.

— ¡Mochos, sacristanes, más que mochos!... ¡Hijos de la tiznada! Creen que á mí me imponen leyes y me hacen creer en tonterías. ¡Fuera de aquí, beatos! ¡fuera, santurrones! ¡fuera, braguetas persignadas!... ¡Hipócritas, sinvergüenzas, pícaros, indecentes!...

Y cogiendo una piedra de las que el patio estaba guarnecido echó á correr tras de Elizalde.

Todavía le oyeron gritar, por insultar á Elizalde, los versos de un chispeante sonetillo que le había dedicado meses antes un saladísimo poeta:

«Yo no soy que un patriota sin mancilla
Que á la Cámara viene siempre en guantes»...

. . . .

Y á los soldados:

—¡Vénganse, muchachos, que yo sé dónde está lo bueno!... Aquí tienen vino hasta hartarse... Cuando hay modo, hasta el codo; ya saben.

A poco empezaron á oirse golpes furibundos, gritos, algarabía y desorden.

—¡Entrénle al vino, muchachos! gritaba Arias furioso.

—¡Vamos á los aguardientes! decían los soldados sacudiendo las fortísimas puertas de mezquite.

Y las puertas apenas se meneaban, apenas devolvían por cada golpe sonido de herraje apagado y tenue que repercutía en las bóvedas de la sala inmensa.

—¡Abajo las puertas! gritó uno tendiendo el fusil.

—¡Abajo las puertas! dijo otro disparando el arma.

—¡Aquí está una palanca! vociferó un tercero arrastrando con trabajo un morillo que parecía viga de marca.

Y luego, duros y continuados, se oyeron los golpes del madero, que haciendo crujir la puerta consiguió que a

fin saltaran los herrajes y se abriera una hendedura por donde cabía la mano de un hombre.

— ¡Adentro y al centro! ladraron los que hacían punta hiriéndose las manos con los fierros de la vieja y cincelada cerradura.

Y la ola de furiosos, incontenible y audaz como la de la inundación que acababa de ocurrir, entró á la sala que parecía una catedral con sus techos de bóveda, con sus altos muros, con su pavimento enladrillado y con la luz tamizada que entraba por las claraboyas esparcidas aquí y allá, como ojos que espiaran furiosos á las pipas ventrudas, ceñidas con cotillas de hierro y goteando en cántaras de loza morena; á los cascos de barril aglomerados sin discernimiento y á las botellas alineadas en formación, como ejército que marcha al asalto.

Una ola de aire frío, confinado y denso azotó el rostro de los que llegaban; huyeron las ratas, que habían tomado el alboroto de la soldadesca por los ruidos familiares en aquel edificio que les pertenecía por juro de heredad, y penetraron los primeros amotinados, que no tardaron en verse seguidos por cien hombres ó más.

— ¡Aquí está el de las verdes matas! dijo uno del interior abalanzándose sobre una barrica y confundiendo el vino de uva con los aguardientes de maguey que habían sido la materia prima de su destete.

— ¡Ay, negrito de mi alma! exclamó un soldado.

Y abriendo la llave de un barril, pegó la boca tragando satisfecho á grandes sorbos.

—¡Quítate, sinvergüenza, que ahora me toca! gritó uno de gran cicatriz en el rostro, tirando de los cabellos al que estrechaba la panza del barril como si fuera la cintura de una mujer amada.

Y en el trajín de arrebatarse la espita que arrojaba el vino, éste se derramaba en el suelo, produciendo el rumor de una canal al chorrear contra las losas y el espectáculo de una inmensa arteria que se vaciaba de su rojo contenido.

Viendo que los grifos eran pocos y que los interesados eran muchos, comenzaron éstos á disparar tiros contra los barriles, y á los conductos que se abrían, los ávidos pegaban las bocas sorbiendo con todas sus fuerzas. De resultaron heridos de bala por esta manía de abrir bitoques extraordinarios; muchos habían resuelto á cachetes las cuestiones pendientes; varios estaban por el suelo bañados en sangre y ahogados por el vino, y aquellas cosas unidas á la obscuridad, á los gritos, á las injurias vociferadas en voz alta y al regurgitar de los ebrios, producía un terror que se metía hasta los huesos.

—¡Miren, miren ahora cosa buena! gritó el pobre Arias asomándose á la puerta de la bodega.

Y les mostró el coche que le había traído, ardiendo en medio del patio é iluminando aquella noche más negra



iendo que los grifos eran pocos y que los interesados eran muchos...

que la tinta: la tablazón, el hule, los paños, el cuero, la ropa y las maletas se consumían alzando llamas azulosas, y el loco se entretenía en saltar á su vera, como los chicos saltan las luminarias de San Juan.

Elizalde, Prieto y Brambila fueron los primeros que llegaron, y éste, con gran riesgo de su vida, quitó á dos soldados los fusiles con que se entretenían en hacer fuego contra el loco, que impasible seguía brincando á la luz del carruaje ardiendo.

Juárez quiso ir á sofocar el escándalo, pero sus amigos no le dejaron y fué menester que Negrete le ofreciera que todo concluiría al punto y que se le llamaría en caso de que continuara el alboroto, para decidirle á no salir y poner en orden á la canalla.

El pobre Arias, quizás por la agitación, quizás por una mojadura que cogió esa noche, ó quizás por todo junto, contrajo una pulmonía que le mató. Tres días después expiraba en medio de un gran campo matizado de flores amarillas y le llevaban á enterrar á Mapimí.

V

De Mapimí salió el Gobierno para las haciendas de la Goma y la Loma y luego para la Noria Pedriseña, donde descansó.

Es ó era la Noria Pedriseña una vieja hacienda de

beneficio, puesta en medio de una serie de lomas que se desarrollan como vejiga del suelo, como ampolla natural que brotara al impulso de las aguas; y todo tan pelado, tan estéril, tan triste, tan solo, que infunde pavor al más valiente.

No hay un corral en que la vacada muja alzando al aire sus finos belfos; no hay una troje que muestre los granos amarillentos por entre el umbral y las hojas á la puerta; no hay una parvada de gallinas que haga la corte á un gallo desdeñoso, ni una carreta alza al aire su mástil que parece una cruz, ni ladra un perro, ni un peón se acerca con la cabeza cargada de hierba olorosa, ni hay, en fin, señales de vida.

Tres lienzos de cerca, unos cuartos con puertas bajas, una noria y la casa de la hacienda; esto es todo.

La comitiva se acomodó con holgura en el patio inmenso. Los jinetes, contaba después Guillermo, desensillaban sus caballos y les dejaban sueltos sacudirse y revolcarse; los sirvientes acarreaban cofres y maletas á los cuartitos; la mayor parte de los viajeros declaraban alcoba la primera desigualdad de la loma que se les presentaba, y con el sombrero por almohada y un pañuelo amarrado á la cabeza se entregaban al sueño, y las soldaderas heroicas, seguidas de sus flacos perros, atravesaban en todas direcciones, con sus sombrerotes, sus chaquetas de lienzo en que embutían los brazos, sus zapatones

despedazados y sus enaguas en que flotaban alegremente los hilachos á cada movimiento rápido y garboso de su belicosa propietaria.

La noche sosegó á los que se movían, y como á las once, Guillermo, que velaba, notó agitación entre los grupos de soldados y corrió con Juárez á avisarle el caso. Don Benito se levantó en seguida y le ordenó á su amigo que investigara la causa de aquel movimiento.

Guillermo encontró á los *Juanes* rascando por el suelo, con afán desusado.

— ¿Qué es eso, muchachos? ¿qué buscan? preguntó el poeta.

— ¡Miren, dijo el soldado, aquí está el güero!

Y todos los del grupo le rodearon.

— ¡Aiga! dijo uno, ¿pues qué, no sabe en el día en que vive?

— ¿Pues qué sucede?

— Que esta noche es la noche del grito. ¿Qué, nada le dice su corazón?

— Cierto, hijo, exclamó Prieto avergonzado de su olvido.

— Noche divina, güero, la noche del *tata Cura;* pero ya lo ve, por más que buscamos y rebuscamos no hallamos ni hebra de ramitas para una mala luminaria.

— Vamos á buscar.

Y los soldados renovaron sus diligencias.

—¡Bravo dolor... eso de dejar de celebrar el grito!... ¡Si todavía nos acobijamos con la patria!

—¡Tiene, razón!...

Y el sentimiento que animaba á aquellos soldados era tan enérgico y tan tierno que habría conmovido á las piedras.



La buena diligencia de aquellos pobres, aunque desarrapados patriotas, concluyó por encontrar unas cuantas rajitas de leña, que empezaron á encender con verdadero brío soplando con boca y narices, como si hubieran sido ángeles de colateral de los que la fantasía de los alumnos de don José Churriguera puso siglos ha en las viejas

construcciones, con algún caracol marino, con algún instrumento músico ó con los carrillos hinchados para que pareciera que cantaban.

A poco una llamita azulosa, temblona, vacilante, que parecía fuego fatuo, iluminaba el patio, antes sumido en densas tinieblas. Juárez estaba en pie, metido dentro de un capotillo con esclavina que le daba aspecto clerical. La gente toda se había ido levantando, primero los señores, los diputados, los ministros, los generales, los empleados de alto coturno, y al fin los covachuelistas como Brambila, embozados en el poncho, zarape ó frazada que le deparaba su buena fortuna, asombrados, risueños, enternecidos en parte preguntándose el objeto de aquello que parecía una conspiración, en parte dándose por enterados de que aquélla era la noche más bella de toda nuestra vida de pueblo que ha batallado por su existencia libre y la prefiere á cualquier otro bien pasado ó presente.

Como si la llamita temblona y azulosa hubiera sido una evocación, las ventanas de la cuadrilla empezaron á iluminarse y á aparecer cortinas formadas de sábanas, de ponchos y de sobrecamas; Juárez armó á toda prisa un tinglado que daba la hora, con una mesilla paticoja, con unos cuantos trapos recogidos aquí y allá y con unos clavos de los que habían sujetado los cajones que había traído la comitiva; una tambora empezó á gruñir imitando

á veces al cerdo en la zahurda, á veces á la tempestad en el monte y á veces al rodar de los armatostes de un monumento dentro de las naves de una catedral. Negrete acababa de sacar de su baúl un riquísimo zarape del Saltillo, verde, blanco y rojo, con su águila respectiva parada en el nopal, destrozando á la víbora que yacía vencida y sojuzgada.

Y así se organizó aquella procesión única en su género, formada por el Presidente de la República, por sus ministros, por las autoridades superiores, por soldados medio ebrios, medio desnudos y medio hambrientos, por chicos que bostezaban, por señoras nada acostumbradas á meterse en aquellos trotes y por rancheros asombrados, que por primera vez en su vida veían una celebración así. Á la comitiva se había añadido un violín chillón y bellaco, que plañía desconsolado como si le destrozaran la caja y las cuerdas, y la tambora mezclaba su sonido grave, intermitente, cansado, á las disonancias del viejo instrumento, que parecía extrañar las danzas sagradas de los indios y las cabelleras obtenidas en las luchas contra el blanco. Los chicos gritaban, gritaban los grandes, los soldados reían, los hombres serios contemplaban lo que el acto tenía de trascendental y todo el mundo se asombraba de no haber recordado en tiempo aquella fecha que era para todos el símbolo del hogar distante, de las gentes queridas, de la patria enlutada. de los sufrimientos y de

las angustias de aquella hora fatal. La luna apareció tras de las lomas vecinas, roja, congestionada, rompiendo un cendal de nubes y como deseosa de darse cuenta de lo que ocurría en aquel desierto lejano en que hasta entonces sólo se habían oído el grito destemplado del salvaje que atacaba al caminante descuidado y el chirriar de los carros que conducía el arriero, que por muchos años simbolizó en aquellos lugares la civilización humana y la solidaridad nacional.

Cuando menos se lo figuraba nadie se oyeron gritos:

— ¡ Arriba el güero!

— ¡ Sí, sí, arriba el güero! ¡Que nos diga algo!...

— ¡ Arriba, arriba, Guillermo!

— Pero... pero si no tengo nada preparado...

— ¿ Qué preparación se necesita para decir algo á estas gentes de buena voluntad? advirtió el *Parisiense,* que sin que nadie lo advirtiera se había reunido al grupo de alborotadores. Dí lo que te inspire este acto raro, tan raro que nunca volveremos á verle igual, y quítate de bullas. Si fueras á pronunciar tu mamarrachito delante de mamá Carlota, podías disculparte con que no estabas preparado; pero aquí, en el desierto, ¿quién demonios va á criticarte ni á saber si la epanadiplosis estuvo justa ó si la extenuación vino á su tiempo?

Pero los razonamientos del *Parisién* quedaron sofocados por la voz del populacho, que cogiendo á Guillermo

é izándole por fuerza le puso como quien dice la palabra en la boca.

Guillermo empezó como solía, débil, vacilante, titubeando, como si fuera un instrumento largo tiempo mantenido en olvido, quizás lleno de polvo y desafinado, pero con el caudal de sus voces tan claro y tan distinto como el primer día. Le oían todos un si es no es destanteados, decepcionados, sorprendidos, como si esperaran más y mejor que lo que escuchaban. Luego encontró una frase, quizás un efecto, quizás una nota que á él mismo le sorprendía, y sin que nadie lo aguardara rompió á hablar con una fluidez y una facundia que nadie le había visto ni en sus tiempos mejores: su discurso era imprecación, era grito, era protesta, era sátira, era requisitoria, era salmo y treno y apología y maldición y reto y burla. Salieron los chambelanes con su ridícula y carnavalesca indumentaria, los mensajeros de Miramar hincando la rodilla ante el archiduque, las viejas fatuas y necias que habían aceptado ser criadas de una extranjera, y juntamente con las barbas rubias de Maximiliano las canas blanquísimas de Hidalgo, las crueldades de Calleja y las de Dupin, las hazañas de Morelos y las de los guerrilleros del valle de México, la peregrinación de Hidalgo y la de Juárez, y todo reunido con un arte tan singular, con una verba tan caudalosa, tan noble, tan abundante, tan llena de imágenes, tan nueva, que al poder del evocador apa

recían los gestos ridículos, las actitudes hieráticas, los sacrificios, las guerras, las muertes y las derrotas, como para que se vieran y se quedaran de por vida estampadas en la mente más rebelde al buril.

Aquellas caras tostadas, aquellas tapias, testigos no hacía mucho tiempo de las crueldades de los indios, aquella luz de luna que alumbraba las montañas que abrían una fracción de desierto todavía más augusta y temerosa que la que acababan de atravesar, aquel silencio, aquella actitud solemne de los soldados tendidos por el suelo ó sentados en postura de muñecos de códice, llevaron al colmo la inspiración que sacudía á Guillermo.

«La patria, concluyó, es sentirnos y hacernos dueños y »hacernos amplios y grandes con nuestro cielo y nuestros »campos, con nuestras montañas y nuestros lagos; es »nuestra asimilación con el aire y con los luceros, ya »nuestros; es que la tierra nos duela como carne y que el »sol nos alumbre como si trajera en sus rayos nuestro »nombre y el de nuestros padres. Decir patria es decir »amor y sentir el beso de nuestra madre, las caricias de »nuestros hijos y la luz del alma de la mujer que dice: «yo »te amo.»

«Y esa madre sufre y nos llama para que la libertemos »de la infamia y de los ultrajes de extranjeros y trai»dores.»

La gente, refería después el mismo orador, se agolpaba á la mesa, que flotaba como barca en recia borrasca; salían gemidos roncos de los labios y se enjugaban copiosas lágrimas de los ojos.

¡Los soldados! ¡oh, los soldados! estaban sublimes, se les veía el orgullo de ser los vengadores de la patria adorada; en sus aclamaciones vibraba la esperanza, los gritos presagiaban victoria...

El discurso se interrumpía, era diálogo, era alarido, era... expresión de lo que su alma sentía y reflejaba, y como lluvia de estrellas creía ver que caían de sus labios las palabras al hablar de Hidalgo y de la Independencia...

Nunca supo Guillermo cómo bajó al suelo: los soldados le daban abrazos; Juárez, Lerdo é Iglesias le felicitaban deplorando que no hubiera habido á mano un buen taquígrafo que pusiera por nota todos aquellos primores que habían salido de su boca, y entretanto, el violín se hacía rajas predominando su nota ríspida en el maremágnum en que se confundían vivas y mueras, disparos de armas, gritos de muchachos que echaban manchincuepas, lágrimas de viejos sirvientes de la hacienda que no creían que la voz y el intelecto humanos pudieran servir para sacudir, destrozar, atormentar y conmover corazones tan dura, tan despiadadamente como lo había hecho aquel catrincillo que á ratos parecía loco, á ratos payaso y

siempre hombre falto de seso; y la tambora ventruda y conciliadora mezclaba su nota bronca y apacible á las notas agudas que flotaban en la atmósfera.

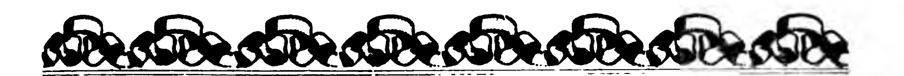


Los soldados, después que las gentes de arraigo se hubieron retirado á sus habitaciones, cogieron por su cuenta el violín y la tambora y se fueron por las puertas de los aposentos que habitaban Juárez y los suyos cantando ora los *Cangrejos*, ora los *Moños verdes*, ya el *Palomo*, ya cualquiera de los sones populares en las regiones del país de donde procedía la gente. Pero lo que enterneció y cautivó hasta á los de corazón más pedernalino fué oir una canción que con la tonada del *Palomo* cantaron los *Juanes* y que decía así:

Si á tu ventana llega un papelito,
Abrelo con cariño, que es de Benito;
Mira que te precura felicidá,
Mira que le acompaña la libertá.

Tal fué la famosa celebración del diez y seis de Septiembre en la Noria Pedriseña.





CAPITULO X

De camino

I

De la Noria á la hacienda de Sobaco y del Sobaco á Nazas, tuvieron que sufrir más los expedicionarios.

Una mañana se despertó Brambila cuando era ya día bien entrado: le llamaron á la vida unas risas que resonaban en la pieza vecina á la suya y que parecían venir empapadas en humedad y en alegría. Acababa de llover, y el rigor de aquel insoportable verano se había mitigado un tanto, sin que en los limbos del sueño reparador pudiera el que descansaba discernir si las risas influían sobre la frescura del ambiente ó si el aire saturado de humedad volvía más transparentes y más suaves las risas que llegaban á halagarle el oído. Al fin, poniendo más cuidado, recogió voces como:

—A ver, ¿cómo hace tu papá cuando se pone á escribir?... ¡Jesús, qué cara tan furiosa!... A ver, otra vez... Eso, eso...

—¿Quién es el encanto de la casa?

—Yo... atilla, respondió una vocecita temblona y llena de presunción.

—Don Yo de Castilla, rey del mundo, hijito rico... ¿Quién le haría tan lindo?... Pepe, Pepito, levántate para que veas á Nachito hacer sus gracias... Sí, vida mía, sí, chiquitito, sí, primor, papá... pa... pá... pa... pá... Hazle el *pon pon*... ¡Mira qué lindo viene tu padre!...

Y el mamón con su boquilla desdentada decía poco á poco: «*pon... pon... pon*».

—Pero dílo bien, hijito: *pon, pon, mediecito pal bordón... Pon pon, tata, mediecito pa la papa...*

—Una tortillita... Andale. ¿No? Míralo, es de caprichudito y de sostenido como su tata... Andele, no sea tontito; mi niño no es fastidioso... Tortillitas de manteca para mamá que está contenta... Tortillitas de salvado para papá que está enojado... Bueno, ¿no lo haces? Ya me enojé... Voy á llorar... ¡Si no estoy llorando, tonto!... ¿Cómo hace el perro?

—Gua-gua...

—¿Y el caballo? ¿Cómo hace el caballito?

—Jiiii...

—¡Qué mono!... ¡Si es un primor este hijito que yo

tengo!... ¡Pero si no haces caso, hombre, por Dios!.. Fíjate... ¡Qué padre tan tonto te ha dado Dios, vidita!..· ¿No? ¿Quieres de veras á tu padre?... ¡Mira cómo te quiere!... Tan mono, tan retieprecioso...

Y la tanda de arrumacos continuó durante un larguísimo rato, mientras el padre salía á tomar lenguas de lo que pasaba fuera, pues había temor de que llegaran malas nuevas de un momento á otro. La primera persona con quien se topó en la única calle del pueblo de Nazas, que era por entonces el refugio del Gobierno republicano, fué el famoso don Manuel de Amores, á quien ya empezaban á llamar las gentes el confidente de Doblado. El bueno de don Manuel estaba más viejo, más arruinado, más triste y más lleno de penas que lo había estado nunca. La cara, aquella cara que parecía de cuero de Córdoba por lo amojamada y terrosa, se había convertido á grandes pasos en una bolsa fétida que manaba bermellón y piedra azufre: pecas, barros, espinillas, manchas de paño, giotes, y sobre todo, unos terribles granos que parecía iban á reventar al más mínimo contacto con el aire ambiente, le daban aspecto de uno de esos pájaros que los golosos ponen á pudrirse hasta que pierden plumas, pellejo y pico.

—Pero, don Manuel, dijo Pepe lleno de alarma, ¿qué le pasa á usted que parece que le pusieron á asolear sin cocimiento? ¡Vaya si está usted dado á Cristo!...

—Amigo, ¿qué quiere usted? Al que no está acostum-

brado á bragas las costuras le hacen llagas; yo hecho al ambiente de aquella sección cuarta de la Contaduría de glosa, que después del paraíso es el mejor lugar de este mundo y el otro, y que sirve lo mismo para trabajar, que para echar un cigarro, que para contar el chismito más reciente, que para hacer comentarios sobre el cambio de ministerio, me he visto desorientado en estos desiertos, en estos campos de soledad, mustio collado en que no ha habido nunca una Itálica famosa ni cosa que se le parezca... Por aquí ni el sol me calienta, ni me sabe el aguardiente, ni vivo, ni gozo... Yo no estaré tranquilo, amigo Pepe, hasta verme en aquel bendito aposento de mi Contaduría de glosa, que con sus vistas para la plaza del Volador es el lugar más deleitoso del mundo, digan lo que quieran los que se inclinan á la parte posterior del palacio, del lado del Correo Mayor, que no vale la cuarta parte de lo que nosotros tenemos... ¿O no, don Pepe? Dígame que miento...

—Yo no digo nada, hombre; lo único que me pasa es envidiarle á usted.

—¿A mí?

—Sí, hombre, á usted, á usted que viste y calza...

—¿Y por qué? ¿Se puede saber?

—¡Ya lo creo que se puede! Le envidio porque el sol no le calienta... A fe que á mí, ya me tiene contundidos los lomos...

—Por más que usted se chancee, amigo, puede creérmelo, yo no volveré á ver más á México, á nuestra tierra... ¡Qué daría yo por oir ahora, á la hora que es, el chillido de un vendedor de juíles!...'

—Bueno, y á todo esto ¿qué vientos le han corrido á usted durante el larguísimo tiempo que hace que no nos vemos?

—¿Vientos? No han sido vientos, han sido tempestades deshechas... Y, á propósito, hombre, ¡qué bobo soy, qué necio me hizo Dios!... En fin, que con esta salud mía soy un castigo de Dios y ya no doy pie con bola... Tengo un encargo para usted, sí, sí, señor, un encarguito... ¡Pero, caramba, si ya le veo que se está relamiendo los bigotes como si les tuviera llenos de miel de panales!... Pues sí, señor, después de la correteada que nos dieron en Majoma...

—¡Cómo! ¿pues qué, estuvo usted en Majoma?

—¡Ojalá no hubiera estado, amigo mío, ojalá no hubiera estado!... Pasé lo que no es decible; lo vi todo, todito, tan cerca como estamos usted y yo...

—Bueno, pero desembuche usted y dígame qué encargo es ese que tiene para mí...

—¡Ah, el encarguito, el encarguito ese! ¿no? Se lo voy á decir luego, pero antes, para que me entienda, le voy á hacer algunas explicaciones que proceden de pleno derecho...

—Atienda á que me tiene en ascuas...

—Poco á poco se anda lejos... Ya sabe usted que el jefe de la sección de tropas que nos custodia y sirve de respeto es el general González Ortega, el de Calpulálpam, el de Puebla, que por cierto, y esto quede entre usted y yo solamente, tiene tanto de general como de mago ó de astrólogo judiciario...

—Bueno, bueno, reserve usted para más tarde la calificación de las aptitudes militares de Ortega y dígame el recado ese, que ya se me quema la miel por saberlo...

—Amigo, si no tiene paciencia, no vamos á hacer nada en los días de la vida... Todo cuanto le diga no sólo no es impertinente, sino perteneciente, y vale la pena de que lo escuche despacio... Pues tiene usted que nuestro primer cuerpo de ejército había avanzado hasta la Tapona, á cuatro leguas de distancia de Porfías, donde se encontraba una fuerza francesa. Pues bien, ha de saber su merced que cuando se pensaba en salir á combatir á la tal fuerza, se recibe la noticia de que por San Miguel del Mezquital llega más gente gabacha en auxilio de la primera. Yo estaba como quien ve visiones, pues usted comprende que el amigo Ortega no me comunicó palabra de sus propósitos y se comulgó cuidadosamente lo que pensaba hacer...

—Lo cual quiere decir que el zacatecano no es tan explícito como el guanajuatense, observó á tiempo Brambila

Fingió don Manuel desentenderse de la alusión de su amigo y siguió con desembarazo refiriendo aquella odisea lamentable.

— Bueno, pues tiene usted que serían las ocho de la noche cuando se oyó un toque agudo de clarín que le llamó la atención al capitán Archundia, de Guanajuato, un güero él, altote, conquistador, bromista, gracioso, enamorado hasta las cachas, mejorando lo presente, y me dijo dice: «¿Oye usted, don Manuelito? Para mí que ha sonado un toque de marcha del cuartel general. ¿Qué será?» — «No se preocupe, mi capitán, le dije, que eso no ha de rezar con nosotros; vámonos, y que se cuiden los que tengan que ver en eso: el que venga atrás que arree...» Ibamos cabalmente á ver á dos niñas solas, chulísimas, como un oro y más retrecheras... Nos habíamos metido por una callejuela, cuando oimos otro toque, y el capitán dijo: «No, no cabe ni duda, novedad hay que no tiene ni qué; vámonos para llegar á tiempo.» — Por más que hice nada pude conseguir y el pobrecito capitán se me escapó de entre las manos como si hubiera sido de azogue... Seguí caminando, y á poquito andar, señor de mi alma, que veo venir á varios oficiales á toda prisa y haciendo catálogos... «¡Eh, los plumarios! me dijeron, ándele con tiento que la cosa se nos pone fea: los franceses están á la puerta y nosotros vamos á encontrarles»... Como era de mi deber, fuí á hablar con mi jefe, el jefe de la intendencia, el coro-

nel Ojinaga... «Mi coronel, que aquí estoy y que mándeme usted» y lo demás del caso... Ni asunto me hizo... «Bueno, bueno, preséntese con los de Zacatecas... Allá le dirán». Y entregado á mi voluntad llegué hasta donde estaban empacando el archivo, que por cierto caminaba en tres mulas blancas muy grandotas y bien comidas... Allí volví á encontrarme al pobre capitán Archundia y «No hay acción, me dijo, todo se reduce á una salida quién sabe con qué objeto». Montamos á caballo y le anduvimos al tranco un buen rato. Yo quedé cerca de un capitán de Guanajuato y de un comandante, un tal López de Llergo, que toda la santa noche me estuvieron dando matraca: si los paisanos aquí y allá y más para acá, si corríamos á la hora de la hora, si solíamos pedir misericordia al primer tiro, si ignoramos lo más elemental del arte de matar gente, si esto y lo otro y todo lo que usted quiera... Le juro que lo que más me atormentaba no eran las tales bromitas; ya usted sabe que estoy más curtido que cuero de tambor; no, lo que me ponía furioso era no tener ni un maldito trago de cualquier cosa que meterme entre pecho y espalda... Usted dirá que me extraña porque no es esa mi constelación, ya que no pasa día sin que cebe mi limeta; es cierto, y mal se me podía olvidar ese día semejante cosa; pero, amigo, la de malas: un maldito ordenanza pasó junto á mí y, con esa brusquedad que gastan los tales, me rompió la botella sin dejarme trago á

vida. Al amanecer, que nos sorprendió en una lomita más pelona que la faltriquera de un servidor, nos encontramos frente á un poblacho que dijeron era San Miguel del Mezquital y averiguamos que no había nada de lo que buscábamos, que á cuenta era los franceses... Nueva orden para seguir la marcha y encontrar á los gabachos, que parecía se ocultaban de nuestras valientes tropas. Toda la noche habíamos caminado, y como no llevábamos abrigo, pues ¿ni quién aguardara mal tiempo después de aquel calorcito que usted ha venido conociendo?, á la madrugada allí está una helada de las de rechupete, de esas que sólo caen en las cimas de las montañas, allá por nuestros terrenos... Figúrese no más, y yo sin cobija. Pero apenas habíamos visto á San Miguel del Mezquital y andábamos procurando hacer por la vida, buscando algo que embaular, cuando llega la orden: «Hay que seguirla de jilo porque los franceses van de huída; adelante con la cruz; no hay que rajarse, que no se rajó San Francisco que apenas era de palo mulato». Tres leguas llevaríamos andadas cuando divisamos así, á nuestra derecha, cerca de una lomita, algo que parecía un matorral más grande que los ordinarios, pero que las gentes que veían bien declararon que era gente que se meneaba; «¡los franceses, los franceses!» empezaron á gritar; y no le miento, los que ya no podían ni con la fe de su bautismo, los que pedían por compasión que nos detuvié-

ramos para almorzar ó siquiera para echar un taco, se pusieron alebrestados como si les hubieran dado su buen trago de ración de armada. Creámelo, amigo don Pepe, si en aquel momento se arriesga una acción, ganamos porque ganamos; no le exagero. Pero aquello de la persecución se alargó más que la plática de un predicador erudito. La mancha se disipó como si hubiera sido de humo, y nosotros nos vimos obligados á dar vuelta á una colina que quedaba muy lejos. En esto que empieza á apretar el sol y que viene un calorcito que junto á él valía bonete el frío de la mañana. ¿Para qué es más que la verdad?; los mismos que hacía un ratito querían batirse hasta con Oliveros y Fierabrás, se mostraban tan aplanados, tan tristes, tan descorazonados, que daban lástima. Yo, sin que me tome la mano ni parezca vanagloria, estaba como quien ve visiones: por aquí pasaban unas piezas de artillería á todo escape, con los caballos sobrados, los trenistas echando lumbre por los ojos, los chicotes centellando y la blasfemia en la boca... Por allí venían unos cuerudos en correcta formación, con los caballos sudosos y llenos de espuma... Luego aparecía un ordenanza que de seguro conducía papeles de responsabilidad y trataba de llegar antes que le interceptaran el camino los contrarios... Y después pilas de jefes y un corneta que preguntaba por el camino, y dos viejas cansadas que se sentaron á la vera de un vallado y se pusieron á hacer la crítica de las ope-



—¡Todo perdido, todo perdido! gritaban.

raciones, y la mar de gentes... Entretanto, yo me había ido quedando solo: el coronel se desprendió para auxiliar á un grupo de reclutas que vadeaban un arroyo crecido, los tres capitanes que habían ido con el archivo se marcharon cada cual por su lado, me figuro que para cumplimentar órdenes, y un servidor se quedó más solo y más desairado que el que chifló en la loma... En eso oigo ruidos intermitentes y bien acentuados: pum, pum, pum... Cañoneo tenemos, pero sin que yo pueda saber por dónde suena... Luego pasan corriendo á toda rienda unos charros, á lo más diez ó doce, que aseguran que todo va bien: uno se detiene á dar agua á su caballo en el arroyuelo cercano y dice á voz en grito: «Yo le ví caer, no me cabe duda de que murió hecho pedazos; la bala de cañón le partió de los pies á la cabeza; le hizo pinole.» Y otro replicaba: «Pues yo nada de eso vi, pero sostengo que si alguien le pegó fué Chucho Lalanne; no hay otro capaz de esas galanas.» No pude saber de quién se trataba, porque se retiraron aquellos cristianos á toda rienda... Sería las dos de la tarde cuando veo venir despavoridos á tres infantes: «¡Todo perdido, todo perdido!», gritaban. Yo contemplo á mis mulas paciendo tranquilas la hierbecilla que brotaba cerca de aquel sendero ignorado; les había quitado los bozales, y así, cargadas de papeles como estaban, se entretenían en echarse en el suelo y en hacerse caricias á su manera... Bueno, pues tiene usted que á lo

mejor, y cuando ya empezaba á entrar en alarma, descubro á lo lejos una camilla, tapextle, ó lo que usted quiera llamarle, trayendo á lo que parecía á algún herido grave. Me acerqué, y ¿cuál sería mi pena al encontrarme nada menos que al capitancito Archundia? Traía una herida en semejante parte, que le iba desde la medianía de la barba hasta por acá, cogiéndole el cuello, que quedaba casi separado del tronco. Naturalmente, me le acerqué y procuré hablarle, pero como si no; no veía, oía ni entendía y si no iba enteramente muerto, debe de haber estado poco menos que difunto, pues parecía su cuello una carnicería. Al pobrecillo Archundia le siguieron en orden otras muchas gentes que valían y que estaban poco más ó menos en la situación de mi pobre amigo. Pasó don Silvestre Aranda, pasó el general Castro, pasó el pobre coronel Villagrana, que venía ya dando las boqueadas, y pasó el cadáver del coronel del primero de Zacatecas, Pancho Fernández, que dijeron había caído como bueno al frente de su batallón... Yo estaba que me podían haber ahorcado con un cabello, pues francamente, me hacía poca gracia eso de quedarme allí para que los enemigos triunfantes ó los amigos fugitivos me escabecharan sin que ni Dios ni el diablo sacaran provecho con aquella gracia. Ya tenía listo mi caballito y me preparaba á emprender la fuga avisándole á talones, cuando veo que avanza á toda chilla un cortejo de gentes echando chis-

pas; delante venía un jefe guapetón él, pero de cara de vinagre, que se me acerca y me dice de mal modo: «Eh, buen hombre, ¿qué hace usted allí? ¿Es este el camino que va á San Miguel?» Reconocí inmediatamente al general Patoni, segundo de Ortega, y con la cortesanía que es peculiar en mí me le acerqué sombrero en mano y le dije del mejor modo que supe: «Señor general, ¿se serviría usted decirme cuál fué el resultado de la batalla?»... Sin contestarme me preguntó de nuevo si era aquél el camino que conducía á San Miguel. Yo le respondí que mi empleo era de oficial segundo de intendencia con honores y consideraciones de primero, y como él no me hiciera caso, porque volvió á interrogarme sobre si había pasado la guerrilla del padre Meraz, cosa que yo no sabía ni me importaba, tomé la vuelta del camino aquel, que ya veía erizado de peligros. Ya obscurecía, y al dar vuelta á un sendero oí que me llamaban por mi nombre: «Amores, Amores, oiga usted, detenga un poco las riendas, no fatigue los ijares de su mal regida bestia...» Me volví más que de prisa y pude notar que las tales voces salían de un carruaje que avanzaba pausadamente por el camino, seguro, á lo que se me figuró, de que no podía seguírsele mal ninguno por caminar despacio... «Amores, repitió la voz, ¿qué, no reconoce ya á los amigos? Somos nosotros, mi papá y yo, que vamos de camino para San Luis.» ¿Quién cree que era, amigo? Atínele... Pues nada menos

que su amiga de usted, la grandota aquella que decían que usted... en fin, que yo no quiero decir nada de lo que decían... Está más chula que un peso duro, con un bocito y unas chapas de color y una caída de ojos, que ni le avise... El viejo condenado, con su cara de pájaro frito, sacó la cabeza y me dijo con su boca más desdentada que los arcos chatos del convento de la Concepción: «Hola, Amores, hola, muy buenos días. ¿En qué ocasión nos encontramos, eh? — Sí, señor, le respondí yo, venimos derrotados á lo que parece... — ¿Derrotados? Triunfantes, dirá usted, mi querido amigo: tuvimos la gloria de hacer pedazos á las chusmas republicanas que trataban de cerrarnos el paso. Una vez más se ha mostrado á la altura de su misión el ejército vencedor de Crimea...» Alelado me quedé, pues yo ignoraba que el sinvergüenza hubiera volteado chaqueta, y me habría ido sin esperar más respuesta, si el maldito viejo, seco como una yesca y finchado como verdolaga en huerta de indio, no me hubiera brindado una copa de cognac, que yo necesitaba más que agua de Mayo. Dos más me ofreció y dos más trinqué en su compañía; pero al concluir la tercera me despedí, no queriendo contaminarme con la compañía de un malvado traidor para quien todas las penas del infierno me parecen pocas. La señora, la hija, me parece que se llama doña María, me llamó aparte antes de salir y me dijo con un ruborcillo que hacía resaltar la negrura de su bozo:

—Y dígame, Amores, ¿todavía es usted tan amigo como en otro tiempo lo fué, de nuestro paisano Pepe Brambila?

—Señora, le respondí, por el favor que él me dispensa, seguimos siendo tan buenos camaradas como en tiempos más felices, cuando vivíamos juntos en una casita de la ciudad de México...

—¡Ah, sí! me respondió; la vivienda esa en que conoció á la tarasca que vive en su compañía.

—¿Tarasca, señora? le interrumpí. Perdóneme usted, pero la señora doña Cristina es una señora muy honrada... Y además...

—Bien, bien, me contestó; no se trata de eso; se trata de saber si usted puede encargarse de conducir una cartita que le enviamos á nuestro paisano Pepe...

—Señora, usted puede mandar...

—Ya sabrá usted que le debemos muchos servicios... Sobre todo yo, se los debo de muchísima importancia.

—Pues nada más justo, señora...

Y puso en mis manos esta carta, respecto de la cual sólo invoco la salvedad de aquel personaje de romance:

Mensajero sois, amigo;
Non merecéis culpa, non.

Cogió Pepe la carta entre los dedos, la meneó quien sabe si con susto ó con entusiasmo, palideció un poco y

luego leyó para sí esta frase: «Te he esperado y te espero. Vamos para México y te pido de rodillas que vayas á verme allá.»

Parado se quedó Pepe al leer la carta y más parado cuando don Manuel, con sobra de malicia, le dió santo y seña de los negocios de don Canuto. Iba á México de Consejero de Estado, llevaba comunicaciones muy importantes, entre ellas las quejas de don Florentino López, el gachupín, contra Vidaurri. Era más que seguro que el Cíbolo quedaría destituído de su cacicazgo de la frontera y que se pondría á quien designara don Canuto, que contaba con toda la confianza de S. M. Al llegar á México se le habían abierto todas las puertas de la corte y se había encontrado con muchos y antiguos amigos con quien estaba á partir un piñón. En cuanto á María, dijo el licenciado que estaba asediada por partidos brillantísimos y sólo de ella dependía volver á ascender las gradas del altar.

II

Día de San Miguel, santo del Ministro de la Guerra, la comitiva tocó en la villa de Coronado del Río Florido, la primera del Estado de Chihuahua que se pisó durante aquella larga é ingrata odisea que había de prolongarse algunos meses, si no es que algunos años.

Chihuahua fué para don Benito y los suyos la tier

que había de compensarles de todos los sinsabores, de todas las penas y de todas las desgracias que le habían aquejado durante su largo viaje. En Chihuahua encontraron los emigrantes lo más caro de lo que habían perdido: calor de hogar, vida de familia, respeto, cariño y estimación. En Chihuahua no extrañaron los pobres y desvalidos expedicionarios ni el mimo de la casa paterna, ni las atenciones que se tienen con los seres más queridos, ni la bondadosa solicitud que es propia de quien de veras ama. De Río Florido á la villa de Allende, la gente se detuvo en la hacienda de la Concepción, perteneciente á los señores Urquidis, que invitaron á los expedicionarios á comer en la finca; y fué de mucho gusto é impresionó mucho á todos los presentes que el viejo don Juan N. Urquidi, encanecido en las luchas por la libertad del hogar y por la libertad de la República, en las luchas contra los bárbaros y contra los reaccionarios, llevara á todos sus hijos y nietos, que casi formaban una tribu, á que dieran la bienvenida á don Benito y que le miraran detenidamente para que grabaran en su memoria la fisonomía del caudillo.

En Allende hubo un recibimiento tan entusiasta como en las otras poblaciones chihuahuenses: comida, brindis, recepción, un paseo á las orillas del lugar y la promesa de levantar un sencillo monumento que perpetuara la memoria de la inesperada visita.

Y una vez por todas diré que lo que tuvieron y agradecieron los de la nueva *familia enferma* no fué el fausto, ni la prodigalidad, ni el primor en las recepciones; fué sólo la cordialidad, la alegría, el buen ánimo, el propósito de agasajar á quien tan de veras lo merecía y tan sin elementos se encontraba. Lejos se veían aquellas gentes de alcatifas persas, de platos raros, de vajillas suntuosas, de finuras en el hablar ó en el discurrir: ofrecían lo que tenían, que era bien poco, pero lo ofrecían con tan buena gracia, con gesto tan natural y tan noble, que sus pobrezas valían más que todos los gallipavos y todas las martas cebollinas que podían presentar otros.

En Hidalgo del Parral la recepción fué un verdadero entusiasmo, una verdadera locura, un derroche de frases cariñosas que trajeron las lágrimas á muchos ojos. Un modesto baile que se dió al Presidente y á sus acompañantes y en que se pronunciaron los brindis más entusiastas y conmovedores, puso fin á la estancia en el Parral, de donde salió la comitiva después de dos días de descanso.

En la bella población de Santa Rosalía, situada en la confluencia de los ríos Conchos y Florido, se renovó la escena que en casi todos los lugares del Estado se había visto, y fué que el pueblo entero pasara á saludar y estrechar la mano del Presidente de la República. Tampoco faltaron en Santa Rosalía la modesta comida y los brindis conteniendo las protestas contra la invasión y la pro-

mesa de rescatar el territorio sagrado de la patria á cualquier costa.

De Santa Rosalía pasaron los expedicionarios á Santa Cruz de Rosales, donde también se dió un baile en que tomaron parte todos los pollos y pollastres de la comitiva. Cuando Brambila se echaba un vals al modo metropolitano en compañía de la muchacha más salada de aquellos contornos, oyó que le llamaban de prisa.

—¡Hombre, por Dios! le dijo Amores, usted se figura que la fiesta es suya y que después del Presidente y del general Negrete no hay persona á quien se tenga más interés en conocer que al señor don José Brambila, escribiente gratificado del correo y persona que trae por aquí las últimas modas de la metrópoli. Venga acá y entérese de algo que le ha de gustar.

Y llevándole al salón del baile, le enseñó á un tambor, ciego de nacimiento, que arengaba al Presidente con esta curiosa razón, poco más ó menos:

—«Que mi Dios me diera la vista por un rato y viviría contento para toda la vida. Dicen los que miran que es más chulo el sol cuando se mete que cuando está en su medianía y así me figuro que es más grande el señor Presidente visitando estos remotos arenales que en el palacio de México, mandando á los que mandan. En cuanto á lo que vale este hombre, no hay ni para qué decirlo, pues hay cosas que hasta los ciegos las ven.»

Pero el acabóse del placer, del entusiasmo y del goce fué el día de la entrada á la capital del Estado. Se había convenido en que la comitiva del Presidente esperaría en el rancho de Avalos, pues se deseaba no presentar á los habitantes de la ciudad un espectáculo indecoroso mostrándoles aquellas caras estragadas, aquellos trajes que



eran ultrajes, aquellas caballerías que parecían, como dice el vulgo, música de arpas que conducía pellejos vacíos y sin catadura natural, y aquellos coches imposibles, y aquellas barbas tremendas que daban idea de facinerosos y de bandoleros, y aquellas botas de campaña, y aquellas sillas pelonas y derrotadas, y aquellos vaquerillos, y aquellos zapatos, y toda aquella indumentaria estrambótica.

A las cinco en punto de la tarde se presentaron el Gobernador Trías, los magistrados del Tribunal Supremo, los empleados de la federación y del Estado, los vecinos más notables y una muchedumbre inmensa de pueblo que ocurría deseosa de conocer y presentar sus respetos al representante de la legalidad mexicana. Las aclamaciones, los vivas, los cohetes, las salvas, las músicas y los repiques daban clara muestra del entusiasmo de aquellos excelentes patriotas, que no comprendían cómo se pudiera celebrar á otro que no fuera el humilde mandatario que andaba á aquella hora perseguido y errante.

Ya dentro del lugar, las muchachas más guapas (y cuidado si las hay y las ha habido siempre en Chihuahua) gritaron vivas hasta enronquecerse, aclamando á Juárez y á sus amigos con un entusiasmo que desconocían y desconocen los remilgados habitantes de la metrópoli, que parecen de almendra y nuez... y suelen ser de aserrín y cola. Los pollos más galanes, alistados en la llamada guardia nacional de á caballo, formaron en la Alameda de Santa Rita, y en todas partes se advertían el contento, la alegría y el goce que causaba que el Gobierno hubiera elegido por asilo aquel remoto territorio en cuya lealtad confiaba.

En Chihuahua, como en Nazas y en Santa Rosalía, el pueblo tomó empeño en saludar á Juárez y á su comitiva presentándoles el testimonio de la lealtad fronteriza. Más

de diez mil personas desfilaron en aquella procesión, en la cual no había ni un capitalista, ni un potentado de la tierra, ni un personaje de viso, pero en que se hallaban muchos valientes que habían gastado su vida en combatir á los bárbaros, sus energías en extraer de la tierra las riquezas que guardaba y su salud en pelear por la libertad, que amaban como la expresión única de lo que vale el ser humano.

En seguida se condujo á don Benito y á sus acompañantes á la casa que se les tenía preparada y en que se sirvió un banquete de que participaron, no sólo los personajes oriundos del lugar ó los que por razón de su cargo venían en compañía de Juárez, sino aun los individuos de poca ropa, como Brambila, que podían considerarse exceptuados de cualquier convite en que se versara algo que fuera jerarquía, dinero, posición ó cualquiera cosa que lo valiera. La fraternidad más sincera y conmovedora reinó durante aquella comida, en que se repitieron por parte de los habitantes de la capital del Estado los mismos propósitos, las mismas protestas y los mismos ofrecimientos de sacrificarse por la patria, que se habían escuchado en toda aquella noble y honrada tierra.

Dicen que no hay sermón sin San Agustín y tampoco podía haber en aquellos días banquete, gaudeamus, convivialidad ni fiesta pública ó privada en que el amigo Prieto no dijera tres ó cuatro cosillas que levantaran y

alegraran el ánimo causando el consiguiente regocijo. Por eso, después del brindis lleno de confianza y de agradecimiento de Juárez, tras la oración conceptuosa y atildada de Lerdo y después de las frases elegantes y rebosando patriotismo de Iglesias, Prieto hizo una de las que sabía, tomando la palabra y diciendo cuatro cosas conmovedoras y llenas de primor:

«Aquí estamos, amigos, y me refiero sólo á los mexicanos más ignorantes que yo (con lo cual corro el riesgo de no tener auditorio), en la famosa ciudad de Chihuahua, que merece ocupar lugar muy alto en la historia nacional. Esta es la metrópoli del trabajo honrado, de la noble emulación, de la santa y fructuosa actividad. En el centro sólo conocemos dos cosas de este remoto país: sus minas y sus bárbaros; pero lo cierto es que por aquí hay algo más que salvajes y minas de plata. Hay un pueblo creado con el arma al brazo, valiente, resuelto, honrado, trabajador, serio y capaz de los más nobles arranques. Criadas estas gentes en el desprecio de la vida, en la persecución de los enemigos naturales de toda cultura, en el resguardo de su propiedad cuando es atacada por el enemigo, tienen el amor á la casa como no lo tienen los que gozan de la casa continuamente y sin sobresaltos; la ven como el peristilo del cielo, como la antecámara de los goces celestiales y son capaces de sacrificarse por ella sin escrúpulo ninguno. Pero hay una cosa que aman más aún

que la casa que heredaron de sus padres ó que han construído por su esfuerzo personal: la casa común, la casa en que son uno solo con todos nosotros, la casa que han mantenido y prometen sostener hasta morir. Esa casa, la casa de la patria, la ven invadida y prometen salvarla en compañía nuestra ó perecer en la demanda. Que logren su intento, que sean dichosos en su empeño, y que prueben que para la patria todos somos unos, lo mismo los yucatecos que los coahuilenses, igualmente los tapatíos que los zacatecanos. Y si esto alcanzan (pues bríos y fuerzas les sobran para ello) habrán realizado la proeza más grande y más bella: probar que México merece llamarse tierra de hombres libres.

»Y desde ahora quisiera tener la voz y el aliento de uno de aquellos profetas hebreos que solían pedir para una ciudad todos los males ó todos los bienes. Mas para ciudad ninguna de las de mi tierra solicitaré nada que no sea bienes y bendiciones: todas los merecen y yo no se los escatimaría si les tuviera en mi mano. Pero para esta ciudad, para Chihuahua, que es nuestro asilo, asilo hospitalario en que no se esconde un traidor, en cuyos desiertos no crece la terrible y venenosa ortiga de la deslealtad, para Chihuahua sólo pido que sus mujeres sean más bellas y más fecundas que hasta ahora; que paran muchos hijos tan abnegados, tan valientes y tan patriotas como los que han dado á luz y que le proporcionan á

México este día dichoso que equivale á otros muchos desdichados; que sus minas produzcan tanto oro como es necesario para enriquecer á los laboriosos hijos de su riquísimo suelo; tanto trigo como sea menester para satisfacer las necesidades de una población doblada ó triplicada de la que ahora posee, y tanta instrucción, tanta cultura, tanta ciencia, que á su lado vengan á ser Beocias los pueblos que ahora alardean de ser más amantes de las luces.»

Guillermo, que empezaba á ponerse de temple, recibió en aplausos el premio de su buen deseo, y, animado por el éxito, siguió así:

«Dicen, señores, que la electricidad suele acumularse en las puntas y que el patriotismo se reconcentra en las fronteras; yo lo creo sin vacilación por esta espléndida manifestación patriótica que sale de las gentes que han visto cómo se pierde la nacionalidad y que todavía se duelen de la suerte de sus hermanos ausentes bajo el poder yanqui, como el mutilado siente que le duele el miembro que le cortaron. Brindemos por Chihuahua, amigos míos, brindemos por este pueblo leal y honrado, por este pueblo fuerte y grande, y pidámosle á Dios por su prosperidad, por su crecimiento, por su grandeza. Por Chihuahua.»

¿Para qué decir que al concluir Guillermo le recibieron los brazos de todos sus amigos y que fué aclamado,

festejado, idolatrado y tratado á cuerpo de rey? Dicho se está, y quien conozca un poco á los chihuahuenses no se maravillará de ello.

III

Pero no debía terminar allí la jornada. El pueblo estaba positivamente deseoso de ver y hablar á Juárez, y el Presidente, comprendiendo que aquélla era la oportunidad mejor para hacer cesar viejos rencores locales que hacía tiempo se manifestaban entre los hombres que en materia de política tenían la sartén por el mango, se dirigió á la plaza principal, donde se encuentra actualmente la estatua de Hidalgo y donde en aquel tiempo se hallaba un sencillo túmulo que recordaba el lugar en que había sido sacrificado el padre de la Independencia. Era media noche pasada. La luna salía de entre un dosel de nubes, y el cielo, que había sido de turquesa, se había vuelto de suave ópalo que semejaba un amanecer lejano. La comitiva marchaba grave, compuesta, tranquila, inclinada á graves y hondos pensamientos y resuelta á oir una voz, que en aquellos instantes se le figuraba profética y procedente de otras regiones mejores que las de este mundo. Juárez llegó el primero á la plaza. Midió de arriba á abajo la mísera construcción, meneó la cabeza y luego, cercado de toda aquella gente, empezó una sincera peroración exhortando á los que estaban divididos por cues-

tiones de localismo que no revestían importancia ninguna ante la gran cuestión de patria que se ventilaba. Juárez no tenía palabra fácil ni impetuosa como Prieto, ni convincente como Zarco, ni elegante como Zamacona, ni sofística como el Nigromante, ni erudita como Ocampo; pero tenía tal fuego, tal convicción, tal verdad en cuanto hablaba, que no había manera de exclamar sino: «este hombre tal vez no tenga razón en lo que nos está diciendo, pero cierto ó falso, lo cree á pie juntillas, al grado que primero se dejaría descuartizar que renegar de una frase, de un concepto, de una palabra, de una letra, de una coma, de una tilde de lo que ha asegurado».

Allí estaban el gobernador Trías, don Roque Jacinto Morón, el coronel Orozco, don Manuel y don Eligio Muñoz, don Jesús María Palacios, don Francisco Urquidi y todos los compañeros del Presidente, que escuchaban sus palabras con fervor religioso, como si estuvieran seguros de que cuanto aquel hombre decía estaba pronto á cumplirlo y que no había palabra suya que no estuviera pronto á ratificar con hechos.

A media noche, cuando la comitiva había agotado las aclamaciones, los vivas y las protestas patrióticas, regresó á su alojamiento, no sin que la acompañaran en su camino todos los asistentes á la comida y á la manifestación ante el túmulo de Hidalgo, ya reconciliados y resueltos á trabajar por el bien de la patria.



CAPITULO XI

Chihuahua

I

Una casa que ahora es escuela de niñas y que ocupa cabalmente la parte principal de la llamada calle de Juárez, fué el asilo de los restos del republicanismo que, perseguidos, se refugiaron en Chihuahua. Aquel destartalado caserón, con sus puertas viejas, sus enormes aposentos, su patio herboso y lleno de misterio y sus corredores en que parecían vagar por la noche ánimas en pena, vino de perlas á los rendidos excursionistas, que ya pudieron pavonearse fechando sus decretos en el Palacio Nacional en Chihuahua, cosa que no habían logrado antes á pesar de su buen deseo, ya que no podían habilitar de palacios las chocillas miserables que hasta entonces habían habitado, bien en medio del desierto, bien en poblachos rabones y faltos de toda policía.

No hay para qué decir que se sintieron en Chihuahua como si estuvieran en su casa, y que allí se estableció entre ellos esa solidaridad que hizo su fuerza durante toda aquella penosa caminata. El Presidente y los ministros con los sujetos más calificados de la población, y éstos con todo el que tuviera cargo ó desempeñara funciones al lado de Juárez, formaron un núcleo, un haz apretado y cariñoso que no desmintió nunca las tradiciones de amistad y de afecto que sólo debían cortarse por un suceso que había de poner á prueba aun la lealtad de los mejores. Pero no conviene adelantar las cosas ni dar anticipadamente nota de cosas tristes cuando todo debía ser alegría y satisfacción.

Ordinarios acompañantes de Brambila eran Ramón Cuéllar, Jacinto Aguilar, Eleazar Loaeza, Manuel Mayol. Larrañaga y los ayudantes Díaz, Novoa y Arteaga, que tan pronto como habían terminado sus tareas al lado del ministro, jefe de negociado ó personaje á cuyo servicio se encontraban especialmente adictos, volvían á la risa, la jácara y la bulla que constituían su ordinaria ocupación.

Dicho se está que las gentes de Chihuahua se mostraron tan cariñosas y tan buenas como lo fueron siempre, y que los fatigados compañeros de don Benito hallaron en aquella sociedad la franqueza y el amor que ambicionaban. Todavía era aquel el tiempo en que se llamaba á

los fronterizos *arribeños* para denotar su inocencia, su ingenuidad y su buen ánimo, que contrastaban con los artificios y las malas artes de los del interior y de las costas. Y tan arraigado está en la frontera el arribeñismo, ó sea el afán de pensar bien de todo el mundo, de decir la verdad, de ayudar á cuantos solicitan auxilio y sobre todo, de creer en la palabra ajena como se cree en la propia, que no han logrado desarraigar esa peligrosa manía los malos ratos que les han dado los muchos vividores que por allá forman su habitación y su ordinario punto de lucha. Y es que el arribeñismo lo tienen metido hasta los tuétanos, como descendientes que son de los más hospitalarios de los hombres, de aquellos que vivían favoreciendo caminantes, amparando infelices, ayudando maltratados por la suerte y prestando siempre el contingente de su buena voluntad á cuantos lo solicitaban.

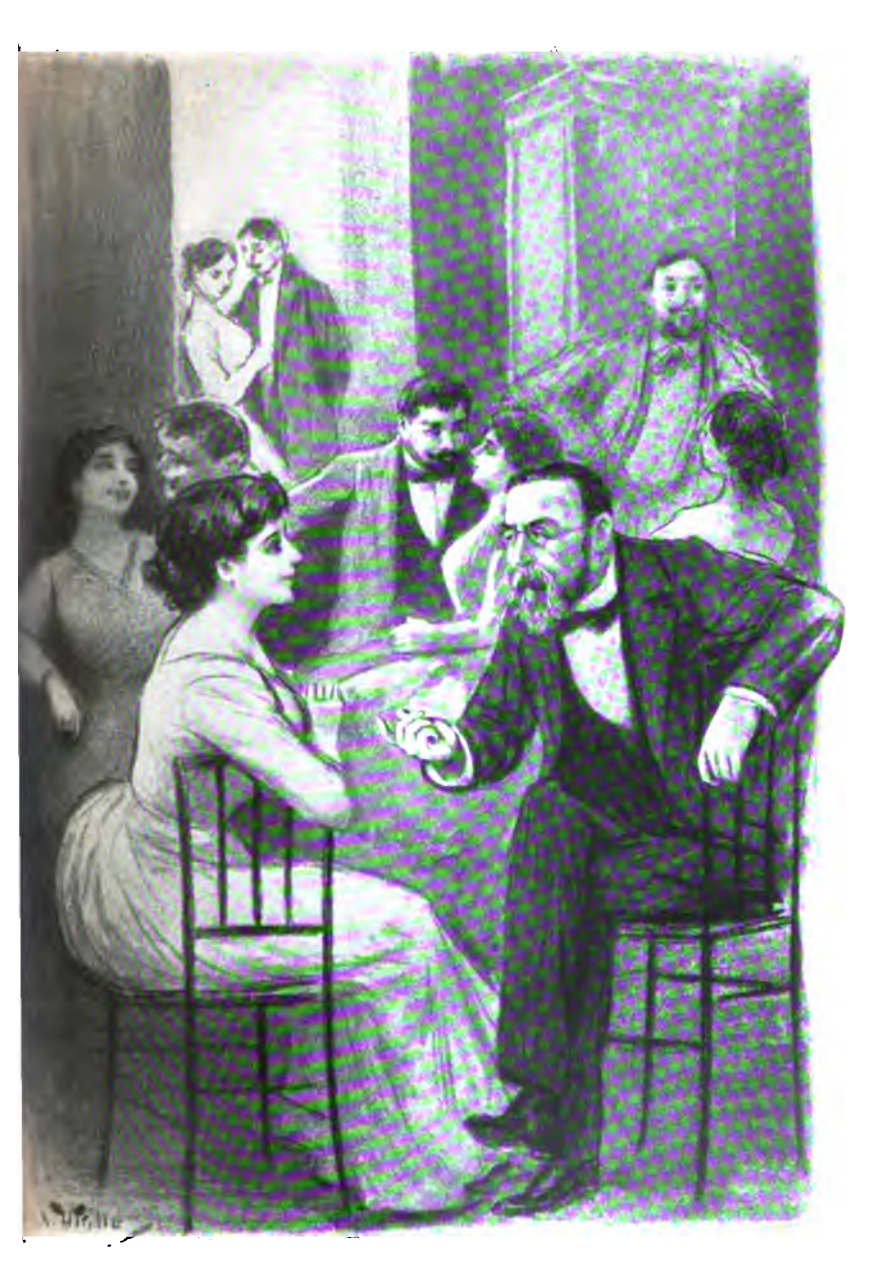
Casi no pasaba día sin que un bailecito, una excursión á lugar pintoresco y sobre todo una visita á las muchachas más guapas y más patriotas del lugar no consumieran la jornada. Las gentes aquellas habrían deseado traer en palmitas á Juárez y á sus inmediatos acompañantes, pero los señores no se dejaban querer y no parecía sino que iba á continuar la vida de retraimiento y de tristeza que habían inaugurado durante todo el período de la peregrinación. Mas ¿qué puede negarse á personas que no sólo tienen buena voluntad, sino que se empeñan en

ser gratas y en manifestar su excelente disposición mediante obras elocuentísimas?

Y era claro, á poco la reserva y el temor se convirtieron aun para los padres graves en cordialidad y en alegría, pues empezaron los bailes, las reuniones, los días de campo, las visitas y la amistad con aquellas gentes, que, como decía después Guillermo, estaban hechas de pasta de ángeles. Se dieron bailes, meriendas y no sé una ó varias reuniones políticas en que se hizo gala adhesión á la persona del Presidente; y éste, vencido la atmósfera que reinaba en aquel país nuevo y del c ni idea tenían en el ceremonioso palacio de Méxic empezó á concurrir á las manifestaciones organizadas su honor.

Cuando Juárez llegó, se tuvo empeño en que habit la espléndida quinta de Santa Elena, del alemán Carlos Moye, pero como el dueño se encontraba ause y Juárez temía moviera camorra por la ocupación lenta de su casa, se contentó con la modesta habita que le arreglaron á última hora.

Por ese tiempo regresó Moye á Chihuahua, y en del sujeto adusto, regañón y deseoso de presentar r maciones contra el erario federal á cada cuarto de h resultó un excelente germano, que simpatizaba con l desterrados y les rogaba que muy á menudo pasaran á s casa para improvisar en ella merendonas y reunioncilla



—Se apuntaban con las chicas, ya refiriéndoles cuentos y anécdotas...

que degeneraban en baile, dándose el caso de que en pleno viernes santo, á las tres de la tarde, se organizara una fiesta que debía terminar á las tantas de la noche.

Guillermo tuvo un día la ocurrencia de quejarse de la sazón del cocinero que servía á la gente de gobierno, y no se necesitó otra cosa para que las señoras más distinguidas de la localidad se pusieran al avío guisando diariamente platos sabrosos para Juárez y los suyos.

Por supuesto que ni el Presidente, ni Lerdo, ni don José María Iglesias podían sustraerse á las manifestaciones cariñosas, y que más de una vez se vió á Minos, Eaco y Radamanto, como les llamaba Prieto, dar sus vuelteci-tas de baile en compañía de las entusiastas y republicanas muchachas chihuahuenses, que, ahora ancianas, cargadas de cuidados, llenas de hijos y de nietos, consideran como el *mejor día de su vida* la dancita que bailaron el día tantos de tal mes en compañía de alguno de los emigrados.

Dicho se está que los sujetos como Guillermo, que llevaban como lema aquello de meter en casa cada buen día que se presenta, se apuntaban con las chicas, ya refiriéndoles cuentos y anécdotas más ó menos verdes, ya tratando con elocuencia el tópico austero de la política reinante.

II

Es, pues, el caso que un día, muy temprano, Prieto se presentó en su oficina bien lavada y fregoteada la jeta, señal que puso en alarma al gran Brambila, que no sabía qué pudiera conmover de tal manera al señor Administrador de correos, absolutamente incapaz de enormidades tales, como levantarse antes de las ocho y lavotearse la cara con agua helada; por lo cual el escribiente no tuvo duda de que se trataba de la recepción de alguna noticia fresca y favorable, de la ganancia de alguna batalla ó de cualquier suceso morrocotudo.

—¿A que no lo sabe, chambón? ¿A que no sabe que estamos de fiesta? Sí, amigo, sí, Brambila de mis pecados: es un hecho la celebración del santo de Juárez por estos templadísimos chihuahuenses, que Dios bendiga. Ellos han sido la alegría de la casa, el encanto de nuestra vida, los que nos han hecho olvidar demasías y traiciones y los que nos han evitado el desesperar de la lealtad mexicana... ¡Quién sabe qué demonios preparen estos malditos, pero debe de ser cosa buena, porque ya sabe usted la mano que tienen para lo que se relaciona con la diversión los muchachos de esta tierra! Como si usted lo viera que andan en el ajo Luis Terrazas, Urquidi, los Palacios, Trías, el cónsul Creel y otra porción de gentes que no

ven á nosotros, los pobres y los arrancados, como si fuéramos perlitas de Oriente ó lindos diamantes de limpísimas aguas. Me pidieron que fuera á darles una manita para que con mi buen gusto metropolitano les dijera algo sobre el adorno que están arreglando; pero también me exigieron que les hablara algo, que les echara una de esas hermosas poesías que son mi especialidad y que dizque sé decir con tantísimo desparpajo, y naturalmente acepté. Quedé sin el compromiso de examinar la decoración; pero con el de enviarles persona perita que les ayudara y les diera consejos. ¿Quiere usted ir en mi lugar? Le ofrezco que no quedará descontento de las gentes ni de la fiesta.

Y en efecto, Brambila se encaminó al edificio del Tribunal de Justicia, que se ocupaban en poner como tacita de plata los pollos más distinguidos y los caballeros más calificados.

—Vea usted, le dijo uno de ellos, lo que tenemos preparado. Festones de colores, ramas desgajadas de los árboles de las orillas de la ciudad; muchísimos espejos con que se honraban los salones de los sujetos más ricos; estos tres cuadros con batallas de Napoleón, originales de Horacio Vernet; este retrato de Zaragoza y este otro de Hidalgo, que para nuestro Estado pintó el famoso Cordero. ¿Qué le parece? ¿Verdad que con estos elementos no se puede hacer mucho?

—¿Que si se puede? dijo Brambila. Va usted á ver qué precioso adorno arreglamos. Va á ser cosa de rechupete y nadie tendrá que decirnos más que alabanzas por él.

Y en efecto, con esos elementos, tiras tricolores, y el gusto y el ángel que Brambila tenía, se improvisó el más lindo adorno que podía pensarse. A las ocho de la noche, cuando los señorones y gentes de viso que acompañaban á Juárez se hubieron instalado, el sujeto que tenía á su cargo la dirección de la fiesta, le dijo gozoso á Pepe:

—Veo que la cosa está en buenas manos. Ya usted sabe, joven, que todo el chiste de la fiesta va á consistir en los brindis. Ofrecerá el banquete nuestro gobernador, don Angel Trías, probablemente le contestará el señor don Benito, oiremos á Lerdo y á Iglesias, y habrá versos de Prieto. De los de la tierra, hablarán don Jesús María Palacios y don Pancho Urquidi, y tal vez, tal vez, tendremos ocasión de oir á algún otro orador.

Y en efecto, á las ocho de la noche que llegaron los de la comitiva oficial, Pepe vió que Juárez la encabezaba vestido de frac, llevando al pecho la banda tricolor insignia de su investidura. Y ya que lo del frac viene á cuento, hay que decir que Juárez no usó, como piensan algunos, frac negro en todas las circunstancias de su vida, lo mismo para cerrar ó abrir el Congreso que para tomar una taza de chocolate en familia. Durante su excursión por el de-

sierto, don Benito llevó un trajecillo de saco ó americana y un sombrerillo blando color de mamey, y en Chihuahua y Monterrey usó levita negra que en nada difería de las otras levitas que en el mundo han sido.

La comitiva se instaló en los asientos preparados y el banquete empezó grave, ceremonioso, con el estiramiento de las comidas oficiales. Hasta los más guasones tomaban la sopa á pequeños sorbitos, dirigiendo miradas al salón y encomiando el adorno, mientras los mexicanetes, como Vidaurri decía, recordaban cuál el banquete á Milans del Bosch, cuál el que se había dado en honor de Zaragoza cuando volvió vencedor de los franceses, y cuál, remontándose un poco, las fiestas en honor de Santa Anna (que Guillermo Prieto, desterrado entonces de orden suprema, llamaba sin falta *saturnales)*. A veces, se interrumpían los convidados para alabar los platos, que parecían, según expresión del mismo Prieto, preparados en las cocinas celestiales para la delicia del Padre Eterno y los bienaventurados que más cerca de El estaban.

—Son obra de las señoras chihuahuenses, susurró al oído del Administrador de correos uno de los de la tierra.

—Pues todo es de lo más sabroso que he probado en mi vida, dijo el ciudadano Prieto... Vea usted, ha tenido su chiste lo de poner á Juárez en ese lugar, abajo del retrato de Hidalgo... Y cerca, muy cerca de él, está el retrato de Zaragoza...

— Ese habría sido el asiento reservado al general Negrete si hubiera estado con nosotros.

— Calle usted, mi amigo, ni mencione á Negrete, que ahora es autor prohibido...

— No me lo diga, don Guillermo...

— Pues se lo digo porque es la pura verdad... Juárez está que trina contra él... Figúrese que ha ido á meter á lo más lucido de nuestro pobre ejército en el horrible desierto de Jaco, en dirección de Monclova, donde no hay agua ni mantenimientos de ninguna clase... Y como ya llovía sobre mojado, porque había sucedido lo de la fortificación de la Angostura, que usted conoce tan bien como yo, el Presidente está que no quiere que le mienten á Miguelillo... Ha quedado lleno, constelado el desierto con osamentas humanas: no más blanquea aquello.

— La verdad, don Guillermo, que siento el percance. porque aquí apreciábamos al don Miguel; pero si el señor don Benito lo dice, estudiado lo tendrá.

— Ni tan estudiado, amigo mío... Usted sabe que Negrete era más mocho que Zuloaga y Cobos reunidos; lo cual no obstaba para que cuando le convenía se mostrara más liberal que Degollado y Ortega juntos: le llamaban Voltereta los de uno y otro bando... Y no crea usted que sea el héroe del cinco de Mayo, como modestamente hace creer... El héroe fué Zaragoza y no hay que andar pensando en levas... Salud, mi querido amigo, dijo Guillermo

correspondiendo al brindis que le dirigía un sujeto con la copa en la mano, los ojos en blanco y la mano en el corazón... Salud. hijo mío... Dígame, ¿y quién es este hijo mío á quien no conozco y que trata de brindar conmigo con tanto empeño?

—Es Irigoyen.

—Ese, ese que se pone en pie, mientras tocan las copas los que están á su lado.

—Es el general Trías, el gobernador.

—Vaya que habla bien... Está magistralmente hecho ese resumen de lo que fué nuestro país hasta la guerra de tres años... Y eso de llamar á Juárez padre de la patria y lo de decir que dar la vida por la patria es recibir un gran bien, y que darla cuando estamos impulsados por el ejemplo de tantos mexicanos dignos es un deber, está muy bien, muy bien dicho... Tiene razón; los hombres somos nada, los principios son todo... Pues se explica, se explica el caballerito... El himno, el himno nacional... Pues mire usted que me ha hecho conmoverme este general con su discursillo... Estoy llorando, ni más ni menos... ¡qué caramba!...

Y mientras la música repetía las estrofas del himno, los concurrentes á la fiesta gritaban conmovidos cosas como ¡Viva Juárez!... ¡Viva nuestro padre!...

El brindis que siguió se consagró á alabar á Chihuahua y estuvo lleno de brío y de primor. Quizás haya tenido

razón Guillermo cuando aseguraba que sólo los chihuahuenses habían hecho salir de su paso á don Sebastián Lerdo de Tejada...

«Los que hemos venido aquí en esta época luctuosa no olvidaremos la memoria de Chihuahua cuando volvamos á los otros Estados de nuestra residencia. Haremos sinceros votos porque el Estado de Chihuahua prospere y se engrandezca cuanto merece el espíritu elevado de sus hijos y cuanto prometen los dones de su suelo. La justicia y la gratitud pondrán siempre en nuestros labios, que si por los elementos con que dotó la Providencia al Estado de Chihuahua no es inferior á ninguno otro de la República, todavía lo es más por el corazón, la inteligencia y el patriotismo de sus hijos, y ha merecido y merece contarse entre los primeros.»

Y concluyó:

«¡Honor á Chihuahua, que no ha omitido sacrificios para defender á la República contra el invasor que pretende dominarla!»

«¡Honor al Estado de Chihuahua, que no ha tenido en su seno hasta ahora ningún traidor á la patria; y que tendrá siempre la gloria que le dan sus virtudes, su ilustración y el ardiente patriotismo de sus hijos!»

«¡Brindo, señores, por el Estado de Chihuahua, libre y soberano entre los Estados de la República Mexicana!»

Brindó luego el licenciado Palacios por los que com-

batían defendiendo nuestra independencia, y el señor Urquidi por la familia del señor Juárez; el Presidente, conmovido, dió las gracias y tuvo palabras como éstas: «Yo aquí veo la patria, y ante ella protesto que todo sacrificio es nada, que el sacrificio de mi familia sería mucho para mí; pero que si es necesario sea... (y el cronista de la fiesta comenta así: «No le dejó concluir la emoción... No es para descrito este momento»).

El bellísimo discurso de Iglesias en favor de los pueblos oprimidos alcanzó tantos aplausos, una ovación tan calurosa, que parecía que el salón iba á venirse abajo con el estruendo y los gritos.

«¡Brindemos por el triunfo completo, definitivo, del derecho sobre la fuerza; porque Polonia quebrante el yugo de Rusia; porque la Hungría y la Italia quebranten el yugo de Austria; porque Santo Domingo reconquiste su independencia; porque México salve la suya de la invasión francesa, siendo este acontecimiento causa de la caída de Napoleón III! ¡Brindemos por la reivindicación de las nacionalidades; por la salvación y la autonomía de los pueblos oprimidos; porque llegue un día en que el sol no alumbre sobre la tierra sino naciones libres de todo dominio, de toda intervención extranjera, constituídas en República, caminando á pasos agigantados hacia el fin supremo de la perfectibilidad humana por el ancho camino de la libertad y del progreso!».

¡Qué aprobación tan espontánea y tan alta y tan merecida y tan hermosa! No hubo uno solo de los presentes que no convidara al orador á brindar en su compañía, que no le felicitara, que no quisiera celebrar la gloriosa alianza que se establecía entre nuestra causa y la causa de los demás oprimidos de la tierra, que cabalmente á la hora aquella quizás formulaban votos por la emancipación de México. Cuando la diana alegre y jacarandosa rompió los aires recordando las mañanitas de la mesa central, los alegres amaneceres del valle de México, los estruendosos regocijos populares de los barrios en que se trataba

no de regias beldades ni peregrinas,
sino de obreras pobres, de alegres chinas,

y cuando el cantor de los arrestos de la Migajita y de los desplantes de don Fadrique se echaba á llorar recordando su barrio de la Palma, su plazuela de Mixcalco, su México adorado, una voz gritó desde uno de los extremos de la mesa:

—¡Bomba, don Guillermo Prieto!...

—¡Silencio, dijo otra voz, silencio, que va á hablar el señor Prieto!

Y Guillermo, con las lágrimas en los ojos y la voz mojada en lágrimas, dijo una bellísima poesía en alabanza de la patria, en alabanza de los que combatían por

la tierra natal, en agradecimiento de los que les prestaban asilo y les daban protección y aliento y regocijos como el de aquel día. La lira de Guillermo, que sonó siempre en honra de esta tierra que él vió nacer con amor inmenso, desdichada y pobre, sin amigos y sin valedores, pero á la cual amó más precisamente por su abandono y por su desgracia, produjo ese día uno de los cantos más bellos y más entusiastas que entonó en su vida:

¡Oh, patria! ¡oh, patria! nombre sacrosanto,
Sangre del alma, esencia de mi vida,
Cuerda de arpa celeste estremecida
A los húmedos besos de mi llanto.
Patria, foco de sol. Núcleo divino
De cuanto ardiente el corazón adora,
Nuestro dosel de púrpura en la aurora,
Lámpara en tu lucero vespertino:
Ven, que yo soy el bardo de tus glorias
Ven, que soy el cantor de tus dolores:
¿Cuándo mi musa le negó sus flores
Jamás ni á tu aflicción ni á tus victorias?

. . . .

Gloria á los fuertes, gloria á los que llevan
En alto tu pendón ¡oh, patria mía!
Para ellos las caricias de la gloria,
En sus copas contento y ambrosía,
A su paso los lauros de los pueblos
Para sus pechos el amor de hermanos,
Sustento y agua y luz para sus huellas,
Bendigan su camino los ancianos,
Inúndenlo de flores nuestras bellas.

. . . .

Tú ¡oh, Chihuahua! la fuente de mil huertos

Que bullen en inmensas soledades;
La gacela dormida en los desiertos
Liza de bravos, ramo de beldades;
Blanca garza que animas la llanura
Junto á las aguas del alegre río,
A ti la gratitud y la ternura
En estas horas de dolor impío.
Dormido está á tus plantas el desierto
Como manso león, linda matrona,
A ti se llega cual se llega al puerto,
Alegra de tus montes la corona.
Ven, le dijiste á Juárez, ven y lucha;
Ven y tu nombre, oh Juárez, eterniza;
Ven, guardaré tu gloria, que ya guardo
De Hidalgo y de los suyos la ceniza;
Y cuando su urna el ancho firmamento
Posa sobre las torres elevadas
De la excelsa ciudad, finjo un momento
Matrona al templo que ora al Ser divino
Hincada y con las manos levantadas
Mirando de sus huestes el camino.
Tú, Juárez, sólo á ti digno te creo
De llevar á tu pecho la cabeza
De Chihuahua inmortal, y con terneza
Pintarle de los tuyos el deseo.
En su seno remueva tu pujanza
Y remueva tus votos en el día,
Para que oiga de ti la patria mía:
«¡Pueblos del Anahuac, fe y esperanza!»

Quemaba el ambiente; en todos los rostros se manif-taban el goce, el odio, el rencor, el entusiasmo, el des de venganza, en ninguno la indiferencia. Muchas gent se habían levantado de la mesa para trincar con Juár ó con los otros oradores, para dirigir patrióticos brind

á los caudillos, para proponer que se hiciera tal protesta, que se intentara tal recurso, que se inmortalizara de tal ó cual manera el recuerdo de aquel día de amor fraternal y de exaltado cariño á México.

Cuando los señores discutían con más brío y la música se hacía rajas acometiendo con varia fortuna ya la consabida diana, ya el himno nacional, ora los Cangrejos, ó bien la Paloma, ó quizás (si *paulo majora canamus)* el incomparable duo de *Los Puritanos*, que en aquel tiempo volaba noble y alado llevando la esperanza y el odio á los tiranos á todos los pechos de los que en México solían pensar en cosas de patria y libertad; repentinamente, digo, se vió un caso inusitado y que causó asombro á muchos, á muchos dejó suspensos, á otros pareció mal y á los más se les figuró desacato que merecía castigo. Uno de los sujetos que se sentaban á la mesa (nunca se supo quién era) condujo hasta el asiento del Presidente—¿á quién diréis?—nada menos que al sargento de la Guardia de Supremos Poderes que daba facción en la puerta de la casa donde tan alegremente se cantaba y se comía. El soldado, con el arma al brazo, la mano en el chacó para saludar á la concurrencia, y el ademán grave y respetuoso, como si estuviera de antemano pidiendo perdón por su osadía, empuñó la copa que le dieron y la levantó para beber á la salud del Presidente de la República. Y entonces Juárez, el hombre impasible, el ídolo de basalto,

el silíceo, como le han llamado por allí, se sintió conmovido hasta lo hondo y abrazó al pobre sargento, le dijo una multitud de cosas que respiraban amor y patriotismo del alto, del desinteresado, del noble, no del barato y del que se halla al alcance de todas las fortunas, y entre



lágrimas y voces que le brotaban del corazón, repetía: «Con estos, con estos rostros atezados, con estas manos encallecidas, con estos pies que recorren sin parar toda la República, nos comprometemos á alcanzar la libertad de la patria, como conseguimos darle instituciones libres.» Y la concurrencia aplaudía, y la música secundaba el entusiasmo y todo el mundo se abrazaba y salía á abra-

zar á los soldados que se encontraban en el exterior de la casa, y parecía que aquello no iba á acabar nunca.

A las doce se retiró Juárez satisfecho y acompañado de muchísimos particulares y autoridades, y Guillermo, Brambila y otros de la corporación del mosquete prolongaron los brindis y las protestas y las dianas hasta la madrugada.

III

Serían las diez de la mañana de un sábado del más caluroso Agosto, cuando el señor Administrador de Correos llamó á su subordinado don José de Brambila, y luego de arrojar al suelo la colilla de cigarro que fumaba y de esperezarse dos ó tres veces quejándose del calor, que parecía el de la puerta del infierno, le dijo con cierta negligencia y como quien propone la cosa más natural del mundo:

—Pepito de mi alma, no cabe duda que tú eres un excelente muchacho, tan trabajador y tan decente como habrá pocos, y ya sé que si te ordeno cualquier cosa, por difícil que sea, la harás con la misma voluntad con que les dices piropos á las chicas que te encuentras al paso. Pero ahora tengo que proponerte algo que es de mayor riesgo y de responsabilidad más grande que todo cuanto pudiera encomendarte. ¿Quieres, libre y espontáneamente,

aceptar el carguito?... Me dirás que no puedes aceptar ni rechazar lo que no conoces y que empiece por decirte lo que pretendo de ti. Tienes razón, y voy á explicarte lo que pido de tu patriotismo y de tu bien probada lealtad. Has de saber, aunque demasiado lo sabes porque en más de una ocasión has intervenido en ello, que acostumbramos mandar de esta Administración general propios y extraordinarios que conduzcan cartas y escritos que se tiene interés especial en que lleguen á su destino lo más pronto posible... Como también te consta, nos valemos para esos envíos nada menos que del famoso Santa Rosa, el mejor charro de estos contornos, que sabe de veredas extraviadas, de aguajes y de sendas practicables para las bestias más de lo que sabe nadie en el mundo: así como son para nosotros ocultos los caminos divinos, así los del desierto son averiguados y ciertos para Santa Rosa... Ahora, se trata de llevar unos pliegos á México y no hay con quien remitirlos, ya que la enfermedad del malvado este nos imposibilita y que no tenemos manera de comunicarnos con la capital en los tiempos que corren. ¿Te encargarías tú de conducir esas piezas, que necesitamos lleguen con la mayor violencia á su destino?

—Señor, respondió Brambila con los ojos llenos de resplandores de alegría, no sólo acepto, sino que acepto agradecido. ¿Qué mayor honra para mí que el que se me haga portador de papeles que quizás sean de absolut

confianza? Acepto, claro está, y le ruego que lo más pronto posible me despache, que ya sabe que estoy siempre á sus órdenes.

Más tardó en decirlo Brambila que en ordenar don Guillermo que pasara un práctico encargado de poner en autos al nuevo correo de gabinete acerca de muchísimas cosas que era necesario prever ó evitar: había que tomar esta senda, que vadear tal río, que hacer tal ó cual travesía, que evitar este rancho, que conocer á los dueños de tal sitio, que ir aquí al trote largo, que caminar allá á carrera abierta, que pasar con grandes precauciones tal lugar en que solían apostarse los indios para pegar. Y en aquella clase pasó el buen Brambila casi toda la mañana hasta que dieron las once y fué á su casa á despedirse de su mujer, que no tuvo más palabra que «te vas á ver á la maldita María».

—¡Por Dios, mujer, qué mal pensada eres! Cuando llevo una misión de confianza que te había de enorgullecer, porque estas cosas sólo se encomiendan á gentes cuya lealtad consta de una manera indudable, tú te pones á fantasear sobre tus ridículos celos...

Sosegóse Cristina, y al mediar la tarde, luego que hubo dormido un rato de siesta, Pepe se dirigió á la habitación de Guillermo, que se encontraba casi á obscuras. Allí le desnudaron de pies á cabeza y le empezaron á fajar como si hubiera sido una momia egipcia. Le ponían

las vendas más apretadas en las extremidades, se las aflojaban en el pecho, le daban fricciones en los pies y en las manos antes de trincarle con aquella indumentaria especial, que el muchacho aceptaba entre risas.

A la oración de la noche, cuando apenas empezaba á obscurecer, Pepe salió del despacho del administrador montado en un ruín caballejo que en su concepto no iba á alcanzarle ni siquiera para llegar á la garita. Pero apenas salió á las orillas de la ciudad le picó á la bestia, que emprendió un trotecito largo que le dió muy buena esperanza al jinete. A poco, la bestiecilla, que por señas era peluda, vejancona y parecida más que á un caballo de carrera á un menguado cuartago de coche de punto, emprendió el galope más sabroso y espontáneo que el novel correo hubiera sentido en su vida; se paró un poco al llegar á un montículo que parecía cerrar el horizonte, y siguió á carrera abierta al husmear la llanura libre y grande.

Y allá iban Brambila y su caballo como si el escribientillo hubiera sido un Cid que sintiera que se ensanchaba Castilla al paso de la bestia que montaba. Y lo curioso era que no sentía cansancio ni deseo de bajarse un rato para comer lo que contenían las árguenas que llevaba á la grupa, sino que la carrera le causaba vértigos, le producía una anestesia tan grata que no parecía sino que el mismo menguado empleadillo que se

cansaba al recorrer distancias mínimas, había adquirido ya el hábito de trotar como el más consumado caballista.

La aurora le sorprendió cuando divisaba las tapias de un ranchejo miserable, que á la luz de la mañana simulaban un enorme lagarto que durmiera panza arriba en un estero quieto y sin oleaje, que no parecía otra cosa la superficie de aquella tierra triste y destituída de vegetación. Allí le aguardaban dos mozos que de seguro tenían santo y seña de la llegada de Brambila, puesto que salieron á recibirle y se pusieron á sus órdenes para darle agua, lumbre y pasturas para la bestia, únicas cosas que podía conseguirse en aquella soledad. Los rancheros eran un par de viejos que parecían fritos en sebo de riñonada, tan sucios y llenos de pellejos estaban. La vieja, que á cuenta era más joven que su compañero, resultaba todavía más apática y más indolente que él mismo, y producía el efecto de una figura de madera envuelta en una hoja de tabaco maduro; uno y otro fumaban sendos cigarrotes de hoja de maíz y echaban humo por boca y narices con una resignación tan grande y con una tan altanera inmovilidad, que se sentía vergüenza de afanarse por la vida, de pensar en avances y prosperidades, cuando se veía á aquellos fakires que decían con su actitud y su descuido el fúnebre «de morir tenemos» que rezaban los monjes trapenses.

—Ayer pasó un siñor, dijo la vieja mirando á Brambila con sus ojillos que parecían cubiertos con una telaraña espesa y caliginosa. Dice que va á México... Quen sabe... A saber...

—Un siñor, interrumpió el compañero fumando por dos ó tres veces su tagarnina. Sí, dijo que iba á México, que traiba papeles. Es ñor Sixto, el que lleva cosas pal obispao; insortos, ¿no, don? pa los que queren casarse, pa los que queren tomar mano... Ora ezque va muy lejitos, ezque hace sus ocho días con sus noches caminando á toda chilla.

Preguntó Pepe el nombre del que se le anticipaba en su encargo y no pudo averiguar nada.

—No sé cómo se apelativa, era la respuesta del viejo. Yo por don Sixto le conozco y nada más sé.

—¿Y qué dirección llevaba? preguntó Brambila.

—Por ay se jué nomás... A saber á onde resultó. Y iba á la carrerita; ya debe de ir retiradito...—Y luego de ver las gordas que se cocían en el comal, el viejo empezó á contar historias de comanches. Si les conocía, claro que les conocía... Cómo no, de chiquito, cuando todavía era así, los bárbaros habían pegado en el rancho de su padre y habían acabado con todo...—No me lo ha de creer, amo, pero no dejaron ni la cruz del jacal; todito lo quemaron y se lo llevaron... A mí me jallaron á los dos días tendido en el hielo, porque con perdón de usté caía una

helada prieta que daba miedo... Después de Dios, al padrecito del señor don Luis Terrazas le debo la vida, porque su mercé me levantó cuando los indios acababan de escampar... Ora hace ya tres meses que no caen aquí los gandules, pero cuando llegan, ni le cuente; es cosa de echarse á temblar... Cuando usté quera, amo, nomás me dice, que el caballito ya está listo... Ora le tengo una bestia pa labar á Dios... ¡Verá qué cuaco! parece que tiene entendimiento; como si juera cristiano... Él le lleva, y cuente que no necesita de más guía ni de gente que le ayude; yo sé lo que le digo...

Y entrando al corral trajo un caballo de gran alzada, rosillo, cabos negros, con ojos inteligentes, pero con el mismo aspecto de agobiado, de triste, de cansado que tenía el que iba á dejar...

—Con Dios, amo, que le vaya bien á su mercé... A la vuelta aquí le aguardo; ya tengo orden del amo don Luis pa tenerle listo todo lo que haiga menester...

Y montando en la bestia, Brambila se alejó en medio de un solecillo que no le pedía favor ninguno al que acababa de experimentar en su paso por el desierto de Monterrey á Chihuahua.

Se detenía breves instantes, apenas comía un bocado y de nuevo montaba en el animal. En cada lugar de sesteo ó de descanso recibía las órdenes que tuvieran que darle y continuaba el camino siempre á escape, siempre

presuroso, siempre temiendo no llegar á su destino. Al tercer día se le acentuó el cansancio de manera que parecía que no iba á poder caminar más: el campo le daba vueltas, la naturaleza aquella, torva y reservada, le parecía más inexpugnable á cada legua que en ella penetraba, y un vago é inconsciente temor, el temor de morir ignorada y obscuramente en una hondonada de aquellas, en un lazo que le tendiera quien estuviera enterado de su viaje y del objeto á que le destinaba, empezó á acometerle haciéndole meditar en la falta de haber aceptado una comisión para la cual no tenía aptitudes ni preparación.

Al llegar á unos matorrales que cercaban una abra que hacía la reunión de dos montañas, oyó cantar, casi á su lado, una cancioncilla que le impresionó causándole al par tremenda melancolía y susto espantoso; susto del que llega refugiándose entre los huesos y produciendo en la espalda un frío que aflige y destantea y hiela la sangre. Aquella voz melancólica que decía el cantarcillo de

Ya Margarita se va,
Ya se va, ya se la llevan,
Ya se la llevan los indios
A comer carne de yegua...

le pareció que brotaba de la misma tierra, y que extendiéndose en las alas del viento llegaba á implorar á la

luna que salía roja y como sangrienta de entre la cortina de montañas que cerraba el paso al vallecillo que se aparecía á la derecha de unas construcciones ciclópeas que eran como castillo roquero abandonado.

—¡Maldita cancioncita, qué bien molesta! dijo Brambila en voz alta, confesándose con la soledad... ¡Maldita canción!... Ya podía el que canta detenerse un poquito y no enfadar á los que caminan pacíficamente...

Y sin saber por qué sintió le acometía un horrible frío de cuartana que le recorrió de los pies á la cabeza. La voz se alzaba de la cañada donde primero se había escuchado y resonaba monótona, tristona, dolorosa, al través del velo de bruma que se veía hacia la entrada de la nueva fracción de desierto que se abría á la derecha de la cañada que iba á pasar.

—¡Haya cosa! pensó para sí el intrigado Brambila; ¡haya cosa! ¡sentirme más intranquilo ahora que voy acompañado que antes que iba solo!... ¿Quién demonios será éste que así canta en medio del terregal? Algún transeunte, algún ranchero que quiere ver pronto su casa y que sabe que cantando se aligera el camino... Yo también debería cantar...

Y ensayó una tonadilla de su país, de esas incoloras que dicen los habitantes de las vecindades, impregnadas de un romanticismo cursi y rebuscado que denuncia á legua los tendederos de ropa en el patio, y las comadres

peinando niños en lo interior de la vivienda, mientras la guitarra murmura la triste sinfonía que parece una invitación al goce, para dar salida á la canción desgarradora, llena de corazones destrozados, de infamias y de traiciones, de tristeza, de deseo de morir y de amor á la tumba helada. Pero notó que la canción empezó á alejarse para reaparecer luego con nueva fuerza y perderse al cabo en la garganta de una montañuela que parecía estacionada allí para interceptar el paso al heroico Brambila.



Ya caminaba satisfecho cuando oyó una voz:

—¡Compañero, deténgase, que vale la pena de que caminemos juntos!...

Y Pepe detuvo su cabalgadura no sé si con miedo ó con esperanza, deseoso de encontrar persona con quien hablar aunque fuera en un idioma primitivo, por señas ó gritos.

Y no tardó en incorporársele un sujeto hasta de cua-

renta años, de pelo rojizo, ojuelos verdes y maliciosos y nariz basta á manera de la que les ponen á Richelieu ó al gran Condé. Vestía zamarra de cuero usada tanto hacia los codos como por la espalda, calzonera de gamuza, zapatos de cuero crudío y sombrero de palma bien trenzado.

—Amigo, dijo el recién llegado, ¡qué fortuna encontrarme con quien siga mi camino! Ya me sabe la boca á cobre y, la verdad, no me gusta darle tanto descanso á la sin hueso... ¿A dónde va usted, si acaso se puede saber? Yo voy muy lejos, voy hasta México, á la capital del imperio, á llevar unas requisitorias de novios que se quieren casar y que tienen sus posibles...

—Pues yo, declaró el gran Brambila, yo voy á ver á mi suegra, que se encuentra dando las boqueadas en un pueblito de las cercanías de México; llevamos, pues, el mismo camino...

—Pero, hombre, repuso el otro risueño y contento, ¿cómo le he de creer que emprenda tamaño viaje por una suegra? Usted se está chanceando conmigo...

—¡Chancearme!... ¿Qué me voy á chancear? A mi suegra voy á ver, pero como la pobre me deja una herencita de algunos miles de duros... pues me parece natural ir hasta el pueblo de Tenango ..

—Pues eso debía haber dicho, amigo, dijo el nuevo camarada riéndose á carcajada tendida: ¿conque hay

dinerito de por medio? Pues entonces no me extraña que vaya hasta la tierra santa...

Siguieron largo rato caminando en silencio, y á poco dijo el risueño y desocupado mensajero:

—¿Y cuál es su gracia, amigo? Yo me llamo Sixto Vega y soy un viejo buscador de minas en Guadalupe y Calvo; allí hice una mediana fortunita; pero en parte por una borra que se me vino y en parte por lo tremendo que yo era, acabé con todito al grado de quedarme hasta sin camisa... y tan contento.

Luego siguió refiriendo sus excursiones á Badiraguato, sus hazañas en la bonanza de la mina Pastrana ó Pastreña y su vida en San Francisco de las Californias...

—¿Cómo que si conocí á su hermano de usted? Juan de Dios Brambila, Juan del Diablo, era de lo fino, de lo que no trajo Allende en la maleta... Entre los mexicanos que la laboreábamos por allá, que éramos muchísimos, no había uno más tracista que Juan del Diablo... Con decirle que se dejaba muy atrás al mismo Murrieta en muchísimas cosas, por ejemplo, en cosas de beber y en cosas de muchachas, le digo todo... Y como valiente lo era, ¿cómo no? pero, ¡caramba! en lo demás no había quién le echara pie adelante, ni siquiera los chilenos, que tanto dieron que decir...

Y hablando de esas cosas pasaron leguas y leguas, lo mismo al sol que á la sombra, igual en el día que en la

noche, siempre vivos, siempre alerta, siempre dispuestos á ocultarse á la hora de un albazo ó en el momento de ver venir una caravana de indios aislados. Pero una noche, al llegar á un pueblecillo en que habían pegado los apaches poco hacía, don Sixto inició que se detuvieran, pues seguramente les sobraría oportunidad de recuperar lo perdido.

—Hombre, y á propósito, le dijo Vega: ¿que no le convendría á usted venirse conmigo? Yo busco una buena cantidad de gentes de valor que me acompañen en una empresita que puede servirnos mucho... Cosa de minas, pero no piense que sea en terreno llano ni en lugarcitos llenos de sombra; aquello es medio feo y no creo que se vaya á sentir tan alegre como si se encontrara en el zócalo de la plaza de México... Es unas veinte leguas más allá de la villa del Paso del Norte y entre puros cerros; pero, amigo, ¡qué platal, qué riqueza! ni le cuente. Mire, la plata sale en hilitos, así, como para mandarse á la casa de moneda. No se ha visto cosa igual... Ríase usted de la bonanza de Batopilas; eso es nada. A las cuantas varas de trabajar panino negro nos hemos encontrado panino blanco y allí está la plata virgen en bolsitas, en clavos, en espigas, en tachuelas, en alambre, en hojas, en lo que usted quiera... Le digo que aquello no tiene cuate, que es precioso, que vamos á dejar muy atrás á todo lo que se ha visto... ¿Quiere venirse? No más me dice media palabra

y yo me comprometo á que le almita el amo don Tomás Zuloaga... Porque lo que él dice: «tú mete á quien te dé la gana, que al fin me respondes de que aquello ande como Dios manda». ¿No le parece, patrón? Véngase, que (á usted sí puedo decirle la verdad) lo de los insortos y esas cosas son embelecos y mentiras; de lo que trato es de juntar alguna gente buena para la empresa... A usted ni le pregunto si es lo bastante hombrecito para acompañarme; con ser hermano de Juan del Diablo está dicho todo; no hay ni que hablar... ¿no le parece?

Entretenidos en conversar y en hacer calendarios de minería, que son más falibles que el calendario famoso de Galván, los dos amigos llegaron una nochecita de Junio, cuando apenas acababa de obscurecer, á la muy noble y leal ciudad de México, cuya sombra venían persiguiendo hacía tantos días. Se hospedaron en el mesón de Balvanera, que era el que á la sazón disfrutaba más fama entre gente fronteriza, y allí pasaron la primera noche de dormir en cama, que por cierto no se le figuró á Brambila tan grata como la creía cuando andaba á caballo sin parar.

Su primer diligencia consistió, no hay para qué decirlo, en visitar al licenciado Delgado, que por cierto habitaba un gran caserón de la calle de Santa Clara entonces constituída en emporio de la recién llegada nobleza de toga, traída por el imperio de Maximiliano. N

estaba en casa don Canuto y fué cosa fácil para el testarudo mozo concertar con la bella y arrogante María una cita que había de pasar en Chapultepec, á la sombra de aquellos ahuehuetes milenarios que venían contemplando con la sonrisa de viejos escépticos y corridos todas las aventuras amorosas que se venían sucediendo en el valle de México, si bien encontrando que los amantes del tiempo de Motecuhzoma se diferenciaban poco de los que se daban citas en la época de Maximiliano el intruso, pues eran siempre las mismas protestas, los mismos gimoteos y las propias ternuras trasnochadas.

—Pepe, no hay duda que no te vuelves á perecer entre esos hambrientos de tus amigos: aquí te quedas porque te quedas y no se te vuelve á ver en aquellos horribles arenales que me tenían frita la sangre y perdida la salud. Sábete, por si no lo sabes, que aquí está todo á pedir de boca y que allá van las cosas de mal en peor. Ortega, ya lo sabes, el general, el vencido de Majoma, está pronto á reclamar la presidencia el día tantos de no sé qué mes que se cumple su período á Juárez, y va á haber con eso la gran tremolina en el campo de los liberales... Tu jefe, don Guillermo, está á matar con el indio, va á tomar el partido del otro y aquello se va á volver cena de negros... En fin, que dentro de poco sale una expedición para Chihuahua y que Juárez se verá precisado á moverse de su madriguera para embarcarse,

para pasarse al lado americano, para hacer cualquier cosa, y entonces... entonces se verá la manera de que ya no cause más daño...

—¿Qué me dices, María? preguntó el muchacho en el colmo de la estupefacción.

—Lo que oyes, hijito, lo que oyes; todo está perdido, y si acaso tú deseas volver por allá yo te proporcionaré manera de que lo hagas gloriosamente, en compañía de gentes de tu clase, de hombres que valen y que te pueden prestigiar, no de descamisados infelices que no te han de dar ni sal para un ahuacate...

—Pues no entiendo...

—Ya entenderás. Por ahora bástete saber que hay personas que, compadecidas de lo que sufre este pobre país, se han resuelto á dar un golpe de mano cogiendo á Juárez, á su ridículo ministerio y á todos los que con ellos se encuentren, y que todo está arreglado de tal manera que no fallará.

—Dime lo que tengas determinado, que ardo en deseos de conocerlo. Yo, como tú dices bien, estoy resuelto á dejar aquello, pues lo cierto es que para disgustos n[illegible] gana uno; pero me determino á volver allá para meterm[illegible] en negocios de minas. He hecho el camino en compañ[illegible] de un sujeto que está encargado de reclutar gente pa[illegible] explotar un mineral en el rumbo de la villa de Paso d[illegible] Norte, y si, como es probable, me gano mucho diner[illegible] allá me quedaré de asiento.

—¿Minas? ¿Has dicho que minas? ¡Por Dios, Pepe, que tú quieres sacarme un secreto que tengo guardado y que inventas cuentos como ese de las minas! Hijo, por María Santísima, que me hables á derechas; si algo sabes trátame como á persona que está más decidida que tú á servir á la buena causa; si, por el contrario, sólo malicias la verdad y no la conoces claramente, no me comprometas exigiéndome que te cuente secretos que no me pertenecen...

—Lo sé todo, dijo Pepe con misterio, y estoy comprometido en el asunto desde la crin hasta la cola.

—¿De manera que te lo comunicó?...

—Sixto...

—¿Y sabe que tú estás separado ya de tus amigazos de Chihuahua?

—No sé si lo sabrá, pero sí sé que está enterado de mi buena voluntad...

—Pues me alegro, créeme que me alegro... Sixto no es quizás lo que tú podrás figurarte; es íntimo del conde y está enterado de todo.

—Ya lo sé, mujer, ya lo sé. Por cierto que me enseñó todos sus papeles y me quedé pasmado. ¡Qué cierto es que debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor!...

—¿Verdad? ¿Quién iba á pensar que ese rancherón era portador de papeles tan interesantes?

—Nadie; pero el conde, que no se mama el dedo, pensó

con justicia que otro sujeto daría lugar á sospechas, que quizás motivaría que se le aprehendiera, y naturalmente...

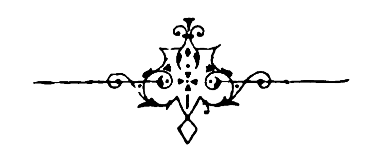
— Ya, ya comprendo...

Tras la conversación política vino la conversación amorosa, y Pepe pudo comprobar á su amada que la fatiga y las penas del viaje en nada habían influído sobre su sensibilidad amatoria, y á la media noche tomó el camino del mesón donde había quedado de ver á su amigo el famoso Sixto Vega.

La espada de San Pedro, ó sea el jefe de los conspiradores imperialistas, estaba ausente á la sazón, y Pepe pudo á su gusto revisar su maleta sin temor de que le interrumpiera nadie, pues cabalmente para entrar á los cuartos que los amigos tenían tomados había que abrir una puerta que rechinaba grandemente al traspasarse sus umbrales. Los papeles le dieron poca luz, porque estaban escritos en cifra, pero en cambio se halló un librillo de memorias que contenía notas como ésta: «el señor de Ressiquier me envió desde Nueva York, $ 334, que me servirán para los primeros gastos de la expedición. Doña María me escribió para que se tenga listo todo para el primero de Noviembre... Hoy carta á M. Pierron», y otras cosas por el estilo.

Luego que Pepe se hubo enterado de lo que podía enterarse fingió que se dormía, y cuando llegó, por cierto no á la hora en que canta la alondra, sino á la en que los

lecheros transitan por las calles y los barrenderos inundan de polvo la ciudad, Pepe salió explicándole á Sixto que marchaba ese día para Toluca porque tenía noticias de que su suegra estaba muy malita; puso dos letras á María, gastó una parte de la mañana en entregar las cartas que llevaba para Payno, Arias, Sánchez Solís, Montes y otros personajes que vivían en México aparentemente pacíficos, y el mismo día partió para Cuautitlán, donde tomó la diligencia que le había de conducir al interior y á la frontera.







CAPÍTULO XII

Paso del Norte

I

PEPE regresó á Chihuahua por los fines de Julio, y su primer providencia fué dar cuenta á Juárez de lo que había oído y averiguado en su viaje.

—¿Qué nos importa? No ha de ser lo único que nos acontezca, y ya tenemos ejemplo de lo que suelen hacer los franceses para vencer á sus enemigos. ¡Cómo ha de ser! — Y se sumergió en un abismo de reflexiones que vió pasar en lúgubre cortejo con el humo del cigarrillo que tenía en la boca. .

En Agosto se tuvo noticia cierta de que avanzaban los franceses con buen golpe de tropas, y la resolución del gobierno consistió en emigrar en dirección de la frontera.

— Donde estemos estará la patria, dijo don Benito; vamos á cualquier parte, que tiempo hay de volver des-

pués... Adelante y cumplamos con nuestra obligación. ¡Adelante!

El día cinco de Julio, martes, á las nueve de la mañana, salió Juárez camino del Norte, y su salida representó para el pueblo de Chihuahua una calamidad pública. Con ojos torvos y anhelantes contempló la retirada de aquellos sujetos que, á pesar de su pobreza, de su desamparo y de su desgracia, simbolizaban el derecho y la justicia, mientras las familias principales del lugar acompañaban con lamentos la salida de los emigrados.

Era en el rigor del verano, de un verano excepcionalmente seco y triste, de un verano que había secado toda vegetación desde los alrededores de Chihuahua, sin necesidad de pasar al desierto.

La fracción de Monterrey á Chihuahua era imponente; mas no como aquella que se abría desde el Sauz, que fué la primer jornada en camino para el Paso.

El sol reverberaba desde muy temprano, con una furia vengativa que ponía miedo en los corazones. El suelo, desnudo, árido, sombrío, falto de todo cultivo y de toda vegetación, parecía una inmensa lámina de acero bruñido que reflejaba el calor de la inmutable lámina de turquesa que se extendía en lo alto sin límite, sin división, sin medida, hasta venir á converger en una lontananza en que se confundían el polvo en que se arrebujaba el desierto y el azul del cielo, que semejaba una radiación



—... á las nueve de la mañana, salió Juárez camino del Norte...

de gloria en que se sumergiera un demiurgo joven y potente. La planicie enorme estaba formada de una caliza blanca que hacía mal á los ojos, y surcada de vetas amarillas que hacían creer en una vegetación subterránea que extendiera sus ramazones hasta el exterior. Ni un átomo de hierba verde, ni un árbol que alegrara el paisaje, ni un ave que se quejara entre la umbría, ni un insecto que chirriara anunciando la vida — la vida que, inferior y pobre y rudimentaria, al fin es la vida, es decir, el movimiento, la fuerza y la existencia — ni un hombre, ni un caminante que se aventurara siquiera fuese buscando salvajes á quien vender el tabaco y el alcohol con que les obsequiaba la civilización.

El único habitante del desierto, el único que podía soportar sus rigores, el único que aventuraba su vida medrosa y triste en aquellos páramos inclementes era la gobernadora, la horrible planta parásita que parecía una lepra del terreno. Pelona, triste, con sus ramillos tendidos al aire, tenía el aspecto de púas listas para pinchar al transeunte osado que fuera á buscarla en sus dominios.

Los jefes de la expedición no hacían caso de la planta, pero el Administrador de Correos les llamó la atención sobre ella.

— Mira, Pepe, dijo, dirigiéndose á Iglesias, mira qué horrible cosa nos sale al paso.

—Es la gobernadora, Guillermo, es la planta que nos acompaña desde San Luis y mucho antes de llegar allá.

—No lo creas, Pepe mío, no lo creas, hijo de mi alma, no hay tal, no hay tal acompañamiento: esta es una planta nueva, una horrible condensación de este desierto traicionero y tremendo que se emplea en acecharnos por ver si nos puede engullir. La gobernadora no brota de la tierra; es la tierra misma. Sale capciosa, hostil, oculta, misteriosa, como si fuera una innúmera legión de arañas que mostrara al aire sus patas colosales armadas de garfios que se prenden á las ropas y las desgarran. Parece el alma del polvillo sutil que llena esta soledad, de su aire de muerte, de su horrible calma que asesina... Y si no, dime ¿qué parentesco, aunque sea remoto y traído por los cabellos, puede haber entre estas raíces destituídas de savia, y la copa cantante de los pinos, que al amanecer parece una flauta rumorosa que entona la endecha de la luz bienhechora y del ganado balador y tranquilo; entre estos ramillos escuetos y los frondosos camichines, las parotas majestuosas, los robles generosos y los sabinos copados que dan sombra al pasajero, al ave nido y frescor al paisaje; con los álamos y los sauces que suelen bañar sus pies en el río, mientras hacen brillar al viento los plateados estandartes de su follaje movedizo y alegre?... Capaz eres de hacerme creer que yo, rey de la creación, animado por sentimientos, ideas y sensaciones,

tengo algo que ver con la babosa pegada á la roca, pero nunca, á pesar de toda tu ciencia, me convencerás de que pertenece al reino vegetal este desecho de la naturaleza que sirve sólo para hacer más tétrico el paisaje...

Rió Iglesias de las exageraciones de Guillermo y le señaló una cañadilla que comunicaba dos porciones de la landa estéril, que ascendía como si fuera un escalón del terreno que acababan de pasar. La llanura arenosa brillaba con puntitos de diamantes pasados por cien mil tamices, pareciendo de plata líquida y fundida al contacto de aquel sol de fuego. Más lejos se extendía el horrible desierto, de tono desolador, gris, monótono, tristísimo: gris el polvo, gris el suelo de donde salía, gris la hierba que parecía tener encima la pátina de cien años de vientos huracanados y terribles, gris el sol que al refractarse en la pupila hería los ojos con tonos grises, pero ardientes, voraces, capaces de causar oftalmías hasta al ojo de la divina Providencia...

Salían de la zona del polvo y repentinamente pasaban á la del calor tremendo, seco, atormentador, sin que le mitigaran ni el aspecto de la verdura distante, ni el de las montañas azules en que suele pastar el ganado y mitigar sus ardores el sol vengativo y adverso. Y cuando las montañas aparecían eran tan vagas, tan esfumadas, tan lejanas, que semejaban el primer escalón para ascender á

aquel cielo inmutable que parecía una lápida de granito tendida sobre la tierra.

Sólo de cuando en cuando se miraban serranías de formas regulares, geométricas, como fabricadas por manos de titanes niños para subir cómodamente á la altura; y entonces les encantaban á los viajeros las cañadas sombrías, llenas de verdura, apretadas de matorrales que semejaban las vedijas de una cabeza monstruosa de etíope. Pero dejaban atrás aquel oasis distante y volvían el polvo y el calor y se disipaba aquella repentina visión de alegría y de frescura, como si sólo hubiera estado atravesada al paso para aguijar los deseos de los cuitados expedicionarios.

Hicieron noche ese día en la Punta de la Laguna, donde hallaron algo que les consoló: un pantano que denunciaba la presencia del agua, un pantano en que crecían grandes flores blancas y azules en medio de la grama tupidísima y saturada de humedad.

—¡Dios mío! exclamó Guillermo, ¡qué gran cosa el poder reposar aquí, cerca de este charquito que me recuerda los de mi encantadora México! No hay nada como el agua, aunque sea traidora como ésta; prefiero la malaria, la fiebre más cruel y devoradora, á la insolación, á la muerte por agotamiento y por fuego interno... ¡Bendito sea el pantano! parece una pupila misteriosa en medio de la llanura solitaria y tristona... ¡Bendito sea el pantano!...

Por eso Guillermo se levantó de buen talante al día siguiente, dispuesto á seguir el camino y seguro de que iba á tropezar con terrenos regados por linfas claras que se escapaban de riscos limpidísimos, como si fueran las lágrimas que lloraran las montañas distantes. Pero apenas habían caminado un poco cuando la sequía se mostró más cruel y despiadada que en todas las jornadas anteriores. Parecía llover fuego del cielo, y la prueba de que el calor resultaba insoportable fué que el propio Contreras Elizalde se quitó los guantes, se desabotonó el Norfolk y se limpió el sudor de la frente con un pañuelo de seda.

Como recuerdo de la humedad que les había sonreído la tarde anterior, se hallaron cierta forma especial de vegetación que un tanto les alegró la vista: vieron distribuídos aquí y allá unos enormes quiotes que afectaban las formas más raras y extravagantes que hubieran podido imaginar: eran figuras de indios revestidos de capas de palma y llevando sobre la cabeza de pelos blancos é hirsutos, enormes chimallis que se veían desde larga distancia; eran aves zancudas que con el pico caído y la cabeza en actitud filosófica parecían reflexionar en cosas distantes y extrañas; eran caballos alados que hacían corvetas con la cabeza metida entre las patas larguiruchas y á manera de huso; eran, en fin, canéforas que ofrecían las flores de un cesto vacío.

A veces, en los repliegues del terreno, nacían también enormes lechuguillas que daban un género de vástagos ondulados que parecían ya culebras erguidas, ya cabelleras grises enterradas por los salvajes y que, encanecidas de repente, se hubieran quedado erizadas y mostrando al aire las culebras de la cabeza de una Medusa escondida bajo la tierra. Las lechuguillas aquellas concluían en unas gigantescas é ingenuas flores amarillas que daban idea de enormes piezas de oro de á veinte duros, que llevaran volando el lema atrevido de su águila real.

De la Laguna llegaron al Ojo del Gallego, uno de los puntos más desolados y tristes que existían bajo las estrellas, y como á los guías se les olvidó prevenir á la gente de que debían proveerse de agua, hubo que caminar sufriendo el terrible tormento de la sed, que empezó á atenacear á los pobres soldados apenas habían pasado las primeras horas de la mañana. A eso de las once la opresión se hizo tan grande que era imposible caminar; ya no había lechuguillas, ya no había viznagas, ya no había siquiera gobernadora; todo el terreno estaba ocupado por un género horrible de vegetación, una planta parásita que se arrastraba cautelosa, desconfiada, como si fuera un ladrón que se metiera poco á poco á sorprender á quien dormía descuidado.

—La cenicienta, dijo uno de los guías, la ceniciento que anuncia que el agua anda muy lejos; resiste más que

la misma gobernadora y le sirve de alimento al ganado cuando no hay otra cosa que darle.

—Señor, le comunicó á Juárez el jefe de la escolta, no tiene usted más novedad que se nos han quedado muertos dos soldados; no aguantan este calor...

En ese momento salió Juárez del carruaje acompañado de Lerdo y de Iglesias, que iban juntos con él constantemente. Se dirigió á un muchachillo, casi un niño, que acababa de dejarse caer pesadamente cerca de una zanja del camino, con el fusil todavía abrazado y la mirada vaga en los aires, como si estuviera esperando algo que tenía que venir de lo alto.

—Amigo, dijo el Presidente enternecido, ¿qué es eso? Levántese, que ya nos falta poco para rendir la jornada... ¡Arriba, que no hay tiempo que perder!... A la una...

Pero el caído no respondía ni meneaba siquiera la cabeza. Veía, veía fijamente á Juárez, y sonriéndose dejaba que le siguiera asaeteando aquel sol capaz de fundir el hierro.

Como pudo alzó don Benito al caído y le hizo caminar unos cuantos pasos, casi inconsciente, sin que el pobre se diera cuenta de lo que hacían con él. Le metió al coche en que iban los ministros y en seguida trató de refrescarle el gaznate dándole sorbitos de alcohol para que se reanimase.

Luego fué á buscar á otro que yacía boca abajo, pá-

lido, inerte, casi sin respiración y con todas las señales de muerte próxima; también le introdujo en el carruaje y le auxilió, consiguiendo que en poco rato volviera á la vida.

Los soldados que se encontraban válidos y capaces de cargar el chopo se entusiasmaron al ver el rasgo de Juárez, que hacía aquello sin afectación, sin deseo de quedar bien, sino sólo con el propósito de auxiliar á un semejante moribundo y que era capaz de tener vida por algún tiempo.

— ¡Viva el señor Presidente! empezaron á gritar los soldados; ¡viva el señor don Benito! decían á voces los que por primera vez veían que un grande de la tierra tomase parte en sus desgracias y se doliese de lo que les pasaba.

Pero cuando el entusiasmo se convirtió en frenesí fué cuando vieron que Juárez alzaba á un viejecillo de barba blanca, que estaba caído cara al suelo, con la nariz afilada, los ojos vueltos en blanco, las manos extendidas, rota la pechera de la camisa de manta, en que se veían el nombre, el grado, la compañía en que estaba afiliado, el arma en que servía y todo cuanto se podía apetecer para identificar al sujeto.

— ¿Qué sucede, mi viejo? preguntó con interés Guillermo al ver aquella fisonomía sincera y noble que mostraba á la luz de aquel sol de justicia hasta los cartílagos y las venas que le surcaban el rostro.

—¡Arriba! dijo don Benito... Y como no hubiera quien le ayudara, porque los otros caminantes andaban tras de los demás accidentados, Juárez cargó al pobre enfermo y le llevó hasta una tienda de campaña provisional que acababan de levantar los oficiales.

—¡Viva, viva el señor Juárez! decían los pobres soldados con las lágrimas en los ojos... ¡Que viva el señor Presidente!

—Debo advertirle á usted, señor, dijo el coronel Yépez, acercándose con todo respeto al Presidente, que vamos muy retardados y que no va á ser posible llegar á donde encontremos agua; y luego, con la gente que llevamos, la cosa se pone peor...

—Pues á darnos prisa, coronel, dijo don Benito sudando el quilo, pero sin dar á conocer fatiga ninguna. Y empuñando un fusil de los que habían dejado caídos los enfermos y los insolados, dió en voz alta la orden:

—¡En marcha, y mucho cuidado con los enfermos!

De Lagartijas al Carrizal caminaron de noche, pues el agua seguía muy distante y era casi segura otra catástrofe como la de la jornada anterior. A la claridad dudosa de los astros, que en aquellas soledades proyectaban su luz con más fulgor que en los terrenos agrestes de las montañas, en medio de los cantos de muchísimos reptiles que parecían preguntarse y responderse los secretos de la noche y los misterios del desierto inmenso y todavía no

explorado, los pobres perseguidos hicieron la jornada más triste y dolorosa de aquellos días.

— Estos grillos, dijo Prieto con convicción y luego que les hubo escuchado un buen espacio, parecen decirse unos á otros: «¿Veis esos fantasmas que parecen cosa del otro mundo? Son gentes que jamás hemos visto y que quizás no volvamos á ver. No son los indios que pasan incendiando los matorrales y haciendo crujir con los cascos de sus caballos toda la tierra cercana; tampoco son los arrieros que conducen sus carros, llenos de temores á las jaras de los bárbaros que les esperan al pie del recuesto de alguna loma ó agazapados en el hueco de alguna barranca. Mas, creédmelo; de la llegada de tales locos ó santos ó paladines depende la transformación de estos desiertos en lugares que busque todo el mundo. Estos traen la buena nueva á una tierra necesitada de oirla.»

Brambila, que no era poeta, no estuvo conforme con lo que su maestro oía y creía interpretar en los ruidos de la noche, pues no hallaba cómo ni por qué tuvieran los grillos y demás sabandijas noción de lo que eran santidad, caballerosidad, paladinismo y demás cosas que se figuraba escuchar el otro, y estaba seguro — podría apostar la cabeza por ello — á que aunque se hiciera el mundo de nuevo, aquellos terrenos no podrían entrar jamás al comercio humano.

En Samalayuca, donde llegaron con doscientos mil trabajos, al amanecer de la octava jornada de camino, se detuvieron un día, y el siguiente á buena hora llegaron á Paso del Norte, fin de su penosa peregrinación.

Eran las cinco de la tarde del día quince de Agosto del sesenta y cinco, cuando Juárez y su cuitado, aunque no abatido, acompañamiento llegaban al puente de los Indios ó Loma de la Cruz, siendo recibidos en triunfo por los vecinos de la pobrecilla población fronteriza, desamparada y sola en medio de aquellos remotos arenales. Pero ni por un momento se enfriaba el entusiasmo de los expedicionarios, que podían decir por boca de uno de los más ilustres de entre ellos y cronista oficial de la expedición: «Escribimos la presente á 500 leguas de la antigua capital de la República; rodeados del desierto por todas partes; á orillas del río que, en el espacio de centenares de leguas, regaba por ambas márgenes, no ha veinte años todavía, territorio siempre mexicano. La escribimos errantes, casi proscriptos, entre peligros y calamidades. Y la escribimos, sin embargo, con pulso sereno y conciencia tranquila, porque no hemos perdido la fe en la causa que sostenemos, y porque aun cuando se tratara de una causa desesperada, sería siempre el orgullo de los días que nos quedasen de vida, haberla defendido en los momentos supremos de su infortunio y de su extinción. ¡Dios la proteja! ¡Dios la salve!»

II

Con esa intuición de la mujer, y sobre todo si es celosa, que sabe unir y concatenar los sucesos más insignificantes formando con ellos haces de pruebas que no podría deshacer ni el abogado más sutil, Cristina puso de acuerdo los pasos de su marido y sacó lo que significaban las expediciones á México, las frecuentes disputas, el constante ir y venir y hasta el significado de los papeles en cifra que Brambila había traído hurtados de la capital. Con aquella cadena de probanzas fué á dar la queja á aquel de quien ella se figuraba que el traidor dependía más directamente, es á saber, á Guillermo Prieto.

El poeta, que no era del todo ajeno á las debilidades conyugales, trató de quitarle á Cristina aquellas malas ideas de la cabeza, pero como ella se manifestara cada vez más sostenida y más en sus trece, el Administrador se resolvió á poner tierra de por medio entre los antes felices y ahora divorciados amantes.

— Nada de separaciones ni de embelecos; eso se queda para gentes que no están casadas en haz y paz de la santa iglesia católica y ante el santísimo registro civil, dijo haciendo creer que ignoraba la verdad. ¿No se quieren ya? Pues arreglen sus cosas de un modo debido, que mil maneras hay de ello; usted se va á casa, al lado de m

María, que creo no dejará dudas al amigo Brambila como excelente cuidadora, pues sus celos, que Dios bien sabe cuán infundados son, resultarán un poderosísimo aguijón para que ella vigile mis pasos con más habilidad y perseverancia que hasta ahora lo ha hecho; en cuanto al marido, hay que mandarle á echar otra paseadita, pues el Gobierno necesita de sus servicios en Chihuahua, y allá irá, salvo que la señora doña Cristina tenga algo que oponer á esa determinación.

—Bien, siguió el gran Guillermo, bien, puesto que todo está arreglado y que no hay pero que oponer, el señor don Pepe saldrá mañana para la ciudad de Chihuahua, que nos interesa tener de nuestro lado; aunque á buena parte van á dar los traidores, pues en Chihuahua hay gentes de oro, incapaces de contaminarse con una porquería. Estos pliegos los lleva usted á Luis Terrazas, que es un jefe de verdadero mérito. No sé qué envidiosos truchimanes trataron de presentarle á Juárez como enemigo de la República y de su persona. Pero el hombre tiene ya bien probada su adhesión á los buenos principios y no ha de ser á él á quien ocurran los enemigos del país en sus vanas diligencias.

Emprendió Pepe la vuelta de Paso del Norte con menores lentitudes, aunque no con menores fatigas que el resto de los expedicionarios, y al llegar á Chihuahua se encontró triste á la gente con motivo de la entrada de los

franceses. Al día siguiente, luego que hubo descansado un poco, fué á ver á don Luis Terrazas, que estaba en lugar seguro y lejos de las miradas de Brincourt, que por entonces cortaba el bacalao en el remoto Estado fronterizo.



Don Luis Terrazas

Era Terrazas joven hasta de cuarenta años, blanco de rostro, de amplia y serena frente y mirada de hombre determinado y seguro de cuanto piensa y ejecuta; llevaba toda la barba y su apostura denunciaba al luchador con los elementos, con la naturaleza, con los hombres, con las pasiones propias y con los apetitos ajenos, á los cuales había sabido vencer con rara perseverancia, con perseverancia de lapidario que se empeña en tallar un pedrusco informe ó un diamante de claras aguas, pero siempre en transformar algo, porque su temperamento era lucha, lo mismo armada que silenciosa y de astucia.

Terrazas leyó detenidamente la carta que llevaba Brambila, y luego que hubo conocido lo que le decía el

buen Guillermo, exclamó entre dientes y como comentando para sí:

—A mí no me agradan tapujos ni tonterías; no entiendo una palabra de las cosas que me dice este buen señor; sé sólo que Juárez es el jefe que la nación se ha dado por su voluntad, y que mientras no se dé otro, yo sacrificaré la vida por él...

—Está bien, dijo el que había recibido el mensaje, está bien, amigo, yo le daré mi respuesta y cuente con que se le quitarán las ganas á su jefe de andar proponiendo cosillas que él sabe no he de aceptar; espérese usted aquí, que tiempo hay para ello, pues estamos nada menos que á quince de Septiembre, y vale la pena de que usted goce de las fiestas que sin duda harán los franceses.

—Gracias, señor, respondió listo Brambila, no tengo pensado meterme en nada de lo que los franceses organicen, y, Dios mediante, tan pronto como reciba la respuesta, que indudablemente ha de darme usted á la mayor brevedad, regresaré al Paso para seguir desempeñando el empleo que me tiene confiado el Gobierno...

—Quédese, le dijo don Luis, que cuenta le tiene: los muchachos de aquí, por supuesto los de vergüenza, los decentes, los que no se han ido á ofrecer á las respetables órdenes de Brincourt, tienen organizada una fiestecita patriótica para el día diez y seis y vale la pena de que usted la vea. ¿Qué dice?

— Que vengo sujeto á las órdenes de usted y que haré lo que usted me ordene ó me aconseje.

Luego que llegó el día de la patria, que siempre había sido en Chihuahua origen de inmensos regocijos, la sociedad de la población permaneció segregada de todo lo que los franceses pensaron llevar á cabo para darse á sí mismos la idea de que iban á celebrar la fecha famosa. Ese día Brincourt, acompañado de don Tomás Zuloaga, que por cierto era en otros tiempos uno de los más decididos partidarios de la República, de don José Cordero, del español Leguinazábal, de Irigoyen y de tres ó cuatro infelices que no habían sido aceptados en ningún gobierno republicano, concurrió en unión de su estado mayor á oir el sermón (que habría sido de profundis si los interesados hubieran tenido vergüenza), que dijo un padrecito memo y sin idea de las cosas.

En cambio los liberales organizaron para muy temprano una misa en la desalhajada capilla de San Francisco, que había sido dispuesta con la relativa esplendidez que se podía aguardar en aquellos días. Muy temprano llegaron las señoras de las principales familias, las Moyes, casadas con alemanes de este apellido, la señora Cuilti de Terrazas, la señora Cuilti de Creel, las esposas de los cónsules extranjeros y muchísimas personas distinguidas de las que en Chihuahua simpatizaban con la república. El único adorno de la capilla era una bandera

tricolor á media asta, llenando el presbiterio y descendiendo en pliegues sobre la losa que cubría la tumba de Hidalgo.

La misa fué triste y breve, misa de difuntos, misa de perseguidos, misa de afligidos; recordaba los misterios que se celebraban primitivamente en las catacumbas, cuando la Iglesia estaba en sus principios y no apoyaba las iniquidades que se cometían por las potestades de la tierra. La dijo un sacerdote querido de todo Chihuahua y padre espiritual de ricos y pobres, don José de la Luz Corral, que habló á la hora debida unas cuantas palabras doliéndose de que estuviera enlutada la bandera que otros años se había visto gloriosa y triunfante, y recordando, con el ejemplo de Hidalgo, lo que podían la fe y la constancia.

El francés había mandado que sus espías averiguaran cuanto pasara; pero luego, á raja tabla, dictó la orden para que se aprehendiera á todo Cristo, pues se proponía hacer un ejemplar tremendo y que pusiera el espanto en el ánimo de todos los que sintieran deseos de rebelarse contra el admirable régimen que iba á plantear á Chihuahua. Pero el juez esbirro, don Luz Bustamante, halló que le habían tumbado el pie de la navaja, pues cabalmente se encontró haciendo cabeza en la manifestación y revelando á las claras sus sentimientos patrióticos, nada menos que á la mujer del cónsul americano, al de no sé

cuál reino de la confederación germánica y á muchas damas mujeres de extranjeros, que no por la nacionalidad de sus maridos pensaron en perder la suya. El sargentón que mandaba en Chihuahua no tuvo otro remedio que tirarse de los pelos por la rabieta que le produjo no poder azotar, ni aprisionar, ni ultrajar de ningún modo á aquellas señoras, conforme era uso y costumbre que se hiciera con todas las gentes que daban á conocer algo de vergüenza.

Pero no paró allí todo: los muchachos manifestantes, que por cierto eran de lo más granadito del lugar, luego que salieron de la misa celebraron un banquete que ellos costearon, y que condimentaron las señoras de la ciudad. Dicho se está que el excelente Brambila, que ya tenía amistad con la mayor parte de aquellos simpáticos mozos, fué uno de los primeros convidados á la fiesta, y que la autoridad francesa no se percató de lo que significaba la solemnidad proyectada, á la cual, de otro modo, habría puesto veto impidiendo que las moscas siquiera aportaran por el lugar de la fiesta.

Empezó la comida sin el estiramiento de los banquetes oficiales; pero también sin la cordialidad de las comidas de muchachos fronterizos en que siempre (Brambila podía dar fe de ello) se desborda la expansión desde el momento de presentarse. Al llegar la hora de los brindis todos consideraron natural que quien los inaugurara fuera nadi

menos que el representante y la cabeza visible de Guillermo Prieto, que cabalmente en aquella hora y punto se despepitaba en la placita del pueblecillo del Paso diciendo de la maldita invasión y de sus secuaces todas las cosas que le sugería su fértil ingenio, que siempre se le mostró propicio en esas coyunturas. Prieto, según se supo entonces, estuvo acompañado, y bien acompañado, por el juez de Distrito, don Pablo Miranda, que habló tres ó cuatro cosas muy bien dichas y muy en su punto.

Brambila no las había visto nunca tan gordas; pero la solemnidad del momento, la presencia de aquellos buenos chihuahuenses, cuyos sacrificios y amor por la libertad conocía y había palpado como nadie; lo extraño de aquel rito prohibido, y sobre todo cierto estremecimiento de patriotismo que los de aquel tiempo solían sentir más frecuentemente que nosotros mismos le sentimos ahora, fueron partes á que el ingenio de Brambila se pusiera de punto y empezara la más briosa y desusada apología de México invadido y la más cruel y sangrienta catilinaria contra sus bárbaros opresores. Refirió Pepe lo que acababa de ver en la capital, á saber, la patria invadida, la sociedad vejada, los buenos acosados y vistos como bandidos, los azotes, los fusilamientos, las proscripciones en masa, las iniquidades de las cortes marciales, y, sobre todo, la horrible sensación de contemplar á un extraño, á un opresor, á un enemigo echado en el tálamo de la ma-

dre común y violándola con inaudito descaro, mientras que sus hijos recorrían sendas y vericuetos, eran acechados como perros rabiosos, seguidos como enemigos, muertos como criminales y destrozados como plantas dañinas. «No persigue con mayor brío el ranchero avaro al coyote hambriento que le llevó la mejor gallina de su corral, que el francés al pobre mexicano que tiene la audacia de pensar en tener una patria independiente; no siega con más furor el campesino la ortiga venenosa ó la planta enchahuistlada que el opresor á nuestros leales, á nuestros amigos, á nuestros hermanos»...

Y al llegar aquí se soltó llorando como un chiquillo, con la cabeza sobre la mesa y el cuerpo todo estremecido de pena por los sollozos.

Como la comida, que para mayor simbolismo se compuso toda de platos mexicanos, tenía en su minuta brindis desde la sopa hasta los frijoles, hubo una enorme cantidad de discursos, elegantes unos, floridos otros, tristes éstos, llenos de esperanza aquéllos, entusiastas todos, y llenos de fe y de amor á la tierra natal y de seguridades de que los grupos heroicos que habían tomado á su cargo el rescate de nuestra autonomía, lo mismo los que peleaban en el campo de batalla que los que reñían tremendas luchas en el de la política, alcanzarían el triunfo y lograrían devolvernos sana y salva la nacionalidad que habían recibido en depósito.

A poco se puso en pie un muchacho trigueño, bajito de cuerpo, los ojuelos negros y relampagueantes de odio y de entusiasmo, y con una copa en la mano empezó su brindis.

—¡Eso, eso, que hable Escobar, que diga algo!...

—¡Que diga algo el maestro Escobar!...

—Esto va á ser bueno...

—¡Que se prevenga Brincourt!...

—¡Muera Brincourt!...

—¡Que mueran los franceses!

Y Escobar, después de oir todos esos anuncios, empezó á hablar con palabra llana y colorida, sencilla, pero tan llena de calor y de convicción y de firmeza, que todos sintieron que se revelaba un nuevo campeón que aunque dijera ni más ni menos que lo que los demás habían dicho ya, sin embargo, resumía, compendiaba y sintetizaba todo por modo admirable y nuevo.

Entonces fueron los aplausos y las protestas y el entusiasmo y los mueras á los franceses y los vivas á Juárez y los juramentos de resistir la invasión aunque fuera con riesgo de la vida. Y dígase de paso que quienes prometían aquello no eran simples ojalateros que tuvieran por costumbre declamar en cafés y cantinas; se trataba de muchachos que más de una vez habían visto frente á frente el semblante feo y antipático de la muerte y que estaban dispuestos á encararse con tan inoportuna señora cuantas veces fuera menester.

A las seis de la tarde concluyó la fiesta, y los asistentes se desparramaron por las calles cantando himnos, Cangrejos, Moños Verdes, Mamás Carlotas y otros primores que entonces eran el corolario obligado de las fiestas republicanas.

Pero era claro que mientras más á destiempo y más sin objeto despertara el dormido lobo francés, más había de ser su rabia y su disgusto por haberse dejado engañar tan sin gracia. A las ocho de la noche ya había orden de aprehender á todos cuantos habían concurrido al banquete-motín, como decían los de la facción afrancesada. Como los pronunciados andaban por la calle, deseosos de retar á la canalla opresora, fué fácil echarles el guante y ponerles en la cárcel con centinela de vista y bajo segura custodia. También Brambila, que no se recataba de su republicanismo, fué llevado á la cárcel y tratado como era de esperarse. Ocho días duró preso, y durante este tiempo sufrió no sólo las vejaciones y los maltratamientos que había que aguardar, sino también la angustia de tener que retardar su vuelta al Paso. Por fortuna don Luis Terrazas tuvo oportuna noticia de todo, y por medio de sus amistades obtuvo que Brambila saliera libre, aunque no sin pagar una fuerte multa, que naturalmente don Luis desembolsó.

Luego que Pepe se vió libre tuvo buen cuidado de coger la palabra al señor de Brincourt y tomó soleta mar-

chándose al lado de Guillermo, que ya le aguardaba como agua de Mayo, si bien se le aplanaron no poco los espíritus al saber la acogida que Terrazas había dado á su mensaje.

Y sucedió que el mismo día que Brambila salió de la cárcel y emprendió el camino del Paso, el jefe francés se levantó con humor de hojear la numerosa correspondencia que acababa de llegar de la capital del imperio. Al leer una carta sintió eso que los novelistas llaman «satánico regocijo», y luego de relamerse los bigotes y alegrarse como si hubiera visto una víbora de pesos tirada en un camino solitario, mandó llamar á uno de sus seides, le dió ciertas órdenes y se puso á aguardar tranquilo, creyendo haber encontrado la oportunidad que ambicionaba de demostrar su celo y su buena voluntad. A poco volvió el enviado más pálido que la cera.



General Brincourt

—Señor general, dijo, el preso por quien pregunta su excelencia salió ya en libertad...

—¿En libertad? ¿Y quién le puso en libertad sin orden mía?

—Perdone usía, señor general, pero como usía ordenó que tan pronto como se pagaran las multas podían ir saliendo los reos...

—Pero no me referí á los reos de peligro, que esos no podían salir de ninguna manera...

—No se sirvió usía hacer distinción ninguna...

—Aquí está, aquí está bien terminante la orden: «caso de que se pueda haber á mano al llamado José Brambila, se le debe aprehender y ponérsele bajo segura custodia remitiéndosele á México sin demora, pues es un bandido peligroso, que robó bienes pertenecientes al señor Consejero de Estado don Santiago Blanco...»

—Pues que vayan tras él á toda chilla; que revienten cuantos caballos sea menester.

—Que vayan; debe de ir camino de Paso del Norte...

Y naturalmente, los mensajeros nada hallaron, y naturalmente, el disgusto del señor comandante francés no tuvo comparación con nada conocido, y más naturalmente se le ocurrió á S. E. el arbitrio más disparatado que cabía en cabeza de verdugo, y fué mandar que se sacara diariamente por las calles, con grillos á los pies y en la mano una enorme escoba de palma, nada menos que á don Jesús Escobar y Armendáriz, que todavía estaba en la cárcel y sin extinguir la pena que se le había im

puesto. Y desde el día siguiente Escobar salió por las calles de Chihuahua acompañado de una fagina de soldados, sujeto con grillos y esposas y llevando en la mano la escoba con que había de barrer la inmundicia.

Pero sucedió que la pena de Armendáriz se trocó en apoteosis, pues desde el primer día su camino se le convirtió de muladar asqueroso en vergel encantador, pues todos los hombres que le encontraban en la calle le abrazaban y le decían cosas de aliento, los del pueblo le tendían sus zarapes y le galardonaban con palabras cariñosas, y las señoras le adornaban la escoba con lazos tricolores y le regaban el camino con aguas perfumadas que le hacían grato el castigo y más grata la prolongación de él.

Por lo cual el señor general, en su rabia y en su impotencia, no encontró más arbitrio que determinar que no se contaran al preso los días en que sus amigos le hicieran demostraciones de aprecio, ó le saludaran siquiera. Más tarde, cuando Brincourt salió para Durango, se llevó á Escobar á pie y maniatado, no dándole la libertad hasta muchos meses después.

III

Viernes veinte de Octubre se supo en el Paso que la guarnición francesa se ausentaba haciendo mutis y que desde el día quince estaba la ciudad de Chihuahua en

poder de los republicanos. Así lo avisó don José Merino, jefe político y comandante militar de la frontera de Oriente, comunicando también que había designado á don Luis Terrazas para jefe político de la ciudad. Juárez se apresuró á ratificar el nombramiento, celebrando que la canalla intervencionista hubiera dejado el rumbo del Norte, pues era señal indudable no sólo de que cesaban las penalidades de la nueva familia enferma, sino también de que tendría que operarse á grandes pasos la reivindicación de la república toda.

Quedaron instalados pues los expedicionarios en su antiguo refugio; pero apenas habían pasado unos cuantos días cuando Guillermo llamó á su dependiente, empleado, amigo y confidente.

— Hijo, Pepe, te llamé para decirte que esto anda mal...

Y como pasara un rato sin que Brambila contestara palabra, Prieto siguió impertérrito:

— Sí, hijo, todo anda mal, muy mal...

— Ya lo sé, don Guillermo; ¡á quién viene usted á contárselo!... Hace tres quincenas que no nos dan ni sal para un ahuacate, y estoy, lo mismo que todos los compañeros, viviendo de prestado, de fiado, de lo que Dios me da á entender...

— Pero no se trata de eso ni es ese el camino, hijo mío; se trata de que Juárez acaba de dar un horrible golpe de Estado.

—¿Y qué es eso? ¿Se come con cuchara ó con tenedor?

—Por Dios, hijo, ¡qué rudo eres y qué poco sabes del derecho constitucional de tu patria!... Golpe de estado es algo como lo que dió Comonfort con escándalo de todo el país y atrayéndose la grita y la enemistad de todo el mundo. Prescindir de todas las leyes constitucionales, declararse soberano y omnímodo sin aceptar yugo ni consejo, ponerse el mundo por montera y mandar á la porra la ley constitucional, eso es dar un golpe de estado... Pero, hombre, ¿no te espeluznas? ¿No te escandalizas, fautor y cómplice de todas las iniquidades?

—No, señor, no me espanto ni me aturrullo, ni creo que la cosa sea para quedarse de á seis en libra. ¿Qué Constitución va á haber con los franceses en las narices? La Constitución es para cuando todo está como una balsa de aceite, con las quincenas arregladas, los diputados echando leyes por boca y narices y usted diciendo sus discursitos en aquella tribuna en que hasta buen mozo se ve.

—¡Pero, ven acá, mamarracho, despotón, retoño, ascendencia y origen de tiranos! ¿Quién demonios te ha contado ó de dónde demonios fuiste á inventar semejantes teorías, que son capaces de subvertir el orden mejor cimentado? No, hijo, desengáñate; negro de mi alma, convéncete; ignorante, aprende; rehacio y cegatón, abre los ojos que tienes cubiertos por una venda más tupida que las cataratas del más enfermo de la vista que haya nacido

de madre... La Constitución es para todos los tiempos, para todas las situaciones, para todos los días y para todas las horas. Si fuéramos á aceptar tus majaderías, todo andaría de los chuchos, convéncete.

—Pues buena hora para hacer elecciones y meterse en los líos que se necesitan para elegir Presidente... Unos peleando y entrándole á los mates, otros dándole al basto é instalando mesas y embelecos, y otros, los franceses, viendo á ver cómo les dan puntilla á toditos. ¿Verdad que sería curioso?

—Me parece que tú estás muy redondo para huevo y muy largo para ahuacate. Qué, ¿no sabes que la Constitución es el mejor de los códigos, y el que se atreve á atentar contra él merece la peor de las muertes? Juárez es mi amigo, pero en este caso yo no puedo estar de acuerdo con él: primero es la Carta magna y la pureza de las instituciones que todas las amistades.

—Déjese de cartas magnas y de embelecos, don Guillermo; atienda á que don Benito nos está defendiendo como pocos, como ninguno podría hacerlo, y que es una tontería hacerles el caldo gordo á los franceses en vez de dedicarnos en cuerpo y alma á ver si logramos echarles de aquí. ¿O no le parece?

—Tonterías, hijo, tonterías; eso de la invasión es la excusa que los inertes encuentran para dejar entronizarse el despotismo en nuestra patria.

—Y eso del respeto á la Carta es la disculpa de los díscolos para salir á hacer de las suyas en presencia del enemigo extranjero. ¿Qué demonios va ganando Juárez con ser el dictador de estos arenales? Ahora más que de sueldos y de condecoraciones y de riquezas y de granjerías, se trata de correr riesgos y de sufrir persecuciones y de pasarla como usted ha visto que la pasamos, y para eso, ni á mí se me ocurriría ser Presidente.

—¿De modo, dijo Guillermo con retintín, que tú me clasificas á mí entre los díscolos?

—Y usted á mí entre los impotentes...

—Me parece que no es la disciplina la que rifa entre nosotros...

—Señor, no lo dije por tanto...

—Vete en paz, hijo mío; tuyo es el reino del presupuesto; tuyas serán las aduanas marítimas; tuyos los bienes nacionalizados que han dejado mochos y franceses; tuyo el favor de Juárez; tuyo será todo... Vete de mi presencia, hijo mío, vete por Dios, que no quiero verte más... Vete... ya que tan bien sabes echarte el alma á los tientos.

—Pero, señor, repuso Brambila apenado; no hay que tomarlo por donde quema; fíjese usted en que tengo mi alma en su almario y que estoy en mi derecho para pensar lo que me parezca... Digo, sin faltarle á usted el respeto y á las consideraciones que le debo...

—Sí, hombre, sí, haz lo que te parezca; imita á Pepe

Iglesias, mi amigo de toda la vida; imita á Sebastián Lerdo; imita á los que van á quedarse aquí exponiéndose á las responsabilidades legales por haber servido á un gobierno intruso... sí, intruso, no retiro la palabra... Tú tendrás honores, empleos, gajes, condecoraciones; tu pobre maestro, tu amigo, el que te favoreció en los días de adversidad, se irá al desierto, á la miseria, á la muerte... Pero si es error el que cometo, si perezco en la demanda y mis pobres hijos y mi desgraciada mujer llegan á tus puertas á pedirte un pan que comer, no se los niegues, Brambila, no se los niegues, hijo mío, que Dios te lo ha de tomar en cuenta...

—Señor, respondió el muchacho conmovido, no me diga esas cosas porque no las puedo resistir. ¿Qué va á hacer ni qué encomienda va á ganar con marcharse á donde dice? Aquí todos le quieren, todos le miman, empezando por el Presidente, y va á dar entre desalmados, entre enemigos que quién sabe si no sabrán quién es usted ni lo que vale.

—Es mi deber, hijo de mi corazón, exclamó el viejo poeta alzando al cielo la cabeza, sacudiendo los anteojos y dejando brillar una lágrima en sus ojos cegatones.

Y salió trastabillando y limpiándose las mejillas con un pliacate.

Tras la defección de Guillermo vino la de don Manuel Ruiz, á quien le parecieron pocos los términos de protesta

ordinarios y se pasó resueltamente al francés, haciendo la gran marranada de su vida, y la escandalosa agresión de Negrete á don Sebastián en la plaza de Chihuahua, acometiéndole con palabras de carretero y tratando de saltarle el rostro en medio de su vehemente manoteo.

Juárez parecía no darse cuenta de nada, seguro como estaba de que aquellas y otras cosas eran como tantas atrocidades que había visto de parte de amigos queridos que se rindieron ante los halagos del dinero ó ante las expectativas de la miseria ó ante los espejismos de una mentida legalidad como lo hacía Guillermo. Juárez, como en otro tiempo decía el Administrador de Correos, era la encina llena de miel y de rocío que guardaba para todos cuantos cerca de él se encontraban frescor y dulzura, pero también era gigantesco, impenetrable, ajeno á pasioncillas y apetitos; veía á las serpientes enredarse en su corteza y no se dignaba pedirles cuenta de sus infamias; veía á las nubes ascender y bramar sobre su copa y no les preguntaba si iban á romperle alguna de sus ramas ó á desgajar su tronco milenario que se bañaba en las fuentes eternas de aguas vivas...

Como decía Brambila, Juárez seguía siendo Juárez antes y después de su elevación y seguiría siendo Juárez después de su caída. Era lo permanente, y cuanto lo rodeaba era lo mudable y lo contingente y lo perecedero. Era Juárez y estaba dicho todo.

IV

En el rigor del invierno, en medio de mayores aflicciones que las que primero les habían cercado, los tristes expedicionarios se vieron obligados á abandonar su Patmos misericordioso de Chihuahua y á trasladarse á Paso del Norte. Mas la expedición aquella no era como había sido la anterior.



D. MATÍAS ROMERO

En el Paso se tornó la vida enteramente patriarcal y sencilla; desde mucho tiempo antes había pocas distinciones entre jefes y subordinados, entre servidores y magnates, y desde que la expedición se instaló de nuevo en la pobre poblacioncilla fronteriza bañada por el río Bravo, que indicaba nuestras fronteras y nuestros fracasos, se estableció una igualdad que no carecía de austero y varonil encanto. La existencia era dura, e

clima difícil, áspero é inclemente, la incomunicación casi absoluta y las noticias, cuando llegaban, malas y preñadas de presagios más tristes todavía que lo que por ellas se averiguaba.

La villa, situada en un llanizuelo triste y sin relieve; la casa de habitación del gobierno, llamada por entonces con poética y graciosa exageración nada menos que palacio de los poderes federales; el caserío pobre y oculto, como si se escondiera de su peligroso vecino, que apenas tenía por albergue un fuerte en que bostezaban unos cuantos soldados que sabían nada había que hacer; un pueblo incipiente y que no tenía aplicación posible porque no era aún tiempo de que llegara á buscarle el progreso hasta sus dominios, constituían todo el panorama de los emigrados.

Los que no tenían que estudiar ó que resolver por obligación ó por afición los problemas pendientes ó los olvidados; quien no era ni diplomático como Lerdo, ni erudito y lector implacable como Iglesias, ni trabajador como Juárez ó don Matías (que por entonces arribó acompañado de la balumba de sus notas diplomáticas, de sus papelotes y de sus tremendas imprecaciones contra los contratantes de empréstitos); quien no era ninguna de esas cosas ó todas ellas, tenía que hacer la vida más triste y más apartada que era posible imaginar. Recorrer de arriba abajo el pueblecillo, desde el altozano en que

está lo que allá llaman el centro, hasta el Chamizal, pasar del Chamizal al Barrial, y desde allí recorrer las márgenes del río, pasar por el fuerte Bliss, trincar con los soldados americanos que cuidaban la fortaleza, subir, bajar, escribir una carta, eran las ocupaciones de todos, sin que pudieran alternarlas siquiera con la murmuración ó con el chismito, que en todo pueblo mexicano son los manjares predilectos y más apetecidos.

Las pagas comenzaron á escasear con lamentable frecuencia, al grado que era raro el día en que se comía por dinero; casi siempre se ocurría al crédito y hasta al sable. El traje de Brambila, que se había conservado decoroso á pesar de los altibajos de su poseedor, estaba ya roto y raído al grado que no había manera de poner en él un remiendo más, así fuera del tamaño de un medio chiquito. Cristina, á pesar de su buen deseo y de su afán de caminar como Dios tenía dispuesto, andaba astrosa y desarrapada, aunque limpia y albeante como los chorros del oro; y cuenta que sus habilidades de costurera la habían colocado en lugar muy alto, haciendo que siempre ocurrieran á ella oficiales mayores, generales y hasta ministros, que solían necesitar que les zurcieran algo de lo que se les rompía ó desordenaba. Pero ni el sueldo nominal de Brambila, ni los ingresos que por el capítulo de las artes de costura entraban á la casa, bastaban para vivir; rotos, pobrecillos, sin satisfacer el hambre, que en aquellos cli-

mas y aquellas horas les parecía más rigurosa y tremenda que en lugar ninguno, eran, sin embargo, de las personas más consideradas en la colonia mexicana. Otros había que, á pesar de contar con sueldos de doscientos ó trescientos pesos conforme al presupuesto vigente, en realidad no tenían más que esperanzas de gozarles; y que mientras llegaban las pagas vivían más trabajosamente que Dulcinea del Toboso en la cueva de Montesinos, echando jaque á todo bicho viviente y pignorando las cosas con que contaban.

Para Nacho, el niño de Brambila, fué beneficioso el destierro en Paso del Norte, pues merced á su ángel y á su gracia llegó á ser una de las personas más populares y famosas en toda la jurisdicción. El chiquillo aquel, que parecía hecho de mármol y de rosas y que tenía unos ojos grandes y rasgados que figuraban estar alelados contemplando el paraíso, de dondé acababan de salir, se granjeaba todos los sufragios, se atraía todas las simpatías, lograba que se repitieran sus gracias y hacía enternecerse á todos los emigrados, que, cual más, cual menos, en su tierra habían dejado tal vez hijuelos, tal vez nietecillos, tal vez sobrinos ó hermanos que les recordaba aquel muchachito ingenuo y bueno, que parecía un niño Jesús de escuela italiana, fuerte, bello y candoroso.

Los paseños invitaban á Juárez y á sus gentes á estar en su compañía y á disipar aquella pena que parecía no

había de dejarles nunca; pero si en Chihuahua, cuando las noticias eran favorables, ó por lo menos la esperanza se sostenía enhiesta, había dificultad para que Juárez se decidiera á divertirse, haciéndolo sólo cuando se convencía de que aquellas gentes sencillas tomarían á mal su alejamiento, en el Paso la cosa era distinta. Por eso costó verdadero trabajo que Juárez aceptara agasajos de sus hospedadores, y cuando se le dió una fiesta en la quinta de la Cusjaqueña, se tuvo por un gran honor que diera unas vueltas de baile en compañía de doña Refugio Daguerre.

Por entonces Juárez nombró su ministro á don Ignacio Mejía, que regresaba de su cautiverio en Francia y que era popularísimo entre empleados y funcionarios por sus habilidades en el inglés, pues enseñaba lo poco que sabía de la tal lengua con tan buena gracia, que parecía entender de ella más que el que la había inventado. También entre señoritas y caballeros era famoso el ministro de la Guerra por sus conocimientos en la guitarra y por la manera con que cantaba la *Chacha,* cancioncilla que por entonces se puso en boga debido á la presión ministerial.

Los ministros y Juárez solían pasar las tardes cerca de la orilla del río, que por aquellos días había perdido su reputación de bravura, y que se arrastraba como sierpe desteñida y perezosa que hacía brillar sus anillos platea



—Los ministros y Juárez solían pasar las tardes cerca de la orilla del río...

dos, y que al fin se perdía en los desiertos negligente, tristona, sin prisa, como si quisiera detener su curso en cada quebrada del camino, en cada hondura de la ribera, y que ostentaba como un halo la cauda de polvo blanquizco y que solía dorarse al rayo del sol poniente. Pero si bien Lerdo, Iglesias y todos los de la comitiva solían pasar á terreno americano y hasta aceptar obsequios del mayor Bryce, que mandaba en aquel lado del río, Juárez nunca consintió en pasar á la otra ribera, temeroso de que le tacharan de abandonar el territorio patrio y de ir al extranjero sin los requisitos que dispone la Constitución.

Una tarde, Bryce organizó una fiesta en honor de Juárez, ya fuera por iniciativa propia ó por instrucciones que hubiera recibido del gobierno de Washington, que, como se sabe, se mostró altamente favorable al nuestro en aquella coyuntura difícil. Juárez recibió el convite con suma cortesía, pero le declinó haciendo ver que no podía aceptarle, y mandó no sé si á Iglesias ó á Lerdo para que le representaran.

Algo más: una tarde que fué necesario arreglar no sé qué cuestion pendiente sobre régimen de las aguas del Bravo, Juárez ocurrió hasta el monumento que marca los límites de los dos países, y aunque, según dijeron los agrimensores, era menester recorrer por ambas partes el terreno anexo á la columna, Juárez se detuvo siempre del lado mexicano.

V

Brambila conocía al palmo á don Luis Terrazas y don Luis distinguía al escribiente entre todos los que formaban el estado mayor de Juárez, á causa de que se le figuraba leal y bueno, como en realidad lo era. Una tarde que Brambila se encontraba en lo alto de una lomita cercana al lugar contemplando la puesta del sol, que en aquella frontera no se mete como en todas partes, sino con más aristocracia y distinción que en las demás, se entretenía viendo como el cielo se anegaba en un color que no era el azul, pero que descendía de él. Primero era pizarroso, luego gris perla, luego blanco mate, después lechoso hasta descender al azul vivo que llevaba á guisa de orlas vedijas blancas franjeadas de rosa, sin que se ostentaran, ni siquiera para remedio, esos rojos insolentes, ese oro furibundo y ese verde manzana que parecen haber salido de la paleta de un escenógrafo loco que pintara con escoba. Aquel espectáculo le afligía porque no estaba acostumbrado á las sutilezas que demandaban los tonos delicados y exquisitos, y cuando más entretenido se hallaba oyó una gran voz, una voz amiga que le dijo desde abajo de la loma:

—¡Eh, amigo! ¿Qué hace allí? Baje, que hay novedades...

— ¡Ah, señor don Luis! exclamó Pepe reconociendo al que llegaba montado en un caballejo que parecía cansado de correr sin parar... Muy bien venido, señor don Luis Terrazas, y que descanse pronto, porque me parece que ese *cuaco* ha menester de reposo...

— Quiero que me lleve á ver á don Benito. ¿Se le puede hablar? Me urge mucho tratar con él un asunto. Ya le digo que hay novedades.

— Pues vamos pronto, señor gobernador, dijo Pepe, que no olvidaba que don Luis tenía el título de gobernador republicano.

Llegaron á donde Juárez descansaba acompañado de don Inocente Ochoa, de don Rafael Velarde, del doctor Samaniego y de Uranga.

— Señor Presidente, dijo don Luis, excitado de seguro por la entidad de las noticias de que era portador; señor Presidente, hay novedades; los franceses avanzan á toda prisa y vendrán á caer sobre el Paso esta noche ó mañana por la mañana. ¿Qué hacemos? Dé usted sus órdenes, que serán obedecidas por venir de quien vienen y por traer el sello de experiencia que caracteriza á usted.

— Sírvase usted decirme, señor gobernador, contestó don Benito, lo que sepa y la causa porque lo sepa, sin ocultar nada y contando para todo con las personas presentes, de cuya lealtad y discreción le respondo como de las mías propias.

—Señor, repuso don Luis sin misterios, las nuevas me parecen seguras: persona que viene de Chihuahua me dice que vió una gran polvareda en dirección del Sauz, y á mí me consta que los exploradores franceses llegan hasta los Médanos. Ayer vimos á gentes que sin recato aseguraban que venía tras ellos una fuerte columna francesa, y que ofrecían respetar la vida y la libertad de quienes les sirvieran de balde ó de balde les dieran de comer, y amenazando á los que se oponían con delatarles á los franceses.

—¿Y se sabe dónde se encuentra ahora la columna enemiga?

—Señor, si son exactas las noticias que me da uno de mis vaqueros, que ahora viene de Chihuahua, los franceses hacían aprestos para salir el lunes de la semana pasada; así es que, si suponemos que hayan salido ese día ó el martes, todo lo más alcanzarían á llegar acá mañana por la mañana.

—Pues lo que nos toca á cada uno de nosotros ya lo sabemos: usted, señor gobernador, de acuerdo con el señor ministro de la Guerra, toma las providencias que haya que tomar; le nombro desde ahora jefe de la plaza y apruebo las medidas que dicte, que estoy seguro han de estar de acuerdo con lo que le sugieran su patriotismo y su conocimiento de estos lugares... Los empleados se pondrán á sus órdenes para que le ayuden en caso ofre

cido á aumentar su gente, que me figuro no ha de andar tan boyante como quisiéramos...

—Cincuenta y dos hombres con tropa y clases, dijo don Luis entre dientes. No podía ser peor el estado de las cosas.

—Y yo, siguió don Benito, estaré á la expectativa de lo que acontezca...

—Tendremos listo lo necesario para que usted se escape al lado americano, dijo uno de los presentes creyendo anticiparse al deseo de Juárez.

—No, amigo mío, repuso don Benito haciéndose cargo de lo que aconsejaba ó parecía prever el oficioso; no, amigo mío. Yo no saldré del territorio nacional; treparé á uno de esos montes, aquel alto — y señaló una montaña que parecía envolverse en un albornoz de suave luz azul, y que guardaba algo como rastro de una explosión en una faja naranjada que dividía el cielo en dos partes, como los cuarteles de un escudo, — y desde allí presenciaré la derrota de nuestras tropas; cuando hayan sido aniquiladas me envolveré en la bandera tricolor, en la bandera de la patria, me arrojaré en el barranco más hondo, en el desfiladero más abrupto que halle al paso y allí pereceré como debe perecer el jefe de una nación heroica y desgraciada...

Los novelistas, siempre que ponen en boca de sus personajes expresiones que salen de lo vulgar, suelen decir

que se transfiguró su faz y que se vió en ella algo extraordinario; Juárez, no; dijo aquello tan natural, tan sencillo, tan prosaicamente, que no parecía sino que acababa de decir la vulgaridad más sin importancia que pudiera salir de boca humana; era naturalmente *corneliano*, y lo sublime salía de su boca tan espontáneamente como de otras bocas salen la frase egoísta ó la diatriba torpe y sin alma; era mucho hombre aquél.

La noche se pasó en vela, y todos, civiles y militares, durmieron, como suele decirse, con la barba sobre el hombro. A Brambila le tocó acostarse en el mismo cuarto en que descansaba el Presidente, pues éste había ordenado que se le despertara tan pronto como hubiera la más mínima alarma. A las doce se retiraron Iglesias y Lerdo, que habían celebrado consejo en compañía de don Benito, y éste se metió en la cama á eso de las dos de la madrugada, luego que hubo ejecutado escrupulosamente su aseo personal.

—Siéntese, amigo Brambila, dijo con bondad, al ver que el amanuense le esperaba todavía despierto; siéntese, que no tengo gana de descansar aún. ¿Cómo lo pasa usted?

—Bien, señor, salvo las escaseces que son naturales en la época que atravesamos. Ya usted ve, en tiempo de guerra, con las contribuciones, digo, con las aduanas... todo, es decir, los recursos en poder... pues de los franceses... como quien dice del enemigo...

Y así continuó ensartando tonterías, enfrascándose cada vez más en la senda del disparate morrocotudo y sin salida posible.

—Es claro, ustedes han tenido que sufrir mucho; pero se les considerará entre los buenos servidores á la hora del triunfo... Tampoco nosotros estamos en Jauja; yo,



nada menos, con cien pesos mensuales me veo obligado á pagar criados y á atender á mis gastos, independientemente de todo lo que se me ofrece para mantener la dignidad del puesto que ocupo.

—Es natural, señor, respondió el escribiente por decir algo.

—¿Y usted tiene familia, señor Brambila? preguntó Juárez con interés.

—Sí, señor, contestó el otro medio cortado, mi señora y un niño...

—¡Ah, sí! dijo don Benito. Ya recuerdo que es de usted aquel niño precioso que anda por allí; Nacho creo que le llaman. ¿No es eso?

—Sí, señor, dijo Brambila avergonzado de que el Presidente tomara interés por aquellas cosas, que nada valían ante una nota de don Matías Romero á Mr. Seward. Sí, señor, por cierto que lo primero que el niño ha aprendido á decir es ¡viva Juárez!

—Enséñele á decir ¡viva México! ¡viva la Patria! ¿Y qué idea tengo de que usted no está casado con la madre de esa criatura? Dispénseme, señor Brambila, dispénseme que me meta en cosas que son de su fuero interno y que usted resolverá como tenga por conveniente; pero como me simpatiza tanto ese chiquillo, me perdonará que tome parte en sus asuntos particulares.

—En efecto, señor, dijo el chico avergonzado.

—Pues hay que legalizar eso lo más pronto posible. Creo que usted no tendrá queja de la señora...

—Es excelente, señor.

—Pues si usted acepta mi consejo, no dejará pasar mucho tiempo sin terminar el asunto; más vale hoy que mañana...

—Le ofrezco á usted, señor Presidente, que me ocuparé en ello tan pronto como veamos el fin de esas cosas en que estamos metidos.

Sonrió Juárez pensando que Brambila creía tomar parte en el negocio pendiente, y luego le dijo con cariño:

—Para cumplir con un deber lo mismo es el tiempo más tranquilo que el más preñado de inquietudes; usted puede morir mañana ó pasado y dejar á ese pobre niño solo y sin un nombre honrado... ¡Pobrecillos! tan tiernos y corriendo ya los embates de la fortuna.... Yo perdí uno en estos meses y todavía le llora mi corazón.

—Tiene usted justicia, señor, y le ofrezco que mañana mismo me ocuparé en el asunto.

—La familia, dijo Juárez con fruición, es la fuente mayor de goces para el hombre bueno.

Y se sintió conmovido como no lo había estado por la tarde, cuando le habían hablado de la llegada de los franceses.

A poco, Juárez estaba sepultado en el sueño más tranquilo y más sin cuidados que pudiera haber, y como á la madrugada se convencieran los que tenían el mando de la plaza de que las avanzadas francesas volvían á Chihuahua, desapareció la intranquilidad que había reinado en aquella noche memorable.

VI

Pero no fué posible que Brambila pensara en casorios, como se lo había anunciado el Presidente; uno de aquellos días, apenas entraba á su oficina, á eso de las nueve de la mañana, cuando le recibió un mozo del Ministerio de Gobernación, previniéndole de parte del señor Lerdo que pasara á verle en seguida.

—Señor Brambila, dijo don Sebastián con cariño, me acaban de decir que es usted un gran andarín á caballo y que ha hecho nada menos que el trayecto de Chihuahua á México sin sufrir mucho.

—En efecto, señor, hice esa caminata sin gran quebranto, y si ahora puede servirle al Gobierno mi aguante para el caballo...

—No se trata del Gobierno, señor Brambila, se trata de un asunto mío, de un asunto personal. Le mando á Chihuahua, á mi amigo don Berardo Revilla, un pliego concerniente á un negocio que deseo resuelva inmediatamente... Por supuesto que usted conoce á don Berardo, ¿no es cierto?

—Mucho le conozco, señor, es aquel caballero padre de unas niñas muy guapas, Manuelita y...

—Cabal, hombre, cabal, interrumpió don Sebastián;

está usted al cabo de todo. A don Berardo le entregará usted esto. — Y le dió un pliego que traía en la mano.

— Señor, dijo Brambila respetuosamente, ¿no le parece á usted que me vaya por el camino de los Ojitos y el Coyote para ir á salir á Agua Nueva? Puedo ahorrar una buena cantidad de leguas y al mismo tiempo logro reunirme con nuestras tropas, las que manda don Luis Terrazas, que salieron de aquí el día tres.

— Haga usted como quiera; no importa que tarde un poco más en el camino si mediante esa dilación la correspondencia llega más seguramente á su destino... Si necesita usted dinero...

— ¡Oh, señor, casi nada necesito! repuso Pepe extendiendo la mano y recibiendo en ella la media onza que le puso don Sebastián.

Emprendió la marcha en medio de una helada prieta, de esa helada que ni tiene la poesía de la nieve septentrional, ni la alegría de los días de sol, ni la tristeza de los nublados, ni la gracia de los lluviosos, sino que es molesta, tétrica, fastidiosa, aplanante, dolorosa, como si fuera la faz de un viejo desengañado de la vida y á quien le diera lo mismo morir que seguir viviendo, porque comprende la infinita vanidad de todo.

Al tranco de su caballo marchaba el buen Brambila, que había dejado á la bestia caminar á su talante, como en otro tiempo el caballero de la Mancha permitía que la

suya se entretuviera ramoneando la tierna hierbecilla del camino y soñando en alguna faca de buen porte.

Y recordó entonces su pasado, aquel pasado tormentoso y aventurero que había concluído con la hazaña de Cristina, su salida de México, aquel viajar continuo y aquel aparecer adherido á una causa de la cual al principio no había distinguido ni la justicia ni la grandeza, hasta que una y otra se le habían ido metiendo por el corazón y por la mente, haciéndole comprender que aun en su menguado papel de amanuense tenía derecho á que las gentes no le olvidaran del todo.

También trajo á la mente á Cristina, que poco á poco y á pesar de todas las veleidades del carácter de Pepe, se le había mostrado leal, adicta, generosa, decidida y bien dispuesta. «Yo, que la he llamado insípida y necia y tonta, la he llamado estas cosas sólo por sufrida, sólo por buena. Me ha tolerado mis desmanes, ha tenido piedad para mis errores, ha logrado comprenderme y hasta dominarme; ¿qué menos puedo hacer que darle el gustazo de unirme á ella por matrimonio, que llamarse la señora de Brambila?

»Aquí, en Chihuahua, en una jefatura de hacienda del interior, en alguna administración de correos, en cualquier parte, tendré buena acogida y me aceptarán y me querrán las gentes que manden. Y mi mujer tendrá honra y mi hijo tendrá nombre, y olvidaremos un desliz en que ella no tuvo arte ni parte porque se debió á causas

que más vale no recordar; y ya que ella me quiere y está unida á mí, y hasta ha introducido en el condimento de su amor el saborete de los celos, hagamos á un lado escrúpulos de galán calderoniano y de calavera á lo Payno y



practiquemos obra buena y justa, de reparación, de amor y de bondad. ¡Qué diablo! alguna vez hemos de poner de acuerdo nuestros actos con los impulsos de nuestro corazón.

Se meneó en los estribos porque llevaba las piernas

casi heladas, se embozó en el zarape y llegó á la vista de un ranchuelo de donde salieron á recibirle dos perros hirsutos que ladraban enseñando sendas dentaduras que les hacían parecer lobeznos.

—¡Quieto, *Cualito!...*

—¡Adentro, *Tumba calzones!...*

—¡Adentro, *Cual!...* ¡Háigase visto animales!... ¡Perdone, siñor, que son estos chuchos de lo más indecente!... ¡Adentro, sinvergüenzas!... Pase, l'amo; pase.

Y lanzó una piedra que silbó como si la hubiera despedido la honda de David.

—Ni agua, señor, ni agua; todo se lo acabó la gente.

—¿Qué gente, hombre de Dios?

—La de señor don Luis, de señor don Luis Terrazas. Son un diluvial, señor, muchísima tropa. Afigúrese nomás la güena persona de usted que se le han arrejuntao los de Aldama, Allende, Camargo y Rosales, y que don Agustín Vázquez runió hasta los gatos pa engrosar la bola... Cogió de jilo pal Parral y allá le verán los maletas... La gabachada ya va muy lejos y no hay en Chihuahua más que puro traidor: don Juan Ramírez y don Julio Carranco les mandan, y se me afigura, aunque no sé qué piense la güena persona de su mercé, que se van á amolar de altiro... ¡Y vaya si van pasando trabajos los probes de don Luis! Con decirle que cosa de treinta leguas (pero señoras leguas, no tarugadas), no probaron ni gota de agua,

ni comieron, ni quemaron una rajita de leña, y que tuvieron que ir abriéndose la entrada entre las jaras tupidas á paritito machete... Desde los Ojitos, á cuatro leguas de Agua Nueva, hasta el rancho del Coyote, que será de aquí como cinco leguas, se jueron almareando y sin hallar qué comer; pero á la hora de esta ya han de estar devisando las torres de Chihuahua.

Tras de aquellas noticias Pepe requirió los relieves de lo que habían dejado las gentes de don Luis, y se alejó á toda prisa acompañado de un espolique para que le hiciera compañía.

Media noche era por filo cuando Brambila consiguió llegar á las avanzadas de Terrazas, que cubrían hasta más acá del rancho de Enmedio. Don Luis recibió á Pepe con el cariño de siempre, dándole noticias que le hicieron presagiar el resultado de las operaciones.

—¿No oyó usted ese repique? preguntó el jefe de los que iban á emprender el asedio.

—Claro que lo oí, señor, y aun me imaginé que Chihuahua era nuestro.

—Poco á poco se anda lejos, camarada. Aguarde usted y verá cosas que le dejen complacido. No sé, pero me parece que el 25 de Marzo va á recordarse un poco en Chihuahua.

—También yo lo presiento, señor; veremos repetidas las hazañas del 26 de Agosto del 60.

—Traigo muy buena gente, respondió Terrazas evitando que se le hablara de sus empresas anteriores... Como le decía, los de dentro lanzaron el repique que usted oyó y que tuvo uno de dos objetos: ó alentar á los muy traidores haciéndoles creer en auxilio inmediato, ó celebrar la entrada de algún contingente de bellacos destinado á resistir un poco... Y ahora, si quiere, véngase conmigo, que ya es tiempo de darle forma á este trabajillo.

Subieron á caballo los del estado mayor de Terrazas, y Brambila les siguió poco á poco. Al fin le mandó llamar el jefe diciéndole cariñoso:

—Hombre, he dispuesto que se venga á mi lado, no que me corteje; acérquese, que necesito amigos. Vamos á dejar el camino de Tabaloapa; haremos una travesía á la izquierda y saldremos á Bachimba por el rancho de Avalos.

Dejando á Tabaloapa á la derecha se metieron por el Mezquital, y cuando llegaron á la vista de los puertecitos que se hallan cerca de la ciudad notaron que la obscuridad se obscurecía más aún, y que la mancha negra ennegrecía el panorama de cerros y collados que á lo lejos recortaba el horizonte. Y así vió Brambila que la tal mancha, que parecía una excrecencia que brotara de la gran tela que se agarraba al fondo, se movía y hormigueaba ejecutando movimientos que parecían de pesadilla, ora por lo apresurado, ora por lo rítmico.

—Allí les tiene usted, dijo don Luis; son infantes de San Andrés, vecinos de San Pablo y de Rosales y una banda de música de no sé qué pueblo. Aguarde usted y podrá formarse idea de todo... Pues como le decía, tengo buena gente; Platón Sánchez, que es un artillero de fuerza; Sóstenes Rocha, que es hombre muy templado; el Chato Díaz, que es un valiente de los que no hay: ya usted sabe, hermano de Porfirio el de Oaxaca. Tengo además otros jefes, ya les verá, y muy buena, muy valiente tropa, toda escogida.



D. Sóstenes Rocha.

Pepe sentía heladas todas las extremidades después de permanecer tres horas al pie del cerro Grande, que ocupaban las fuerzas de San Andrés y el Carrizal, mandadas por un coronel, Terrazas de apellido como el director de las maniobras, aunque no fuera pariente ni deudo suyo.

A las ocho llegó noticia, por correo extraordinario, de que la gente de dentro empezaba á retar á la republicana y que aun había habido alguna escaramuza sin consecuencias.

— Parece que tienen ganas ó que se deciden á correr un albur desesperado; allá ellos, dijo don Luis. Nosotros no hemos de apresurarnos, que al fin no venimos á aventurar, sino á hacer cosas maduramente pensadas. Déjenles, que tiempo habrá de salir adelante.

Como á las nueve columbraron la ciudad, cubierta con una espesa niebla que hacía aparecer todo como entre las brumas de un sueño.

— Parece que ya se les pasó la furia, dijo el jefe con una flema que asombró á todos. Vamos á hacer un reconocimientillo, que al fin nada se ha perdido.

Y se metieron por la alameda de Santa Rita que se abría á la izquierda.

— Ya sé á qué atenerme, dijo don Luis con una calma imperturbable; todo va bien; y como viera que se precipitaba contra su gente un buen golpe de traidores que salía de la plaza, ordenó á los suyos que se retiraran poco á poco, mientras él observaba detalles que mucho le importaba tener presentes.

Los de Carranco, engreídos al ver que los acompañantes de don Luis se alejaban, destacaron más gente en su persecución, y mientras se defendía la que se había aventurado primero, el jefe contemplaba el panorama con un anteojo de larga vista, sin preocuparse de las balas de cañón que ya empezaban á mandar los contrarios, ni de los jinetes que salían á batir á la avanzada republicana.

— Haya cosa, amigo Brambila, vea cómo nos molesta esa caballería que se apoya en el Jordán; á esos hay que ponerles fuera de combate ó resignarse á que nos acaben. Esto no puede seguir así; hay que apoderarse de esas casucas que se encuentran cerca del arroyo; hay que tomar los arcos del acueducto y que mirar si podemos quedarnos con la iglesia de Santa Rita... Mire, amigo Brambilla, vaya y dígale á Pérez Castro que coja un piquete de Durango, la caballería de Julimes y los jinetes de Camargo, y que vea cómo nos quita esta pesadilla; dígale que en él confío... Dígale también que ya prevengo que Armendáriz le proteja el ataque, y que ya Félix Díaz va al frente de una columnita de infantería; que no tenga cuidado, que no le he de dejar en la estacada. Pero ándele, amigo, que para luego es tarde.

Avanzó Brambila á todo correr y no tardó en hallar á la gente de Pérez Castro.

— Eso aguardábamos, gritó don Juan con entusiasmo; eso esperábamos, y cuente usted con que nada se ha perdido; va á ver cómo no dejamos feo al jefe... ¡Andenle, muchachos, ándenle, que ahora se va á ver quiénes son los buenos y quiénes son los faroleros!.. ¡Adelante!, gritó Castro á sus soldados.

Y cuando se adelantó seguido de su caballería, y Brambila les vió bajar á la hondonadilla furiosos, resueltos, satisfechos, al parecer aliviados de un gran peso por

comprender que se les libraba de la molestia de la espera, que para el soldado significa menos que la incertidumbre y la duda, mil veces peores que la misma muerte, estuvo seguro de que el triunfo sería de los ardidos sitiadores. Pero Pepe, poco entendido en asuntos de guerra, no vió que, si era faena lucida la que emprendían los jinetes de Castro, era no menos valiosa la que realizaban las otras fracciones de la gente republicana. Armendáriz, que estaba al frente de la infantería, avanzaba apoyado por la pieza de montaña que personalmente llevaba rodando el coronel Borrego; Félix Díaz desalojaba al enemigo de los arcos del acueducto y le envolvía haciéndole que dejara en sus manos cosa de cien prisioneros.

La situación se presentaba ya muy despejada y quedaba completamente expedito el paso para el interior de la población. Las fuerzas del Gobierno penetraron hasta la plaza principal, y aun cuando en el templo quedaban todavía muchos traidores que con sus fuegos hacían daño á los de don Luis, pudo considerarse ganada la partida desde aquel instante.

—Señor, dijo Brambila, olvidando el principal objeto de su presencia en Chihuahua; yo creo que ya me podría volver al Paso, pues me parece que ya es usted dueño de Chihuahua.

—Amigo, su reló adelanta un poco; deje que los ocupantes se manifiesten, y podré decirle si es verdad lo que

á usted se le antoja con tan buen deseo. Y sobre todo, ¿no se acuerda usted de que viene como mensajero y que no puede volver sino hasta que haya dado cuenta de su encargo? Recuerde que el señor Ministro de Relaciones está pendiente de lo que haga el amigo Brambila, por lo menos tanto como puede estar observando lo que acontezca con la toma ó el abandono de Chihuahua... Como que se trata de amoríos: quiere casarse y dicen que será pronto.

— En efecto, señor, no se me olvida lo que usted me indica; pero como el señor Lerdo puede ya comunicarse con don Berardo sin necesidad de mi intervención, creo que la cosa puede considerarse terminada.

— Amigo, no hay cosa peor que interprete lo que se debe hacer en materia de mensajes el que sólo tiene la misión de cumplirlos al pie de la letra.

— Tiene usted razón, señor, y dispénseme si me he salido de mi papel.

— Déjeme ver lo que pasa, que, ó yo me equivoco mucho, ó ese disparo que acaba de sonar es nuncio de que la trifulca está muy comprometida por aquella parte... Dicho y hecho, exclamó al ver que se disipaba el humo de un cañonazo que había sonado; dió en la torre, en la campana mayor de la parroquia, y le tiró Platón Sánchez desde «El Porvenir»... Ya bajan los muy bandidos, ya bajan más que de prisa, y no les queda más que rendirse.

En efecto, á esa hora llegaron como desalados tres

ayudantes que llevaban nuevas del interior; los traidores habían abandonado la Parroquia y estaban reducidos á las fortificaciones de la plazuela del Colegio de San Juan, á la casa de Moneda con el palacio, al hospital de Jesús y el templo del Colegio.

Las horas transcurrieron violentamente porque don Luis ordenó desalojar á la canalla de sus atrincheramientos postreros, pues había que horadar manzanas, que impedir la entrada de refuerzos y que obrar, en suma, como si se tratara de un sitio en regla. La gente se aplicó con todas sus fuerzas á la nueva tarea, y todo cuanto ejecutó fué con tanto entusiasmo, con tanta decisión y con un afán tan grande de triunfar, que los mismos que habían manejado el fusil y disparado tiros y muerto semejantes suyos con una limpieza y un buen ánimo que nada dejaban que desear, se pusieron después al avío y abrieron horadaciones, practicaron agujeros de tusa, se metieron por el ojo de una aguja y por fin consiguieron salir adelante. A lo mejor, un ruido terrible que resonó en toda la calle alentó á los sitiadores y desanimó á los sitiados, que se pusieron á temblar pensando en la inminencia del peligro que corrían: una pieza de batir colocada en la fortificación inmediata quedó lista para hacer pedazos al pobre reducto de los encerrados tras de las murallas. No sé qué vería don Luis al alejarse de su punto de observación, mas es el caso que volvió á poco acompañado de



—... y abrieron horadaciones, practicaron agujeros...

uno de sus ayudantes y con el regocijo retratado en el rostro.

— ¡Albricias, amigos, albricias, que la partida está ganada vieja, barbona y borracha; los traidores se alejan á toda chilla y nos dejan en posesión del punto! Lo siento por nuestros artilleros, que estaban decididos á hacer polvo á la canalla y que ahora tendrán que retirarse con todos sus honores, sin disparar sus piezas más que para celebrar nuestra entrada á esta ciudad en que no volverán á poner el pie los traidores; pero ¡cómo ha de ser!

Dicho y hecho; á poco rato llegaron noticias de que la gentuza manifestaba deseos de rendirse y que pedía á grandes voces que se le diera cuartel.

— Por mí, exclamó Terrazas, no ha de haber dificultad, que la mayor parte de ellos están engañados y no valdría la pena hacer con ellos un ejemplar terrible. Con los jefes sí no habrá remisión ni arreglo, que su delito no merece gracia. Aquí tenemos á un enviado del señor don Benito y él se encargará de impetrar su resolución respecto de Carranco y socios.

Inmediatamente ordenó que un piquete de Supremos Poderes cuidara las puertas de entrada de las casas que tenían los ex defensores de la plaza y mandó recoger los caballos y mulas que habían dejado.

Cuando Brambila vió que la situación estaba despejada y que no había temor de malas nuevas, sino que todas

eran buenas como podía haberlas deseado el más optimista, pidió licencia al señor Terrazas para restituirse al lado de los que le habían mandado.

—No sólo le doy el permiso, mi amigo, sino que le ruego que se marche.

Apenas entró á Chihuahua, Brambila entregó los pliegos que llevaba y recibió la respuesta; pero se vió obligado á tomar la vuelta del Paso, portador de la plausible nueva guerrera que tanto tenía que regocijar á los que habían combatido con tesón por sus ideales y que por fin les veían triunfantes y enhiestos. Pero antes de retirarse de la ciudad vió algo que habría deseado no presenciar porque servía para atormentarle y desanimarle, ya que conocía la inflexibilidad de Juárez y sus opiniones acerca de la clemencia: una procesión formada de las señoras más encopetadas de la población — eternas intérpretes de la Piedad Suprema — se presentó ante don Luis Terrazas para pedirle la vida de Carranco y de todos los traidores apresados el veinticinco de Marzo. Don Luis prometió lo único que le era posible, que pasaría á Juárez el escrito en que se solicitaba el indulto, aunque abrigando poquísimas esperanzas de obtener éxito en su empeño.

Con los documentos más interesantes sobre la toma de la plaza, la petición de las damas chihuahuenses y el caudal de los recuerdos de lo que había visto y oído, Pepe regresó á la villa que por entonces habitaba el gobierno

republicano y que había sido el arca santa en que se guardaron las leyes y las instituciones para evitar que cayeran en poder de la canalla.

Pero apenas llevaba andadas unas cuantas leguas y ya pudo notar que el panorama cambiaba completamente. A la vieja aridez sucedían como por encanto la exuberancia y la alegría. Por todas partes se miraba el suelo cubierto de una alfombra verde que parecía el vello suavísimo de la tez de una hermosa; el agua fluía en arroyuelos que se desenrollaban como serpientes de bruñida plata; los matojos raquíticos, austeros, indolentes, que parecían, como decía Guillermo, estar alejados por igual de todos los reinos de la naturaleza, y si acaso, formar parte del suelo polvoroso y tristón, estaban ya cubiertos de verdura tierna, dulce y recién brotada; las montañas, que se veían en el término distante, ya no aparecían foscas, ceñudas, temerosas é insolentes, sino más bien risueñas, exquisitas, con formas elegantes, como si fueran senos de mujer hinchados por la abundancia del licor de vida; y las aves, que son el primer nuncio de vida en la naturaleza, ya pasaban piando, aleteando, lanzando agudos chillidos y teniendo como natural la presencia del hombre en sus dominios. La segunda noche, después de la salida de Chihuahua, la pasó Brambila á campo raso, en los famosos Médanos, coco de los viajeros y espanto de cuantos transitaban por aquellas soledades, que rehuían la presencia de

tales colinas, que parecían monstruosos y horribles paquidermos tirados panza arriba en medio de aquella desolación.

Esa noche los Médanos eran muy otra cosa de que Brambila conocía: estaban cubiertos de hierba fresca y perfumada; el agua bullía á su vera cargada de flotantes flores, de nidos erráticos, de rumores y de alegría: era la primavera del desierto en todo su esplendor, en toda su opulencia, en toda su fuerza.

«Así, pensó Brambila, ha pasado nuestra patria de la abyección y la pobreza al triunfo y á la gloria. ¡Bendita sea la naturaleza, que siempre da la razón á la vida contra la muerte y á la verdad contra la injusticia!»

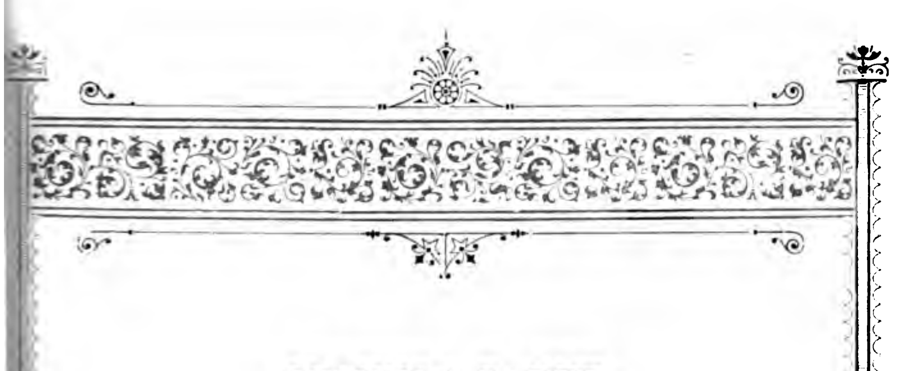
Anduvo más de prisa y llegó al Paso cuando por allá se estaba en la más espantosa ansiedad. Dió detalles, comunicó nuevas, escuchó predicciones y pudo convencerse de lo que ya sabía antes de salir de la ciudad, que Carranco y los vencidos del Imperio no alcanzarían misericordia. Entró en su casa á tomar descanso y á anunciarle á Cristina las gratas nuevas que traía de su matrimonio y de la liberación de Chihuahua. Al entrar oyó una vocecita dulce y grata que salía á recibirle y que repetía con sonsonete las primeras palabras del Catón Sensorino: «Christus: A, B, C.»

Se le llenaron á Pepe de lágrimas los ojos y comprendió que la fórmula del triunfo en los días venideros había

de ser aquel modesto A, B, C, que aprendía el niño entre balbuciendo y titubeando.

Y entró al cuarto y estrechó en un mismo abrazo á Cristina, que simbolizaba la vida sencilla, recatada y laboriosa, y á Nacho, que era el porvenir claro y bello—el porvenir por la instrucción, por el trabajo, por la verdad.





SEGUNDA PARTE

QUERÉTARO

Novela en cinco jornadas

DRAMATIS PERSONÆ

MAXIMILIANO, Emperador de México.
DON MANUEL GARCÍA AGUIRRE, ministro.
GENERAL DON LEONARDO MÁRQUEZ, jefe de Estado Mayor y lugarteniente del Imperio.
GENERAL DON MIGUEL MIRAMÓN, jefe de la infantería en Querétaro.
» » TOMÁS MEJÍA, jefe de la caballeria.
BARÓN DE LAGO, Ministro de Austria.
» » MAGNUS, Ministro de Prusia.
M. HOORIKS, Ministro de Bélgica.
SIG. CURTOPASSI, Ministro de Italia.
GENERAL DON RAMÓN MÉNDEZ, jefe de las reservas.
» » SEVERO DEL CASTILLO.
» » SANTIAGO VIDAURRI, ministro.
» » MANUEL RAMÍREZ DE ARELLANO, jefe de la artillería.
» » TOMÁS O'HORAN, comandante de la plaza de México.
» » JULIÁN QUIROGA.
» » FÉLIX, principe de Salm-Salm.
CORONEL PRADILLO.
» ORMAECHEA.

CORONEL MIGUEL LÓPEZ, encargado del punto de la Cruz.
» AQUILES LAPIERRE, de la gendarmería imperial.
DOCTOR SAMUEL BASCH.
EL CURA DE TLALNEPANTLA.
JABLOWSKI.
EL PADRE SORIA.
SUBTENIENTE HANS.
GRILL.
TÜDOS.

DOÑA CONCEPCIÓN LOMBARDO DE MIRAMÓN.
INÉS, princesa de Salm-Salm.
JOSEFINA FERNÁNDEZ DE UBIARCO.
EUGENIA UBIARCO DE OLIVOS.

DON BENITO JUÁREZ, presidente de la República.
DON SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA, ministro de Relaciones y de Gobernación.
DON JOSÉ MARÍA IGLESIAS, ministro de Justicia y de Hacienda.
GENERAL DON PORFIRIO DÍAZ, jefe del ejército sitiador de la ciudad de México.
GENERAL DON MARIANO ESCOBEDO, jefe del ejército sitiador de la ciudad de Querétaro.
GENERAL DON RAMÓN CORONA, segundo jefe del ejército sitiador de Querétaro.
GENERAL VÉLEZ.
CORONEL RINCÓN GALLARDO.
» VILLANUEVA.
» PALACIOS.
» ASPÍROZ.
» PLATÓN SÁNCHEZ.
MIGUEL CABALLERO DE LOS OLIVOS.
LUIS QUIROZ.
PEPE BRAMBILA.
Damas peticionarias, militares, cronistas, abogados, sacerdotes, soldados ejecutores, médicos, vecinos de Querétaro y de México, criados, etc., etc.

La escena ocurre en las ciudades de Querétaro, México y San Luis Potosí, de Febrero á Junio de 1867.

JORNADA I

ESCENA PRIMERA

La escena representa la casa cural del pueblo de Tlalnepantla. El Emperador se desayuna en compañía de Márquez, el ministro Aguirre y el Dr. Basch. Mesa bien abastecida, pero exenta de lujos. Maximiliano, al parecer, tranquilo y satisfecho, toma los últimos sorbos de su colación matutina. Acaba de quitarse el capote militar que le incomodaba, y luce el uniforme de general de división mexicano — levita con grandes charreteras, pantalón azul y botas fuertes. — Al ver entrar al cura, se levanta respetuosamente y besa la mano del sacerdote con afectada unción.

EL CURA

Sentados, Sire, sentados; sírvase V. M. continuar en su sitio, que bastante honor le otorga á este pobre sacerdote haciendo penitencia en su compañía, para que se le aumente alzándose de la mesa á su presencia... Y dispénseme el Emperador si salí un momento á mirar las cosas de la parroquia y á cuidar que todo estuviera á punto, que si no se atiende personalmente á estos arreglos, los criados hacen cada atrocidad....

MAXIMILIANO

Déjese de excusas, señor cura, déjese de excusas, que todo está exquisita y sabrosamente preparado, como que le

aderezaron las dos salsas que mejor sirven para los manjares: la del hambre y la de la buena voluntad.

EL CURA

Sire...

MÁRQUEZ

(El General don Leonardo Márquez es bajito, delgado, nervioso, de voz gruesa é imperativa. Lleva toda la barba negra y espesa, y á pesar de ella se le nota una cicatriz que le cubre toda la mejilla derecha. Viste uniforme de campaña, y en la mirada, en la actitud, en el gesto, en todo, se reconoce al hombre colérico, cruel y vengativo y al soldado hecho á los azares de la guerra y á los rigores de la ordenanza.)

¿Y qué nos dice de las gavillas el señor cura? Los bandidos han de merodear por aquí más de la cuenta...

EL CURA

(Cubriéndose la cara con las manos y haciendo aspavientos de dolor y de enojo.)

¿Que si abundan, señor? Con decirle que no hay por aquí hacienda en que no caigan, ni res que no desuellen, ni peón que no cojan de leva, ni mujer que no estupren ó no violen... Es una tristeza, señor, es una pena ver lo que pasa. Nada menos ayer por la mañana llegó la guerrilla del maldito Fragoso, y zas, zas, echó dos ó tres manganas á los palos del telégrafo, y allá vienen por el suelo, rompiéndose los alambres y quedándose entre las nopaleras del camino los vidrios esos que les dicen aisladores... Son unos bárbaros, señor, hablando con perdón



—¿Y qué nos dice de las gavillas el señor cura?

MÁRQUEZ

(Que ha estado comiendo con muestras de visible precipitación, se enfosca más á medida que el clérigo avanza en su narración. De pronto la interrumpe, y sin tener en cuenta la presencia del Emperador, arroja el cuchillo sobre la mesa y exclama, rojo de cólera:)

Pero ¿qué me cuenta usted, señor cura, si les conozco desde hace muchos años?; si les conozco... vamos, como si les hubiera acabado de desensillar... Gritan progreso, industria, protección á la agricultura, sostén para el trabajador pobre, y ya ve usted, todo lo destruyen, todo lo acaban, lo mismo el grano de las sementeras que los productos del ganado ó el honor de las mujeres. ¡Canalla inmunda, raza de hipócritas!... Y miren quién destroza el telégrafo y se lleva los alambres: los progresistas, los que pasan la vida hablando de los adelantos y de la ciencia y de todas esas tonterías con que han arruinado al país y descatolizado á los pueblos...

(Golpea la mesa con la palma de la mano y hace vacilar los botellones que rezuman agua, tintinear las copas y vasos y derramarse las tazas de chocolate que acaban de colocar los mozos. Instante de silencio; al fin alzan la voz el Cura y el ministro Aguirre.)

EL CURA

Es claro, sí, señor, ya les había definido el Evangelio: sepulcros blanqueados, raza de víboras...

AGUIRRE

Ya lo creo; la verdadera época de las garantías individuales y sociales; la época de una justa igualdad que eleva las clases oprimidas hasta el nivel de las que sobre ellas pesaban; la época de los esfuerzos extraordinarios en favor de nuestro progreso; la época del bien: tal ha sido hasta hoy el Imperio...

MAXIMILIANO

(Que casi no ha oído la conversación ni terciado en ella, se asoma á la ventana del curato desde donde descubre un vasto panorama: los trigales recién segados muestran como heridas abiertas arroyitos de agua que se tiñen de rojo con las primeras luces del sol; el caserío del pueblo empieza á despertar; la campana, que vibra sobre la cabeza de los comensales, parece que marca el ritmo del andar de los contados campesinos que pasan con sus instrumentos de trabajo al hombro é ignorantes de que á su lado se halla la excelsa visita. Un muro verdinegro, velado por los vapores de una charca inmediata, anuncia la presencia de un gran bosque de ahuehuetes. Los circunstantes se ponen en pie y forman corro cerca del Emperador, que empieza á hablar al principio con marcado acento alemán; después, á medida que se enardece y entra en materia, en clarísima lengua castellana, aunque un poco amanerada y más aprendida en los libros que en la conversación corriente.)

Hermosa feligresía, señor cura; debéis de vivir aquí lleno de paz y de comodidades; seguramente por vos dijo el clásico

Que pasáis vuestra vida
Muy libre ya de trabajosa pena.

Segura la comida
Y mucho más la cena,
Llena de risa y de pesar ajena.

EL CURA

Sire...

MAXIMILIANO

Mirad allí el viejo bosque de ahuehuetes; parece la entrada de un templo, de un templo perfumado con todas las plegarias y todos los votos que se exhalan del pecho de los míseros mortales. Hay en el bosque tal paz, tanta quietud, tamaño silencio, que cuando se penetra en él, olvida el alma, sin quererlo, las pequeñeces de este bajo suelo. Estos árboles, *Taxodium distichum,* que constituyen la maravilla de Chapultepec y de otros pintorescos lugares del Valle de México, significan en la lengua de los indios tanto como tambor de agua, pues anuncian la vecindad de los manantiales. El *Taxodium,* como las añosas encinas de los germanos, como los tilos de los eslavos, como las palmeras de Balbeck y de Palmira, es un indicio del antiguo imperio indiano. En el bosque sagrado de Chapultepec, bajo la inmensa bóveda formada por las ramas de estos árboles antiguos que igualan en altura á las más elevadas torres, celebraba Moctezuma sus místicos sacrificios á orillas de las frescas corrientes; poseía también otro sitio predilecto en la ribera del lago de Texcoco, sembrado asi-

mismo por aquellos titanes del reino vegetal. Uno de los más colosales se eleva todavía erguido en el actual camposanto de Tacuba; el pueblo le llama el árbol de la noche triste. Sentóse á su pie Cortés, el atrevido aventurero, después del famoso combate nocturno en que se vió momentáneamente desalojado de México; y allí, aquel hombre de fierro lloró amargamente. Fué la única vez en el curso de su vida, tan fecunda en peligros y riesgos, en que la tristeza y el abatimiento pudieron doblegar aquella alma heroica. Siempre me ha conmovido de una manera extraordinaria este pasaje de la vida del gran conquistador, por cuanto nos enseña lo que con numerosos ejemplos nos muestra la historia, y es que aun los ánimos más férreos y tenaces tienen momentos en que se cree



abandonados de la suerte, y caen en la postración. Si en tales momentos no sobreviene una reacción saludable, quédase el hombre aniquilado, y se puede asegurar que su estrella se puso para siempre. Federico el Grande, en su primera campaña de Silesia, tuvo uno de esos momentos, en que sus generales hubieron de hacer mil esfuerzos para impedirle que huyese cobardemente. En cuanto á la estrella de Cortés, no la obscureció sino pasajera nube; irguióse él como reforzado por su dolor, y llevó á feliz término su atrevida empresa...

MÁRQUEZ

(Interrumpiendo el acceso de lirismo del Emperador.)

Si le parece á Vuestra Majestad, podemos ordenar la salida.

MAXIMILIANO

(Como volviendo de un sueño.)

¡Ah, sí, general Márquez!...

(Se pasa la mano derecha por la frente, mira el reloj en medio de una suprema inconsciencia, y exclama de pronto:)

Perdonad; tenemos que esperar á don Santiago, y vale la pena de permanecer algún rato cerca de este excelente párroco.

(Mientras Maximiliano departe con el sacerdote, y según parece le da una conferencia botánico-arqueológica, Márquez se separa del grupo y dice al Emperador:)

Si Vuestra Majestad me lo permite...

MAXIMILIANO

Id, general Márquez, id.

MÁRQUEZ

(Volviendo al comedor é inclinándose ante Maximiliano.)

Cuando Vuestra Majestad lo ordene, todo está dispuesto.

MAXIMILIANO

(Abrazando al Cura y, al parecer, resumiendo una conversación empezada.)

Sí, señor, latino-bizantino y así no habrá que derribar ninguno de los hermosos colaterales churriguerescos que el buen gusto de usted desearía no se perdieran... Adiós, señor cura, encomiéndeme á la Virgen en sus oraciones.

EL CURA

(Alegre y festejoso.)

¡Que Dios y nuestra Madre Santísima de Guadalupe lleven por buen camino, por el camino en que pueda anonadar á los enemigos de la fe, á Su Majestad Maximiliano el Pacificador!

(Dirigiéndose á un grupo de oficiales que esperan la salida del Archiduque con la cabeza descubierta y prontos á montar en los caballos que tienen del diestro.)



— ¡Que viva, que viva el Emperador!

¡Señores, viva el Emperador!

LOS OFICIALES DEL CORTEJO

(Cuadrándose y llenos de entusiasmo:)

¡Que viva, que viva el Emperador!

ESCENA SEGUNDA

Los mismos y el general don Santiago Vidaurri.

El camino de Calpulalpan; unos cuantos guerrilleros interrumpen el paso de la tropa. Suenan descargas de fusilería; los republicanos, en sus caballitos ligeros y de corta alzada, pasan sin cesar frente al grupo que forman los del Estado Mayor de Maximiliano.

Márquez examina el terreno, y devolviendo al Emperador el anteojo que le ha prestado, le dice recapitulando cosas pasadas:

MÁRQUEZ

Sí, este es el lugar en que González Ortega deshizo á nuestro joven Macabeo. Observe Vuestra Majestad cuán fácil habría sido para un mediano general destruir á las chusmas liberalescas... Aquí, á la derecha, media batería; cerrando esa garganta, dos batallones; á la vuelta de aquella colina, la caballería, y la reserva detrás de aquella eminencia que se descubre á la izquierda.

MAXIMILIANO

(Meditabundo y soñador.)

¡Qué triste país!...

MÁRQUEZ

En minutos estuvo decidida la batalla. Pim, pam, pum; unos cuantos tiros, una carga de caballería y el desbandamiento, el desorden, la derrota, en una palabra.

MAXIMILIANO

¿No se os figuran éstos, general Márquez, los estériles campos de Judea?

MÁRQUEZ

Salvó la vida por una verdadera casualidad, y si los liberales hubieran sabido aprovecharse de la victoria, se le habrían quitado de en medio para de una vez.

MAXIMILIANO

¿No se os figura este panorama el panorama horrible de Bethleem? En aquella altura paréceme ver la elegante casa de mi amigo, el renegado Yussuf: mosaicos, fuentes llenas de frescura, moras guapas y hospitalidad como ninguna.

(Empiezan á caer balas que dan cerca del Emperador y su comitiva; una de ellas hiere levemente en la boca al cocinero del Monarca.)

VIDAURRI

Sírvase retirarse Vuestra Majestad.

MÁRQUEZ

No se exponga inútilmente Vuestra Majestad.

(Varias voces de Ayudantes y Jefes que rodean á Maximiliano:)

Vuestra Majestad no debe exponerse inútilmente... ¡Qué gran valor del Emperador!

MAXIMILIANO

Ni puedo ni debo cuidar de mí en el primer lance; creedme, mucho más conveniente es que yo me exponga.



(Se oyen descargas de fusilería, y el Emperador, enardecido, pica espuelas á su caballo y se lanza á encabezar un grupo que ataca á los liberales. Huyen en rápida carrera por una cuesta cercana infantes y jinetes en confusión. Maximiliano, enamorado del color y de la luz del cuadro y lleno de brío por los vivas que le dirigen sus soldados, sigue bajando la peligrosa cuesta en medio de una lluvia de balas de fusil y de las que lanza un cañoncito colocado en la eminencia. Tras unos minutos de persecución, vuelve al lado de los suyos y oye por dondequiera los gritos de aliento: «¡Viva el Emperador! ¡Viva Maximiliano I!»

MÁRQUEZ

(Cortesano y como haciéndose violencia.)

Vuestra Majestad ha dado muestras de un grandísimo valor.

MAXIMILIANO

(Satisfecho y aceptando gustoso los parabienes.)

¡Eh, eh! ¿Qué os parece? ¿verdad que no lo he hecho tan mal en mi primer batalla? Un marino sirve para todo... Vergonzosamente hemos hecho huir á esa chusma...

(Cambiando de repente y sujeto de nuevo á su extraña obsesión.)

Mirad aquella cigüeña, general Márquez; parada en un pie semeja una figura hierática del Oriente antiguo... Parece un grave doctor borlado discurriendo sobre las sutilezas de la razón pura y la razón práctica. Hace años, en unas llanuras cerca de Alepo, ví una gran parvada de estas aves... ¿Serán las mismas?... ¡Oh, las migraciones de los pájaros! Ellos deben de haber sugerido al hombre primitivo sus mutaciones de lugar, sus cambios de asiento; quizás siguió sus rumbos, los rumbos de estos viajeros tan doctos como graves, tan nuevos como decrépitos...

MÁRQUEZ

Sírvase Vuestra Majestad ver el plano de Querétaro...

ESCENA TERCERA

Ladera llamada La Cuesta China en las cercanías de Querétaro. Al acompañamiento ordinario de Maximiliano se han añadido muchos militares, personajes distinguidos de la ciudad, jinetes en briosos caballos, algunos curas y canónigos y una gran muchedumbre de pueblo. Se adelantan los generales Miramón y Escobar; éste, con traje de paisano, monta un gran caballo retinto cabos blancos; aquél, lleno de bordados, cruces, medallas y condecoraciones de todas clases, hace caracolear un potro negro de pura sangre. Se escuchan á lo lejos repiques y cañonazos; la multitud grita entusiastas vivas al Emperador, y Maximiliano se descubre satisfecho. De pronto se para y contempla lleno de admiración el panorama de torres, campanarios, cúpulas, cimborrios y espadañas luciendo al conjuro del sol y rodeado de un apretado cinturón de verdura; el río, que corre como una serpiente de plata, acaba en un remanso que parece una pupila vigilante. La arquería y el acueducto rompen con su línea blanca la inmensa sábana glauca; sube al cielo el humo de las fábricas; á medida que se avanza se mira abrirse las calles blancas, solitarias y limitadas también por huertas y arboledas.

MIRAMÓN

¡Qué gozo ver á Vuestra Majestad en medio de sus fieles vasallos! Ahora sí saldremos á batir á la canalla, y contando con el permiso de Dios y el nombre de nuestro Emperador, haremos pedazos á cuantos por aquí lleguen... Yo sé, señor, de más de cuatro lugares propicios, para atraer á esta gentuza ignorante y sin principios. Ya veréis, Sire, lo que á campo raso pueden vuestras tropas y lo que pueden las mal organizadas chusmas del contrario; las batiremos, y lograréis, al mismo tiempo que fundar

firmemente el asiento de vuestro imperio, poner el pedestal de vuestra gloria...

MÁRQUEZ

(Receloso y riendo de las que reputa exageraciones de Miguel.)

Espere usted, señor general; espere y no tenga prisa, que Su Majestad sabe bien lo que ha de hacer. Quizás se le ocurra dar la batalla que usted le propone; quizás piense sea mejor encerrarse en la plaza y sostener un sitio en regla. A nosotros, simples subordinados, no nos toca sugerir ni apoyar nada que pueda ser contra el dictamen del soberano.

MIRAMÓN

(Contemplando primero con enojo y luego con desdén á su colega.)

¡Bah, señor general!; en verdad que tiene usted donosos escrúpulos, pues si algo toca á los vasallos leales, es manifestar su parecer para que el soberano le acoja ó le rechace. Diga más bien que es usted quien abriga esa idea de sustentar un sitio y no quiera impedir á los demás que digan su opinión leal y franca.

(Se prepara Márquez á responder á las palabras de Miramón, cuando Maximiliano les interrumpe.)

MAXIMILIANO

¡Qué admirable idea la de fundar esta ciudad en sitio tan abrigado, en las últimas estribaciones de la Sierra

Madre, en un paralelogramo tan regular y tan hermoso! ¿Qué son aquellas colinas que dejan ver una gran barranca cubierta de verdura?

MIRAMÓN

Sire, es la Cañada.

MAXIMILIANO

¿Y aquella altura?

ESCOBAR

Es el Cimatario, que se llama así porque...

MAXIMILIANO

¿Y esa garganta que parece dar entrada á inmensos y fértiles valles?

ESCOBAR

En efecto, señor, abre paso á los ricos valles que llevan de México á Celaya y al interior del país.

MAXIMILIANO

¿Y aquella colina pelada y escueta que muestra apenas unas cuantas nopaleras?

ESCOBAR

Sire, es San Gregorio.

MIRAMÓN

(Interviniendo.)

Vuestra Majestad habla sin duda de aquella, la de la izquierda, la que domina el caserío. Es el Cerro de las Campanas.

(Llegan á la Catedral, iglesia pobre, destartalada y fea; Maximiliano escucha de mala gana un Te Deum, y se encamina á la casa que le dicen es su alojamiento. Miramón le dirige un discurso enfático y lleno de figuras. Promete reconquistar el país y ejecutar sus viejas hazañas. Escobar dice otra alocución que termina así: «La posteridad dará con justicia á Vuestra Majestad el título de Maximiliano el Grande.»

El Emperador, conmovido, hilvana una arenga que apenas se oye y concluye dando un viva á la independencia.

El concurso de militares, sacerdotes y capitalistas exclaman á su vez: «¡Viva el Emperador! ¡Viva la independencia!»)

ESCENA CUARTA

Sala del Casino Español, residencia de Maximiliano. Muebles arcaicos, procedentes de viejas casas solariegas. Maximiliano, luego de hacer sus abluciones, se presenta en el salón, donde le espera Márquez. Entran después Miramón, Mejía, Castillo y los demás generales, y el coronel Arellano.

MAXIMILIANO

Al fin nos encontramos lejos de México, lejos de los franceses, lejos de todos los cuidados de la capital, lejos

de tantas mortificaciones y de tantas cosas fastidiosas como nos cercaron en estos últimos y aciagos tiempos... Y á propósito, general Márquez, ¿sabéis si vendrían en el equipaje la reproducción del Colione, la del calendario azteca, los tres tomos de la flora brasilera, la obra de De Candolle acerca de las criptógamas, mis anteojos de mar, el número bastante de condecoraciones de Guadalupe, del Águila Mexicana y del Mérito Militar, el reglamento para los servicios de corte, los...

MÁRQUEZ

(Con enfado y rehusando tratar de esas cosas, que á cuenta se le figuran sutilezas.)

Hoy ha sido, sin duda, un gran día para el Emperador y para todos los que aman á nuestra patria, y esto con tanta más razón, cuanto que á Su Majestad se le había presentado el porvenir como de lo más sombrío...

MAXIMILIANO

¡Oh, sí, un gran día, general Márquez!...

MÁRQUEZ

No puede Vuestra Majestad figurarse las ventajas que emos obtenido con esta expedición suya. Su Majestad ha odido ver personalmente que no hay palabra de verdad n cuanto se le ha dicho sobre la situación del país. Lo

que se presentaba al Emperador como brigadas y divisiones del ejército juarista, obrando de concierto y obedeciendo á un centro común, no se compone, Su Majestad lo ha visto, sino de miserables partidas de malhechores que trabajan por su propia cuenta, que arruinan á las poblaciones sin reconocer jefatura alguna y á quienes muy poco importa don Benito Juárez. Lejos de estar unidas esas gentes, viven en completa anarquía, se hacen la guerra las unas á las otras, é incapaces de batirse, huyen al primer tiro de nuestras tropas, sea cual fuere el número de sus chusmas...



MAXIMILIANO
(Satisfecho.)

Claro que sí, general Márquez; y contando con el

auxilio de vuestra valiente espada y con las de Miramón, Méndez, Castillo...

MÁRQUEZ

(Zalamero.)

Vuestra Majestad favorece demasiado á este su pobre y adicto partidario; mas la lealtad me obliga...

MAXIMILIANO

¿A qué os obliga? Hablad claro. ¿Acaso entre mis amigos?...

MÁRQUEZ

A decirle á Vuestra Majestad, en el seno de la más estricta reserva y para su futuro gobierno, que debe andar con sumo cuidado en lo que toca á la elección de auxiliares, como quien dice de segundas manos... No todo lo que relumbra es oro, y debe Vuestra Majestad, en mi humilde concepto, examinar los antecedentes de las personas, antes de otorgarles su favor confiriéndoles mandos ó haciéndoles solidarios de una situación más ó menos comprometida.

MAXIMILIANO

(Lleno de sobresalto.)

¿Qué decís, general? ¿Acaso estaremos rodeados de traidores?

MÁRQUEZ

No digo tanto, Sire; pero lo cierto es que en el seno del ejército hay algo, hay mucho podrido. Miramón...

MAXIMILIANO

Es un bravo general.

MÁRQUEZ

Ya lo creo, Sire, y disposiciones militares, y talento organizador, y habilidad y conocimiento de lo que es el soldado también les tiene; pero es tan ambicioso...

MAXIMILIANO

(Dando rienda suelta á su prurito de murmuración.)

Fué partidario del plan de Ayutla; se adhirió por ambición á Zuloaga, riñó con él y se declaró Presidente; cuando el sitio de Veracruz, hizo embarcar por Alvarado y para Europa, una buena cantidad de dinero, cosa de doscientos mil pesos, que se destinaban al pago del *prest* de los soldados. Es el origen de su fortuna...

MÁRQUEZ

Si Vuestra Majestad hubiera visto la manera cómo destituyó á Zuloaga...

MAXIMILIANO

¡Ah, sí, el rapto de Elena! Paso graciosísimo que

habría dado dos Maximilianos de oro por haber presenciado.

MÁRQUEZ

En efecto, Sire; pero si Vuestra Majestad le quita ese chiste que cree notar, ¿qué le queda? Un rasgo de audacia cínica y horrible, un atentado contra la autoridad, y, más que todo eso, la costumbre, el mal ejemplo, el desenfreno constituídos en ley. ¿Piensa Vuestra Majestad que este joven atrevido no pueda repetir el caso cuando lo crea menester?

MAXIMILIANO

(Sobresaltado, poniendo una mano en el hombro derecho de Márquez y mirándole al rostro fijamente.)

¿De manera que pensáis, general, que Miramón podría intentar algo contra mi persona?

MÁRQUEZ

(Con fingida sumisión y como pretendiendo recoger sus palabras anteriores.)

No lo digo por tanto, Majestad, no lo digo por tanto; Miramón es leal, ha abrazado con amor la causa del Imperio; mas es tan ambicioso, tan vano, tan amante de la jácara y del bullicio... Y Dios le libre de poner ó de tratar de poner las manos en vuestra augusta persona; le destrozaríamos, le aniquilaríamos; no, ni quiero pensar en eso...

MAXIMILIANO

(Meditando.)

¿Y Mejía?

MÁRQUEZ

¡Oh, Mejía, Sire, es un hombre de oro! Leal, decidido, afectuoso, franco; vale mucho, pero en cambio tiene un defectillo: un entendimiento tan estrecho, una falta tan grande de iniciativa y de talento y de luces, que no se puede pensar en él para nada.

MAXIMILIANO

Por eso cuento con vos principalmente, general, y podéis creer que á vuestra lealtad ocurriré para cuanto se me ofrezca...

MÁRQUEZ

Yo, Sire, sólo tengo en mi abono mi sumisión, mi afecto por Vuestra Majestad, mi gratitud por sus bondades...

MAXIMILIANO

(Abochornado y como queriendo disculparse de cargos que su interlocutor ni siquiera esboza.)

Callad, general, callad; cuanto he hecho por vos, es recompensa á vuestros méritos.

MÁRQUEZ

No me olvido de que Vuestra Majestad me envió á Morelia la cruz de Guadalupe el día mismo en que tomó posesión del trono.

MAXIMILIANO

Verdad, verdad es; pero ¿qué menos podía hacer para recompensar al noble soldado que con su valor y su entereza...

MÁRQUEZ

No dejo un momento de recordar que Vuestra Majestad, separándome del mando de un cuerpo del ejército, me improvisó diplomático, enviándome á Constantinopla para presentarle á Su Majestad el Sultán las insignias del Águila Mexicana...

MAXIMILIANO

(Abochornado y tratando de apartar la conversación.)

Por cierto que fuisteis el diplomático más diligente de mi imperio...

MÁRQUEZ

Y que después—lloro de alegría al recordarlo—Vuestra Majestad me participó el alivio de mi madre, que es mi adoración.

MAXIMILIANO

Con lo cual no hice sino mostraros un poco el cariño que siento por vuestra persona.

MÁRQUEZ

Y que después, desde Orizaba, se ocupó en preguntar por la salud de mi adorada viejecita.

(Compases de silencio.)

MAXIMILIANO

(Se pasea perplejo, se detiene ante una credencia de marquetería, la examina con cuidado, y acaba tomando á Márquez por el brazo y diciéndole con desparpajo:)

Vamos á recorrer la ciudad. ¿Queréis acompañarme?

MÁRQUEZ

(Inclinándose cortesano y zalamero.)

Cuando lo disponga Vuestra Majestad.

ESCENA QUINTA

Habitación del Emperador; Maximiliano, en traje de mañana, radiante y satisfecho, se halla en pie cerca de un estante de palisandro lleno de libros. Contempla el panorama de la ciudad, y por hábito arraigado de su oficio de marino se lleva á los ojos los catalejos que trae al costado, en bandolera. Van entrando los generales solos ó en grupos, y luego de hacer acatamiento al soberano, se reúnen en diferentes lugares de la pieza.



-El primero que llega es Márquez, acompañado de un joven...

El primero que llega es Márquez, acompañado de un joven hasta de treinta años, de rostro muy moreno y con un gran bigote negro. Es un excelente oficial de artillería y se llama Manuel Ramírez de Arellano. Sigue á estos dos don Ramón Méndez, que luce chaqueta de húsar y lleva en la mano sombrero ancho blanco, galoneado de oro; es gordo, moreno, de buena cara, de bigote y barba negros y escasos. Los ojos son brillantes y vivos.

Abraza el Emperador á otro que se presenta; es sujeto como de cincuenta años, amarillento, de pómulos abultados, de pelo hirsuto, de ojos pequeños y opacos. En la cara tiene unos cuantos pelos que parecen antenas, y la boca es gruesa, terrosa, sin brillo: puede decirse de ella lo que de la boca de Maritornes: si se usara aspar labios, éstos servirían á maravilla para el caso. Es el general don Tomás Mejía.

Preséntase después un viejo seco, avellanado, bajito de cuerpo, pegado al casco el pelo, negrísimo merced á ingredientes y potingues. No oye palabra, y cuando le llaman á su lado los otros: «¡Eh, general!» «¡Eh, don Severo!», «Señor Castillo», él pasa de largo. Quizás sea astucia de sordo, y su repugnancia á reunirse á los grupos debe de obedecer á su deseo de no hacer causa común con ninguna parcialidad de las que mira dibujarse en el horizonte.

Llegan, por fin, dos que parecen extranjeros, alemanes ó austriacos; pero en realidad no lo es sino uno de ellos, el más bajo, que pinta tener cosa de treinta años, y lleva donosa y elegantemente el uniforme rojo y blanco de los húsares, y en el ojo izquierdo un monóculo que se quita á cada instante. Es el príncipe Salm-Salm.

El otro, el coronel Miguel López, es rubio, de ojos azules, gran bigote, cuerpo alto y membrudo aunque un poco corcovado. En toda su persona muestra un engreimiento y una fatuidad que los otros concurrentes ven de reojo, pues ya se sabe que es el favorito del Emperador.

Maximiliano, cortés é insinuante, con inflexiones dulces y gratas en la voz, se sienta en el testero de una gran mesa. Los otros se van colocando, por indicación suya, en los diferentes lugares: Márquez, á la derecha del soberano; á la izquierda, Miramón; Mejía, enfrente; Castillo á la derecha de Márquez, y Arellano, Salm y López en un extremo de la mesa.

MAXIMILIANO

Por fin, señores, podemos celebrar un consejo contando con los elementos íntegros de nuestro ejército. La llegada de las valientes tropas del general Méndez, que tenemos aquí desde el día de ayer...

MÁRQUEZ

(Interrumpiendo al monarca y encarándose con Miramón.)

Por cierto que esas tropas pertenecen á la zona de mi mando y el general Miramón dispuso de ellas sin consentimiento mío.

MIRAMÓN

(Lleno de arrebato.)

Verdad es; pero verdad es también que no llamé á tale tropas para servirme de ellas en provecho propio. Des pués de mi desastre en San Jacinto, necesité rehacer d alguna manera los batallones y regimientos, y nada má natural que sacar gente de donde la había.

MÁRQUEZ

(Aparentando calma y al parecer deseoso tan sólo de poner las co sas en su punto.)

No lo dije por tanto; primero es la salvación del Impe rio, primero es la salvación de la patria; pero eso no quit

que se haya cometido una falta á la disciplina pasando sobre mi persona como quien dice, y trayendo, aunque



Don Tomás Mejía

sea con la mejor intención del mundo, tropas de cuya situación y condiciones yo solo debía responder y respondía.

MIRAMÓN

(Respirando enojo y lanzando llamas por los ojos.)

Olvida sin duda el señor Márquez que yo le excedo en antigüedad, y que he sido general de división cuando Su Excelencia no lo era más que de brigada... Si la presencia del soberano no me cohibiera, cuente el señor general Márquez con que no repetiría esas palabras...

MÁRQUEZ

(Con calma aparente.)

Yo fuí soldado antes de que el señor Miramón naciera, y si Su Excelencia cree ser más antiguo que yo en el generalato, sufre un error, pues el señor Miramón no fué nunca coronel y pasó sobre ese grado indispensable en nuestra ordenanza. En cuanto á que yo le deba el grado de general de división, no hay nada menos cierto: Su Excelencia me lo dió porque no pudo hacer otra cosa, viniendo él derrotado y acabando yo de ganar una espléndida victoria.

MAXIMILIANO

(Perplejo y vacilante.)

Ruego á los señores generales no se extravíen del punto de la discusión, y que no se ocupen en cosas que pueden dañar al buen éxito de nuestros asuntos... Discuta-

mos el plan de la futura campaña, y para el efecto empecemos por decidir si hemos de apresurarnos á batir á los republicanos que se acercan, ó si nos hemos de encerrar en Querétaro á sufrir un sitio en forma.

MÁRQUEZ

(Meloso, y después mirando á Miramón con aire de triunfo.)

¿Me permite la palabra Su Majestad?

MAXIMILIANO

Tiene la palabra el general Márquez.

MÁRQUEZ

Yo sería de opinión, salvo la más acertada de Vuestra Majestad y de los demás miembros del consejo, que no hay para qué apresurarnos á combatir á los republicanos. Acaba de reunírsenos el general Méndez con 5,000 hombres tan aguerridos como famosos, y con ese ejército y las fuerzas con que contamos, no podrá resistirnos el enemigo... ¡Quiera Dios cegarle hasta el punto de que nos haga frente! Podremos entonces darle, como de costumbre, una buena lección; pero aun en el caso de que no quisiese esperarnos, combinaremos nuestros movimientos de una manera propia para alcanzar el resultado apetecido: la pacificación del país y la destrucción de sus enemigos.

MIRAMÓN

¿Acaso pretende el general Márquez que nos defendamos en Querétaro? No se me ocurre que pudiera haber providencia más absurda y más capaz de darles el triunfo á los republicanos, que la de quedarnos en esta olla de grillos en que no se puede respirar sin pedir permiso al que está afuera.

MÁRQUEZ

(Riendo con risa de raposa y mirando con chunga á Miramón.)

¿Acaso el señor Miramón tendría un plan mejor?

MIRAMÓN

Ni peor ni mejor; el único que se puede tener en las actuales circunstancias: salir á pelear contra los republicanos batiéndoles en detall y antes de que se reúnan las diferentes fracciones que componen el ejército juarista.

MÁRQUEZ

¡Ejército juarista! ¡Válame Dios, y cómo exagera Su Excelencia! Llamar ejército á las gavillas de bandoleros que se nos han presentado en nuestro camino, cuando ni por caridad podía llamárseles hordas...

MIRAMÓN

Mas es el caso, que toca la pícara casualidad que cabalmente esas gavillas, que sólo por hipérbole pueden llamarse hordas, le han dado al digno general Márquez muy duras lecciones.

MÁRQUEZ

Quizás menos duras que las que le han hecho experimentar al ilustre vencido de Calpulalpam y de Silao...

MIRAMÓN

En verdad que he sufrido tales lecciones y que por eso me aprovecho de ellas. Hay entre los republicanos verdaderos soldados.

MÁRQUEZ

(Con retintín.)

Debe de haberles, donde el bravo héroe de Atenquique y San Joaquín les ha llegado á temer.

MIRAMÓN

Señor general, á un hombre como yo no se le dice que teme á alguien sin que el que lo diga lleve el manifiesto deseo de ofenderle... Usted...

MAXIMILIANO

Ruego á los señores generales que no extravíen la discusión con asuntos ajenos á ella... Está sobre el tapete la proposición del general Márquez para encerrarse en Querétaro...

MÁRQUEZ

En Querétaro suficientemente artillado y fortificado: está claro.

MIRAMÓN

Yo voto en contra.

MÁRQUEZ

Y yo voto por la afirmativa.

(Castillo, Mejía, Vidaurri y Salm-Salm se ponen del lado de Márquez. Del lado de Miramón vota sólo Ramírez Arellano. Se alzan todos de los asientos que ocupan, y mientras se apresta la mayor parte á discutir el problema de si Querétaro es ó no punto defendible, el Emperador toma la palabra. Todos se la ceden creyendo que va á ilustrar el negocio pendiente, y más cuando empieza diciendo:)

«Ya veis si mis paseos por mi amada ciudad de Querétaro me han aprovechado...»

(Todos le oyen con positiva atención y seguros de encontrar en su palabra la resolución del problema de vida ó de muerte que les preocupa.)

MAXIMILIANO

¡Qué ciudad más bella que esta monacal ciudad de Querétaro! Aquí pasaría mi vida sin tener nada que pedir. Una celda fresca, amplia y bien soleada, un libro substancioso, un tintero de asta, un sayal de estameña que mudar en cada estación, un huerto cerca de esa misteriosa y lujuriante Cañada que se mete en el poblado, como las infantinas de los libros de caballerías se meten en las cuadras de los caballeros de aventura: esto me satisfaría...

CASTILLO

(Que es sordo como una tapia, al grado que en medio del fuego más terrible tiene que preguntar tres cosas que en el ejército se llaman las cosas de Tío Castillo:)

¿Ya? ¿De dónde? ¿Todavía?

(Creyendo ó suponiendo que el Emperador está diciendo las mayores discreciones en materia de táctica y castrametación, hace señas de asentimiento con la mano, que no tiene cerca de la oreja, con que escucha más mal, y dice lleno de fervor:)

Es claro, es claro, y se necesita ser un infeliz en asuntos militares para no estar de acuerdo con Su Majestad. Eso es lo derecho; eso es lo que aconsejan los tratadistas; así habría hablado un Napoleón I...

MAXIMILIANO

Y ¡qué edificios hay en esta tierra, Dios mío!... Esta mañana entré, en compañía de Ormaechea, á esa vieja iglesia churrigueresca que le llaman Santa Rosa. ¡Qué belleza! No me imaginaba que tuvieran aquí cosa semejante; ese monumento debía estar bajo fanal y enseñarse sólo á los que demostraran tener la cultura necesaria para darse cuenta de su mérito... Desde el pórtico, que recuerda la extravagante arquitectura de las iglesias moscovitas, hasta el interior, miniado y recamado como una joya ó como un guadamecil de brocado, todo es interesante, todo es bello, todo es gracioso en esa vieja construcción... Hay en el exterior unas horribles máscaras esculpidas en piedra, que hacen estremecerse á quien entiende un poco de arte... Parecen las figuras de daimios japoneses que se conservan en Lisboa, y que dan idea de la mueca de dolor más grande que pueda sacudir al ser humano; parecen esas carátulas de Creón, el terrible personaje de Sófocles, que hacían mal parir á las mujeres... ¿Qué terribles sueños de miseria y de tristeza perturbaron al artista cuando concibió esas tremendas figuras? ¿Qué demonios le atormentaron, qué quimeras le acosaron, qué genios ocultos y misteriosos le comunicaron su inmensa visión de lo trágico y de lo espantable?

(Todos están dudosos y parados, como no queriendo dar crédito á sus oídos; no conciben que puedan llamar la atención de nadie los angelones de los retablos y las figurotas de las portadas, y llegan á pensar que el Emperador se chancea con ellos.)

MAXIMILIANO

(Continúa poseído del estro lírico y resuelto á agotar el tema ante aquellos generales que no entienden palotada de arte.)

Se entra á aquella nave y parece que se penetra en el interior de un topacio: todo es oro, todo brilla, todo reluce con los mil cambiantes que le imprime la luz... La luz es rubia, entra mudada de color á aquel joyero elegante y misterioso, y al descender, ¡cómo ilumina las viejas figuras de santos y de prelados, de quimeras y de diablos, de beatos y de renegados!... La columna es grácil, elegante y esbelta; mas de repente se quiebra, se desune, se separa y cae en una explosión de rosas, en una lluvia de guirnaldas brillantes y delicadas que parecen un pactolo animado... Todo cuanto se diga parece poco para ponderar la docilidad de esa piedra: ni la madera, ni el cuero, ni la cera misma podrían tratarse así. A la derecha, conforme se entra, hay una figura de mujer que me hizo soñar una hora entera que duró el santo sacrificio. Ni la Gioconda del Vinci tiene esa sonrisa enigmática, esa sublime inconsciencia retratada en la fisonomía, esa noble y admirable renuncia de la tierra, esa expresión resignada ante las crueldades del destino. Me he de llevar ese cuadro y le he

de colocar en la sala de Yucatán, donde lucirá como pocas joyas podrían lucir... ¿Y sabéis lo que más me cautiva de esa linda construcción? Que el oro se ha llegado á atenuar, á adquirir tonos y pátina y colorido... No es el oro plebeyo que luce en las arcas de los usureros y en las planchas de las mesas de juego; ni es el oro brillante y chillón que aparece en las joyas de los advenedizos; es oro fino, es oro de ley, es oro aristócrata, salido de las minas hace cientos de años y en diario contacto con los elementos, que se han encargado de darle nobleza y primor... Y luego los púlpitos, de la más fina marquetería, los confesonarios, cincelados, repujados y coloridos por mano de ese artista sin igual que se llama el tiempo, y que, como nadie, sabe recamar, pulir, arreglar, poner y completar lo que no sale perfecto de mano de hombres... Y ¡qué naturaleza, amigos míos! Ya sabréis que mandé levantar mi tienda de campaña en el cerro de las Campanas, donde pasaba las noches envuelto en mi zarape mexicano y con la cabeza recostada sobre un fusil. Buscando un asilo favorable para la lectura—pues ya sabéis que traje conmigo diez tomos de mi *Bibliotheca graeca* de Firmin Didot,—me metí en lo más recóndito del cerro. El sol caía á pleno y hasta las aves callaban en sus nidos; seguí avanzando y no tardé en hallarme en una gruta que parecía la de las ninfas, en que Dafnis y Cloe tenían sus ardientes y amorosos transportes. Y en efecto, debe de haber estado dedi-

cado aquel retiro á alguna divinidad amorosa, pues cabalmente empezaba á recrearme con los primeros *Oaristijs* de Teócrito, cuando sentí una respiración anhelante. Temeroso de haberme topado con algún reptil, esforcé la vista, y ¡cuál sería mi sorpresa al ver levantarse de la grama olorosa á dos amantes que trataban de marcharse pidiéndome excusas, y que me agradecieron en extremo que no interrumpiera sus sacrificios á la Venus rústica y troglodita!...



DON SEVERO DEL CASTILLO

(Los generales se miran asombrados; Miramón se detiene ante el soberano, y con visibles esfuerzos para no hacer explosión le interrumpe al paso:)

MIRAMÓN

¿Y cuál es por fin la resolución de Vuestra Majestad acerca del negocio materia de la junta?

MAXIMILIANO

(Como saliendo de un sueño.)

No me preguntéis esas cosas, mi querido Miguel; dilu-

cidadlas con el general Márquez, que tiene todos mis poderes...

MIRAMÓN

(Dominándose con trabajo.)

Sin embargo, Sire, vos sois el jefe del ejército.

MAXIMILIANO

Es claro, Miguel, es claro; pero yo, en mi calidad de marino, nada puedo decir de operaciones de tierra.

MIRAMÓN

Mas en vuestra calidad de jefe del ejército de tierra...

MAXIMILIANO

He delegado todos mis poderes en el general Márquez. Vos sois el jefe de la infantería.

MIRAMÓN

(Saliendo en compañía de Arellano luego de hacer la reverencia, y apretando el brazo de su amigo.)

Manuel, Manuelillo, ¡y pensar que vamos á perder la vida por hacer el capricho de este artista cursi que tomamos por un hombre!...

ESCENA SEXTA

Plaza del convento de la Cruz.

MIRAMÓN, MAXIMILIANO, después MÁRQUEZ, MÉNDEZ, LÓPEZ y demás oficiales.

MIRAMÓN

Vuestra Majestad debe creer á quien ha adquirido más experiencia que nadie en estas guerras civiles y que posee una gran experiencia en lo que se refiere al modo de pelear de los mexicanos. Si Vuestra Majestad no lo tomara á mal, yo me permitiría decirle que no me explico qué hemos venido á hacer á Querétaro, puerto cerrado, plaza indefendible, lugar negado para todo lo que no sea rezar un buen rosario, tener coloquios más ó menos espirituales con las monjas y los curas, y comer dulces hechos por manos consagradas al servicio de Dios y de la gula...

MAXIMILIANO

(Con sorna.)

¡Callad, volteriano; callad, masonete!...

MIRAMÓN

(Entusiasmado y resuelto á decir algo que al parecer lleva muy adentro.)

Si Vuestra Majestad se hubiera dignado dar oído á mis pobres consejos, quizás á estas horas no existiría ni

rastro de los juaristas; pero como se atuvo más bien al dictamen de personas cuyos conocimientos no disputo, pero cuya lealtad desconozco, las cosas han marchado de manera distinta que debieran...

MAXIMILIANO

¡Oh, Márquez es un excelente amigo y muy leal!...

MIRAMÓN

¡Quiera Dios, Sire, que conservéis siempre esa ilusión!...

MAXIMILIANO

Le hubierais visto ayer, á la hora del ataque de la Cruz, exponiéndose á las balas de los republicanos por gozar la prerrogativa de estar dándome noticias; me asombró su valor... Y luego, cuando el ataque se generalizó, la Hiena subió al parapeto, y al bajar traía los ojos anegados en lágrimas... Y ¿sabéis lo que me dijo? «Sire, éste es el día más dichoso de mi vida, porque veo cercano el cumplimiento de mis deseos»...

MIRAMÓN

¿Y sabéis, Sire, cuáles son sus deseos?

MAXIMILIANO

Claro está: el triunfo de nuestra causa, el aniquilamiento de los malos, la pacificación del país...

MIRAMÓN

¡Cómo se abusa de vuestra bondad, Sire!... Sólo os recuerdo que Márquez es un viejo santannista que no ha perdido la fe en su ídolo, y que siendo yo Presidente de la República, tuve que arrestarle porque puse en claro su complicidad con el machucho dictador... ¿No temeríais, Sire, que se aprovechara de su ascendiente sobre vos y de su situación en Querétaro, para hacer alguna manifestación santannista?

MAXIMILIANO

No lo creo, no lo creo; mas...

MIRAMÓN

Decidme si no, Sire, qué origen tiene su empeño de permanecer en Querétaro... No es idea vuestra, ya que en diferentes ocasiones os habéis servido manifestarme

que vuestro propósito era marcharos á Lagos y establecer allí la capital interina del Imperio... Sin embargo, este hombre, aprovechándose del ascendiente que sobre vuestro ánimo le ha concedido vuestra bondad, no su mérito, os ha sugerido el venir á encerraros en esta cueva apretada de frailes levantiscos y de viejas fanáticas, como si fuera punto militar defendible ó como si su importancia política justificara que en ella estuvieran el jefe de la nación y su gobierno.

MAXIMILIANO

Razón tenéis, y ya se me habían ocurrido esas cosas...

MIRAMÓN

Claro que deben de habérsele ocurrido más de una vez á Vuestra Majestad, que con gran habilidad política y su conocimiento de los hombres y las cosas era el más avocado para decidir un caso así....

MAXIMILIANO

Y ahora ¿qué hacer?

MIRAMÓN

Salir de esta ratonera, romper el sitio antes de que lleguen todos los contingentes liberales, hacer una salida,

cueste lo que cueste, y marcharnos á la sierra, al interior, á cualquier parte que no sea esta madriguera de mulas rezonas.

MAXIMILIANO

Ya es tarde, Miguel.

MIRAMÓN

No, Sire, no es tarde todavía; déjeme Vuestra Majestad intentarlo y le prometo que hemos de salir avantes.

MAXIMILIANO

¿Y qué querríais hacer, general Miramón?

MIRAMÓN

Mi plan, Sire, consistiría solamente en hacer una salida por el rumbo de los cerros de San Pablo y San Gregorio, en abrir por allí una brecha para que nuestras tropas pudieran tener el camino franco, y en batir en detall y á campo abierto á los republicanos; y si acaso todo marchara bien y consiguiéramos salvar nuestro tren de artillería, retirarnos para las grandes planicies del Bajío, donde se puede intentar con éxito la reorganización de tropas y la

obtención de recursos... Y cuando todo turbio corra; suponiendo que los contrarios consigan volver á encerrarnos en nuestros atrincheramientos, ¿qué perdemos con obtener unas cuantas carretadas de provisiones, que buena falta nos hacen, y que el general Márquez descuidó de tal manera que dejó intactas todas las haciendas de los alrededores de Querétaro, y de cuya falta de previsión (ó de cuya previsión exagerada) se han aprovechado nuestros contrarios?

MAXIMILIANO

Tenéis amplias facultades para realizar ese plan tan sencillo como racional y que lleva el sello de todas las grandes concepciones.

MIRAMÓN

Con permiso de Vuestra Majestad.

MAXIMILIANO

Id, Miguel, y que el genio tutelar de nuestra querida patria se digne guiar los pasos del joven y bizarro capitán que va á deshacer tantos errores antiguos.

(Sale Miramón. El Emperador se pasea un rato con aire satisfecho, y cuando más entretenido se halla, el ujier de servicio anuncia al general Márquez.)



—Id, Miguel, y que el genio tutelar de nuestra querida patria...

MAXIMILIANO

(Satisfecho.)

Ya sabréis, general Márquez, que el valiente Miramón está en camino para los cerros de San Gregorio y San Pablo con el fin de intentar una salida...

MÁRQUEZ

Bien me parece, Sire; pero como no sea ésta una salida definitiva...

MAXIMILIANO

¿Qué queréis decir con eso?

MÁRQUEZ

Que muy bien puede ser que el general Miramón se aproveche de cualquier ventaja que obtenga para escaparse, rompiendo el sitio y dejándonos en la estacada.

MAXIMILIANO

(Veleidoso.)

Al fin, para la falta que hace...

MÁRQUEZ

Pero si se escapa llevándose nuestras mejores tropas, la cosa no puede ser indiferente...

MAXIMILIANO

(Preocupado.)

Claro está.

MÉNDEZ

(Que llega jadeante.)

¿Vuestra Majestad se sirvió disponer que se dirigiera un ataque contra los cerros?

MAXIMILIANO

Así fué, general Méndez.

MÉNDEZ

¿Y ha reflexionado Vuestra Majestad en que ese ataque significa tanto como dejar desguarnecida la Cruz, que es la llave de nuestras posesiones?

LÓPEZ

(Segregándose del grupo de oficiales de órdenes y acudiendo oficioso al grupo que forman los generales y el Emperador.)

Veo señales de que los republicanos se mueven... Pero para ese caso aquí estoy yo con mi regimiento... Quisiera que el Emperador estuviera en peligro para probarle mi adhesión y la adhesión del grupo de oficiales que forman la reserva, el cuerpo escogido que me ha tocado en suerte mandar...

MÁRQUEZ

Sire, se escapa; se escapa, Sire...

MÉNDEZ

No tenga confianza Vuestra Majestad en las audacias del general Miramón; no es su amigo, no le estima...

LÓPEZ

¿Quiere Vuestra Majestad que vaya á ordenarle que no ataque?

MÁRQUEZ

(Con presteza.)

Sire, se escapa...

MAXIMILIANO

(Perplejo y vacilante.)

Pero...

MÁRQUEZ

(Insistiendo con disimulo.)

Sire, son dos enemigos que combatir. Prefiera Vuestra Majestad á los republicanos solos, que á los republicanos aliados con este levantisco, ó á este alborotador de oficio trabajando por su cuenta. Por el cielo, Sire...

MÉNDEZ

¡Sire, se pierde la Cruz!

MAXIMILIANO

Haced lo que queráis.

MÉNDEZ

Afortunadamente nada ha hecho porque le han impedido el paso á las tropas los carros atravesados en el puente de San Sebastián.

MÁRQUEZ

Corro á llevar la orden.

ESCENA SEPTIMA

Primero MIRAMÓN, después MÁRQUEZ, VIDAURRI y ARELLANO. que no habla.

Todavía no despunta la aurora; Miramón se halla á caballo. nervioso y golpeándose las botas con un latiguillo. Da repetidas órdenes á los ayudantes que le rodean, los cuales no tardan en volver avisando que no se perciben en el horizonte movimientos de tropas. Los artille-

ros empiezan á dormirse sobre los afustes, los de caballería se bajan de sus *cuacos*, los infantes rompen el orden de formación. Al fin aparece una ráfaga de claridad en el lado de la Cruz, y al verla Miramón lanza un juramento. En ese instante aparecen las tropas de la brigada de reserva y una batería de artillería. El general, al contemplar aquel au-



xilio extemporáneo, se mesa los cabellos y dice entre dientes: «Esto se lo llevó»... Gran desorden en los contingentes que se acercan; unos carros atravesados en el puente de San Sebastián impiden la llegada de las tropas de Méndez; Miguel, á pesar de todo y deseoso de ensayar la suerte que le reserva el destino en aquel día, manda formar las tropas en batalla y empieza á arengarlas. Se oyen gritos de «¡viva el

general Presidente!» «¡viva Miramón!». El campo de los republicanos empieza á dar señales de vida; se escuchan voces, gritos, toques de corneta, uno que otro tiro aislado.

Se dibuja, recortada en el horizonte, la silueta de un jinete que se adelanta á toda rienda, seguido de dos ó tres ordenanzas; la luz del sol que empieza á salir ilumina y recorta la figura del que avanza.

MIRAMÓN

(Observando con el anteojo y haciendo señales de impaciencia.)

Es Márquez... ¡Maldita suerte la mía!

MÁRQUEZ

(Sudando á chorros, con el cabello asoleado, como si hubiera corrido mucho y muy de prisa, pero revelando un goce inmenso:)

Su Majestad ordena, general Miramón, que regrese usted á la plaza; no puede darse ahora el golpe premeditado y será forzoso dejar la cosa para oportunidad mejor.

(Miramón no responde; se emboza en el albornoz blanco que le cubre el cuerpo y baja la eminencia en medio de la expectación de las tropas, que empiezan á retirarse mandadas por sus jefes, á quien Márquez ha transmitido la orden soberana.

Al ver las diez y ocho piezas de artillería abocadas contra el enemigo y al oir los gritos que le saludan presagiando una victoria, Miguel llora de rabia, tira el sombrero por el suelo, envaina la espada y entra en las calles acompañado sólo de Arellano. Frente al palacio municipal encuentra al ministro Vidaurri, montado en un pacífico caballito blanco y seguido de muchos empleados de la intendencia.)

VIDAURRI

(Lisonjero.)

¿Conque hoy es el gran día, el día en que tendremos la oportunidad de celebrar un triunfo más como aquel de Ahualulco, que tan funesto fué para mis tropas, pero del cual no alabé menos el talento y la habilidad con que había sido ideado y llevado á cabo?

MIRAMÓN

No, don Santiago; ya no son esos tiempos los tiempos en que era fácil obtener triunfos mediante la audacia y el valor... Ahora priva el parecer de bribones medrosos y traidores, que no se curan de honor ni de vejeces; ahora hay quien intrigue por debajo del agua para obtener la nulificación de los buenos y el triunfo de los malvados...

VIDAURRI

(Conciliador y cariñoso.)

Vaya, vaya, que está usted excitado y que no tiene paciencia para oir conversación...

MIRAMÓN

(En el paroxismo de la rabia.)

De usted siempre oiré cualquier cosa, don Santiago: pero diga al Emperador que ya no cuente conmigo para ningún ataque ni para consejos de guerra. Obedeceré todas las órdenes que me dé; pero nada más.

ESCENA OCTAVA

MAXIMILIANO y MÁRQUEZ, después MIRAMÓN, MEJÍA y VIDAURRI.

MAXIMILIANO

(Que parece resumir una conversación empezada:)

La situación se vuelve, pues, insostenible, general Márquez, y no hay más que resignarnos...

MÁRQUEZ

O traer recursos de México.

MAXIMILIANO

Es verdad; pero ya veis las dificultades con que hemos tropezado. Vuestro amigazo Lares, se rehusa á dar un

peso ó un hombre; yo le llamo el nuevo Napoleón, pues como el otro me cierra las puertas inexorablemente. Le he pedido las tropas extranjeras, y me ha contestado que no puede dejar desguarnecida la capital; he solicitado que me mande el dinero que me prometieron dar por causa de mi compromiso de quedarme en el país, y ni siquiera me contesta; he solicitado, con ademán de suplicante, que me remita el importe de los sueldos míos y de mi lista civil y militar y tampoco me dice palabra...

MÁRQUEZ

Vuestra Majestad es demasiado bondadoso.

MAXIMILIANO

¡Ay, general, cada quien es como Dios, la vida y la naturaleza le han hecho!

MÁRQUEZ

Es cierto, Sire, pero yo le digo á Vuestra Majestad que, precisamente porque cada quien es como la naturaleza le ha hecho, yo siento que la mía se rebela al ver las injusticias y las deslealtades que rodean á Vuestra Majestad. Vuestra Majestad debía armarse de energía, prescindir de

su ordinaria longanimidad y... vamos... perdóneme el Emperador lo crudo de la expresión... fajarse los pantalones...

MAXIMILIANO

¡Cuán fácil es decirlo y cuán difícil es ejecutarlo!... Os juro, general Márquez, que desearía con toda mi alma tener el coraje que se necesita para una sonada; pero mis recursos son tan menguados, mi educación está tan arraigada en el fondo de mi ser, que vamos... Más de una vez me he puesto á envidiaros al saber vuestras hazañas, y al oir que os tachan de cruel, de duro, de inexorable me he dicho: «si pudiéramos hacer una persona de las personas de Márquez y la mía»...

MÁRQUEZ

(Ufano y triunfante. Se conoce que le sopla la vanidad por el lado de la energía.)

Sire, ¡cuánto honor recibo al saber que me comprende mi Emperador!... En efecto, la energía es para mí la primera cualidad del hombre, y sin la santa y la noble energía no comprendo nada... Me han llamado cruel, me han llamado feroz, me han apodado Tigre, Leopardo... Nada me importa... nada me importa... Cuando vine al mundo recibí en feudo, en herencia, dos amores: el amor á mi madre y el amor á mi religión... En esas dos compendio

y resumo todas las afecciones del mundo... Mi madre y mi Dios, Sire, mi Dios y mi madre; tales son mis delicias y tales son mis ideales, como ahora dicen... Allí está todo: amor á la patria, amor al soberano, amor al prójimo, amor á la verdad, amor á la vida... Nadie ha injuriado ni maltratado á mi viejecita; ¡ay del que lo hiciera!, pero sobran infames que se empleen en querer expulsar la religión del alma de las gentes, en querer echar á Dios de sus altares, en quitarle sus casas y sus bienes... Contra éstos mi odio no tiene límites, no alcanza fondo, es inextinguible... ¡Muerte, hoguera, tormento, azotes, todo me parece poco!... No pierdo la esperanza de ver al mundo purgado de esa maldita plaga de ladrones de las creencias, de esa maldita manía de pensar que se ha extendido últimamente por el trato con los extranjeros y por la lectura de libros... la ilustración, el progreso, el afán de lo que llaman instrucción, han traído más daños que el cólera morbus y el matlazáhuatl!...

MAXIMILIANO

(Vencido por aquella explosión de vitalidad de que él se siente incapaz.)

Decid á los que esperan que pasen si quieren.

(Sale Márquez; pasa luego en unión de los generales que se mencionan en el principio de la escena; al verles entrar Maximiliano toma la palabra.)

Todos hemos convenido, señores, en que la situación resulta insostenible y no se consigue que los enemigos levanten el sitio; para que le alcen, no hay más que presentarles una acción en que las probabilidades de triunfo estén de nuestra parte.

(Todos hacen señales de asentimiento y esperan ansiosos que el Emperador concluya de hablar.)

Habéis dicho, y yo estoy conforme en ello, que no cuadra con el decoro y dignidad del Emperador el salir disfrazado y como quien dice vergonzosamente. Pero como esto no puede continuar así, he pensado en mandar á uno de vosotros para que traiga recursos de fuera... Yo tengo absoluta confianza en vos, general Miramón; y en vos, general Mejía; vuestras vidas, consagradas á la buena causa, dedicadas á la defensa de los sanos principios, consumidas en pelear por el bien, son garantías mayores que las que yo podía apetecer... Pero en vos, don Santiago, abrigo si cabe mayor seguridad...

(Vidaurri se inclina agradecido poniendo las manos sobre el pecho.)

VIDAURRI

Cualquiera que sea la comisión que el Emperador quiera conferirme, será desempeñada con absoluta religiosidad. Iré cuándo, á dónde y cómo me lo mande, y puede

contar con ello mi Soberano, pueden contar con ello los generales presentes, puede contar con ello todo el ejército: ó perezco en la demanda ó cumplo con lo que prometa...

MAXIMILIANO

(Enternecido y con efusión repentina.)

Os nombro, mi buen don Santiago, lugarteniente del Imperio y os comisiono para que reunáis en la ciudad de México...

MÁRQUEZ

(Interrumpiendo á Maximiliano.)

Sire...

MAXIMILIANO

(Cohibido.)

Más bien, el lugarteniente del Imperio lo será el general Márquez, y vos seréis Ministro de Hacienda y le acompañaréis.

ESCENA NOVENA

MÁRQUEZ, VIDAURRI, detrás de ellos un escuadrón de caballería que se mantiene á distancia respetable.

MÁRQUEZ

Parece que ya cejan en el alcance y que conseguimos pasar felizmente. Vea usted si tuve razón en ello; la sa-

lida debió haberse hecho, como se hizo, por el Picacho y no por la Casa de Matanza, á la derecha, como quería Miramón. Como todavía no está cabal la circunvalación, no era posible que se dieran cuenta de lo que intentábamos...

VIDAURRI

(Que no las tiene todas consigo.)

Pero ya ve usted; tan pronto como averiguaron que salíamos, enviaron á Guadarrama para perseguirnos con cuatro mil caballos.

MÁRQUEZ

(Con desdén.)

Le enviarían; así lo aseguró el desertor que topamos por la mañana; pero cuente usted con que no se saldrán con la suya; les llevamos varias horas de ventaja y no es cosa de tener miedo por lo que pasó ya.

VIDAURRI

Déjeme echar unas yescas, que pronto hará veinticuatro horas que no chupo.

(Saca hoja, tabaco, eslabón y yesca, y luego de encender la tagarnina y de guardar los chismes de fumar, dice á su compañero:)

Feliz usted, amigo don Leonardo, que ya visitó aquellas tierras de ultramar; ya tenía yo la licencia del Emperador; pero con ella me quedé. ¡Qué iba á salir, con esta tempestad que se nos vino!

MÁRQUEZ

Ah, sí, vi algo de mundo, algo de lo que les llama la atención á los papanatas... y entretanto aquí los pícaros republicanos, dándose cuerda... ¡Maldito sea!...

VIDAURRI

Pero lo cierto es que allá me le trajeron á usted en palmitas: que recepción aquí, que condecoración allá, que barco adornado para ir á tal parte, que regalitos del Sultán, que cartitas halagadoras de Su Majestad; en fin, que era usted el niño mimado del Gran Turco y no sé si también de la Gran Turca... ¡Ja, ja, ja!

MÁRQUEZ

Amigo, eso es lo que se ve, eso es lo que se palpa; pero hay cosas que no se pueden notar ni están al alcance de las gentes y que sí valen la pena. ¿Cree usted que no me dolió la manera de desterrarme del güero éste? Pues sí

me dolió; y lo que me puso más encalabrinado fué que estuvo todo tan mal urdido, que los enemigos fueron los primeros que se percataron de ello. Ya sabrá usted que «La Orquesta», el periodiquín ese de monos, publicó una caricatura en que Miramón y yo estábamos en traje de peregrinos, con *calabazas* al hombro y una leyenda al pie:

Al extranjero se va
Este par de señorones,
Uno en busca de instrucción
Y otro en busca de instrucciones,

aludiendo á mi destierro y á la comisión que á Miramón se daba para estudiar táctica ó no sé qué en el reino de Prusia...

VIDAURRI

(Para sí y lleno de terror.)

¡María Santísima! Este pecador no vuelve á Querétaro. Quiere vengarse de esas cosas que dice le hizo el Emperador. Estoy viendo á Maximiliano tendido y entre cuatro cirios. ¡Dios le tenga de su mano!

ESCENA DÉCIMA

La alameda de Querétaro. Cerca de un cañoncito de montaña [se] hallan HANS, PEPE BRAMBILA, MIGUEL OLIVOS y dos ó tres jefes [de] graduación inferior.

HANS

(Festivo y en buen castellano.)

Hoy estamos á doce de Mayo, y tenemos más de dos meses de estar sitiados. No sé qué vayamos á hacer, por más que no es dudoso que los republicanos al fin se han de adueñar de esta plaza. Quiera Dios que no se apoderen igualmente de la persona del Emperador.

BRAMBILA

En verdad, y esto quede para ínter nos, pues si lo supiera el *joven general* no dejaría de darme un disgusto, me alegro enormemente de la contingencia. Yo podría estar muy tranquilo gozando de un buen empleo en el terreno conquistado á los imperialistas, y en vez de eso me hallo comiendo carne de caballo en el recinto de la encantadora ciudad de Querétaro...

HANS

Te quejas de manera que parece que nada tienes que agradecerle á la suerte. Te aprehenden en las cercanías de Zacatecas, cuando la ciudad era tomada por Miramón, y lejos de que se te pasara por las armas, como tenías de-

recho á esperarlo, se te trae á Querétaro, donde te cuidan, te miman, te contemplan y hasta te dan de comer, cosa que no todos consiguen en los tiempos que corren.

BRAMBILA

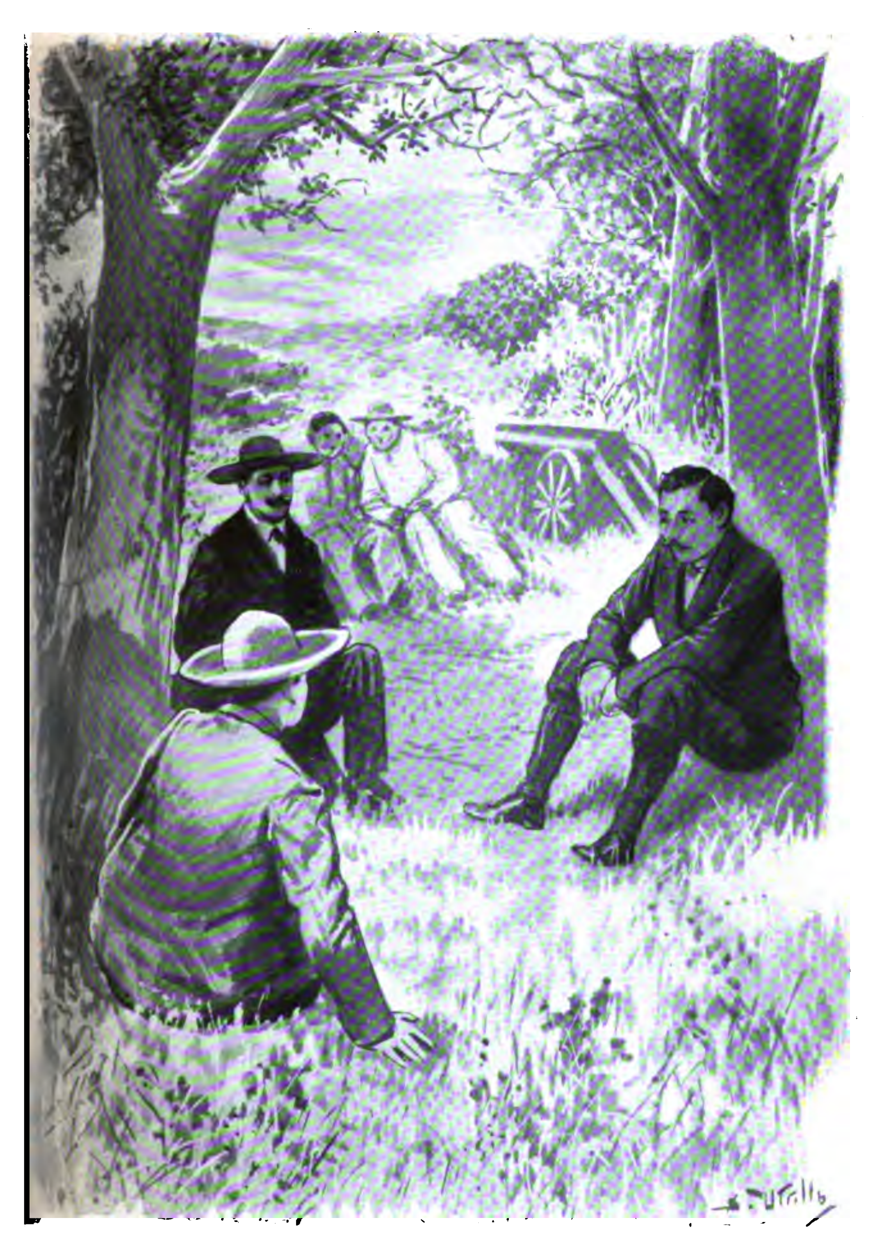
Si á eso nos atenemos, es claro que no me puedo quejar; salíamos de Zacatecas, donde el famoso don Miguel Auza se portó con una inercia que maravilla...

MIGUEL OLIVOS

Poquito á poco, mi querido Pepe, ó reñimos sin remedio. Yo he visto á don Miguel en su defensa de Puebla, y me consta que, lejos de ser un infeliz, como tú le llamas ó tratas de llamarle, es un excelente soldado. En Santa Inés fué el alma de la defensa y no hubo día, hora ni minuto en que no se batiera como león. Mi hermano...

BRAMBILA

En Puebla sería; más acá, probablemente porque era su tierra y no podía ser profeta en ella, el caso es que nosotros — digo el Gobierno — tuvimos noticias de Miramón ya que se hallaba en el interior de la población. En esos instantes los que organizaron la retirada, obrando



—Poquito á poco, mi querido Pepe, ó reñimos sin remedio.

como era natural, pensaron en don Benito Juárez, en Lerdo, en Iglesias, en los que valían, y á nosotros, los de abajo, que nos mordiera un perro. Todavía me parece ver á don Benito montado en un caballo que le llamaban Relámpago, á don Sebastián en otro que le decían el Monarca y á Iglesias en uno que se apellidaba el Vapor. Lerdo, es cosa de risa, corría, corría desatentado y gritaba: «¡que me coja Miramón, que me maten, que suceda cualquier cosa; pero que me bajen de este animal!». Tu pobre amigo cogió como pudo un caballejo que vagaba por allí; pero ¡oh dolor! por tomar para la salida, tomó para la alameda de la pôblación y en vez de salvarse de caer en manos del enemigo, se metió en la boca del lobo. Miramón se apresuró á mandarle como trofeo de victoria y le envió en compañía de los que venían á comunicar el resultado de la sorpresa de Zacatecas.

HANS

Que fué, por cierto, lo que acarreó tu salvación, pues donde el joven Macabeo te hubiera tenido á la mano después de la matanza de San Jacinto, la habrías pasado muy mal sirviendo de desagravio á los manes de Joaquín Miramón y de los numerosos gendarmes imperiales que cayeron en poder de Escobedo y fueron muertos por él... ¡Qué horrible matanza, Dios mío! ¡Mentira parece que se

llame partido organizado al que comete esos atropellos y realiza esas infamias!... El pobre Joaquín, deseoso de quitarse la mancha de cobarde que le arrojaban cuantos habían visto pelear á su hermano y con él le comparaban, se metió en lo más reñido de la acción, queriendo salvar un cuerpo que parecía muy comprometido. Salió herido de una pierna y su hermano le ordenó en repetidas ocasiones que se alejara del combate. Él se rehusó á obedecer, pues no quería dejar solo á Miguel en aquel trance; por fin, á instancias de éste, montó en una carretela, y ya se retiraba cuando fué alcanzado y conducido al patio de una hacienda, donde le determinaron que se dispusiera á morir, pues no había remisión para él... Estaba herido, y mal herido; sin embargo, no flaqueó ni se amilanó, y el mismo á quien tachaban nuestros enemigos de escaso de valor y de apegado á la vida, se mostró en su última hora como de seguro fué siempre: animoso, resuelto, sin temores ni contemplaciones de ningún género para sus inhumanos verdugos.

Ya había obscurecido, y como no era posible hacer blanco en el cuasi cadáver que se veía tendido y cubierto de sangre, se le mató á quemarropa; y los que se hallaban cerca se divirtieron en disparar sus pistolas sobre el infeliz Joaquín, que recibió nada menos que treinta y ocho tiros. ¿Se explican ustedes, después de esto, la proclama que dirigió Miguel á sus tropas?

UN CABO IMPERIALISTA

Pero lo que estuvo feo, jefecito, fué lo de los franceses en San Jacinto.



HANS

(Simulando un inmenso horror.)

¡Cabo, por Dios, no me hable usted de eso, que me siento afligido y disgustado!

OLIVOS

(Con indiferencia.)

¡Ah, sí! los desgraciados esos que cometieron la tontería de quedarse aquí después de la salida de sus paisanos.

HANS

Sí se quedaron, sí, se quedaron fiados en las leyes de la humanidad, en los principios de la humanidad, en las prácticas de la humanidad.

OLIVOS

(Reticente.)

¿Y qué diría usted, mi querido Alberto, si yo y el señor nos metiéramos á arreglar los negocios de su tierra de usted, y, so pretexto de que el gobierno del señor Badinguet nos parece detestable, tratáramos de hacerles aceptar uno más de acuerdo con nuestras opiniones ó con nuestros gustos?

HANS

¡Oh, el caso es distinto! Los pueblos civilizados ejercen una tutela indudable sobre los incultos... En el Extremo Oriente...

OLIVOS

En el Extremo Oriente lo mismo que en el Occidente remoto, lo que acontece es que los peces grandes se comen á los chicos; pero el día en que los pececillos de ruín ta-

maño lleguen á tenerle grande y que los otros envejezcan ó se destruyan, vendrá el desquite y vendrá la doctrina recíproca.

HANS

La raza aria; la raza aria *for ever.*

OLIVOS

¿Y acaso nosotros somos turanios ó amarillos para que se pretenda imponernos esa tutela que no solicitamos? Descendientes somos de gentes que valen, étnica é históricamente, tanto ó más que ustedes, y si tuviéramos que pedir protección, de seguro que no la solicitaríamos de quienes nos habían de traer, aumentados en tercio y quinto, todos los defectos y todas las máculas que poseemos desde nuestro origen.

HANS

Allá ustedes; el Emperador quiso evitar que les absorbiera el poder creciente de los Estados Unidos...

OLIVOS

¿Y por qué se toma vuestro Emperador un interés tan tierno por nosotros, que ya le hemos demostrado suficien-

temente que somos muy poco agradecidos? ¡Y luego, eso de que mande para que nos redima de las amenazas de sajonización á un magnate sajón, me parece la mayor de las inconsecuencias!

HANS

Habla usted, mi querido Miguel, como si fuera un mexicano que nunca hubiera salido de su tierra; parece mentira que haya viajado y visto tanto y que todavía defienda que México no tiene necesidad de trato con los extraños para civilizarse y salir — perdónenme lo diga — del estado de semibarbarie que todavía le señorea.

OLIVOS

(Con entusiasmo.)

¿Cómo había de ser de esos que desean el estancamiento y el olvido para México? Patriota soy, pero la manera de querer á mi tierra no consiste en desearle la conquista y la extinción. ¡Viva la gallina y que viva con su pepita! Yo quiero el ensanche y el crecimiento y el poderío para México; pero más que la cultura refinada y que la grandeza y que la fuerza y que la respetabilidad quiero la independencia.

HANS

¡Maldita independencia la que consiste en el derecho de hacer todo lo malo y lo perjudicial!

OLIVOS

¡Y cien veces maldita la prosperidad que se basa en el oprobio y el embajecimiento!

HANS

Nunca hemos de ponernos de acuerdo, coronel Olivos.

OLIVOS

Nunca, subteniente Hans.

HANS

¿Y qué se sabrá de Márquez y comparsa?

OLIVOS

¿Márquez? La del humo. A la hora de ésta huye derrotado por Porfirio Díaz, y si acaso, ha conseguido encerrarse en la capital.

HANS

Tales son, al menos, los deseos de usted.

OLIVOS

¿Y qué apuesta usted, subteniente Hans, á que le digo la pura verdad? Ni una sola noticia le he dado que no haya resultado cierta, y debe usted creer ésta, que sé por conducto seguro.

HANS

(Meditabundo.)

Se vaciló mucho sobre quién había de ser el que llevara á México la representación del Emperador; se pensó en Mejía, se habló de Miramón; pero quien logró ganarse la confianza del soberano fué Márquez. ¡Qué lástima que no se hubiera fijado la atención del Emperador en el único capaz de desempeñar la comisión!

OLIVOS

Pues qué; ¿hay alguno capaz de eso?

HANS

Ya lo creo que le hay; el general don Ramón Méndez.

OLIVOS

¿Acaso los chacales sirven para traer y llevar recados?

HANS

No conoce usted á don Ramón, y habla conforme lo hacen los republicanos más vulgares.

OLIVOS

Pues ya verá usted, tan pronto como caiga la plaza, que los republicanos selectos están en un todo de acuerdo conmigo.

HANS

El día que caiga la plaza...

BRAMBILA

¿Conque ya empiezas á convenir en que la plaza puede caer?

HANS

(Reservado y bajando un poco la voz.)

Sigo creyendo que la plaza cuenta con malísimos elementos y que está muy expuesta á un golpe de mano; pero creo también que no han de ser los republicanos los que le den. Sin embargo, hay que reconocer que, á pesar de todos nuestros triunfos, las cosas siguen lo mismo y no hay esperanzas de remedio. Y quédese esto para nosotros solos...

OLIVOS

¡Triunfos, triunfos! ¿Y á qué llaman triunfos los señores imperialistas?

HANS

(Enardecido.)

Por ejemplo, al del veinticuatro de Marzo, en que Miramón destrozó á los republicanos y les arrebató el botín que conducían; por ejemplo, el ataque á la Casa Blanca, en que murieron jefes de la importancia de Florentino Mercado y de Manuel Peña y Ramírez...

OLIVOS

Y concluya usted con el tema obligado: el ataque del Cimatario.

HANS

¡Oh, hermoso día por cierto el del ataque del Cimatario! Llegué á pensar que el Imperio se salvaba... No había dormido desde tres noches antes; me encontraba, pues, traspasado como nunca; en una de esas recibo la orden de estar á buena hora en la Alameda; se decía que íbamos á tener con los republicanos una brega de las que tanto ambicionábamos. Amanece, y todavía nada se emprende; veo que el sol sale radiante y enorme, con esa presteza que es propia de estas regiones. Hay que apresurarse, me digo, porque de otro modo va á fracasar cualquiera intentona. Pero no acababa de pensarlo—quizás de pensarlo en voz alta—cuando escucho una nutrida *esquitera* de fusilería, como dicen en el país, y veo levantarse una nube blanca que parece el vaho de una laguna á la salida del sol. Ya empezaba á amanecer, ya los objetos eran visibles, ya se distinguían los manchones que formaban los cuerpos que iban al ataque; hasta nos parecía oir las voces con que los coroneles excitaban á sus valientes indios y los gritos salvajes que lanzaban los jinetes que azuzaban á sus caballos: era el ataque, era la desesperación, quizás la prueba definitiva para convencernos de que nada podríamos hacer para destruir á un enemigo poderoso é infatuado con su posición y sus recursos... De

repente noto que los regimientos republicanos se deshacen como por arte de encantamento, que las baterías quedan solas, que los batallones se desbandan, que las cornetas dejan de tocar diana en los campamentos del enemigo, que los nuestros vuelven radiantes, satisfechos, llenos de trofeos... y lo que es mejor, cargando bueyes, cabras, carneros, sacos de provisiones y hasta asnos... El general Miramón había penetrado hasta la hacienda de Jacales, donde estaba el cuartel general de Corona; había sabido el Emperador la hazaña de su segundo y se había plantado allá seguido de su brillante Estado Mayor. Montaba un arrogante caballo blanco y las tropas le aclamaban sin cesar gritándole vivas que Su Majestad recibía en medio de la lluvia de metralla que mandaban, al retirarse, las gentes de Escobedo. Maximiliano abrazó á Miramón en el campo de batalla... «General, le dijo, os felicito por este gran triunfo»... Miguel hace encabritar su caballo, se para en firme, y grita con aquella su voz estentórea que es tan propia de él: «¡Soldados, viva Su Majestad el Emperador!»... ¿Cómo se perdieron las consecuencias de ese brillante triunfo?...

OLIVOS

Déjeme que yo lo diga, que la victoria sólo fué de ustedes breves instantes, para demostrarles que eran in-

dignos de poseerla... El secreto de Escobedo desde que el sitio empezó, ha sido solamente tener listas reservas que contrarresten las salidas de los sitiados, con las cuales contaba como cosa segura. El veintisiete se confiaron nuestras tropas en una manifestación de los enemigos, que llegaban con los fusiles culata al revés, cosa que en todas nuestras guerras civiles se ha tenido como muestra de sumisión al contrario y manifestación del deseo de pasarse á él. Apenas iban á ser aceptados los recién llegados, cuando dispararon sus armas causando una gran mortandad entre los nuestros. Dueños del punto que codiciaban, obligaron á la caballería á retirarse, aunque ordenadamente y sin muestras de desmoralización... Ese fué el momento de que Miramón se aprovechó para penetrar audazmente hasta el cuartel general de Corona y para capturar como veinte cañones. Todo parecía perdido cuando llegamos Doria y yo con los cazadores de Galeana y tratamos de recuperar lo perdido y de trocar la derrota en triunfo... Los rifles de diez y seis tiros empezaron á hacer su oficio...

HANS

¡Los malditos rifles de diez y seis tiros! Arma innoble y asesina que debería abolirse de todo ejército que se respetara...

OLIVOS

Doscientos cuarenta hombres tuvimos que competir con más de dos mil de todas armas, y á pesar de mi buen deseo, á lo mejor me vi acorralado y perdido sin remedio. Me adelanté más de la cuenta y un grupo de la guardia municipal de México me derribó de mi caballo, que estaba muy mal herido... Me llevaron ante el Emperador, que estaba á pocos pasos de allí y que alabó mi bravura... «Peleasteis como un león, me dijo, y seréis tratado como corresponde á vuestro grado y á vuestro valor... Pero, calla, añadió el Archiduque, estáis herido y según parece de cierta gravedad; id á curaros y perded cuidado, que los imperialistas victoriosos son tan humanos como los imperialistas derrotados»... La suerte me proporcionó el desquite, pues tuve oportunidad de ver cómo corrían los contrarios seguidos por los soldados de Rocha y de Naranjo, por el batallón de Supremos Poderes y por la caballería de Parras y San Luis... Mis compañeros Juan Doria, Emiliano Laín, Miguel Villanueva y Manuel Loera conquistaron los laureles que á mí me correspondían, y cuando salí del hospital, ocho días después de la jornada, recibí mi despacho de coronel efectivo...

ESCENA UNDÉCIMA

Los mismos, JOSEFINA UBIARCO; después dos enfermos del hospital.



HANS

Allí viene la señora Ubiarco, primera dama de la Emperatriz y encerrada en Querétaro por algo que yo llamaría caballerosidad si se tratara de un hombre; pero que hablándose de una mujer apellidaré sólo romanticismo y deseo de aliviar penas extrañas.

OLIVOS

¿Cómo dijo usted que se llamaba esa señora?

HANS

Doña Josefina Fernández de Ubiarco y Alvarez de Bracamonte, mujer que ha corrido más aventuras que Artagnan y los tres mosqueteros reunidos.

OLIVOS

(Para sí.)

La habría reconocido entre mil. La maldita sigue lo mismo que siempre, pues no pasa día por ella... Nadie diría que cuenta sus sesenta primaveras... quizás sesenta no, pero cerca le anda... Vale Dios que no me reconocerá aunque lo pretenda, pues de seguro que no sabe que estoy prisionero...

HANS

(Galante y hablando á la señora que se resbala y cae al suelo; el subteniente la ayuda á ponerse en pie.)

Permitid que sea el fiero Atlante que sostenga ese firmamento de belleza, y el satélite que gire al rededor de ese astro esplendente.

JOSEFINA

Metafísico estáis...

HANS

Es que no como...

JOSEFINA

Veo que hacéis grandes progresos en el idioma español. Cuando os conocí en Michoacán, decíais en caste-

llano más solecismos que tiene átomos la luna; ahora os encuentro hecho un culto y diciendo más primores que un personaje de ópera.

HANS

Señora...

JOSEFINA

Ahora vengo á visitar hospitales. Su Majestad el Emperador me ha nombrado Presidenta de ese círculo de damas destinado á cuidar de los heridos y á mejorar su situación... ¿Queréis entrar en mi compañía á ver si hacéis un poco de bien á esos infelices?

BRAMBILA

(Cortés y obsequioso: se conoce que la veterana le ha hecho tilín y que siente removidos sus viejos ímpetus de batallador.)

Señora, sería arrostrar demasiados peligros: luchar con la sonrisa de usted y con sus ojos, y luego tener que desafiar al tifo y á la septicemia de hospitales.

JOSEFINA

(Sin parar mientes en el piropo.)

La septicemia... ¡vaya que nos está dando que hacer la dichosa dolencia esa, que yo no conocía ni aun de nom-

bre!... Ya daba por sano al pobre coronel Farquet, que había recibido un balazo en la rodilla derecha; hoy por la mañana pasé por la iglesia de la Congregación, vi luces y la guardia de Su Majestad, oí cancamurria de gorigori y sentí curiosidad de entrar: había un ataúd en el centro del templo, asistían á las exequias todos los generales de la plaza y pregunté quién era el difunto: era el pobre Farquet, que, menos feliz que nosotros, deja en el mundo dos niños recién nacidos al cuidado de Miguel Miramón, pues la madre murió hace poco en San Luis: al marido y á la mujer les había matado la septicemia esa... ¿Conque no quieren ustedes entrar, usted, Hans, usted, señor Brambila, usted, señor?... Mentira parece que tres bizarros militares... Con permiso de ustedes.

(Entra al hospital.)

(Gran sala de hospital, con camas de uno y otro lado; hermanas de la caridad, enfermeros, guardias. Los heridos están echados en camaranchones sin colchas y sin mantas. Apenas se advierte uno que otro lamento que interrumpe la quietud de la sala. Atardece.)

JOSEFINA

(Se acerca á un lecho en que yace un enfermo que tiene cubierto el rostro con un zarape burdo: el pobre parece difunto.)

Vamos, buen hombre, ¿usted fué quien manifestó deseos de hablarme?



... ¿usted fué quien manifestó deseos de hablarme?

LUIS QUIROZ

(Que parece despertar de un sueño y que con dificultad se da cuenta de la presencia de una persona extraña.)

¿Habla usted conmigo?

JOSEFINA

Con usted hablo y celebraría serle de alguna utilidad en su situación; soy Josefina Fernández de Ubiarco, Presidenta de la Sociedad de la visita de hospitales, y cuento con algunos elementos para servir á los pobres que lo necesiten.

QUIROZ

Nada necesito, nada tengo que pedir; quiero sólo que me dejen morir en paz...

JOSEFINA

Perdone usted, yo creía que algo deseaba, supuesto que solicitó mi presencia...

QUIROZ

Yo... no soy quien soy... soy lo que no parezco... yo me llamo... soy lo que no parezco; parezco lo que no soy...,

JOSEFINA

(Compadecida y segura de que el enfermo sufre delirio causado por la fiebre ó por la peste de tifus:)

Otra vez será; serénese usted, que tiempo ha de sobrar para que hablemos.

QUIROZ

Soy lo que no parezco; parezco lo que no soy...

JOSEFINA

(Da órdenes y aparece un criado que trae una vela de sebo en una palmatoria.)

¡Jesús, hijo de David, qué figura de hombre! Parece el Cristo de Velázquez. Esos ojos tornados en blanco han visto ya las claridades sidéreas; esa nariz afilada como una hoja de puñal recuerda á los ajusticiados que han sufrido la decapitación... Es el tipo de la belleza masculina... ¿Quién será? Esa barba nazarena, esos ojos de un azul cobarde y tembloroso, que parece el fondo de un lago en que ha caído un guijarro, esas manos espatuladas, esa voz varonil y dulce, eslavas son, son polacas... ¿Cómo me convenceré?

(Dirigiéndose al enfermo.)

¿Por acaso es usted polaco? ¿Peleaba al lado del Emperador, ó con sus enemigos?

(El enfermo no responde; entona una canción sin sentido, á ratos se ríe, llora á ratos.)

¡Y pensar que en este mozo estaba mi porvenir! Yo le habría amado como su madre, como su hermana, como su esposa mística é ideal... Pero soy como don Juan Tenorio; estoy condenada á ver pasar mi entierro sin poder siquiera saber si el capitán me mató á la puerta de mi casa...

(Recapacitando.)

Josefina, que te vas del seguro, que te pierdes, que empiezas á desbarrar; ten cuidado, que un desvarío á tus años...

(Se retira llevándose la vela en la mano; la luz le ilumina el rostro, dejando ver la faz estragada, pero de una gran belleza. De repente vuelve la cabeza despavorida, pues le parece oir una voz que la llama; como se convence de que en realidad alguien la ha hablado, anda apresuradamente el espacio que la separa de la puerta. Oye otra vez «Josefina, Josefina», y se vuelve sin vacilar á un lecho de donde le parece que salió la voz y del cual se escapa un gran olor á podredumbre.)

¿Quién me llama?

LA VOZ

Yo, Josefina.

JOSEFINA

¿Me conoce usted por acaso?

LA VOZ

(Con relativa tranquilidad.)

Sí, te conozco, como que me has querido... Me has querido un poco.



JOSEFINA

(Que piensa deliran cuantos están en aquella sala, cree haber perdido también la cabeza y empieza á vacilar sobre si estará cuerda ó loca.)

Yo... yo le conozco á usted... no recuerdo... no tengo presente... dice usted que yo...

LA VOZ

¡Qué horrible y qué cambiado debo de estar para que ni siquiera me conozcas tú, Josefina! Soy Lapierre, tu amante, tu amigo, tu...

JOSEFINA

(Horrorizada y volviendo el rostro.)

Usted desvaría, usted está enfermo, herido, y dice lo que le...

LAPIERRE

¡Ojalá que estuviera sólo enfermo, delirante, herido!... Mira el estado en que me hallo, mira mi situación... yo soy aquel gallardo Lapierre por quien perdiste la cabeza; yo soy aquel que tan mal te pagó; yo soy quien recibió la mayor lección de cristiandad que pueda darse á un humano... Hace tiempo que me atacó la elefantíasis, hace más de un año que soy un monstruo de asco y de podredumbre. Mírame las piernas; parecen dos tizones por lo ardientes, dos maderos puestos al fuego por lo deformes y por lo horribles... Mira mi cara, mira mis manos, oye mi voz... ya no tengo pelo en la cabeza, ya no tengo dedo cabal en mis pies y manos, ya no tengo figura... ¡qué horrible debo de estar! ¡cómo debo de causar asco á los

otros cuando me le causo á mí mismo!... ¿Te acuerdas de la entrada del Emperador? Yo, galán, enamorado, satisfecho, deseoso de conquistarte; tú, bella, graciosa, elegante; más tarde te fuiste á recorrer Michoacán, á buscar la huella del dinero que ambicionabas... Te falté, no lo niego ni lo quiero negar; que otros me acusen y me juzguen, que yo dispuesto estoy á sufrir sus reproches; pero déjame pensar que no me acusas tú, á pesar de todo el mal que te he hecho...

(Viendo que Josefina llora, el horrible monstruo se incorpora y trata de alzar la voz; al sentir que está casi áfono vuelve á echarse en la almohada y llora desconsolado.)

Muchas veces he pensado que yo soy la figura del imperio de Maximiliano; parecía tan guapo, tan boyante, tan dichoso, y en el interior ocultaba la podredumbre que me había de acabar, que nos había de acabar... No llores, Josefina, que todavía puedes prestarme un servicio, prestarle un servicio á tu hija... Sé que está prisionero el marido de Génie y que vive seguro de que su mujer le ha sido infiel: búscale y tráemele para que yo le diga, para que yo le explique... criatura de elección, criatura ideal, criatura hecha con la miel de todas las ternuras... Ella me atendió en Sinaloa, ella me ocultó de la furia de los republicanos, ella me dió de comer y me ayudó de cuantas maneras pudo... y por no denunciarte ante su marido, por no hacerle saber que eras capaz de tener un

amante, ha tolerado que se crea que yo lo he sido suyo y ha dejado á su esposo con sus inicuos celos... Busca, busca pronto á ese hombre y yo te prometo satisfacerle en un minuto...

JOSEFINA

¿Y tu viaje, y tu matrimonio, y tu escapatoria?

LA VOZ

No ha habido tal viaje, Josefina; mi matrimonio y mi escapatoria son el gran crimen de mi vida... la desgraciada Nieves murió al dar á luz á un niño; yo pedí mi pase á Occidente y allá sufrí los primeros ataques de este mal que no tardará en matarme... Dios es justo... Acabo con el imperio de mi pobre amo...

JOSEFINA

(Saliendo del ensimismamiento en que se encontraba.)

Ignoraba que estuviera aquí mi yerno y más ignoraba que estuviera de monos con su mujer... ¡Qué cosas, Señor, qué cosas!... Es para volverse loca...

ESCENA DUODÉCIMA

Celda del convento de la Cruz, ocupada por el Emperador; el pobre mobiliario se reduce á una mesa de madera, una cama de hierro y un lavabo sin arte ni gusto. Desentona en aquel conjunto vulgar el tocador de plata, que reluce en una esquina del cuarto esparciendo reflejos que parecen alumbrar aquella semiobscuridad temerosa. Se miran abandonados en un extremo libros en alemán y un anteojo de marino. Sobre la mesa relucen pistolas y sables, y un zarape de colores vivos cubre varios papeles, al parecer planos y croquis que el habitante de la celda acaba de estudiar. Es media noche. Maximiliano se pasea impaciente, y de seguro en espera de alguna persona. Su fisonomía dista mucho de ser la de los primeros días del sitio, cuando esperaba la salvación debido á un golpe de la fortuna, á un milagro de la suerte ó á una manifestación del genio de los jefes de su partido. Está triste, meditabundo y hasta su traje, de ordinario tan limpio y aseado, tiene máculas de que habría carecido si se hallara en el Palacio de México. Al principiar la escena entra López, que se muestra respetuoso y adicto hasta la exageración, haciendo reverencias que el Archiduque acepta sin escrúpulos. Es de advertirse que Maximiliano, seguramente para no ser entendido, mencionaba á sus generales con ciertos apodos. de seguro para disfrazarles ante los que podían escuchar la conversación. A Miramón, le llamaba el *Joven General;* **á Mejía, el** *Negrito;* **á Méndez, el** *Gordito;* **á Castillo, el** *Honrado;* **á Márquez. la** *Fiera* **ó la** *Hiena.* **y á Vidaurri el** *Cíbolo.*

MAXIMILIANO

Os esperaba, coronel López, y había mandado preguntar nuevamente por vos. ¿Qué os había pasado? Me tenéis en continua tortura, pues si la suerte quisiera que fuerais víctima de una bala ó de una enfermedad, vuestro

pobre Emperador no tendría consuelo; se le acabaría el único amigo con que cuenta, su única esperanza en la tierra...

LÓPEZ

Sire, me hallaba recorriendo las líneas que tengo bajo mi responsabilidad, pues como me habéis confiado últimamente el mando de la reserva, me vi obligado á...

MAXIMILIANO

Bien, bien está; que al fin y al cabo ya estáis aquí sano y salvo y eso era lo que importaba...

LÓPEZ

Estoy á las órdenes de Vuestra Majestad.

MAXIMILIANO

¡Qué triste, qué triste situación la nuestra, coronel López! La población inerme sufre las consecuencias no sólo de la carestía, no sólo de la enfermedad, sino también de la guerra: hoy fueron llevados al hospital diez ciudadanos pacíficos heridos de bala de cañón y casi no pasa día sin que tengamos que lamentar sucesos así...

¡Qué horrible in pace éste en que nos hemos metido, qué espantosa situación la nuestra! Atacando audazmente al enemigo, trabajando sin cesar para proporcionar la paga á las tropas, extrayendo el salitre y carbonizando la madera para hacer la pólvora, fundiendo las campanas para transformarlas en proyectiles de artillería, arrancando la cubierta del techo del teatro para convertirlo en balas de fusil, fabricando las cápsulas con papel, reparando las piezas sin los instrumentos necesarios, faltando al soldado pan, maíz, café, aguardiente y aun leña para calentarse: ¡he aquí cómo se ha sostenido la defensa de Querétaro más allá de los límites que las circunstancias habían marcado! El *Negrito*, que se lisonjeaba de poseer el amor y la adhesión del pueblo de Querétaro, anunció con bombo y platillos que levantaría sin ningún trabajo las tropas necesarias para guarnecer la ciudad, dejando hábiles á los cuerpos de línea para intentar cualquier movimiento hacia fuera... ¿Sabéis qué número de hombres se presentó á la recluta de Mejía? Ciento sesenta... Para hoy estaba ordenada una salida, una salida que no era militar, ni táctica, ni posible, ni nada... Mandé suspenderla seguro de que no había de traernos ningún bien y que, por el contrario, echaría á perder nuestra ya desesperada situación, que pudiera tener algún remedio... Cuando Miramón supo que yo había dado órdenes para retardar la operación pendiente, me dijo extrañado que había hecho

mal en impedir ese recurso, que quizás era la salvación... «¿Y qué importan veinticuatro horas, Miguel?» le dije con toda la calma de que me sentía capaz... «Sire, me respondió con tono que trató de ser profético, Dios quiera que en las veinticuatro horas no acaezca nada que pueda hacer arrepentirse á Vuestra Majestad de haber retardado ese movimiento vital...»

LÓPEZ

Y el hambre, Sire, está causando estragos espantosos: hemos tenido que echar mano de la caballada para evitar que la tropa se muera de inanición; las mulas de los cañones se hallan tan faltas de pasturas que resulta preferible matarlas para aprovechar su carne; los correos no vuelven; nada se sabe de Márquez; el enemigo estrecha cada vez más el sitio y es casi seguro que una vez concluídas las fortificaciones del contrario, no tengamos siquiera el recurso de las salidas, que nos proporcionaban esperanzas de resolver el enigma y de conseguir provisiones.

MAXIMILIANO

Y luego, que la traición nos acecha, nos vigila, cuida nuestros pasos, se introduce en nuestra casa y está en el pan que comemos, en el aire que respiramos, en la sangre que circula por nuestras venas.

LÓPEZ

Es verdad, Sire, y eso que Vuestra Majestad no conoce pormenores que yo sé y que horrorizarían al Emperador...

MAXIMILIANO

(Aparentando disgusto, pero en realidad ya sobre aviso y tratando de averiguar qué planes son los que López conoce y él ignora.)

Os he ordenado, coronel López, tenerme al tanto de todas esas conjuras que se promueven sin cesar y que me matan por ignorarlas...

LÓPEZ

Ya sabe Vuestra Majestad; miserias, faltas, deslealtades...

MAXIMILIANO

Ya, ya sé á qué os referís, á lo del comandante Adame...

LÓPEZ

Algo más alto, Sire...

MAXIMILIANO

Entonces habláis sin duda alguna de las sospechas contra Casanova y Escobar.

LÓPEZ

Aun más alto, Sire.

MAXIMILIANO

Acaso el *Negrito*...

LÓPEZ

Acierta Vuestra Majestad, pues en efecto, el general *Negrito* está unido con otro de los amigos de Vuestra Majestad para entregar algún punto de la plaza ó toda ella.

MAXIMILIANO

Ese amigo no será de seguro el *Honrado*...

LÓPEZ

Acertó Vuestra Majestad, se trata del *Honrado:* los dos están en tratos con el *Orejón,* para vendernos á todos...

MAXIMILIANO

¡Qué horror, compadre de mi alma! Afortunadamente me queda el *Joven General...*

LÓPEZ

¡Cómo engaña á Vuestra Majestad su buen corazón! El *Joven General* pertenece á una promoción del Colegio Militar, en que todos cuantos la forman contrajeron el compromiso de ayudarse en próspera ó adversa fortuna y cualesquiera que sean las circunstancias en que la política les ponga. Por eso el *Joven General* ha tenido conferencias con Rocha, con Vélez, con Cervantes y con Rincón Gallardo, que aunque no fué condiscípulo suyo, sí fué su compañero de juergas en Europa... Ya sabe Vuestra Majestad que el *Joven General* ha tratado de aprehenderle.

MAXIMILIANO

¡Y la *Fiera* sin venir! ¡Si el *Cíbolo* hubiera cumplido con su deber!...

LÓPEZ

Desengáñese Vuestra Majestad; Vuestra Majestad no cuenta más que con el pobre coronel López, que no ha

conseguido arribar debido á las intrigas de los que aborrecen á los buenos...

MAXIMILIANO

¿Y qué hacer en esta coyuntura? Estamos perdidos sin remedio y sólo queda marchar al sacrificio; estoy resignado...

LÓPEZ

Hay un medio, Sire, un medio que me parece superior á cuanto podría proponernos cualquiera.

MAXIMILIANO

Decid en qué consiste ese medio, que si es, como vuestro, leal y honrado, yo me prometo que le aceptaré; de ello os empeño mi imperial palabra.

LÓPEZ

Pues consiste ese medio en que les madruguemos á los que se proponen traicionar á Vuestra Majestad.

MAXIMILIANO

¿Acaso pretendéis que nosotros traicionemos á los que nos traicionan? Eso sería indigno de vos é indigno de mí.

LÓPEZ

No tanto, Sire, no tanto; bastaría con que tuviéramos nuestros arreglos hechos de antemano para evitar que nos encontraran desprevenidos los amigos-enemigos... en último extremo. ¿No sois el jefe de la plaza, el supremo árbitro de todas nuestras diferencias y el que puede resolver en última instancia los conflictos pendientes? Pues en uso de esa facultad investigáis qué facilidades, qué garantías, qué favores os puede otorgar el enemigo y sondeándole primero de una manera extraoficial y oficiosa y después dándole forma á vuestra pretensión, todo quedará esclarecido y completo.

MAXIMILIANO

Para eso siempre he tenido derecho como jefe del Ejército; pero no entiendo á qué viniera esa exploración anticipada que daría en qué pensar á los que nos aborrecen.

LÓPEZ

Vendría sencillamente á evitar que se dijera mal de Vuestra Majestad y á que sus actos no se interpretaran torcidamente. ¿Hay arreglo? se comunica á quien corresponda. ¿No podemos convenirnos? silencio absoluto y nadie vuelve á enterarse de nada de lo que ha pasado.

MAXIMILIANO

Mas...

LÓPEZ

Yo conservo excelente amistad con el general Vélez, que me debe servicios importantes. Deme Vuestra Majes-



tad el permiso y yo me avisto con el excelente Panchito para pedirle que me ayude á cumplir la comisión que Vuestra Majestad me discierna.

MAXIMILIANO

¿Y qué pediréis?

LÓPEZ

Lo que debo pedir: garantías para la leal ciudad de Querétaro y el derecho para Vuestra Majestad de embarcarse en algún puerto del Golfo en unión de todo su séquito.

MAXIMILIANO

¡Oh! lo que es esto no podrán dejar de concederlo; no puede caber duda. Saben bien que no pueden atentar contra mi vida y no podrán menos de acordar voluntariamente lo que concederían por la violencia, pues no son tan necios que vayan á desencadenar sobre su país una coalición europea que les traería las peores consecuencias.

LÓPEZ

Y conseguido eso, yo habría tenido la gloria de salvar á mi Emperador y de concluir esta cuestión que amenaza prolongarse indefinidamente y ser causa de mayores males que los que ha traído. No creáis, Sire, yo también tengo mi pequeña vanidad y se me antoja que en esta vez seré quien recoja las felices consecuencias de un pensamiento feliz.

MAXIMILIANO

Id, pues, coronel López, y contad con que si lográis arreglar favorablemente el asunto, no os llamaré á vuestra vuelta coronel López, sino general López... Id, compadre, id, amigo mío.

LÓPEZ

Si llevo la aprobación de mi jefe y de mi protector y de mi padre, todo lo haré fácil y dichosamente.

MAXIMILIANO

Permitid que os condecore con la medalla del valor militar.

LÓPEZ

(Inclinándose enternecido.)

Sire...

JORNADA II

Noche del quince de Mayo. La luna cárdena y como fosforescente se halla en menguante. ¿No habéis notado cuán fúnebre y fatídica es la luna en menguante? La que empieza es la luna de los enamorados, de los felices, de los que buscan castos placeres; la que acaba es la de los aquelarres de brujas, la apropiada para maleficios, la triste y la dolorosa.

Los campos imperialista y republicano reposan de las bregas del día; reductos arruinados, parapetos y trincheras desportillados, muros agujereados, adquieren á la luz vacilante de la luna cierta indecisión, cierta vaguedad que les vuelve más temerosos é imponentes. Cañones, obuses, afustes y carros tienen formas extrañas y terribles. Vari perros husmean la sangre recién derramada y aúllan á la luna. A ve uno inicia la serenata con un solo que acaba en calderón largo y dol roso, y como obedeciendo á consigna, repiten el ladrido los que m dean por la alameda, los que encuentran el sustento en Santa los que moran en Capuchinas, los que escarban basureros e Francisquito, los que suelen hallar huesos en la Casa de Mata los que en la Cruz son aceptados y hasta suelen alternar con el p del Emperador, un king-Charles llamado Baby.

En la colina de Sangremal, donde se halla edificado el co fortaleza, fué la lucha entre las dos fracciones de indios, la q bezaba el cacique cristiano don Nicolás Montáñez, y la que dir cacique gentil y enemigo de los blancos. El triunfo quedó p Nicolás. En ese lugar había de efectuarse la nueva pendencia entre ideales y dos credos contrapuestos.

En el convento en que se halla el cuartel imperial todo está en silencio; pero sólo en apariencia, pues alguien se escurre cautelosamente, por más que le reconozcan los centinelas que custodian las salidas y que le dirigen la salutación militar de rigor. La sombra, ó mejor



Varios perros husmean la sangre recién derramada...

el cuerpo cuya es, va envuelto en una luenga capa de vuelos que oculta buena parte del rostro de su dueño. Quizás queriendo orientarse, ó quizás dudando de si llevará á cabo la determinación que tiene tomada, se para al empezar el descenso de la colina, deja ver al reflejo de la luna el uniforme plateado de los dragones de la Emperatriz, y baja resueltamente, si bien tambaleando un poco. Se mete por la garganta de una cañadilla, inspecciona el horizonte y al fin percibe un bulto que se dirige á él y le llama con un silbido. Sin vacilación ninguna el de la capa se reúne con el militar — es un militar — que le aguarda, y se oculta en la obscuridad de la noche. Transcurre como una hora y al fin aparecen en el mismo lugar dos bultos que vienen seguidos de una especie de culebra enorme y negruzca que avanza con trabajo y recatándose en la sombra. A veces se desarticula el inmenso reptil, otras como que trepa por los picos y salientes de las rocas, las más como que se oculta, temeroso de ser descubierto.

ESCENA PRIMERA

El general Vélez y el coronel López, ambos con los revólvers en la mano y caminando con pasos tácitos, reaparecen á la luz de la luna, que les envía su último rayo al ocultarse entre unas nubes plomizas que se destacan hacia occidente. Detrás viene el coronel Antonio Jablowski, que no llega á hablar.

VÉLEZ

Déjeme tomarle del brazo, que usted ya no puede ni con la fe de su bautismo.

LÓPEZ

No hay para qué; esta noche es noche buena. Bebí... por lo que no había bebido en todos los meses de este condenado sitio...

(Sacando una botella y limpiando con la manga el cuello de la vasija.)

¿Gusta?

VÉLEZ

Baje la voz, hombre... Gracias, no bebo eso.

LÓPEZ

Pues ¿qué bebe usted, general de mi alma?

VÉLEZ

(De mal talante y deseoso de poner fin á aquel diálogo importuno.)

Agua...

LÓPEZ

Que beban agua los bueyes, que tienen el cuero duro...

VÉLEZ

Calle usted, que vamos á tener un...

LÓPEZ

Todo arreglado, todo dispuesto, todo hecho...

(Ensaya un canto que viene tarareando hace rato.)

La Mère Godichon...

VÉLEZ

¡Calle usted, ó le vuelo la tapa de los sesos, mamarracho!

LÓPEZ

(En el colmo de la inconsciencia.)

¿Volarme la tapa de los sesos?... Y ¿por qué? Porque canto la *Mère Godichon?*... Es bonita pieza; me la enseñó un capitán que murió á mi lado, cerquititas, como estamos usté y yo, en Barranca Seca... en Barranca Seca...

VÉLEZ

(Que en ese momento llega á una brecha abierta en el muro del convento, se apresta á pasarla, si bien tiene que emplear muchísimo esfuerzo porque se lo impide una gran cantidad de tierra derrumbada y que hace difícil el paso, y muchos trozos de cascote y grandes piedras que descienden con ruido temeroso hasta el fondo del pequeño barranco. Al entrar ve el osado general á un centinela dormido sobre el arma y envuelto en el zarape. La luna acaba de meterse en ese instante y la obscuridad es completa; el centinela, que aparece como una mancha negruzca sobre el suelo y en medio del derrumbe, despierta asustado y trata de lanzar un ¡quién vive!)

(Vélez, nervioso y dispuesto á correr el todo por el todo, le dice con esa voz queda que resuena más que la voz más alta y amenazándole con la pistola cargada:)

¡Cállate, ó te mueres!...

LÓPEZ

Cállate, hijo, cállate, que soy yo, tu padre, tu amigo, tu coronel López...



(Lo que dice acaba por enternecerle y se echa á llorar, sin oir la voz de Vélez, que le manda que calle.

Aparecen como sombras muchos cuerpos que se asoman á la brecha por donde acaba de penetrar Vélez. Este les va dando la mano y poniéndose el dedo en los labios les conjura de nuevo á que guarden silencio. Se mira tendidos á lo lejos, en toda la explanada, á muchos soldados envueltos en sus zarapes y roncando á pierna suelta. Los jefes que acaban de subir á la eminencia, se detienen sobresaltados al ver á los soldados imperialistas, y temerosos de haber caído en una celada se dirigen á Vélez implorantes.)

VÉLEZ

(A López, con violencia y ansioso de acabar de una vez:)

Relévenme usted estos puntos.

LÓPEZ

No hay necesidad.

VÉLEZ

No le consulto á usted sobre si hay ó no hay necesidad de que se releven los puntos; le ordeno que los releve.

LÓPEZ

Le repito á usted que no hay necesidad.

VÉLEZ

Basta de observaciones; haga usted lo que se le manda.

LÓPEZ

Es que yo mando aquí.

VÉLEZ

(Sacando el revólver y golpeando con él al jefe de la Cruz.)

¿Cómo que me manda, grandísimo?... Mandaría usted ayer; lo que es ahora, yo soy el jefe.

LÓPEZ

(Reponiéndose á poco y recordando su situación:)

En efecto, mi general, en efecto, usted es quien manda y yo...

VÉLEZ

Así me gusta; ó hace lo que se le ordena ó se muere...

(Dirigiéndose á un oficial que acude á una seña que le hace.)

Vaya usted y diga al general en jefe que Querétaro es nuestro .. que tenemos ya en nuestro poder el punto principal... la Cruz.

(López habla á Jablowski, que va en seguida al interior del convento.)

ESCENA SEGUNDA

HANS y UN SARGENTO; después LÓPEZ, UN OFICIAL REPUBLICANO y muchos jefes y soldados imperialistas y republicanos.

HANS

Mi querido sargento Guzmán, ya ha velado usted su cuarto y es muy justo que eche una pestañita de sueño. Recójase, que su pobre pata enferma y su enfisema pulmonar requieren cuidado... Tome usted mi manta, que yo cabalmente siento calor.

EL SARGENTO

¡Qué calor va usté á sentir, mi teniente, si la noche es fresquita hasta parecer de invierno! Pero, en fin, usté

está todavía mocito y no tiene el frío donde le tenemos los viejos, que es en el centro de la sangre, como quien dice, donde está la meritita vida, mala la comparanza...

HANS

Pues, por lo mismo, sargento, por lo mismo... ¿Y qué dice usted? Parece que esta noche tenemos zafarrancho; para mí que el Emperador está resuelto á salir con sus tropas y á darle fin á este sitio de Barrabás.

EL SARGENTO

¡Ah, qué l'amito!... parece que no mira; su mercé ve la tempestá y no se hinca... Pero ¿qué salida vamos á echar si los animales están más transijaos y más daos á la porra que los mismos cristianos que nos les comemos?... Piense su mercedita en una carrera con estas mulas que no pueden ni con la fe de su bautismo; con estas infanterías que no pueden menear el fusil; con estos caballos que no saben lo que es paja ni cebada desde hace más de dos semanas... sólo que estuvieran locos habrían hecho esa barbaridad los jefes, que de otro modo...

HANS

Es el caso que yo he recibido orden para estar listo á la hora de un ataque ó de una salida, y obedezco...

EL SARGENTO

Y hace usté muy bien, yo también esperaré; pero no hay que creer en que nos vaya bien... nosotros, los artilleros, seremos los amolados: ó nos matan á la hora de los cocolazos ó después nos truenan; no hay escapatoria.

HANS

Pero entre si nos truenan ó no nos truenan, usted no descansa y poco tiempo hemos de tener en adelante de pasarla tranquilos.

EL SARGENTO

Tiene usté razón que le sobra; vamos á dormir, y mañana será otro día.

(Hans se sienta en la cureña de una pieza de á ocho y se prepara á reflexionar en alta voz cuando oye los ronquidos del sargento coreados por los que lanzan los demás soldados de línea y artilleros tendidos en la plataforma del convento. Las estrellitas de aquella madrugada incipiente, claras como ojitos de niños traviesos, alumbran apenas lo necesario para distinguir una sombra que se acerca bamboleándose un poco. Hans reconoce el uniforme bordado de plata del coronel López. se alza de la cureña y saluda al superior.)

LÓPEZ

(En unión de un oficial de uniforme gris y seguido de muchos soldados.)

Aquí está un refuerzo de infantería; despierte luego á sus artilleros, mande retirar esa pieza de su tronera y oblícuela á la izquierda, pero que sea pronto...

(Hans procede á despertar á su gente; sólo el viejo sargento Guzmán sigue roncando cual si subrayara con sus gruñidos las órdenes breves, como cortadas con sacabocado, del impaciente coronel del regimiento de la Emperatriz.)

LÓPEZ

¿Quién es el bruto que ronca de un modo tan ruidoso?

HANS

Mi coronel, es el viejo sargento Guzmán, que acaba de conciliar el sueño después de dos días de faena no interrumpida.

LÓPEZ

¡Arriba con el viejo poltrón!... ¡No faltaba más sino que en estas circunstancias tuviéramos que aguantar á semejantes mamarrachos!... ¡Eh, viejo bestia! ¿acabarás ó no por levantarte?... ¡Bonita cosa, tener que cargar con estos posmas inútiles!

(Le da un puntapié al sargento.)

¡Arriba, viejo indecente!...

EL SARGENTO

¡Caramba, que no pueda uno echar siquiera un sueñecito sin que los muchachos vengan á darle guerra!...

LÓPEZ

(Blandiendo la pistola.)

¡Arriba, le digo, ó le alzo la tapa de los sesos!...

EL SARGENTO

(Alzándose á toda prisa y empezando á darse cuenta de lo que mira.)

¡Ah, mi coronel!, dispénseme su mercé... yo creíba...

LÓPEZ

(Desatándose en improperios.)

¡Viejos estos hijos de!... ¡Arriba pronto, ó le pego un bofetón como se lo merece!... ¡Indecente!... ¡Ándele, bribón!...

(Le da con el revólver un golpe en el carrillo derecho y saca la espada con intento de traspasarle.)

EL SARGENTO

Perdóneme, señor, que acababa de echarme un ratito...

(López no oye razones y pega un terrible puntapié al sargento, que va andando mal de su grado.)

HANS

(Disgustado por haber visto el tratamiento que se da á un compañero.)

De mal humor venía el coronel. De seguro que el enemigo prepara alguna de las suyas y conviene precaverse...

(Hace con el cañón lo que le previno el jefe del regimiento de la Emperatriz, y de repente, al sentir el frío de la madrugada que se anuncia, requiere su zarape y su espada y no halla una ni otra cosa.)

Compañero:

(Dirigiéndose al oficial de la tropa de infantería que había acompañado á López.)

¿No vió por casualidad quién haya cogido mi frazada?

(El oficial guarda silencio.)

UN SOLDADO

Mi subteniente, alguien me robó mi mosquete.

OTRO SOLDADO

Y el mío.

HANS

¿Se servirá decirme, señor capitán, á qué cuerpo pertenece?

OFICIAL

Soy de la brigada Méndez.

HANS

(Sorprendido.)

¿De la brigada Méndez? Debe usted de estar equivocado. Yo pertenezco á esa brigada y no recuerdo conocerle... pero, en fin, dígame siquiera qué hace aquí y por qué su tropa se muestra tan... insubordinada.

OFICIAL

Una cosa muy grave; un movimiento del enemigo... La Cruz... iba á ser atacada y... fué preciso... se trataba de una conspiración muy ramificada... los jefes mandaron relevar las compañías comprometidas, con mi cuerpo...

HANS

(Destanteado y temeroso.)

¿Y sabe usted siquiera por dónde se encuentra el coronel López?

OFICIAL

Por allí debe de andar.

(Hans llega á la plataforma tratando de hablar con López, y á la hora de empezar á bajar, ve el mosquete de uno de sus hombres pen-

diente del brazo de uno de los soldados recién llegados; trata de arrancárselo violentamente, y en ese instante el soldado le tira un golpe libre con la bayoneta.)

OFICIAL

¡Eh, bruto, cuidado como le hagas daño!



HANS

(En el colmo de la estupefacción.)

Señor, dígamelo usted por fin. ¿Quiénes son ustedes. qué hacen aquí, á qué cuerpo pertenecen?

OFICIAL

Somos de la brigada de Quiroga; llegamos de México

con el general Márquez; venimos á salvar al Emperador y á Querétaro...

HANS

Pero si Quiroga dejó aquí su infantería ¿cómo ha de regresar ahora con ustedes?; y luego, ¿cómo pudieron entrar tropas suyas sin que los sitiadores las sintieran?

(Batalla entre su temor de alguna traición que se figura, y su certidumbre de haber visto encabezando el refuerzo de infantería, nada menos que al coronel López, compadre, amigo y confidente del Emperador.)

OFICIAL

Somos del batallón de Supremos Poderes del Ejército de la República, formamos parte del ejército regular; no tenga usted cuidado de ninguna especie.

HANS

¿De manera que estamos traicionados?

(Dirigiéndose al sargento Guzmán.)

Sargento. ¿No fué el coronel López quien introdujo á estas gentes hasta nuestros puestos? ¿No vendría algún republicano haciéndose pasar por el amigo y favorito del Emperador?

EL SARGENTO

No, mi subteniente; demasiado vi que quien me maltrataba era ese bandido del güero López, que Dios confunda.

HANS

Pues á quien por de pronto ha confundido su Divina Majestad ha sido á nosotros, que estamos como quien ve visiones.

OFICIAL

A la hora de ésta, la Cruz está en nuestro poder y probablemente el Emperador de ustedes se encuentra prisionero.

HANS

(En el colmo de la estupefacción.)

Oh dura terra, per che non t'apristi? ¿Así es que estamos vendidos, así es que el coronel López traiciona, así es que todo acabó sin remedio?

EL SARGENTO

(Con sana filosofía, en que se transparenta un fondo de resignación y hasta de gozo.)

Usted lo ha dicho, mi teniente.

ESCENA TERCERA

MAXIMILIANO, MEJÍA, SALM-SALM, PRADILLO, BASCH, ORMAECHEA; después LÓPEZ, RINCÓN GALLARDO, CORONA, ESCOBEDO y muchos jefes republicanos é imperialistas. Maximiliano viste uniforme de general (que ha llevado durante todo el sitio), si bien el frío de la mañana le ha hecho cubrirse con un sobretodo blanco; en la cabeza lleva sombrero blanco de alas anchas y en la mano un par de pistolas. El príncipe Salm llega apresurado, abotonándose el uniforme y acomodándose el monóculo. La luz empieza á salir é ilumina apenas aquel espectáculo de confusión y de horror; todavía no suena ni un tiro; mas en el aspecto azarado de la gente imperialista, en la manera con que contemplan los republicanos á los aturdidos enemigos y hasta en el cariz de la fresca mañanita de primavera se ve que algo extraordinario acontece y se aspira una atmósfera de tristeza.

SALM-SALM

(Corriendo apresurado y consolándose de súbito al ver á Maximiliano tranquilo, sano, salvo y con aspecto descuidado.)

¡Sire, estos son los últimos momentos; ya está aquí el enemigo!...

(Al salir al zaguán, donde se encuentran los soldados republicanos, éstos tratan de detener el paso al Emperador; Salm alza una de las pistolas que Maximiliano traía en la mano y el Emperador le impide que haga fuego.)

RINCÓN GALLARDO

(Dirigiéndose al soldado que cerró el paso á Su Majestad.)

Déjenlos pasar; son paisanos.

MAXIMILIANO

(Que apenas se ha dado cuenta del riesgo que ha corrido:)

Ya lo veis, nunca se pierde el bien que se hace al prójimo, por más que de veinte personas á quien se favorece apenas haya una capaz de recordar el beneficio recibido y diez y nueve sean ingratas... El oficial que acaba de dejarnos pasar, le he reconocido, tiene una hermana ó madre — he olvidado lo que sea — que estaba siempre al lado de la Emperatriz, á quien aquélla debió muchos favores. Su deudo acaba de vernos, y en vez de hacernos daño, nos ha dejado pasar sin dificultad... Siempre que se os presente, Salm, oportunidad de servir á alguien, hacedlo sin escrúpulo, que nunca será en vano... pero, calla, ya aparece la aurora, y por cierto que viene más llena de primor que jamás lo había estado; parece una querida que llega enjoyada á recibir al amante... El día se me figura á un niño que ríe y llora al mismo tiempo, y que duda si está despierto ó dormido... Mirad, por allí se acercan mis fieles húsares y por cierto que montan famosos caballos... Mas no, no son los que esperamos; son gentes del enemigo, que saben quizás de nuestra aproximación: esperábamos á Grouchy y llega Blücher, ¿qué os parece? Pradillo, decid al general Miramón que se me incorpore, y si de camino veis al general Mejía, traedle

también; me gustará tener á mi lado al *Negrito*... ¡Ah! y decidles que reúnan cuantas tropas les sea posible y que ocurran al cerro de las Campanas...

LÓPEZ

(Que aparece de repente en la plaza de la Independencia, montado en un brioso alazán y que se acerca á la comitiva con ademán apresurado y con evidente propósito de hablar á solas con el Emperador:)

¡Todo perdido, Sire, todo perdido! Tengo para Vuestra Majestad un escondite seguro, en que no tendrá nada que temer de los republicanos... Les dejaremos con un palmo de narices, y el Orejón se mesará los cabellos... En casa de Rubio hay una piececita en que no hallarán á Vuestra Majestad ni con todos los sabuesos del mundo...

MAXIMILIANO

(Irritado y mirando á López con desdén.)

¿Qué dice este hombre? ¿Por quién me ha tomado? ¿Cree acaso que el Emperador es un ladronzuelo vulgar para que se le aprehenda dentro de un ropero ó debajo de una cama? ¡Un Hapsburgo no retrocede ante el peligro!

LÓPEZ

¡Sire, dejaos conducir, ó estáis perdido! Os aprehenden, y sin remisión os fusilan...

MAXIMILIANO

Pero qué, ¿no sabéis lo que significa tener en las venas sangre de Hapsburgo? Mi casa ya era conocida en Europa en el siglo VII, y en ella no se ha oído hablar sino de ilustres ejemplos y de altas virtudes... ¿Quién no sabe lo que hizo Carlos V, al encontrarse sitiado en Inspruck por las fuerzas de su pariente, el rebelado Elector Mauricio? ¿Quién no recuerda lo que exclamó mi gloriosa abuela, María Teresa, vencida por el gran Federico? Para casos como éste viene como anillo al dedo lo que decía mi vehemente y romántica predecesora doña Juana, llamada la Loca por sus celos extremados, á la sazón que se desencadenaba una tempestad que amenazaba sumergir su barco: «No se sabe de un rey, emperador ó grande de la tierra que haya muerto en una tempestad de mar»...

LÓPEZ

Mas sí se sabe, Sire, de reyes y emperadores que hayan caído prisioneros.

MAXIMILIANO

Ya lo creo, no más que cuando caen prisioneros los reyes es en poder de los hombres de mi casa... Carlos V...

LÓPEZ

Sire, por Dios, dejaos conducir, dejad que os lleve á donde no seáis la víctima del rencor de los republicanos...

MAXIMILIANO

Ya se cuidarían mucho los señores republicanos de poner la mano en persona de mi estirpe... Dejadme, que yo sé lo que me he de hacer...

LÓPEZ

Sire, ved que os lo suplico de rodillas...

(Le toma las manos y se las besa con transporte.)

MAXIMILIANO

(Incomodado.)

Dejadme, señor López; dejadme, coronel...

LÓPEZ

Montad siquiera á caballo; aquí está vuestro caballo pinto, que tanto os satisface...

MAXIMILIANO

Yo marcharé como marchen los amigos que me siguen, no de otro modo. Si montan el general Castillo, el doctor Basch y vos mismo, me comprometo á montar también...

LÓPEZ

Hágase como lo desea Vuestra Majestad.

MAXIMILIANO

No han de tardar mis fieles húsares...

(Se encaminan al cerro de las Campanas paso á paso y seguidos de los criados de Maximiliano y de dos soldados de caballería que marchan á la zaga del minúsculo cortejo. El general Castillo, desfallecido, se rehusa á continuar; Maximiliano y Salm le toman cada uno de un brazo y así consiguen subirle al cerro de las Campanas. Al trepar á lo alto de la eminencia miran el horizonte iluminado ya por la luz del sol que aparece triunfante y glorioso, esparciendo vida y alegría por todas partes. Maximiliano se reanima; no puede creer que en día tan bello se pueda verter sangre ni estar triste, y piensa, por el contrario, que todo tiene que salir bien. Espera que lleguen sus tropas; pero sólo consigue ver algo que le acibara el gusto y le quita mucho de su optimismo: aparecen sucesivamente batallones y regimientos que hacen detonar sus uniformes de variados colores al conjuro de aquel sol que dora las serranías inmediatas, platea la mies apretada de las bayonetas, pone notas coruscantes en los cañones y hace parecer polvo de rubís el que levantan los caballos de los regimientos y los pies de los

infantes que se dirigen á estrechar el cerco de la loma; Maximiliano, enamorado primero de la hermosura del espectáculo, tras de contemplarle largamente con su catalejo, pasa éste al general Mejía y le suplica diga si se puede pasar. Empiezan á llegar balas de rifle y cañón. ya se distinguen uniformes, color de caballos, rostros y sombreros.)

MAXIMILIANO

(Al doctor Basch, al ver encendida una luz en la tienda del general Gayón, jefe del punto:)

Quemad esos papeles que estuve dictándoos en nuestras últimas entrevistas...

PRADILLO

Yo lo haré, Sire, quizás se trate de algunos secretos de Estado.

MAXIMILIANO

Sí tal; son las variaciones que cuento introducir en el ceremonial de la Corte, á fin de simplificar todos los servicios y de hacer más cómodo el ejercicio de la servidumbre palatina... Ved, general Mejía, si se puede pasar.

(Mejía sigue con el anteojo los movimientos del enemigo, que cerca el pequeño refugio de los imperialistas.)

MAXIMILIANO

Parece un cinto de acero... ¿Se podrá pasar, general Mejía?

PRADILLO

Sire, allí se distinguen fuerzas de Sinaloa... Detrás vienen los del primer regimiento de Jalisco; les siguen los rifleros de Nuevo León; á la derecha están los cazadores de Galeana; más lejos se miran los de la guardia de los Supremos Poderes; á la derecha percibo un general con Su Estado Mayor; debe de ser Corona...

MAXIMILIANO

¿Podremos pasar, general Mejía?

MEJÍA

(Quitándose el anteojo de la cara.)

Sire, pasar es imposible; pero si Vuestra Majestad lo ordena, iremos á la muerte; bien sabe el Emperador que no ha sido mi flaco sentir miedo frente á un fusil.

(Unos cuantos soldados, que no pueden llamarse batallón, regimiento, ni nada que lo parezca, disparan sin cesar sus armas contra los republicanos, más por hacer un bello alarde de incontrastable adhesión al monarca, que por creer que puede su heroica locura dañar á los enemigos. En la base del cerro se encuentra un cuerpo imperialista que parece deseoso de entrar en fuego; Maximiliano llama al teniente coronel Ormaechea y le ordena que disponga al coronel del batallón que se le presente.)

ORMAECHEA

(Llega á poco y dice al Emperador:)

Sire... me da pena decirlo; es un oficial indigno; se ha reído de mí y me ha dicho que Vuestra Majestad ya no podía dar órdenes...

MAXIMILIANO

(Lleno de aflicción y comprendiendo que la situación no tiene remedio:)

En Pavía... Las represalias de la historia... ¡Cómo ha de ser!... El rey Francisco...

(Nadie le escucha; todos dan órdenes y contraórdenes; todos arguyen, replican, discuten, conminan, regañan, recriminan, se hacen cargos y los contestan.

El Emperador habla á Pradillo y le determina algo que el coronel escucha haciendo señales de asentimiento. A poco sale disparado, llevando en alto una bandera blanca y dirigiéndose al grupo que según su decir encabezaba Corona... En ese momento cesan los fuegos de una y otra parte y Maximiliano se adelanta seguido de las gentes que están á su vera. Al mismo tiempo avanza Corona seguido de su Estado Mayor y del general don Juan N. Cortina; la situación de los republicanos es brillante y hasta los más humildes oficiales ostentan lujosos uniformes y nobles caballos. El segundo en jefe oprime los lomos de un alazán tostado de gran alzada y se adelanta con garbo y majestad que impresionan á quien mira al joven general, sufridor asiduo de tantas calamidades y dolores.)

MAXIMILIANO

(Al frente de su reducido pero interesante grupo de oficiales, precede á éste, y empinado sobre la silla, pálido, firme en la voz y en los modales, bello y elegante, se adelanta y dice á Corona:)

Los jefes que me acompañan no tienen más responsabilidad que la que les impone el haber seguido mi suerte; deseo que no reciban daño alguno; si se necesita una víctima, aquí estoy yo; espero que mi sangre sea la última que se derrame en bien de este país...



D. Ramón Corona

CORONA

(Intenta desarmar al príncipe, pero le conmueven la grandeza de su infortunio y la manera heroica con que, en su parecer, cumplió su espinosa tarea. En medio del estruendo de las armas, del sonar de clarines y tambores, de los vivas y de las descargas de fusilería que suenan por todas partes, dice á Maximiliano:)

Mientras esté usted bajo mi salvaguardia, disfrutará de plenas garantías...

UN OFICIAL FRANCÉS

(Al servicio de los republicanos, quitándose el sombrero en ademán burlesco:)

Maximiliano de Austria, yo te saludo.

MAXIMILIANO

(Volviendo la espalda al indigno, se dirige á Corona con toda calma.)

Sírvase usted oir unas cuantas palabras que tengo que decirle á solas...

(Corona se aparta á un lado y el Archiduque continúa:)

Ya no soy Emperador.

CORONA

Sois el prisionero de la República...

MAXIMILIANO

He abdicado en favor de...

CORONA

Servíos dejar esas cuestiones para cuando comparezcáis ante el tribunal que ha de juzgaros...

AYUDANTE DE ESCOBEDO

(Que llega precipitadamente y habla aparte con Corona:)

De orden del general en jefe, que envíe usted á los prisioneros que tenga en su poder.

CORONA

Diga usted que me reservo, para presentárselos en su oportunidad, á varios de los jefes apresados; llévele usted á esos.

(Le señala á un grupo de los acompañantes de Maximiliano; él se apresta á conducir personalmente al Emperador, Mejía y Castillo. El ayudante se adelanta seguido de los aprehendidos en el cerro de las Campanas y seguido por un escuadrón de los Cazadores de Galeana.

Lleva andados Corona unos cuantos metros cuando se ve aparecer á Escobedo, caballero en un hermoso potro de pura sangre, y seguido de un reducido Estado Mayor. Escobedo es alto, huesoso, desgarbado y ceñudo; monta admirablemente á caballo y su porte es grave y austero; viste levita militar holgada, botas federicas, pantalón negro y lleva acicates y sombrero blando de fieltro; los espejuelos que usa le quitan mucho de su aspecto militar y las grandes orejas, que son ya tradicionales, le distinguen y separan del resto de la humanidad. Al verle Maximiliano se adelanta á recibirle y le hace un saludo cortés indicándole que desea hablar á solas con él; Escobedo se aparta de su séquito para oirle.)

MAXIMILIANO

¿Me permitirá usted que, custodiado por una escolta, marche hasta un punto de la costa donde pueda embar-

carme para Europa, con la protesta que hago, bajo mi palabra de honor, de no volver á México?

ESCOBEDO

No me es posible conceder lo que usted pide.

MAXIMILIANO

Puesto que así es, yo espero que usted no permitirá que se me ultraje, y que se me tratará con las consideraciones debidas á un prisionero de guerra.

ESCOBEDO

Eso es usted mío...

(Maximiliano se desciñe la espada y la presenta á Escobedo, que no llega á tomarla y ordena á su jefe de Estado Mayor que la recoja. Emprenden el camino de vuelta, y Escobedo encarga al general Riva Palacio que conduzca al prisionero al convento de la Cruz. Poco á poco son llevados al mismo convento numerosos jefes y oficiales imperialistas; muchos liberales ocurren «á ver á Maximiliano de Hapsburgo», llenos de candorosa buena fe. Custodia las puertas de la prisión un centinela pobre, desgarrado, con el rostro enflaquecido y revelando muchas privaciones y desgracias. Los imperialistas se ríen de él y critican su aspecto de miseria.

UN CORONEL REPUBLICANO

(A los burlones:)

Ríanse ustedes, caballeros, que flacos, humildes y



D. Mariano Escobedo.

todo, estos soldados tienen aún la fuerza necesaria para fusilarles á ustedes todos, empezando por su Emperador.

(Los burlones se callan; los sencillos republicanos penetran poco á poco y con aire de timidez; todos hacen comentarios entre sí, y en lo heterogéneo de sus preguntas y en lo excepcional de sus demostraciones se echa de ver cómo los impresionan la persona y el infortunio de Maximiliano.)

CORONEL REPUBLICANO

Le saludo á usted, no como Emperador, sino admirado por su heroica defensa.

OTRO OFICIAL

Es usted un valiente, y me ha cautivado con su manera de defender esta plaza; merecía haberse reunido con otras gentes que con estos bribones de traidores.

UN CORONEL IMPERIALISTA

¡Salud á la Majestad caída!

CAPITÁN DE GUANAJUATO

¡Y esto es un Emperador!

JEFE DE UNA BANDA DEL VALLE DE MÉXICO

Me gusta este güero para llevármelo al monte y enseñarle á montar en un buen penco; ¡qué manganas echaría!

DOS SEÑORAS DECENTES

(Que han logrado introducirse entre el gentío.)

¡Pobrecito, pobrecito! Estos malditos chinacos le truenan porque le truenan; pero no quisiera hallarme yo en el pellejo de los infames...

(En estos momentos entra un criado que introduce víveres que envía á Maximiliano el señor Rubio y se impide la entrada de visitantes.)

ESCENA CUARTA

Día diez y nueve de Mayo. Celda del convento de Santa Teresa. Suenan clarines y tambores; se percibe en toda la prisión ese hálito de fiebre, de desaseo, de tristeza que es propio de las grandes aglomeraciones. La celda del convento á que se acaba de trasladar á Maximiliano es más alegre, más higiénica, y sobre todo, más espaciosa que la de la prisión anterior; el Archiduque está sentado en una cama de hierro de aspecto humildísimo; pero en su aspecto de resignación teatral, en el cuidado de su persona, en la condescendencia con que trata á los que se le acercan, se ve que está jugando al prisionero. Llega Josefina Ubiarco y habla con él de muchas cosas que parecen preocuparla sin que Maximiliano les dé importancia ninguna, abstraído como se halla en el desempeño de su papel de reo de muerte desgraciado y sin auxilio. Al fin Méndez y Mejía.

JOSEFINA

Déjeme Vuestra Majestad que le diga cuánto me alegro de verle sano, que no tengo reposo desde que nos acontecen tantas cosas... ¡Quién lo hubiera dicho hace tres años, Sire!

MAXIMILIANO

Señora Ubiarco, ésta es la suerte de las grandezas de la tierra; los imperios ruedan sin que baste á impedirlo la voluntad ni el brío ni el coraje de los hombres...

JOSEFINA

Sire, ¡qué dolor tan grande el mío, al recordar lo que fuisteis y lo que sois!...

MAXIMILIANO

Si mi fué tornase á es, sin esperar más será... Mas no hay que afligirse, que cuando me vea otra vez en Europa, en nuestro querido Miramar...

JOSEFINA

¿Y volveremos, Sire?

MAXIMILIANO

Allá pienso fijar mi residencia.

JOSÉFINA

Que Dios os oiga, Sire, y que vuestra futura existencia sea más alegre que la que aquí llevasteis.

MAXIMILIANO

Ya lo creo que lo será; dedicado á las ciencias, amigo y protector de las artes, ejerciendo la caridad, constituído en el consultor, el amigo y el padre de los vecinos de Trieste, que tanto me quieren, no volveré aquí sino con elementos propios, poseedor de un ejército, de una armada y de un...

JOSEFINA

¿Y vuestros compañeros, Sire?

MAXIMILIANO

¡Pobres, pobres compañeros míos!... Veremos de favorecerles lo mejor que se pueda...

JOSEFINA

Miramón...

MAXIMILIANO

Fué sorprendido cuando se dirigía á ayudarme y á prevenir á las tropas acantonadas en...

JOSEFINA

Iba en compañía de Ordóñez, discípulo, amigo y subalterno suyo; oyó el quién vive que le daba un destacamento republicano mandado por un belga llamado Devaud y en el momento que el ayudante contestaba «Imperio» vino una descarga que echó por tierra al compañero de Miguel. Se adelantó á recoger el cadáver de su ayudante y en ese momento otra descarga cerrada hirió en el rostro al general... Ocurrió á la casa del doctor Vicente Licea, su médico y su amigo, creyendo tener una herida grave y que ameritara su intervención quirúrgica; pero el maldito matasanos, que deseaba ponerse bien con los contrarios, le desangró inútilmente, le entretuvo, y aunque Miramón había dado á Casanova la orden para que resistiera á los enemigos que llegaran, Casanova se limitó á servir de *tópico* sin hacer caso de la resistencia que se le había encomendado. Tuvo tiempo Licea de mandar un

recado á Refugio González, su cuñado y jefe de un cuerpo de tropas republicanas. Cuando González llegó, Licea no había conseguido sacar la bala, que á cuenta no estaba metida entre cuero y carne, como él había dicho, pero sí tuvo tiempo de sacarle á Miramón una cartera con onzas de oro que traía entre el chaleco y la camisa y de aligerarle de sus papeles y objetos de uso, que consideró comprendidos en la ley de 25 de Enero.

MAXIMILIANO

¡Siempre la traición, la traición siempre trabajando por debajo de cuerda y causando la ruina de nuestra causa!...

JOSEFINA

López...

MAXIMILIANO

López es menos culpable que Márquez.

JOSEFINA

Yo estuve presente en el momento de la aprehensión de Miguel. Era un espectáculo lastimoso el de los pobres jefes reducidos á la impotencia y á la desesperación... Unos se cortaban los grandes bigotes, como Casanova...

MAXIMILIANO

De seguro ese heroico soldado no tuvo en cuenta la presencia de usted, pues de haberla recordado le habría pedido permiso para meterse debajo de sus faldas.

JOSEFINA

Sire...

MAXIMILIANO

¿Luego no lo sabíais? Cuando este noble adalid pierde en las batallas, no se aflige; pide hablar á la primera señora que halla al paso y con toda frescura solicita su venia para ocupar una fracción de crinolina. Así se escapó de los rojeños en Guadalajara y así lo hizo en Pachuca últimamente... ¡Y pensar que López quería hacerme desempeñar ese papelito!... ¡Un Hapsburgo, un Emperador, un jefe de pueblos, escondido bajo el miriñaque de una dama de buena voluntad!... ¿Y Méndez? ¿Qué razón me dais de Méndez?

JOSEFINA

Sire, el pobre don Ramón ha sido sorprendido y va á ser fusilado dentro de unos momentos...

MAXIMILIANO

Oid qué estrépito se mueve. ¿Qué será?

(En este instante entran muchos militares republicanos que conducen á don Ramón Méndez tranquilo y seguro.)

MÉNDEZ

Deme Vuestra Majestad sus manos y déjeme desearle mejor suerte de la que yo voy á correr.

MAXIMILIANO

(Echándole los brazos al cuello.)

¡Pobre don Ramón!...

MÉNDEZ

(Enjugándose el sudor con un pañuelo de hierbas.)

¿Por qué pobre, Sire? Muero por mi fe, por mi patria y por mi Emperador...

MEJÍA

(Que entra en ese momento.)

Don Ramón, espero que se portará usted ante esas gentes, conforme lo ha hecho siempre...

MÉNDEZ

No tenga usted cuidado, don Tomás...



MAXIMILIANO

Sois la vanguardia, don Ramón; ya os seguirá el resto del ejército...

MÉNDEZ

¡Cómo ha de ser, Majestad!...

(Sale la guardia que acompaña á don Ramón y éste abraza por última vez á Maximiliano, que queda callado por algunos instantes. A poco se oyen los tiros que anuncian la ejecución de Méndez. El Emperador dice:)

¡Pobre amigo, pobre don Ramón!... Por haberse ocultado...

(En ese instante Josefina pide permiso para retirarse y Maximiliano lo otorga casi inmediatamente.)

Id, señora Ubiarco, id, y tan pronto como sepáis algo que deba influir en la suerte de los pobres prisioneros, no dejéis de comunicármelo...

(Sale Josefina.)

ESCENA QUINTA

Sala del hospital en que pasaron las últimas escenas de la jornada anterior. Olivos, Brambila, Josefina, Lapierre, Quiroz y soldados republicanos.

JOSEFINA

(Acercándose al grupo que forman su yerno y los demás oficiales y soldados:)

Caballeros, ¿podrían decirme si está permitida la visita á los enfermos que se hallan en el hospital?

OLIVOS

¡Don Gil de las Calzas Verdes! Nos cayó la sal...

BRAMBILA

Indudablemente que sí, señora, indudablemente... La caridad es de todos los partidos, y cuando se ejerce por ángeles como usted, llenos de abnegación y de gracia, es doblemente respetable...

JOSEFINA

(Escuchando satisfecha porque cree que le ha de servir en sus intentos el autor de los floreos:)

¡Angeles! he oído tanto esa palabreja, que he acabado por no darle sino su ruin y prosaica significación... Ángel, es mujer á quien se cree hallar fácil y capaz de todo...

BRAMBILA

(Sin cortarse.)

Quizás para otros, señora, tenga ese vocablo la significación que usted le atribuye, no para mí, que veo en la mujer...

OLIVOS

(A Brambila.)

¡Hombre, por Dios, que aquí estoy yo!...

(A Josefina.)

La experiencia es madre de la ciencia, señora; eso de ángel, y quizás arcángel, serafín, dominación, potestad, se lo ha de haber dicho á usted...

JOSEFINA

(Indignada.)

¿Quién?...

OLIVOS

(Con retintín.)

Cierto coronel, capitán de guardias, polizonte ó cosa así, gran pecador que dió mucho que decir al mundo con su vida.

JOSEFINA

¿Quién es este loco? ¿Quién es este borracho? ¿Quién es este mal educado que así falta á una señora sin conocerla ni tener con ella motivos de... que le autoricen á...

OLIVOS

(Riendo desdeñoso.)

¿Que si la conozco á usted? Más de lo que yo quisiera... Más de lo que usted misma quisiera...

JOSEFINA

Jamás le he visto á usted, y no tiene motivos ningunos para faltarme al respeto... En mi tiempo no eran los hombres así de zafios y de mal educados... Ya empiezan á perderse las buenas formas...

OLIVOS

(Con cinismo y grosería.)

En efecto, señora; ya empiezan á perderse más de lo que quisiéramos los que conocimos las de usted en tiempos mejores... vamos al decir, allá en los tiempos de su pariente, amigo y coheredero, el brujo Miguel Moncalián.

JOSEFINA

(Siente que un rayo de luz le ciega los ojos; mira, en vez del chiquillo barbiponiente, delgaducho, rubio y encogido, cuya imagen guardaba, á un mocetón peludo de cara y manos, de voz gruesa y destemplada, de modales bruscos y al parecer deseoso de armarle camorra cueste lo que cueste, y se queda parada y descompuesta.)

¿Acaso será usted?... ¿Serás tú?... No, no quiero pensarlo ni sé cómo resistiría á la pena de ver que decía tales cosas una persona que... yo... Pero no... Puede ser una equivocación de las muchas que...

OLIVOS

Soy el mismo, suegra y señora mía; soy el mismo; no crea usted que me hayan cambiado por otro ni se figure que tenga ahora uñas y rabo, como en otros tiempos dió en figurarse que tenía alas...

JOSEFINA

(Comprende que el temperamento tiene que ir por el lado de las contemporizaciones, y dejando sus aspavientos y sus alardes de dignidad ofendida, se decide á apencar con lo que llegue.)

Seas lo que seas y pienses lo que pienses, no puedo menos de recordar que eres... lo que eres mío, y...

OLIVOS

Así me gusta, así me gusta, que la ilustre descendiente de los Albas y de los Guzmanes no ha dado nunca muestras de chuparse el dedo...

JOSEFINA

(Pálida de rabia, pero conteniéndose porque asi le conviene.)

¡Siempre has de ser lo mismo!... Me acuerdo... ¿Y tu padre? ¿Y la buena de Lorencita?... ¡Vaya una mujer virtuosa y excelente! Yo la llamaba la Perfecta Casada... ¿Y tu hermanillo?...

OLIVOS

(De mala gana.)

Mi padre me figuro que estará bueno; mi madre creo que lo estará en su compañía; en cuanto á mi hermano, ya pudre... Murió hace pocos días, en Puebla, como mueren los hombres; asaltando un fortín y matando traidores... Feliz él; ya difunto se ciñó la banda... la banda de general... Era un hombre... todo un hombre...

JOSEFINA

(A quien aquellas noticias le importan poquísimo ó nada y que apenas ha puesto atención á lo que ha dicho el otro, comenta fría y desapaciblemente:)

¡Pobre, pobrecillo Pancho! Pancho se llamaba, ¿no es eso?

OLIVOS

(Baladrón y deseoso de atortolar á la pobre afrancesada y meterla en un zapato:)

¿Pobre, por qué? Y aunque fuera digno de compasión, aquí sobra manera de vengarle, aquí hay traidores para dar y prestar, y con ellos nos desquitaremos; mi hermano y todos los patriotas que dieron su sangre por nuestra causa quedarán vengados... quedarán vengados, yo lo aseguro; yo lo fío.

JOSEFINA

(Acoquinada y sintiendo que no le llega la camisa al cuerpo.)

¡No será tanto, hombre de Dios; no será tanto! Ese famoso rigor se ha de convertir al cabo en clemencia y en conmiseración... Ya ha corrido mucha sangre, ya está colmada la medida de los extravíos.

OLIVOS

¡Hola, hola! ¿Conque esas tenemos? ¿Conque ya deben llegar la clemencia y la compasión y el perdón de las injurias y el abrazo de hermanos y todas esas faramallas? Ahora la pagan, y mañana será otro día.

JOSEFINA

Si les dejan las potencias...

OLIVOS

¡Las potencias! ¿Y qué parecer vamos nosotros á tomarles á las puercas potencias ni para qué queremos sus consejos? Solos pudimos salir de nuestro atolladero y solos hemos de lograr la venganza que nos convenga y que juzguemos decorosa. Así dejarán de venir en lo ade-

ante esos desinteresados redentores que quieren hacernos felices á chaleco...

JOSEFINA

¡Dios mío! y ¿cómo pueden ustedes perdonar al Emperador y hacer esos horrores que dicen con el resto de la gente?

OLIVOS

¡Al Emperador!... Usted se chancea, mamá política... El Emperador ó lo que sea caerá antes que todos los demás, y entonces, para no dejarle que se vaya solo, le organizaremos un lucido séquito de ministros, generales, chambelanes, intendentes, cocineros, arzobispos, grandes cruces de Guadalupe, collares del Aguila, pinches de cocina, comisarios imperiales y hasta enfermos del hospital: no ha de quedar títere con cabeza.

JOSEFINA

(Con risa de conejo.)

¡Jesús, qué terrorista me está resultando el tiempo! ¡Conque hasta enfermos del hospital, eh? Pues vaya que la magnanimidad republicana es cosa de filfa...

OLIVOS

Señora, hay tiempos de acometer y tiempos de retirar... No llega aún la época en que nuestro jefe recorra las filas gritando como César en Munda: «Perdón para los ciudadanos romanos.» Ahora es la época de las justas venganzas, de las santas represalias, de la cruenta satisfacción á las sombras de los que ya no existen. A la hora que hayamos tomado el desquite de los verdugos de Arteaga y de Salazar, á la hora que hayamos satisfecho á los manes de las víctimas de Bertelín, á la hora que reposen tranquilos los muertos por orden de Dupin, entonces será tiempo de cejar en las muertes y en los horrores... La República no es ya la matrona clemente que acoge en su seno á todos los enemigos y á todos los extraviados; es la deidad que con el gorro escarlata en la cabeza esgrime el puñal de Carlota Corday, la guillotina de Marat, la elocuencia de los girondinos, los matrimonios republicanos de Carrier, la tea de los septembristas y la furia de Danton... La República ha perdonado demasiado, y ya que se la desprecia cuando se presenta como madre amorosa, ahora quiere, ya que puede, ser juez inexorable y severísimo... Correrán torrentes de sangre, y en ellos quizás se ahoguen muchas damas de honor, muchos farsantes, muchos canallas y muchos tramposos... Peor para ellos...

JOSEFINA

(Que aparenta una gran serenidad, no ha dejado de impresionarse por la tremenda requisitoria del coronel Olivos, y queriendo tantear vado dice tímidamente:)

Mas supongo que para los extranjeros, para los enfermos, para... habrá compasión...

OLIVOS

Explíquese usted; ¿para cuáles extranjeros?

JOSEFINA

Los polacos, por ejemplo.

OLIVOS

Para esos será la ley más tremenda que para nadie: el que teniendo la opresión en casa la trae á la ajena, es reo de doble delito, merece morir para que no deje en pos de sí una mala semilla, semilla de esclavos, semilla de traidores, semilla de abyectos y de degradados...

JOSEFINA

¡Dios mío, qué horrible perspectiva! ¿Y los que yacen enfermos, sin haber tomado parte en las operaciones para defender la plaza?

OLIVOS

¡Todos, todos perecerán! La República necesita empaparse hasta las rodillas en sangre de malvados, como el vendimiador se enrojece los pies con el zumo de la uva que pisa en el lagar... ¡Al suplicio todo el mundo!...

JOSEFINA

(Que no se había atrevido á hablar de su hija, aventura tímidamente una pregunta que se le figura debe ser como el *quos ego* que calme aquel mar alborotado.)

¿Y Génie? ¿Qué es de Génie?... ¿Está en Querétaro?

OLIVOS

Por allí anda con mi padre y con mi madre... No era cosa de traerla á la campaña... de exponerla á los rigores de una lucha... de una lucha enconada...

JOSEFINA

Hiciste bien, hiciste bien... Con tu permiso entro á cumplir con mi deber de enfermera...

OLIVOS

Sí, sí, pase usted...

(A Brambila.)

¡Qué buena banderilla lleva en el costado! Ya se le figura que comparece ante el tribunal revolucionario...

JOSEFINA

(Dentro del hospital se acerca á una cama en que se halla un bulto fétido é informe.)

¿Cómo lo has pasado? ¿Te han traído tu alimento? ¿Has descansado? ¿Nada te falta?

LAPIERRE

Nada, gracias, estoy bien...

JOSEFINA

(Llegándose á la cama que ocupa el otro enfermo, el llamado Luis Quiroz, le interroga con cariño.)

¿Y qué tal va esa moral, señor de Quiroz? ¿Cómo se siente usted después de haber comido un alón de pollo? ¿Verdad que ya ha recuperado el juicio, que le habían quitado el no dormir y el menos comer?

QUIROZ

¡Ah, la señora!... ¡Loado sea Dios! ¡Es usted un ángel del Señor! ¡Qué curioso! En los días que estaba delirando la vi á usted, la vi, no me cabe duda, rodeada de una aureola de luz, de una aureola blanca que parecía al mismo tiempo una confección de moda y que le sentaba admirablemente.

JOSEFINA

(Satisfecha.)

¡Lisonjero! Si esas cosas dice ahora que apenas empieza á recobrar el pulso, ¿qué no dirá cuando esté de correr y parar?

QUIROZ

(Que había estado hablando concertadamente, se despeña en el abismo de su locura y exclama de repente:)

¡Sí, sí, la vi y me postré ante ella de rodillas, enajenado ante su hermosura!... ¡Qué ideal, pero qué ideal mujer! ¡No la toquéis vosotros, no la toquéis ú os mataré!...

La fimbria de su veste ha hollado todas las impurezas y todos los horrores; pero ella permanece albeante, nítida, sin mancilla; es la criatura ideal que yo bajé del Empíreo trepando á una montaña tan alta, tan alta, que junto á ella todos los Dewalaghiris son collados sin importancia.



JOSEFINA

Otra vez el delirio, otra vez la obsesión. ¿Qué hacer para que se ponga siquiera como le vi ayer?... ¡Y pensar que á este infeliz, á este cadáver ambulante, se le llevará al patíbulo, y que irá al patíbulo ese saco de podre y de miseria que se llama Aquiles Lapierre! ¡me parece

que sería la cobardía más grande que yo pudiera consentir! ¡Yo juro por lo más sagrado que pueda haber, por la salvación de mi alma, por Dios creador y providente en quien no he dejado de adorar un instante, que he de proteger á estos míseros, cuésteme lo que me cueste!... Dicen que Juárez reside en San Luis: yo iré allá y me echaré á sus pies para pedirle que impida la serie de atrocidades con que nos amenazan la intemperancia de Escobedo y la sed de sangre de sus gentes... ¡A San Luis!...

(Sale cubierta con un velo, y aunque busca á la salida á los militares que vió aglomerados á las puertas del hospital al principio de la escena, encuentra la plazoleta enteramente despejada.)

JORNADA III

Prisión del Emperador en el convento de las Teresitas. La celda de Maximiliano es cuarto grande y desalhajado; pero la gracia de Dios le entra en forma de luz que se cuela sin cumplidos por dos ventanones, y en forma de efluvio primaveral que envía la huerta próxima. Las ramas de un fresno se meten hasta la habitación del prisionero y logran darle los buenos días.

ESCENA PRIMERA

Maximiliano, la Princesa de Salm-Salm, el Príncipe, su marido, y el Doctor Basch.

La Princesa de Salm-Salm, ó Agnes, como se le llama familiarmente, es una americana más bien baja que alta de cuerpo, esbelta, elegante y llena de distinción y desembarazo en sus maneras, como quien está adiestrada en todos los deportes y hecha á todas las fatigas. Es rubia, de tez nacarada, de esa tez que sólo tienen los niños de pocos meses y los ingleses é inglesas de buena casa, y que parece mostrar bajo la carnación clara, nítida y albeante, el correr de la sangre roja, fresca y joven por las venas transparentes, azules y delgadas. Los ojos son «claros, serenos» y aun sobra quien asegure que «de dulce mirar son alabados», pues al parecer la Princesa apechugó con su ilustre marido, llevada sólo por ese afán (que no por hallarse entonces en mantillas dejaba de estar latente en la raza) de buscar pergaminos con que ennoblecer las talegas, sirviendo el dinero de estiércol fertilizador de la agotada tierra de los solares de viejo abolengo. El apellido de Agnes es Leclére; pero lo curioso es que se disputa si la linda criatura fué ó no fué... ¿cómo lo diré yo? suripanta, *écuyère*, trapecista ó cosa así. ¿En realidad surcó la arena de los circos pasando bajo aros de fuego, trepada en alguno de esos corceles blancos ó retintos que parecen sena-

dores por lo majestuosos y maestros de ceremonia por lo discretos, ó se le atribuían semejantes habilidades por lo determinado y resuelto de sus maneras, por la gallardía de sus andares y por ese aire de qué se me da á mí, que en ella era tan natural? Cuestiones son estas que no resuelve ni siquiera plantea la deidad solemne y estirada á quien llaman Clío, que, al parecer, tiene encargo de trasladar á los hombres el conocimiento de lo que los otros hombres hacen ó hicieron, y que decorosamente pueda salir á luz en el *Diario Oficial* de un gobierno respetable y digno.

Sea de ello lo que fuere, como dicen los juristas, para el conocimiento de esta verídica cuanto trascendental historia, basta con saber que Agnes participaba al mismo tiempo de ese carácter soñador y romántico, ocasionado á los disparates más gordos y á las soluciones más absurdas y extraordinarias, y del positivismo y del sentido práctico necesarios para aplicarles á la realización de lo más estupendo y descabellado, de tal manera, que, suponiendo que lo que pensaba ó intentaba fuera posible ó conveniente, lo que ejecutaba sería lo más apropiado y discreto.

Agnes lleva la falda rota, los zapatos empolvados, las manos llenas de rasguños, el peinado descompuesto, aunque arreglado con esa suprema elegancia que hace aparecer á la mujer guapa que no ha pasado el peine por sus cabellos, una estatua de la remota antigüedad helénica; el mirar es extraviado, la voz como tomada de espanto, el andar vacilante; lleva el susto y el dolor retratados en el rostro de gata bonita y mimosa. Acaba Maximiliano de hacer sus sumarias abluciones cuando oye tocar suavemente á su puerta: es el marido de Agnes, que llega conduciendo á ésta de la mano y hablando con ella en alemán, lengua en que pasan todas las conversaciones entre los cónyuges y el Emperador. Agnes está pálida y camina con paso vacilante, pues acaba de sufrir un supiripando al pasar por los corredores en que duermen los soldados y al percibir un fuerte olor de humanidad acumulada y soñolienta.

SALM-SALM

¿Da permiso Vuestra Majestad?

MAXIMILIANO

Adelante, mi buen Félix, adelante, que no encontraréis más que á mi médico, el doctor Basch, que se apresta á salir.

SALM-SALM

Que se quede el doctor, que no sólo no estorba, sino que...

(Basch hace al sesgo una reverencia torpe de hombre á quien las faldas incomodan y conturban, y sale sin hablar palabra.)



MAXIMILIANO

(Se adelanta con gentil ademán á recibir á la dama é inclinándose le besa la mano con devoción no fingida y con galantería y gracia exquisitas.)

Ya sabía, señora, que habíais sido tan buena que teníais determinado visitar á los pobres vencidos; mas ignoraba que tuvierais la intención de alegrar con vuestra presencia esta celda de prisionero olvidado y lleno de penas... Es mucha galantería la vuestra...

AGNES

(Conmovida; se conoce que en su ánimo novelesco, batallador y aventurero ha labrado hondamente, desde el primer instante, la desgracia del imperial cautivo, á quien no había visto nunca, y de quien apenas tenía datos vagos por las relaciones de su marido.)

¡Oh, Sire! Ó el autor de la naturaleza padece, ó el mundo se acaba. ¿Cómo pensar que miraría alguna vez preso y aherrojado á un descendiente de reyes, de los reyes que conquistaron estos países para la civilización?...

(Llora desconsolada, reclinándose en la cama de hierro que constituye la mejor alhaja de la celda imperial.)

MAXIMILIANO

No lloréis, señora, que vuestro llanto me aflige como no han llegado á afligirme mis desgracias... Llorar una dama y una dama tan gentil como vos, por lo que acontece á un hombre que ya contaba con tales cosas, casi es para que se sientan deseos de caer de nuevo prisionero, y de pasar mayores penas de las que se han sufrido, á trueque de tener tan cruel satisfacción... Pero decidme algo de mi buena ciudad de México, que estoy con el alma en un hilo, y sin saber á qué atenerme...

AGNES

Sire, México, está sitiado por el ejército de Porfirio Díaz...

MAXIMILIANO

¡De Porfirio Díaz!... Vaya que me dais una terrible noticia... ¿Conque sitiado?... ¡Pues vaya que cumplió admirablemente su misión el famoso Leopardo!...

AGNES

Yo ví, Sire, entrar las avanzadas liberales; traían famosos caballos, lucidos uniformes, grandes trenes de guerra, y todo, todo quitado á vuestras tropas... En San Lorenzo quedó derrotado el maldito traidor, y á México sólo entraron restos de los regimientos austriacos...

MAXIMILIANO

¡Pícaro, más que pícaro; ladrón, más que ladrón!... ¿Conque también á mis tropas austriacas, conque también á mis húsares?... ¿Y qué hace Kodolisch? ¿Y qué dice Khevenhuller?

AGNES

Fuí á proponerles que se rindieran, ya que Vuestra Majestad estaba prisionero y ya que, caído Querétaro, no valía la pena de prolongar una resistencia que sólo aprovecharía á los insensatos que tratan de medrar con el desconcierto de este pobre país...

MAXIMILIANO

¿Vos, señora? ¡Pobre ángel!... ¿Y esas manos delicadas, y esos pies tan lindos y tan graciosos, y esa voz llena de dulzuras se han empleado en llevar recados y en comunicar nuevas?...

AGNES

(Conmovida.)

Sire, ¿qué menos podía haber hecho, que servir en lo poco que estaba en mi mano, al jefe que tantas bondades ha tenido para quien yo más amo en el mundo?

EL PRÍNCIPE SALM

Decidle que os cuente, Sire, las penalidades que ha tenido que pasar, antes de llegar aquí...

AGNES

¡Oh! es cosa larga de decirse y no quisiera distraer á Vuestra Majestad de sus altas meditaciones...

MAXIMILIANO

Por el contrario, por el contrario; divagaremos la pena y dejaremos de pensar en lo que nos espera, ¿verdad, Félix?

AGNES

Empezaré por decir á Vuestra Majestad que tuve un sueño... porque yo creo en sueños, perdóneme Vuestra Majestad que se lo diga... Soñé que mi esposo estaba herido, que Vuestra Majestad se le acercaba y le decía con tono de aflicción que no le dejara solo... Entonces, Salm pronunció mi nombre «—Agnes, Agnes», dijo, y luego vi mucha sangre y muchos horrores; se batían por todas partes, había gran exterminio y mucho estruendo, y al fin desperté sudorosa y agitada, segura de que había acaecido una desgracia y de que vos y mi esposo os hallabais en un gran peligro... Yo vivía en Tacubaya, en la casa del señor Hube, el excelente anciano que servía al consulado general de Prusia ante vuestro Gobierno; le manifesté deseos de ir á México y se indignó como no podéis figura-

ros... ¿Y qué va usted á hacer á la capital, con riesgo que le falte al respeto uno de esos republicanos que llegan ansiosos de vengarse del disgusto que su marido y el Emperador les han causado?... Pero no hice caso de don Federico, y por la mañana, cuando el criado se levantó á barrer la calle, yo me escapé llevando por toda compañía á mi recamarera Margarita y á mi chihuahueño *Jimmy*...

(En este instante, el perro, que duerme dentro de un manguito, se despierta oyendo su nombre y empieza á ladrar desaforadamente; *Babby*, el king-Charles del Emperador, se alborota mucho más y grita tan ruidosamente como el pequeño huésped; durante algún rato no se puede escuchar conversación ninguna debido al diálogo violento que sostienen los animalitos. Cuando el silencio se restablece un poco, la princesa continúa con el uso de la palabra.)

El señor Hube fué á esperarme á la estación del ferrocarril, tratando de impedir mi salida... Le dejé plantado lo mejor que supe y me encaminé á México... Llegué á Chapultepec en busca del coronel León, á quien conozco porque residió dos años en los Estados Unidos; León se hallaba almorzando en una fonda de las cercanías y ocurrió luego que supo cuál era el objeto de mi llamado... Sí, sí, podía ayudarme á conseguir que los jefes extranjeros se rindieran evitando así el derramamiento de sangre: pero no había que pensar en ventajas para Vuestra Majestad y para los pobres encerrados en Querétaro; Querétaro no tenía remedio, y ya se rindiera Vuestra Majestad con su ejército, ya se le capturara en acción de guerra, su

situación era de lo más desesperado y terrible... Me volví con la muerte en el alma, tanto que no observé que el camino estaba lleno de soldados, de trenes, de cañones, de cantineras ebrias, de desorden y de confusión... ¿Y sabéis, Sire, que entre los republicanos hay muchos guapos y bien criados?... León no sólo me dejó ir libre, sino que me prometió que si los coroneles extranjeros querían venir á conversar con él, acerca de la manera de rendirse, él se comprometía, no sólo á que no sufrieran molestia ninguna, sino que les presentaría á Porfirio, que estaba encantado del comportamiento de tales jefes y se hacía lenguas de su audacia y su valor... Mi primera diligencia fué ir á ver al Barón de Magnus, que me recibió del peor talante del mundo, reprochándome el tomar á mi cargo cosas que no eran de mi incumbencia. Luego de recibir la fraterna le expuse en qué consistía mi plan y entonces el maldito diplomático se encantó de la oportunidad con que yo había meditado aquel alto y hermoso pensamiento; me mandó en coche á la casa del coronel Kodolisch, al que encontré en la casa del príncipe Khevenhuller, y luego de hablar muy largamente con los paisanos de Vuestra Majestad, convinimos en que se rendirían sin condiciones, pues si bien les sobraba coraje para dar la vida por su Emperador, les faltaba ánimo para ofrendarla en honor de Márquez y de las parcialidades mexicanas, que desconocen y naturalmente no quieren servir...

MAXIMILIANO

¿De manera que mis nobles paisanos creen en la traición del Leopardo?

AGNES

¡Ya lo creo que están seguros de que el tal Leopardo — que para mí á más andar se va convirtiendo en cerdo por lo asqueroso de su conducta — es el principal fautor de la conjura contra Vuestra Majestad! Viendo su buena voluntad, les pedí á los dos que me dieran un poder por escrito á fin de presentarme con él ante Porfirio... Se rehusaron á dármele diciendo que á tanto equivaldría firmar mi sentencia de muerte, pues Márquez había expedido un bando en que castigaba con la última pena á quien hablara de entrar en tratos con el enemigo. El señor Barón se rehusó también á darme papel que acreditara mi carácter; pero me llevó á ver á la señora Baz, esposa del general Baz, que se halla en el ejército del sitiador y que dicen será gobernador de México cuando la plaza caiga en poder de los republicanos. La señora Baz es como de treinta años de edad, bien compuesta de rostro, de hermosos dientes, de frente alta y despejada y de ojos extraordinariamente vivos y hermosos. La señora aprobó mi plan, y no sólo ofreció recomendarlo directamente con el general de los sitiadores, sino que me dió todas las seguridades de que

interpondría su influencia con sù marido... Después de eso, mil aventuras, Sire; me dispararon tiros los imperialistas, volví á México, fuí á la villa de Guadalupe, hablé con Díaz, hasta que por fin me expulsaron de México prohibiéndome permanecer allí un día más... Parece que me habían calumniado ante Porfirio asegurándole que trataba de seducir á sus oficiales mediante no sé qué artes femeniles... Mas yo os juro, Sire...

MAXIMILIANO

Y aunque así hubiera sido, nada tendría de reprensible. ¿No fué Judith, viuda honrada y de excelentes costumbres, á la tienda de Holofernes? ¿No ocurrió Ester al palacio de Asuero? ¿No se tendió, desnuda é implorante, Ruth á los pies de Booz? ¿No os parece así, Félix?

EL PRÍNCIPE SALM-SALM

Le sobra razón á Vuestra Majestad.

AGNES

Me desterraron á Querétaro, á disposición de Escobedo. Cuando los republicanos vieron bajar mi coche amarillo de seis mulas por la ladera de la Cuesta China, pensaron

que era Juárez quien llegaba á verles y á tomar parte en las operaciones... Escobedo me recibió en seguida, y luego de oirme, determinó mandarme á San Luis, pues dijo no le constaban los motivos que Díaz hubiera tenido presentes para prohibirme residir en sus dominios... ¿Qué hacer? Ir á San Luis era lo único posible, ya que no surtía efecto ninguno el asegurar, como aseguraba, que tenía interés en entrar so pretexto de que mi marido estaba herido gravemente. Escobedo me envió con el coronel Aspíroz para que me acompañara, pues deseaba que el Presidente se diera cuenta de lo que yo pretendía... La llegada á San Luis fué sin novedad; ya se sabía de ella y el Presidente se apresuró á recibirme... Un ayudante salió á mi encuentro, me condujo de la mano como en una contradanza, me hizo una reverencia de minué y se alejó dejándome en el aposento presidencial... Juárez no me sacó de dudas: nada sabía acerca de los motivos que hubieran determinado mi expulsión y para proceder en consecuencia esperaba recibir el informe que de seguro le mandaría Porfirio... Permanecí quieta en San Luis, segura de que nada podía hacer por vosotros, cuando repentinamente, la madrugada del quince de Mayo, oigo un gran repique de campanas, que como sabéis es la señal que tienen los mexicanos de anunciar una nueva favorable para sus intereses: se acababa de saber la caída de Querétaro y se decía que el Emperador y todos los suyos habían sido hechos prisioneros.

Me propuse venir inmediatamente; pero por más diligencias que hice para ver á Juárez, nada conseguí. Viendo que no era posible satisfacer mi impaciencia, salí sin comunicarle á nadie mi fuga... Llegué demasiado tarde para ver á Escobedo, que tiene su cuartel general en la hacienda de Hércules... Escobedo me recibió con suma amabilidad; se halla de buen humor porque hoy llegará su hermana, á quien no ve hace muchos años... En seguida le pedí que conferenciara con Vuestra Majestad, pues no hay razón ninguna para que ambos permanezcan alejados, siendo gentes que deben estar en diario contacto; me concedió lo que le pedía, y ahora vengo á solicitar del Emperador que me acompañe á hablar con su verdugo...

MAXIMILIANO

(Tranquilo, lisonjeado y satisfecho de que haya alguien que tome tan tierno interés por él.)

¡Sois una alhaja!... ¡Bien dijo quien dijo que lo que la mujer quiere, Dios lo quiere!... Iré con vos, y podéis contar con que la conferencia se traducirá en pérdida para Escobedo... Figuraos al antiguo arriero, al mozo de mulas, al guerrillero, discutiendo con un archiduque, con un hombre que ha vencido en la disputa á hombres como Lord Palmerston y Cavour... Vamos, vamos, que ardo en deseos de darle un buen varapalo á Escobedo y probarle

que frente á frente no somos iguales ni me vence... Voy á rescatar las muchas faltas de mis generales... Vamos, Princesa.

(Le da el brazo y salen juntos por los corredores del convento-prisión. Los oficiales imperialistas que llenan los ambulatorios se inclinan reverentes al ver salir al que reputan su soberano, y le abren paso llenos de respeto. Maximiliano saluda á todos los que encuentra; muchos le besan la mano y derraman lágrimas mirando al nieto y hermano de los césares augustos, sucio, descuidado, con la barba inculta y el pelo crecido de esa manera viciosa y antipática que les crece á los calvos.)

ESCENA SEGUNDA

Bello jardín de la fábrica de Hércules; la espléndida primavera corona los tallos de las plantas valiosísimas, libradas á gran costa de los rigores del tremendo sitio; árboles rumorosos dan sombra y frescura al lugar; corre cantante y alegre un hilillo de agua que á cuenta procede del raudal que alimenta la fábrica, la cual ahora sirve de albergue al ejército, mientras están parados los husos, telares, diablos y demás ingenios que en otros días comunicaban vida y animación al caserío. Dos músicas militares que parecen puestas adrede para alborotar y meter ruido, acometen con varia fortuna trozos de música popular. triste y voluptuosa; de música de zarzuela, retozona y provocativa; de música italiana, llena de frases dramáticas que los entendidos repiten trayendo á la memoria las gracias de tal ó cual tiple ó los meneos de tal ó cual tenorino ó barítono.

MAXIMILIANO, AGNES, SALM, ESCOBEDO, VILLANUEVA, UN OFICIAL.

OFICIAL

(Dirigiéndose á Escobedo.)

Mi general, llegan en este momento los prisioneros á quien usted permitió venir acá...

ESCOBEDO

¡Ah, sí! Maximiliano y sus acompañantes... Que pasen...

MAXIMILIANO

(Tiende las manos al general vencedor con aspecto de inconsciencia que nadie habría esperado; el general le presenta la suya con aspecto ceremonioso y como deseando evitar efusiones. La conversación es al principio muy penosa, porque nadie se da maña de llegar al asunto que la provocó. Al fin Maximiliano dice á Escobedo que tiene algo que comunicarle; se retiran uno y otro por una calle de árboles que se abre á la derecha del lugar en que había empezado la conferencia.)

Celebro en el alma tener oportunidad de conversar con vos para haceros presente...

(La conversación se interrumpe por el ruido de dos músicas, que unido al del agua que pasa cantante y alegre y al de los ladridos de los dos perrillos, *Jimmy* y *Babby,* impiden escuchar cualquier cosa que no sea una fantasía de la *Gazza-ladra* enzarzada en tenacísima disputa con un jarabe tapatío que hace rugir de entusiasmo á los guerrilleros, que escuchan el baile nacional con las lágrimas en los ojos, y

con los ladridos de los canecillos que retozando se atraviesan por las largas piernas de los interlocutores. En medio de aquella horrible polifonía, se percibe que Maximiliano dice: «Mi mayor deseo es tener una conferencia con don Benito Juárez... ir á San Luis... el bienestar de México... Me conformo... Lo que mandé suplicar por medio de... claro que llevaba mis poderes... hizo usted bien en aceptarle; era comisionado mío... Tuxpan ó Veracruz, me es indiferente... Puebla, Veracruz y México se rendirán... Claro que no volveré... todo cuanto arreglemos será sancionado por.. la reina Victoria es mi prima, el rey de las dos Sicilias... El rey de Prusia... Seguridad, seguridad absoluta... Los Estados Unidos... Ya telegrafié á mi familia: «Preso, pero guardándoseme las consideraciones que á los prisioneros de guerra acuerdan las naciones civilizadas»... Siguen hablando largo rato y al fin se separan, Maximiliano abatido, descorazonado. Escobedo cortés, serio y seguro de su papel.)

ESCOBEDO

Los términos de la ley son angustiados; pero dentro de ellos puede usted intentar cuanto convenga á su derecho... No habrá taxativas en la defensa; usted es muy dueño de nombrar los abogados que desee, y con decir media palabra...

MAXIMILIANO

¡Oh, no! defensores, abogados ¿para qué? Yo soy bastante abogado para no necesitar que nadie haga mis veces... Tengo un argumento espléndido, que no hay manera de combatir: la incompetencia del tribunal... ¡Un tribunal de militares para juzgar á un emperador!...

Además, yo dejé depositada mi abdicación en poder de Lacunza, y en el caso de caer herido ó prisionero.... Mandé á don Antonio García...

ESCOBEDO

(Impaciente y deseoso de dar término á aquella penosa entrevista.)

Usted hará valer todos los argumentos que posea ante el tribunal que ha de juzgarle...

MAXIMILIANO

Y dudo que puedan hallarme la juntura de la loriga... Incompetencia, y depósito del documento en que está contenida mi abdicación... Ya no era emperador en el momento de mi captura... ¿Qué os parece, general?...

(Se incorpora á los Salm, que están en unión del coronel Villanueva y que al parecer le esperan impacientes; da la mano á Escobedo y llega á la prisión conducido por el magnífico carruaje del señor Rubio, que está á la puerta de la fábrica. Guarda silencio algunos instantes y al fin se queja delante de sus amigos y del coronel Villanueva, á quien apenas conoce.)

Decididamente se acerca el día de la reivindicación. ¡Ah, señores republicanos, señores republicanos! ¡mucho sabéis, mucho podéis, mucho tratáis de hacer; pero no lograréis engañarme á mí, que tiempo hace os conozco de

cara y mañas!... Habéis de estar entendidos de que, en vez de que Escobedo me esperara, como era razón, compungido y lleno de temor, me aguardaba, por el contrario, repleto de orgullo y con un tonillo autoritario que daba grima. Empezó por decirme que el *Supremo Gobierno,* así, recalcado, con mayúsculas; se le conocía que así le mencionaba solamente en la manera con que le decía... había tenido á bien disponer que se me juzgara... ¡Figuraos si habían de hacerme impresión tales noticias, cuando de lo que yo estoy más ansioso es de entrar en debate, de polemiquear, de persuadir á quien quiera oirlo de que soy el legítimo monarca de este país y que se comete la mayor villanía del mundo!...

SALM

¿Pero ha reflexionado Vuestra Majestad en las consecuencias que puede traer el tal juicio? Vejarán á Vuestra Majestad y quizás... no quiero ni pensarlo... harán la farsa de una condenación á muerte para que, humillado el Emperador, se crea que la República ha sido magnánima con él otorgándole la vida...

MAXIMILIANO

Dejadles, Salm, dejadles, que en nada nos perjudican

las ceremonias con que estos descamisados quieren darse importancia... Dejadles...

AGNES

Yo, Sire, todo lo temo de estos bebedores de sangre... están como niño con zapatos nuevos por vuestra captura, y harán todo lo posible por humillaros... No les conocéis tan bien como yo, Sire...

MAXIMILIANO

Tengo datos para creer que os engaña el cariño que me tenéis, amigos. Le pedí á Escobedo que me mudara de prisión, porque la que tengo es muy poco higiénica, y en el acto accedió mostrándose deferente con mi deseo...

VILLANUEVA

(Que ha salido un instante, vuelve al cabo de poco rato acompañado de un piquete de tropa y dice al Emperador:)

Está dispuesta la tropa que ha de acompañar á usted á la nueva prisión que se le destina...

MAXIMILIANO

¿Lo veis? Todo es que manifieste un deseo, para que se cumpla en seguida...

(A Villanueva.)

Estoy listo...

(Sale acompañado del coronel y seguido por la escolta. Como Salm no está comprendido en la categoría de los que deben ocupar la n[illegible] cárcel, se le deja en Teresitas, y con el Emperador van solame[illegible] Princesa y su médico, que no llega á hablar durante la escena. [illegible] trayecto se detienen á ver al preso numerosos transeuntes que salud[illegible] á Maximiliano y le dan muestras del interés que por él sienten. Maximiliano dice á Villanueva con su acostumbrada volubilidad:)

Ya lo veis, mi buen pueblo de mi leal ciudad de Querétaro, me sigue y aclama como en los mejores días de mi grandeza... ¡Bendito sea este pueblo generoso que así busca al triste y al infeliz!... No le olvidaré, y podéis contar con que he de cumplir mi promesa de regalar á la iglesia de la Cruz, la soberbia custodia de oro y brillantes que le ofrecí en un momento de apuro... ¡Ya veréis qué joya, ya veréis!...

VILLANUEVA

(Baja del carruaje frente al convento de las Capuchinas, sube la escalera y se detiene ante una celda custodiada por tres soldados. A Maximiliano:)

Esta es la prisión de usted...

MAXIMILIANO

¿Mi prisión? Pero, debéis de estar equivocado... Esto



— Esta es la prisión de usted...

no puede ser la prisión de un emperador... Esto es un cementerio...

(Al entrar ve que las patrullas se han doblado, que retenes de veinte en veinte hombres, pasan á cada momento por los ambulatorios y que están á su puerta varios centinelas que se remudan después de cambiar santo y seña. El Emperador no alcanza que tales cosas significan que se le considera como un prisionero especial y exclama dirigiéndose á la Princesa:)

¡Ved qué alarde de fuerza! Bien se conoce que han cogido miedo; sienten que el león empieza á agitarse en su jaula... Pero no importan sus vanos alardes; yo bien sé lo que esto significa; el propósito de hacer más solemne la gracia, ó el de conseguir que se les dé una indemnización de acuerdo con la importancia de la presa que sueltan... Estos republicanos viven al día y hay que satisfacerles el hambre...

AGNES

Es un cementerio en que sólo faltan los cadáveres... Hasta ataúdes hay aglomerados...

MAXIMILIANO

¡Esto no puede ser sino una broma, sino una equivocación!... una horrible equivocación...

AGNES

Voy á arreglarlo con Escobedo.

ESCENA TERCERA

AGNES, VILLANUEVA, BASCH, que llega á reunirse con su amo.

AGNES

(Con la voz temblorosa.)

¿Verdad que tiene razón el Emperador? ¿Verdad que se trata de una equivocación, de una tremenda y desastrosa equivocación?...

VILLANUEVA

No lo creo así, señora.

AGNES

De manera que Su Majestad...

VILLANUEVA

El Archiduque... no lo sé... pero en mi opinión, será fusilado...

AGNES

¡Pero este hombre está loco, este hombre no rige bien de las entendederas!... ¡El Emperador fusilado, el Empe-

rador sufriendo males, el Emperador expuesto á comparecer ante un tribunal de sus enemigos; eso no puede ser, eso no debe ser!...

VILLANUEVA

Tal vez me equivoque, pero...

AGNES

Pero si Su Majestad se obliga á no volver á pisar más el territorio mexicano, si Su Majestad dará seguridades de que no tiene pretensiones al trono de este país...

VILLANUEVA

¿Y si vuelve?...

BASCH

(Trabucando las palabras y con un fortísimo acento gutural.)

¡Como si se sintieran tantas ganas de volver al país de ustedes!... Yo, por lo menos, por acá no volveré, ni siquiera la cabeza...

AGNES

De manera que el Emperador... ¿Y qué debo hacer para evitar esa atrocidad?

VILLANUEVA

Todo, desde el ruego al Presidente, hasta procurar la fuga de Maximiliano...

ESCENA CUARTA

Salón de espera del palacio del Gobierno federal en San Luis Potosí. Se hallan sentadas frente á frente la Princesa y Josefina Ubiarco. La primera luce una toilette primaveral, sombrero de color de rosa, falda blanca de seda finísima, guantes claros, *babolets* color de crema, zapatos del color del traje y medias rosa. La viuda de Jecker lleva velo negro tupidísimo y está trajeada como para una recepción palaciega. Las dos damas se miran al sesgo y parecen destrozarse in mente.

AGNES, JOSEFINA, el ministro IGLESIAS.

JOSEFINA

¿Y quién será esta *cocotte?* ¿Y qué vendrá á hacer por aquí? ¡Vaya que en estas oficinas tiene uno singulares encuentros!... De seguro vienen á quitar el tiempo al Ministro, á entretenerle con majaderías y á ponérmele de mal humor... Si yo pudiera saber qué busca semejante pécora...

AGNES

(También dice para sí.)

¡Vaya una figurilla de señora!... Parece la hechicera del *Trovador*... Va á hablarle á Iglesias de algún asunto

de bienes nacionalizados, y, como si lo viera, le va á entretener tanto, que no va á haber tiempo para que yo diga



media palabra... ¡La maldita vieja!... Porque vieja ha de ser, que ni duda cabe; si no, no se tapara tanto el palmito... Y como todavía le queda el cuerpo capaz de aluci-

nar apretado por la cotilla y atormentado por las ballenas, se decide á hacer la dama misteriosa...

(Se abre la puerta y aparece un criado que dice en voz alta:)

El señor Ministro está en su despacho, y les ruega á ustedes se sirvan pasar...

(Las dos damas se sorprenden de que se las haga entrar reunidas, pues cada cual por su parte desearía ser quien monopolizara la atención del ocupado magnate.)

IGLESIAS

Me dicen que ustedes desean hablarme acerca de un asunto que parece les interesa mucho... Según creo vienen en diputación...

JOSEFINA

(Descubriéndose.)

Pepe, buenos días.

IGLESIAS

(Sorprendido.)

Señora Ubiarco, buenos días... Ignoraba que fuera una antigua amiga la que venía á hablarme... ¿Acompaña usted á la señora, ó ella acompaña á usted?

AGNES

No, señor Ministro, no; la señora viene por su cuenta y yo traigo negocio aparte... Ya usted sabe, el negocio del proceso del Emperador...

IGLESIAS

¡Ah, sí, el proceso de Maximiliano!

JOSEFINA

Parecido es mi asunto: deseo obtener seguridades del Gobierno, acerca de los prisioneros de guerra que acaban de coger en Querétaro...

IGLESIAS

(Evadiendo el tratar directamente de un asunto que se conoce le preocupa más de la cuenta.)

La resolución del Gobierno acerca de los prisioneros de guerra no tardará en saberse; en cuanto al Archiduque... ya usted lo sabrá, el Gobierno ha dispuesto que se le sujete á juicio. Del tribunal que le ha de juzgar depende la resolución de este grave asunto. Mientras el

Consejo de guerra no decida, nada podrá hacer el Gobierno...

AGNES

(Con fuego.)

Pero ¿acaso á un Emperador, á un hombre á quien la nación ha llamado con voces de delirio, se le puede juzgar como á un subteniente que falta á la revista? De los miembros designados para el Consejo, algunos hay que no saben leer siquiera...

IGLESIAS

(Sonriendo.)

Debe de haber exageración en eso, señora; seguro estoy de que el cuartel general ha procedido con arreglo á la ley y...

AGNES

Pero esa ley es una ley monstruosa...

IGLESIAS

(Con suave sonrisa.)

Yo sólo sé, señora, que es una ley preexistente y aplicable al caso.

AGNES

Señor Ministro, ¿y no podría ver al Presidente?

IGLESIAS

Claro que puede usted verle y que le puede exponer cuanto desee; pero es menester prevenirle.

(Sale Iglesias.)

AGNES

¡Dios mío, si estas diligencias sirvieran de algo, si aliviaran un poco la suerte del Emperador, si llegaran á salvar su vida!...

(Dirigiéndose á Josefina:)

¿Qué opina, señora, debemos abrigar alguna esperanza?

JOSEFINA

(Pesimista.)

¿Esperanza? Yo abrigo poquísima; pero hay que luchar aunque sea sin esperanza de salir adelante... ¡Quién sabe lo que el tiempo dé de sí, quién sabe lo que se vean obligados á conceder estos republicanos, ahora empeñados en su tarea de derramar sangre humana!...

AGNES

Pues no es precisamente el optimismo; la nota predominante de usted... Dada la amistad que á usted le demuestra Iglesias, y la privanza que usted parece tener con él, será una lástima que no las aproveche en favor del Emperador...

JOSEFINA

Les conozco, señora Princesa, les conozco, y sé que por buena voluntad que tenga uno de ellos en favor mío, no logrará hacer ni hará nada que valga dos cominos... Tratan ante todo de cumplir lo que llaman su deber, de cubrir su responsabilidad ante el mundo, de llamar la atención, y á eso sacrifican todas las consideraciones de amistad y de familia que se les pudieran ofrecer... Figúrese usted; darse el gustazo de matar á un Emperador... á un descendiente de cien reyes, como ellos dicen...

AGNES

Eso no lo intentarán nunca, y menos lo harán...

JOSEFINA

Lo intentarán y lo harán, vive Dios; ya verá usted...

ESCENA QUINTA

Despacho del Presidente Juárez, en el salón del Congreso de la ciudad de San Luis. AGNES, JOSEFINA, JUÁREZ, IGLESIAS.

El Presidente Juárez sale por la puerta del fondo con el mismo aspecto sereno y tranquilo que le caracterizó durante toda su vida: está vestido con escrupulosa corrección y saluda con urbanidad á las dos señoras. Josefina se adelanta á saludarle queriendo quizás recordarle la ocasión en que ocurrió al palacio de México con objeto de sobornarle; pero Juárez no la reconoce ó no quiere reconocerla. Agnes, con las lágrimas en los ojos, acezando, toda vestidita de miedo y de horror, se acerca á don Benito, y apartando las crenchas de rubios cabellos que la caen al rostro escapándose del sombrerete que le cubre la cabeza, se echa á los pies del Presidente. La Ubiarco, comprendiendo lo falso y difícil de semejante situación, saca fuerzas de flaqueza y también se arroja á los pies del Presidente, que se manifiesta desagradado de aquella teatralería tan ajena á sus gustos y á sus inclinaciones.

JUÁREZ

(Retirándose con prisa al ver que la Princesa recorre de rodillas una buena parte del salón y trata de abrazarle las piernas.)

¡Señora, por Dios, levántese usted, que no estoy hecho á ver que las damas se arrojen á mis plantas!... No resolveré una palabra en el negocio que la trae á usted ante mí, si antes no se pone en pie...

AGNES

(Con cara y ademanes de Dueña Dolorida.)

No me alzaré, no me alzaré de aquí, señor Presidente,

si antes no me ofrece usted que dará satisfacción á mis pretensiones...

JUÁREZ

Si lo que usted pide es justo, se concederá aunque esté de pie; si es injusto, no lo acordaré, aunque usted permanezca de rodillas un año entero...



JOSEFINA

(Comprendiendo lo violento de la situación, se levanta y á poco la imita la vehemente y romántica Agnes.)

Señor Presidente, nosotras, separadamente y sin que tengamos nada común, venimos á alegar ante usted en

pro de un mismo asunto: la señora procura que se acuerden al Emperador todas las garantías posibles, y yo vengo á pedir que no se cometa una serie de asesinatos en las personas de todos los infelices prisioneros...

JUÁREZ

(Frunciendo el ceño.)

¿Y quién conoce las intenciones del Gobierno para asegurar el destino que se dará á los prisioneros?

JOSEFINA

Señor, lo que se dice en Querétaro...

JUÁREZ

¿Y qué es lo que se dice en Querétaro?

JOSEFINA

Que se matará á todos, absolutamente todos los prisioneros, inclusive á los enfermos, inclusive á los que no tomaron parte en las operaciones del sitio, inclusive á los que se están muriendo en el hospital...

JUÁREZ

Y usted ¿ha dado crédito á semejantes patrañas?... ¿Por quién toma usted á los republicanos?

JOSEFINA

Los tomo por vencedores que, engreídos con su triunfo, pueden querer hacer algo que pugne con los dictados de la humanidad, con los dictados de la razón y con...

JUÁREZ

Puede usted contar con que si la República se ve precisada á hacer escarmientos, nunca tendrá necesidad de ser cruel, ni salvaje, ni inhumana. No puedo decir el castigo que se aplicará á los oficiales inferiores por quien al parecer viene á abogar usted; pero sí le aseguro que distará mucho lo que suceda de lo que piensan usted y las gentes como usted...

AGNES

Señor Presidente, contra lo que era de esperarse, contra lo que mandan la razón y la humanidad y el buen sentido, se ha mandado procesar al Emperador... Ese proceso, diré mejor, esa condenación inicua, irritante, inmo-

tivada, irracional, le pido á usted que no se ejecute... ¡Qué vergüenza, qué mala vergüenza para este país si tuviera que soportar sobre sí la sangre de un justo!...

JUÁREZ

(Que encuentra oportunidad de meter baza en un intervalo que le deja aquel torbellino de palabras, dice con calma:)

¿Y qué habla usted ahí de condenación y de sangre de inocentes, si no se conoce aún la resolución del tribunal?

AGNES

Señor Juárez, el Emperador fué llamado por la nación, fué arrancado de su retiro, fué engañado por los hombres del partido conservador que le aseguraron que la nación le llamaba... Consultó su aceptación con jurisconsultos ingleses, que le demostraron era el elegido del pueblo y el llamado de los oprimidos...

JUÁREZ

Esos argumentos se puede exponerles ante el Consejo de guerra, no aquí donde no hay más que extraños á...

AGNES

Pero es el caso que se va á cumplir ya el término que señala esa funesta ley de Enero y...

JUÁREZ

En efecto, está para terminar ese plazo y pronto se conocerá la resolución del Tribunal.

AGNES

¿Y se fusilará al Emperador por el dictamen de media docena de analfabetos, sin figura de juicio, sin defensa, sin las formalidades que se conceden á un ladrón de caminos?

JUÁREZ

La ley es terminante y no deja lugar á interpretaciones.

AGNES

¡Siquiera una prórroga, señor Presidente, una prórroga para que se le defienda, para que se le juzgue con relativa calma!... El mundo, señor Presidente, está pendiente de la conducta del Gobierno y del pueblo mexicanos; ahora es

la oportunidad de que el país siente fama de civilizado, de que pruebe que son consejas las que circulan acerca de su pretendido salvajismo, de su mala voluntad á las fórmulas que imperan entre las naciones cultas... ¡Una prórroga, señor, una prórroga aunque sea de unos cuantos días!

JUÁREZ

Siento mucho que la ley me impida hacer lo que usted desea...

AGNES

(Mesándose los cabellos, que parecen hebras de oro fino heridas por un sol primaveral esplendoroso.)

¡Señor Presidente, eso es horrible, eso es atroz, eso — permítame usted que lo diga — es monstruoso!... Una prórroga, señor...

JUÁREZ

(Deniega de nuevo; el Ministro Iglesias, acompaña hasta la puerta de la estancia á las peticionarias, que se despiden del Presidente con grandes extremos de cortesía.

Josefina sigue hablando al Ministro teniendo las manos entre las suyas, y le ruega haga los imposibles por salir adelante.)

AGNES

A las cinco me restituyo á Querétaro; á esa hora ven-

dré á ver si se ha concedido la prórroga... Haga usted cuanto pueda, señor Iglesias.

(Iglesias, sin prometer nada, ofrece hablar al Presidente.)

AGNES

En usted confío, señor Ministro, en usted confío. Trabaje usted... su cara de hombre bondadoso me está diciendo que se interesará por un desgraciado.

JOSEFINA

Sí, Pepe, sí, trabaje usted...

ESCENA SEXTA

El Ministro Iglesias, Josefina, Agnes.

IGLESIAS

(Poniendo un papel en manos de la Princesa.)

Aquí está, señora, la orden para que Escobedo prorrogue los términos de la ley del 25 de Enero, y para que los reos disfruten de tiempo y garantías para preparar sus defensas...

AGNES

(Queriendo besar las manos del Ministro, que las hurta avergonzado de aquella efusión con que no había contado.)

¡Oh, señor Ministro! ¿Con qué pagarle sus bondades? ¡Déjeme besar las manos que han escrito palabras de cristiandad, de amor al prójimo, de humanidad!... Usted no es un tigre carnicero...

IGLESIAS

¡Por Dios, señora, no es para tanto, no es para tanto!... Usted se ha empeñado en que, entre los republicanos, habemos ángeles y demonios, y su buen corazón me inviste á mí con las cualidades que piensa...

JOSEFINA

¡Este Pepe! Siempre el doctor Modesto...

IGLESIAS

(Queriendo evitar las manifestaciones de agradecimiento.)

A propósito, ¿no me dijeron ustedes que pensaban tomar la diligencia de hoy? Apenas hay tiempo... La

orden se transmitió á Escobedo por telégrafo, y es seguro que la obedecerá; pero hay que contar con las dilaciones...

JOSEFINA

Vámonos, Princesa...

AGNES

Corramos, señora Ubiarco...

(Salen las dos damas; el Ministro se entra á su gabinete celebrando haber, por aquel día, escapado de un par de locas sueltas.)

ESCENA SÉPTIMA

Prisión en las Capuchinas de Querétaro. El Emperador duerme des cuidado, cuando le anuncian la llegada de la Princesa y de Josefina Ubiarco; S. M. ordena que ambas señoras pasen inmediatamente, y entran con el vestido destrozado, los cabellos alborotados y sin aliño, el calzado hecho jirones, enlodadas, sucias y con aspecto de quien ha andado muchas leguas en noche tempestuosa y por caminos golondrinescos. El Emperador se conmueve al ver tamaño estrago y, sin poderlo remediar, abraza á las dos intrépidas amazonas y les besa las sendas manos con caballeresco ardor.

AGNES

¡Ay, vengo sofocada, vengo difunta!... ¡Ay de mí!...

(Cae desmayada en brazos del Emperador, que la acorre con un pomo de sales.)



—¡Ay de mí!... (Cae desmayada en brazos del Emperador...)

MAXIMILIANO

¡Princesa, princesa, por Dios!... ¡Agnes, Agnes!

(Le da á oler el pomo de sales.)

JOSEFINA

Sire, buenas noticias; Juárez se humaniza, Juárez se decide á...

MAXIMILIANO

(Que tiene en las manos el pomo de sales con que va á atender á la Princesa, deja caer éste y abandona el cuidado de la accidentada.)

¿Qué dice usted, señora?... Mire que hacer concebir esperanzas...

AGNES

(Volviendo del desmayo en que yacía, dice con voz aflautada:)

Se trata de una prórroga, de una simple prórroga... Se puede nombrar defensores.

MAXIMILIANO

¡Ah, sí, ya comprendo, ya me doy cuenta!...

(Deposita á la Princesa en una silla de paja y se limpia el sudor con un pañuelo de seda.)

ESCENA OCTAVA

Hospital de Querétaro, que por cierto presenta ya un aspecto menos sórdido y desaseado que el que tenía en los días que antecedieron á la caída de la plaza. Los enfermos reposan ya en colchones nuevos y limpios, y se ven penetrar por las puertas, las pruebas palpables de la transformación recién operada en la forma grata de calderos llenos de sopa, de hilas blanquísimas, de teleras de caliente y sabroso pan y de ungüentos recién preparados de acuerdo con el Códex más exigente. Reposan en los catres muchos enfermos que, á pesar de sus caras entrapajadas, de sus brazos en cabestrillo y de sus cabezas llenas de vendas en cruz, charlan entre sí ó con las madres de servicio, que entran difundiendo alegría con sus cornetas limpias, albeantes y trascendiendo á sol y á gloria. Sólo hay un rincón triste, y del cual parten quejidos dolorosos que parecen los que se escuchan en la gehena en que ni el gusano muere ni se apaga el fuego; es el rincón en que Aquiles Lapierre está á punto de dar las boqueadas — y lo demuestra así que los médicos de la sala ya no le recetan cosa ni se dan cuenta de su estado. En otra descansa, pero de manera muy distinta que le vimos, Quiroz ó Kirotzki, como en realidad se llama. Es guapo mozo, de cara dulce y franca, de ojos grandes, azules y melancólicos, de esos ojos que parecen estar deplorando haber abandonado para siempre las regiones de luz y de ventura en que quizás lucieran. La barba es fina, rubia y corta; parece la hierbecilla seca por el contacto del sol ardiente y formidable. El color es blanco, pero no del blanco insolente que tiene la tez de los sajones, sino pálido, clorótico, desmedrado, lleno de transparencias marfilinas y de amarillez de cirio. Quiroz, que está sentado en la cama, luciendo un gentil morrión de trapos blancos que le da no sé qué aspecto morisco, habla con varios oficiales que se ríen de lo salado de sus ocurrencias y de la media lengua en que las cuenta. Se conoce que le han puesto de buen humor el caldito refrigerante que le acaban de traer con ración cumplida de pan de munición, moreno y tosco, pero de buena harina flor. Le han dado también un vasito de vino de uva del llamado de celebrar y un alón de pollo de los primeros que entraron á la plaza después del sitio, pues no está completamente ave-

riguado que el alón de que le habló Josefina en una de las escenas últimas de la jornada segunda, haya sido auténtico y no de los de madera que se usan en las guardarropías de teatro.

KIROTZKI, se halla sentado dialogando en malísimo español (que aquí no se pone con sus puntos y comas, porque está alejado cien leguas de toda notación humana) con muchos oficiales que celebran las gracias del convaleciente y su franco alivio. Entra JOSEFINA, cuando ve sentados cerca de la cama á OLIVOS, BRAMBILA y otros jefes y oficiales.

JOSEFINA

(Santiguándose.)

¡Dios mío, qué horror! Ya le tienen declarando ante ese tribunal revolucionario, y él, ignorante de la lengua, va á confesar no sé cuántas cosas que le comprometan y comprometan á sus amigos y conmilitones...

KIROTZKI

Ya lo creo que le quiero; le quiero, le admiro y le respeto; un hombre á carta cabal, un hombre que merecería mandar un pueblo como el polaco, amante de sus libertades, en que no haya muerto «del antiguo valor la memoria»...

JOSEFINA

¡María Santísima; está echando por la cabeza á Su Majestad! ¿Qué ha de pensar el pobre, sino que Maximi-

liano es el gobernante más excelso que hayan sombreado solios?...

KIROTZKI

¡Qué vida la suya; dedicada toda á favorecer inocentes, á amparar viudas y á hacer la grandeza de su patria!...

JOSEFINA

Lo dicho; está haciendo el caldo gordo á los malditos republicanos... Yo voy á advertirle...

(Avanzando y poniéndose en medio del grupo.)

Señor Quiroz, le advierto que se halla en medio de sus enemigos... No responda á nada, porque no debe responder... Le excusa su desconocimiento del idioma... Yo le serviré de intérprete...

KIROTZKI

¡Oh, la señora, bendita sea! No sabe cómo celebro poder decirle lo agradecido que estoy... Me hallo entre puros amigos...

JOSEFINA

¡El pobrecillo! se figura que son sus amigos estos bebedores de sangre, estos desalmados que encabeza el bri-

bón más desorejado del planeta... ¡Ah, Miguel, Miguelillo, quién había de haber dicho que!...

VILLANUEVA

(Cortés y obsequioso.)

Pero, siéntese usted, señora... Quizás tenga usted que hablar á solas con este grandísimo tunante; nosotros no tardamos en despejar.

OLIVOS

(Con formalidad fingida.)

Continúe usted sus deposiciones, reo Kirotzki...

KIROTZKI

(Sin hacer caso de la interrupción, vuelve á tomar un asunto en que se ocupaba con placer singularísimo.)

Ahora tiene cuarenta años; nació el año 27...

JOSEFINA

Desvaría aún; no nació el 27, sino el 32... Todavía siente los efectos de ese horrible balazo que le postró en cama...

KIROTZKI

Fué el menor de sus cinco hermanos...

JOSEFINA

¿Cinco hermanos? Nunca he oído decir semejante

cosa... El Emperador es el mayor, y los príncipes Carlos Luis y Luis Francisco son menores que Su Majestad... Quizás se trate de niños malogrados...

KIROTZKI

Creció libremente, en medio de la alegría y el buen humor; los ejemplos de su casa y su propia inclinación le llevaban á las aventuras arriesgadas, á los largos viajes, á las excursiones por terrenos en que podía correr todas las aventuras del mundo, ya combatiendo contra bandidos, ya penetrando en comarcas abruptas y salvajes en que...

JOSEFINA

Ya lo creo; va á referirnos el viaje á la Albania, el que emprendió al Brasil, el de...

KIROTZKI

Gustaba del juego, de las chicas guapas, era pendenciero y las aventuras le seducían más de la cuenta...

JOSEFINA

¿Conque jugador, eh? Pues no lo sabía; palabra que no lo sabía...

KIROTZKI

Por eso escogió el oficio más peligroso, el más ocasionado á divertirse en grande...

JOSEFINA

Sí, el oficio de marino...

KIROTZKI

La arriería, en que un mozo de prendas puede hacer un capital cuando se lo propone, no sin darles vuelo á su afición por los deportes y á su gusto por la vida alegre...

JOSEFINA

¿Arriero, Maximiliano? O este desgraciado está loco, ó está tomándoles el pelo á sus jueces...

KIROTZKI

En todo el distrito de Galeana no había muchacho más arrestado, más valiente, más resuelto, más listo y más capaz de beber una copa de vino, de bailar un zapateado ó de disparar media docena de tiros á una partida de indios salvajes que Mariano Escobedo...

JOSEFINA

¿Conque habla de Escobedo? ¿Y qué tiene que darles cuenta á semejantes desalmados de las hazañas del ranchérón ese?... Cualquiera hubiera creído que se refería al Emperador, su jefe, su amigo, el que le ha llenado de distinciones, el que le acordó su confianza, el que...

KIROTZKI

Al declarar los americanos su injusta guerra á México, Escobedo salió á combatir á favor de su patria, y sólo el restablecimiento de la paz le hizo dejar las armas que había empuñado con tanto brío. En la revolución que sobrevino luego de proclamarse el plan de Ayutla, Escobedo se echó de nuevo al campo, y son famosas todavía en su rumbo la correteada que le dió al general Cruz y la manera con que le echó del territorio de Coahuila... Luego se dirigió á Monterrey para incorporarse con las fuerzas de Vidaurri, que fué quien le ascendió á comandante de batallón. Pero lo que Escobedo deseaba era combatir con los eternos enemigos del ranchero fronterizo. Mentira parece; pero con cuarenta hombres consiguió derrotar á ciento veinte comanches en San Antonio de los Alazanes... Lo que dió la norma á su decisión fué el combate que sostuvo contra don Juan José de la Garza, que llevaba dos mil soldados de Tamaulipas, y fué detenido por doscientos de Escobedo en Loma Larga; los hombres de don Mariano quedaron reducidos á sesenta, y sólo cuando no era ya posible batirse con probabilidades de éxito, el jefe se retiró sin que nadie le hostilizara... Poco después, con cien de su tropa, derrotó á quinientos é hizo prisionero al general contrario... Pasó luego al centro de la República, como jefe de los famosos tagarnos que tanto

pesaron en los destinos de México durante la guerra de los tres años. Peleó valientemente en el primer sitio de Guadalajara, en Atenquique, en Santa Anita y en las garitas de México, siendo el instigador de aquella sublime locura que dió por resultado una gran derrota, pero también la convicción de que los liberales, tan despreciados, eran capaces de acometer empresas de verdadero empeño... Cuando Vidaurri, envidioso de Degollado y queriendo quitarle el mando, determinó destituirle como respuesta á la orden de prisión que había dado el jefe del ejército, Escobedo fué comisionado para capturar al gran jefe liberal; el buen sentido y la lealtad de Escobedo le evitaron el caer en esa deslealtad y el cometer esa infamia... Los disturbios interiores de Nuevo León le hicieron contender con Quiroga, jefe famoso de caballerías y brazo derecho de don Santiago Vidaurri — dicen que es su hijo; — Escobedo le derrotó en un encuentro en que, con cien hombres, hizo pedazos á los setecientos del canallón ese, que esperamos en Dios caerá en manos de los nuestros en México... Cuando lo de Calpulalpam, Mejía, que iba derrotado como Miramón, pero con mayores elementos de guerra que éste, sitió á don Mariano en Río Verde; el jefe contaba con que no podía defenderse con los trescientos y pico de hombres que tenía á sus órdenes; pero como no llevaba orden de retirarse, se dejó sitiar hasta que su tropa se redujo á la tercera parte y él cayó

prisionero; Márquez tenía empeño en que se le fusilara; pero mayor empeño tomó Mejía en salvarle, como lo hizo... La intervención le encontró coronel, y con ese carácter concurrió á la batalla del cinco de Mayo y al sitio de Puebla, donde se portó con inaudita bizarría, embistiendo al enemigo á la bayoneta calada y haciéndole grandes destrozos en el memorable punto de Santa Inés... Cayó prisionero en la rendición de la heroica, y fué conducido preso á Orizaba, de donde logró evadirse viniendo hasta México... Su campaña en el Norte del país, todos ustedes la han visto; desde la pérdida de la batalla de Majoma el alma de la defensa en el Norte fué Escobedo, que en unión de Treviño, de Naranjo, de Viezca, de Martínez, de tantos jefes sufridos y valientes contribuyó á los golpes que por allá llevó el imperio, hasta que la batalla de Santa Gertrudis y la rendición de Matamoros permitieron á los nuestros gallear un poco y demostrar qué era lo que podían. Hoy se encuentra Escobedo al frente del mayor grupo organizado de hombres que haya existido desde que México vive por sí, y su conducta inteligente, grave, humanitaria, y á la altura de su misión, demuestra que cuantos le hemos creído un grande hombre no hemos estado equivocados. Es sobrio, valiente, honrado y fanático por las prácticas democráticas. Su placer mayor sería que una vez concluída esta contienda se le concediera una porción de terrenos que explotar, y retirarse á ellos en

unión de sus compañeros de armas para fundar en su compañía una colonia de labradores honrados que sirvieran á la nación en las tareas pacíficas, ya que tan bien la ayudaron en las belicosas... No es Escobedo un hombre de ciencia ni un orador; pero gusta en extremo de discutir acerca de las teorías liberales y de la práctica de la democracia, y entonces suele excitarse y ser sobria y noblemente elocuente... Es inflexible en la disciplina, austero y frío en el ejercicio del mando; mas cuando se encuentra con sus amigos es el más atento, el más servicial, el más noble y el más tierno de los hombres...

JOSEFINA

(Para sí.)

No sabía que fuera tan grande este santo á la jineta, ni que estuviera en olor de canonización un ranchero tan feo y tan ordinario... Vivir para ver...

KIROTZKI

Pero ya he hablado demasiado; déjenme un poco, denme un poquito de tenme allá...

(Salen los oficiales encabezados por Olivos y Villanueva, que se retiran haciendo catálogos sobre la limpieza de la amistad que une á Josefina y á su protegido.)

JOSEFINA

¡Y pensar que yo le había tomado á usted por un im-

perialista de clavo pasado! ¿Conque es republicano y admirador de Escobedo?

KIROTZKI



Tres años tengo á su lado, y de su mano he recibido los despachos desde sargento hasta comandante de batallón... amén de muchas reprimendas y de un gran número de castigos...

JOSEFINA

(Con amargura.)

Usted está en la verde; se encuentra entre los vencedores... Yo...

(Con súbito é inesperado arranque.)

Me consagraré á los vencidos, á los presos; buscaré manera de salvar al Emperador, ya que no tengo para que salvarle á usted...

KIROTZKI

(Galante.)

Y á mí, á mí, que sufro ahora en una prisión muy

más dura que la prisión en que el Emperador yace, ¿me deja usted aherrojado y entre cadenas? Sufro por usted, porque la amo...

JOSEFINA

No puede ser; he adoptado una misión superior; salvar al Emperador, consagrarme á su liberación...

KIROTZKI

Yo también me consagro con usted á esa tarea sublime; salvaremos al Emperador, y luego...

JOSEFINA

Salvo el Emperador, Dios dirá.

JORNADA IV

La escena representa los lindos alrededores de la ciudad de México: mas ¡qué diferencia entre el panorama que de ordinario se contempla, ora desde lo alto del alcázar de Chapultepec, ya desde las torres de la catedral ó bien desde los collados de la Villa, y el horrible y desolador paisaje que ahora se observa! Los cerros están yermos y pelones, los caminos escuetos, los sembrados heridos por cortaduras repletas de agua y de lodo; muchísimos soldados de á caballo, carros y trenes de artillería, acémilas cargadas *more militare*, vivanderas, soldados y jefes que vigilan ó examinan el campo, hacen creer que México está sufriendo un apretado y riguroso asedio. Pero si las señales dichas y otras que me callo fueran falibles ó estuvieran destituídas de importancia, atestiguarían bastante la situación de la plaza las muchas trincheras que cortan las calles, lo triste y azarado de la población, los numerosos estafetas y ordenanzas que salen á escape en todas direcciones y el estruendo guerrero que por todas partes se escucha. A veces, como si quisieran los señores militares recordarles á los pacíficos habitantes del poblado que se está en tiempo de sitio, se escuchan disparos de cañón, esquitera de fusil, y no falta pacífico transeunte que caiga redondo con algún tiro en la cabeza. Como si fuera un fenómeno insólito, miran los soldados del bando republicano que custodian una de las garitas de la ciudad la aparición de un carruaje con honores de silla de posta que llega por Chapultepec y Tacubaya, y en lenta gradación, recorre el arco de círculo que le separa de la villa de Guadalupe. Por el rumbo de la hacienda de la Escalera el carruaje se mete bajo unos árboles. De seguro que ese es su destino, ó que por lo menos van á hacer larga estada en aquel punto los ocupantes del forlón, pues, como podéis ver con poco examen, quitan las guarniciones á las mulas, ponen á pastar éstas en una manchita de prado vicioso y bien oliente que descubren con cierta dificultad, los cocheros y sotas se tienden á

la bartola, comen un taco y aun es de creer que luego echen una pestañita de sueño.

Mas ¿qué sucedió con los señores que ocupaban el carruajote? Porque los soldados de un puesto republicano aseguran que en el armatoste caminaban por lo menos un hombre y una mujer, por más señas que iban haciéndose cucamonas y cogidos de sus sendos cuerpos como el muérdago y la encina. Mas lo que no pudieron investigar los soldados republicanos lo averiguaron los imperialistas que custodiaban la garita de Vallejo, que vieron entrar mano entre mano nada menos que á nuestra amiga Josefina Ubiarco y al extranjerillo barbilindo que ahora ejerce de caballero sirviente y á quien ya conocemos porque ha hecho la narración de su vida y aventuras. Cuando más entretenidos caminan, la señora lanza un grito destemplado y estridente, grito de persona que acaba de ver un animal ponzoñoso que trata de acometerla. ¿Se le ha aparecido, acaso, la figura de Aquiles Lapierre, como antaño se le apareció en Roma? ¿ha visto acaso á su padrastro ó ha contemplado acaso la faz bonachona de su marido, el difunto Jecker? No es nada de esto; el secreto de su miedo está en que acaba de mirar cómo sale de una zanja de aguas tranquilas ó de sus cercanías un mozo de cara trigueña, nariz afilada, gran bigote, cuerpo delgado, aunque no muy medrado de estatura, y vestido con traje de cocinero ó de vendedor de legumbres.

ESCENA PRIMERA

JOSEFINA, RAMÍREZ DE ARELLANO y KIROTZKI, que no habla, pero ejecuta.

JOSEFINA

¡Por Dios, Manuel, que me ha dado usted un gran susto! ¿quién iba á imaginarse que usted saliera de entre el *chichicastle,* como pato hambriento que se oculta de una *armada?*

RAMÍREZ DE ARELLANO

(Que es el que acaba de brotar de la zanja.)

No creía que me desconocieran mis amigos hasta el punto de que...



JOSEFINA

¡Pero si está usted espantoso, verdaderamente espantoso! Es la figura de un perfecto vendedor de *melao bueno... tome... tome melao, niña...*

ARELLANO

Pues ya usted lo ve; era necesario, por salvar la pelleja, meterme en ese y otros papeles; pero si se consigue lo importante, que es abogar por los pobres presos y abogar con fruto y con éxito, yo me conformo con parecer la mismísima estampa de la herejía.

JOSEFINA

Para que usted me convenza de que en realidad es el gallardo y arrestado Manuel, dígame cómo se salvó de Querétaro, que ya aguardaba saber que de un día á otro le llevaban al palo como al desgraciado Méndez, á quien, según dicen, delató un sastre jorobado que había recibido un chicotazo del general el día de su entrada á Querétaro.

ARELLANO

Eso tiene todo el cariz de las historietas de la *Moral Práctica*. Méndez pereció porque tuvo la ocurrencia de solicitar las de arriba de los republicanos, que después de ofrecerle montes y maravillas le han de haber dado las muestras de su agradecimiento en la forma de cuatro onzas de plomo. Yo velé la noche del catorce de Mayo,

después que me convencí de que no era posible que aceptara Maximiliano nuestro proyecto de romper el sitio. Desperté á la madrugada, cuando la ciudad era ya de los de Escobedo, y me propuse ocultarme antes de que se me descubriera, pues sabía bien que las promesas republicanas, antes y después de las intimaciones que nos dirigieron, eran tortas y pan pintado. Acababa de caer preso en poder de una partida de Sinaloa, que no me conocía ó ignoraba mi grado. Le hablé al capitán, le hablé al alma, con argumentos tan brillantes como positivos, pues le presenté veinte buenos Maximilianos de oro, y á pesar del odio que mi hombre sentía por el usurpador, su efigie le conmovió de tal manera, que ella, en unión de una repetición de oro y brillantes, arreglaron fácilmente el negocio. Corrí á esconderme en una casa del rumbo de la Alameda, y cátense ustedes que el día del fusilamiento de Méndez, á la hora que los chinacates de la peor ralea (León Ugalde, Fragoso y Cantaritos, entre otros) presenciaban el espectáculo, yo estaba dentro, seguro de que les bastaría dar un paso, hacer la más ligera pesquisa, averiguar lo más mínimo, para que todo quedara descubierto y yo fuera á ocupar el lugar de don Ramón. Luego salí de Querétaro, no sin haber escrito al Emperador ofreciéndole mis servicios y haciéndole saber mi escondite. También se lo dí á conocer á Miramón, que me autorizó para agenciar su fuga ó su gracia. Ahora estoy aquí, ocupado

en ver la marcha de la situación y en dársela á Porfirio Díaz, que de seguro no se malicia quién anda en estas tierras.

JOSEFINA

¿Y qué piensa hacer usted?

ARELLANO

Pienso remover cielo y tierra, pienso ver á quien sea necesario, pienso trabajar como león, como asno, como serpiente, como cerdo, como elefante, para conseguir que esto se remedie, ó que por lo menos se salve Miguel Miramón, mi amigo íntimo, mi compañero de colegio, el único hombre de genio, de talento, de honradez, que anda entre la caterva imperialista, el único general que ha parido esta México republicana que ahora le desconoce y hasta finge ignorarle... En cuanto al güero ese... que le muerda un perro.

JOSEFINA

(Distraída.)

Diga, Manuel, ¿y por dónde vamos á entrar?

ARELLANO

Yo sé muy bien por dónde entraremos, porque lo tengo arreglado de antemano: entraremos por San Cosme, que

es el punto que manda Manuel Díaz de Vega, y para eso esperaremos la llegada de la noche, que es la gran protectora...

(Al llegar aquí ve que los nuevos amantes se acarician en sus barbas, y fingiendo no haberse dado cata de ello, sigue impertérrito.)

de crímenes y desafueros...

ESCENA SEGUNDA

Que ocurre en la ciudad de México. Josefina Ubiarco se halla en la casa que en la calle de la cerca de Santo Domingo ocupan Eugenia y los señores Caballeros de los Olivos, sus suegros, pues la muchacha ni por un instante ha querido separarse de ellos. Vosotros que conocéis á la mujer de Miguel decid si no ha mejorado en tercio y quinto. ¡Qué ojos más bellos que esos ojos, qué tez la suya tan nacarada y tan pura, qué boca tan pequeña y tan delicada, y sobre todo, qué cuerpo, urna de amores, recipiente de deleites, muestra de harmonía y de primor! Eugenia está más bella que en Michoacán, que en Sinaloa y en todos los lugares á que la ha llevado su vida aventurera y turbulenta. Los viejos se miran en ella, y no consentirían en que les arrebataran á su Génie ni por todo el oro del mundo. Pero bien pagados que se hallan en su cariño don Germán y doña Lorenza, pues la muchacha les quiere como á las niñas de sus ojos, como de seguro — esto no osa confesárselo ni á sí misma — no quiere ni ha querido nunca á la propia Josefina. Sólo hay alguien que tenga todo su cariño y con quien no ha logrado explicarse, á pesar del tiempo transcurrido y de las cartas insensatas que lleva escritas; ese es Miguel, su cónyuge, que ferido de punta de celos cometió la villanía de sospechar de ella y de injuriarla. Por eso reviste su hermoso rostro, que ha merecido ya ser cantado en octavas bermudinas por poetas que se las prometían felices y que han salido con las manos en la cabeza, á pesar de sus liras y de sus arrestos de hombres superiores; reviste, digo, un tenue velo de melancolía y de tristeza que suele hacerle mucho favor. Acaba de abrazar á su madre, y Josefina.

que nunca ha tenido la debilidad de las expansiones cariñosas ni de los desfogues domésticos, se deja querer cuando su hija le hace mil y una carantoñas y le pregunta por su vida y andanzas. Llega Josefina como suele llegar de ordinario á aquella pobre casa, cuando hay conflicto y el mundo entero se encuentra en vilo á causa nada menos de que el pobre don Germán, que no tiene ni ha tenido nunca en qué caerse muerto, ha sido cotizado en quinientos pesos para el pago de la contribución extraordinaria. ¿Qué tendrá que ver la presencia de la dama de honor con las calamidades de tan honradas personas? Imposible decirlo; pero ello es que no llega nunca Josefina por aquellas puertas sin ser nuncio de hambre, peste ó guerra. La escena empieza en el instante que sale Josefina á parlamentar con un conocido nuestro.

Don Leonardo Márquez, Lugarteniente del Imperio, está alojado en el cuartel de Tlaltelolco y no le concede á alma nacida el derecho de hablar con él, pues teme le vayan á estorbar la realización de sus designios y á pedirle gracias y privilegios que no está dispuesto á acordar á nadie.

Cuando le anuncian á la Ubiarco, celebra su presencia con un «¿qué demonios querrá esta vieja intrigante?» dicho entre dientes y que anuncia las disposiciones con que mirará á la ilustre descendiente de los Bracamontes y de los Guzmanes. Al fin, temeroso de que Josefina vaya á comunicar cosas que deben permanecer ocultas, determina recibirla; pero no para concederle nada, ni siquiera para oirla, sino para prevenirle que si algo revela de lo que pasa con el Emperador y los sitiados de Querétaro, la mandará fusilar, pues hígados le sobran para ordenar que le den cuatro tiros á una mujer. En la escena intervienen MÁRQUEZ, JOSEFINA, QUIROGA y un Oficial.

JOSEFINA

(Que entra con el desparpajo y la frescura que le conocemos é ignora ó finge ignorar que las cosas no caminan lo mejor posible en el mejor de los mundos posibles.)

Señor general, buenos días... Dispense que venga á darle un ratito de conversación, pero...

(Hasta las despachaderas de la invicta Josefina se aplanan y conturban al ver el recibimiento del general, que con cara de vinagre le previene que diga el asunto que la lleva á su chacal presencia, sin indicarle siquiera que se siente en la banqueta de madera que forma lo más lucido del ajuar de la caverna en que la fiera se oculta.)

MÁRQUEZ

(Feroz y con cara de poquísimos amigos. Su ferocidad está más bien que en las palabras que dice, en el gesto con que las pronuncia y en el desdén que demuestra al hablar de vivos y muertos.)

¿En qué puedo servirla, señora?

JOSEFINA

(Atragantándose.)

Es el caso, general, que ha mandado usted que quede preso un amigo mío y algo pariente... pariente, no; pero... El Licenciado Olivos... suegro de mi hija Eugenia... ya usted sabe, la que tuve de mi matrimonio, la de Jecker...

MÁRQUEZ

Pues qué, ¿ha sido usted casada? no lo sabía...

JOSEFINA

(Sintiéndose ofendida con las palabras de don Leonardo empieza á tartamudear y á pedir excusas.)

Sí, sí, señor, casada; pues qué, ¿lo ignoraba? Casada he sido y casada sería si...

MÁRQUEZ

¡Ah, sí, ya sé! Casada fué usted con aquel soplón que trajo Maximiliano, croata, ó turco ó no sé de dónde... Y ese por quien usted viene á abogar ¿no será un viejo loco que se dice espía de los sitiadores y que asegura está en todos los secretos de la gente liberal?...

JOSEFINA

No sé, señor; quizás el pobre licenciado, que no está en sus cabales, que... yo no digo que esté loco, no es que...

MÁRQUEZ

(Asomándose á la puerta de la pieza.)

Capitán, capitán...

(Entra un oficial que lleva los cordones de ayudante.)

Dígame, capitán, ¿no es un tal Caballero de los Olivos el viejo loco que mandé poner en el fortín de la garita de Vallejo?

AYUDANTE

Sí, mi general, y en el fortín está desde las siete de la mañana hasta que Su Excelencia ordene otra cosa...

MÁRQUEZ

Y qué tal, ¿no ha chillado mucho?

AYUDANTE

Mi general, al principio gimió y protestó; pero después, como encontró manera de ocultarse del fuego, ya estuvo más quieto...

MÁRQUEZ

¿Conque encontró manera de ocultarse del fuego? ¡Pues vaya que es curioso!... ¡Bonitos castigos los que yo impongo, que resultan castigos de mojiganga!... Vaya usted á decir que se le coloque en donde, si acaso se necesita y los sitiadores embisten con brío, sea muerto por las balas de sus amigos... ¡Pues no faltaba otra cosa!...

(Sale el ayudante.)

JOSEFINA

De manera, general, que he venido á poner en peor situación á un amigo por quien me interesaba... Señor general, usted no puede dejar sin apoyo á una familia, quitarle á una esposa su esposo, á una hija su padre...

MÁRQUEZ

¿Que no puedo? Vaya si podré... Lo va á ver usted... A propósito, ¿y qué deja usted de nuevo por Querétaro?...

JOSEFINA

Exceptuando la prisión y el juicio del Emperador, no hay cosa que valga la pena...

MÁRQUEZ

Pero usted, me figuro, será lo bastante discreta para no revelar cosas que comprometerán la vida de Maximiliano y la defensa de la plaza de México...

JOSEFINA

Ignoraba que no se pudiera hablar de esas cosas y...

MÁRQUEZ

¿Y ya se despepitó usted con todo el que quiso saber nuevas?... Señora, á mí no me importa, ante las necesidades de la defensa de esta plaza que me ha sido confiada, deshacerme de una dama de honor, de una enviada de Maximiliano, de lo que usted sea... Querétaro no ha caído, ¿lo entiende usted bien? Querétaro no ha caído y el Emperador viene á toda prisa á socorrer su capital y á ahuyentar á sus enemigos... No me desanime usted á la gente, porque la paga; la paga porque la paga, ¡no faltaba más!

(Saca el reloj.)

Capitán...

(Entra el ayudante.)

Pueden quitar de la trinchera al loquinario que está por disposición mía... Que quiten también á todos los que están castigados del mismo modo...

AYUDANTE

Está aquí el general Quiroga... ¿Puede pasar?

MÁRQUEZ

Que pase.

(Entra Quiroga.)

Buenos días, general...

(No escucha el parte que Quiroga le da, y tan pronto como lo ve empieza á increparle desatentadamente.)

¿Qué ha pasado con el préstamo de Béistegui? ¿Se hace ó no se hace efectivo lo que yo he mandado?

QUIROGA

Mi general, Béistegui quedará pronto á buen recaudo; logró ocultarse y no ha sido posible cogerle. Ya dispuse que se vigile su casa y que, si por cualquier circunstancia se le descubre, se le encarcele...

MÁRQUEZ

Eso no basta, eso no es suficiente. ¿Qué se ha hecho con su familia?

QUIROGA

Su familia, libre está en su casa y nada se ha intentado contra ella.

MÁRQUEZ

¡Libre, libre!... ¿Y cuántas veces he de decir y de ordenar las mismas cosas? Hay que poner presos á todos los de una familia, para que nó se coludan y violen la ley. Con el sistema de usted, basta que el jefe de la casa se niegue ó se oculte para que las disposiciones del cuartel general queden burladas... No, hay que proceder contra todo el mundo, así se llame mujer ó niño, monja ó eclesiástico... Cuando á usted le pidan cuenta de esta ciudad y de su suerte, dirá que Márquez es el responsable; y Márquez de nada puede responder si no le dan los medios para ello... Me encierra usted á esas gentes en su casa, sin permitir que se les introduzca gota de nada; vigila usted las azoteas, se entera de que no se han dejado provisiones en las trojes... Por supuesto que, si hay niños de teta, se separan de la madre ó de la nodriza y se les pone aparte hasta que los tatas paguen lo que deben... ¿Entendido?... ¿Y los demás arbitrios?

QUIROGA

Se ha seguido cobrando la contribución sobre inquilinato: la cuota diaria impuesta á los profesionistas é industriales casi no produce nada; pero se tiene esperanza de obtener algo de ella...

MÁRQUEZ

¿Y las casas de juego? ¿Qué se ha hecho de las casas de juego? Ordené que se cateara la del callejón de la Olla, y que se vigilara la de la calle de la Moneda, y nada, no se ha cumplido con mi orden...

QUIROGA

Sí, mi general, se sacó el dinero que había en esas dos casas, y sólo se dejó á los puntos en libertad para continuar sus apuestas, pero sin dinero...

MÁRQUEZ

Bien, bien está... Puede retirarse...

JOSEFINA

El Emperador me encargó le rogara á usted, general, el favor de que salieran de aquí abogados que puedan defenderle... Creo que no habrá inconveniente en que se

permita pasar á Querétaro á don Rafael Martínez de la Torre y á don Mariano Riva Palacio...

MÁRQUEZ

¿Y quién le ha dicho á usted que no haya inconveniente? Esos licenciados son correo seguro para que se sepa la situación de la capital y la situación de Querétaro; no saldrán.

JOSEFINA

¿Y los ministros extranjeros? El Emperador desea hablar con los representantes de las naciones para comunicarles cosas relativas á su prisión y á su destino ulterior...

MÁRQUEZ

¿Qué habla usted ahí de destino ulterior? El destino de Maximiliano es que le den cuatro balazos por detrás, y no es otro. Y el mismo fin han de tener estos de los plumeritos, los austriacos ó lo que sean, que andan hablando de si se rendirán ó de si no se rendirán, y que cuentan que por su príncipe eran capaces de hacer y de acontecer, mientras que por mí nada han de intentar. Agallas me sobran para fusilar á cualquier principillo de estos de la media almendra, y si no, usted lo va á ver... Y usted no se meta en líos ni en trabacuentas, porque le ha de ir peor. ¿Entendidos?

JOSEFINA

(Retirándose violentamente dice para sí:)

¿Y qué voy á hacer yo con este papel? Ganas me dan de romperle, por más que me comprometí á hacerle llegar puntualmente á las manos de Márquez. Es una orden para que el Lugarteniente me entregue no sé cuántos miles que dice el Emperador le adeudan por razón de su lista civil y militar. ¡Pero buenos están los tiempos para meterse á pelear los llanos del Maguey sin tener las escrituras! A mi casa me vuelvo, veré si don Germán ha llegado, le amonestaré un poquitín y procuraré ponerme al habla con Porfirio Díaz, que dicen es más humano que lo que parecería dado su abolengo democrático.

ESCENA TERCERA

Salón del Consejo de Ministros en el Palacio Imperial. La estancia se encuentra desguarnecida por demás y en ella no se notan ni rastros de la antigua y maximilianesca magnificencia. Preside el Consejo el general MÁRQUEZ, y asisten á la junta no sólo los que tienen el carácter de ministros, conforme á la designación del monarca, sino también otros á quien se ha convocado para aquella señalada ocasión. Van entrando poco á poco, el acecinado don TEODOSIO LARES; PORTILLA, viejo escuchimizado, raquítico y como untado en el uniforme de vieja hechura; don SANTIAGO VIDAURRI, á quien ya conocemos de sobra; don JOSÉ MARÍA LACUNZA, de satisfecha y alegre cara, gran literato culto parlista, lleno de habilidades abogaciles y legales; don JULIÁN QUIROGA con su cara de clérigo evangélico; don TOMÁS O'HORÁN, chaparrón, doblado, de mala cara, de piocha napoleónica, con unos



Preside el Consejo el general Márquez, y asisten á la junta...

bigotazos que le cubren los dos labios, una voz aguardentosa y feroz y unos ojos de ese gris acero que causa vértigos cuando se le mira de cerca.

MÁRQUEZ

A este Consejo quise que asistieran no sólo los señores ministros, que por designación del soberano tienen el derecho y el deber de ocurrir á las juntas, sino también otros de los señores generales que están enterados de la situación de la plaza y de los planes que tenemos para defenderla...

LACUNZA

Situación que no podía ser peor, ya que nos veremos precisados á entregarla muy pronto y á quedarnos peor que estábamos...

VIDAURRI

En efecto, mala es la situación; pero manera habrá de arreglarla, ya que contamos con el entusiasmo de los habitantes y la buena voluntad de nuestras valientes y sufridas tropas...

LACUNZA

¡Qué tropas ni qué niño muerto! No contamos más que con nuestros buenos deseos y con nuestras mejores esperanzas: pero no hay en realidad nada que pueda servir-

nos de aliciente para continuar en esta desesperada situación.

MÁRQUEZ

(Colérico y lanzando llamas por los ojos.)

El señor Lacunza se extravía del objeto de la discusión, pues habla de muchos asuntos que no son de la competencia del Consejo y de otros que no le tocan á su señoría...

LACUNZA

¿No se nos convocó para discutir la situación y para ponernos de acuerdo sobre los medios de salir de ella? Si no es de nuestra competencia ese asunto, se hizo mal en llamarnos aquí.

MÁRQUEZ

Cállese usted, que voy á hablar de asuntos que se deben discutir por la asamblea y usted, con su garrulería, no deja que se traten negocios que ven á la esencia misma de...

(Sin encontrar la palabra propia y que le sirva para despejar la situación, castigando al mismo tiempo la osadía de Lacunza.)

Cállese usted, que soy el Presidente del Consejo... que soy el Lugarteniente del Imperio...

LACUNZA

¡Lugarteniente! Ya no hay aquí lugartenientes ni

cosa que lo valga; no hay más que un general derrotado vergonzosamente por los republicanos... El día que llegaron hechos pedazos los primeros cuerpos austriacos y que usted se presentó á poco fugitivo y sin auxilio, ese día acabó la lugartenencia...

MÁRQUEZ

(Sombrío; se conoce que desearía de todas veras darle su merecido al osado que le planta en el rostro cosas que jamás hombre alguno se ha atrevido á decirle; pero se siente refrenado por su impotencia.)

Le mando á usted que se calle...

LARES

Por supuesto, señor, que debemos rechazar como una impostura la nueva especiota que corre sobre que el Emperador se encuentra prisionero...

MÁRQUEZ

¡Sí, señor, sí, como una impostura... como una impostura terrible!

PORTILLA

Es el caso que yo tengo datos para asegurar que la noticia es cierta y que es una extraña... ¿Cómo diré yo?... una extraña persistencia la del Gobierno el querer sostener lo contrario...

(Animándose por grados; se conoce que le ha dado alas el ejemplo de Lacunza.)

Somos responsables de la suerte y de la vida y de los intereses de doscientos mil individuos... de doscientos mil individuos que temen, y con razón, ser víctimas de los republicanos sedientos de sangre...

VIDAURRI

En efecto, yo opino, salvo mejor parecer, que no debemos seguir en esta insensata defensa, si no...

MÁRQUEZ

(En el paroxismo de la rabia; se conoce que le han puesto de temple las osadías de los que se figuraba enteramente adictos á su persona.)

¿Insensata ha dicho usted? ¿Insensata ha dicho? El señor Vidaurri no tiene idea del alcance de las palabras, si no, cuente con que en este instante le mandaba fusilar...

QUIROGA

No lo haría el señor Márquez; cuente con que no lo haría...

PORTILLA

El señor Vidaurri ha hecho uso de su derecho al calificar una determinación...

MÁRQUEZ

¡Cállese el viejo carcamal! ¡no le permito que hable delante de mí!...

PORTILLA

Soy un ministro del Emperador y...

VIDAURRI

Dice bien el general Portilla; ministros somos y no puede quitarnos la palabra...

MÁRQUEZ

(Satírico.)

¿Ministros? Pues desde este instante dejan de serlo... Nada más sencillo que pierdan la investidura.

PORTILLA

Protesto para ante el Emperador de este despojo que...

VIDAURRI

(Sacando fuerzas de flaqueza, pues teme á Márquez más que á la misma muerte.)

Usted no puede destituirnos ni menos hacer que no tomemos parte en las deliberaciones; enviado vengo por Su Majestad, y mientras no se pruebe que está el Emperador impedido, muerto ó prisionero...

MÁRQUEZ

Puedo destituirle á usted, puedo ponerle preso, puedo

mandarle á Mixcalco codo con codo y aplicarle la ley que los republicanos le aplicarán Dios mediante...

(En este instante se produce una confusión; gritan los enemigos de Márquez; éste reniega, todos hablan, peroran, reclaman, manotean, se hacen cargos, se acusan y se defienden. Al fin salen gritando como locos y amenazándose como ebrios. Sólo quedan en el salón el Lugarteniente del Imperio y el general O'Horán.)

MÁRQUEZ

Pero ¿ha visto usted qué osadía de bandidos? ¡Ponerse á dudar, ellos, soldados de secano, de la eficacia de mis disposiciones y de la autenticidad de mis noticias!... Esta misma tarde procederá usted á aprehenderles sin dejarme títere con cabeza.

O'HORÁN

Para mí, que éstos en conjunto ó alguno de ellos en particular, están en connivencia con los liberales para entregarles la plaza...

MÁRQUEZ

¿Entregar la plaza? ¡Guay de ellos si así lo hicieran! No garantizaba que sus cabezas les duraran sobre los hombros media hora escasa... Darían muestras de no conocerme si tal hicieran...

O'HORÁN

Y el viejo Vidaurri es el autor de todo; no lo dude usted...

MÁRQUEZ

Pues Vidaurri ó quien sea me lo tiene que pagar; se lo juro á fe de caballero.

O'HORÁN

Si usted no tiene algo más que mandar...

MÁRQUEZ

No les aprehenda usted; vale más vigilarles.

O'HORÁN

Así se hará...

ESCENA CUARTA

PORFIRIO DÍAZ, O'HORÁN, un embozado.

Pasa esta escena en la calzada que comunica la ciudad de México con la villa de Guadalupe. Se acercan con paso cauteloso dos figuras que al llegar cerca de la fortificación se detienen y husmean el horizonte como en busca de algo que les dé á conocer la proximidad de una persona ó señal que esperan. Al convencerse de que están cerca de un vallado que á cuenta se indicó como meta, los embozados se detienen y sacan una linterna pequeña de vidrios rojos y azules y la zarandean

por el aire; en ese instante suena una descarga y la linterna se apaga; uno de los embozados, sin darse cuenta del peligro que corre, empieza á jurar desaforadamente. El otro embozado, que es un viejo conocido nuestro, el general Porfirio Díaz, le tranquiliza con calma y sin apresuramientos.



EMBOZADO

(Que es hombre alto, recio de miembros, un tanto encorvado, de gran cabeza y de voz de Esténtor, dice á gritos como continuando una conversación empezada:)

Te lo dije; con traidores ni á bañarse... ¿Qué pitos venimos á tocar en esta calzada del demonio, donde á lo más tenemos la espectativa de que nos den un tiro?

PORFIRIO

(Con calma.)

No tienes razón; se trata de una equivocación y no de una celada: verás como llega el hombre que esperamos.

EMBOZADO

Llegará á recoger nuestros cadáveres; y para entonces, muchas gracias.

(De repente se ve salir como por escotillón á un sujeto bajito de cuerpo, embozado también hasta los ojos y con aspecto de quien ha atravesado pantanos y lodazales, pues lleva las huellas — por cierto nada limpias — en el pantalón, los zapatos y el capote. Al descubrirse, los que aguardan reconocen al general O'Horán.)

PORFIRIO

Creí que debíamos dejar la entrevista para otro día, pues cuando menos nos lo figurábamos sonó una descarga y tuvimos que ocultar la linterna.

EMBOZADO

Yo le dije á Porfirio que no había que fiarse; desde el momento que usted se pasó á la traición, había que pensar en que era capaz de todo.

O'HORÁN

(Desentendiéndose de lo que dice el acompañante de Porfirio, cuyas despachaderas quizás conoce, le dice á éste:)

No contaba con que Márquez anduviera á esta hora haciendo su ronda; pero afortunadamente no notó cosa y podemos hablar tan largamente como lo deseemos.

PORFIRIO

Conste que esta entrevista obedece sólo al deseo que usted ha manifestado de que se le escuche; pero sépase una vez por todas, que no he tenido ningún interés en verme á solas con usted ni en conocer las cosas que desea comunicarme.

O'HORÁN

En efecto, he sido yo quien ha solicitado esta entrevista, pues pretendo, ante todo, demostrar que soy el mismo amigo de siempre. ¿Se acuerda usted, Porfirio, del cinco de Mayo?

PORFIRIO

Me figuro que no desearía usted tener esta entrevista conmigo para evocar recuerdos de tiempos pasados...

O'HORÁN

Yo siempre fuí amigo, siempre fuí admirador de usted: nadie presagió con más claridad que yo, la carrera rápida y merecida que usted ha recorrido... Y créamelo, mi metimiento con estos malditos, no obedece sino al deseo de salvar á las gentes que quiero, de serles útil en algo. Tengo muy buenos amigos entre los liberales: Sánchez Solís, Payno, Lalanne, Riva Palacio... Mi tío, ya usted sabe, don Pedro Escudero y Echanove, fué quien tuvo la

culpa de que yo aceptara la prefectura de Tlalpam... Pero tiene usted razón,

(Notando las señales de enfado de parte de Porfirio.)

vamos al asunto, que no hay tiempo para hacer comentarios. Le he pedido á usted esta entrevista para decirle algo que puede convenirle: yo, yo mismo, Tomás O'Horán, me comprometo á entregarle á usted la plaza de México con todas sus adherencias, usos, costumbres y servidumbres; ya usted me entiende, con todos los que están adentro, lo mismo conservadores que liberales.

PORFIRIO

(Con calma.)

Viene usted á ofrecerme algo que ya tengo, algo con que ya cuento; se expone usted á que le diga lo que el diablo al que le ofrecía el alma, y al cual el demonio le respondió que no le compraba lo que ya tenía bien adquirido.

O'HORÁN

(Contrariado.)

Sin embargo, yo no la veo tan ganada de parte de ustedes; todavía tenemos buenos elementos en la plaza y usted no podrá continuar el sitio sin exponerse... es claro, sin exponerse á muchos peligros... para usted es buen negocio esto de aceptar lo que yo le propongo... Fíjese, general, fíjese, en que para un jefe de ejército no hay

nada más conveniente que ahorrar la sangre de sus tropas; la sangre del soldado, general, qué cosa tan vital, y cuánta necesidad de que los jefes... digo yo...

(Sin encontrar la palabra que exprese su idea.)

la ahorren, la economicen, la cuiden... vamos...

(Renunciando á hallar el vocablo que busca.)

PORFIRIO

La sangre de mis soldados está bien cuidada, pues no les expondré á un asalto, sino cuando esté convencido de que ustedes no se rinden voluntariamente; sabiendo, pues, como saben la situación de Querétaro y la prisión de Maximiliano, no creo que continúen haciendo la locura de tratar de defenderse.

O'HORÁN

¿Locura? No la llamaré yo locura sino defensa desesperada; y al fin y al cabo, salimos ganando, porque ustedes no me parece que se encuentren muy boyantes en tropas y mantenimientos... Esa batalla de Puebla y la otra que le ganó usted á Márquez le han de haber dejado muy destanteado... ¡Qué caramba! ¡si no fué cualquier cosa lo que usted tuvo que hacer!... Se la doy al más templado. y estoy cierto que no me la hace; vencer á un enemigo tres veces mayor en número y quedarse listo para seguir

luchando, no se puede todos los días ni será cosa que se le pueda exigir á usted... ¿No le parece?

PORFIRIO

Está usted equivocado; puedo recibir á la hora que lo desee, cuantos refuerzos apetezca; para ello me bastará con abrir la boca; pero si no lo hago, será que no lo he menester... En cuanto á que mi tropa necesite mantenimientos, tengo manera de demostrarle á usted que está perfectamente provista; vea aquellas luminarias; son de soldados que guisan su cena en lugares á donde no pueden llegarles las balas de los defensores de la plaza... A toda hora acuden gentes que venden provisiones y que saben que aquí hay quién consuma y quién pague con dinero contante y sonante, pues los sueldos de los oficiales y el prest de los soldados están al día...

O'HORÁN

No será tanto; pero en fin... quiero suponer que todo camine como dice y que no hay necesidad estricta de la medida que le propongo; pero vamos á ver: ¿van ustedes á tener inmovilizada tan grande cantidad de tropa frente á una plaza que nunca ha sido tomada por asalto y que probablemente no lo será jamás?...

PORFIRIO

Las inmovilizaremos por todo el tiempo que sea necesario; ya usted ve, yo acabo de casarme; pues bien, me obligo á permanecer aquí hasta tener hijos y dejarles de buen tamaño si es necesario estar aquí...

O'HORÁN

¡Vaya, vaya, que está usted de guasa! Yo me comprometo á lo que digo, y creo que le costea á usted; ¿qué dice?

PORFIRIO

¿Y qué pide usted en cambio?

O'HORÁN

Casi nada; lo que menos puede poseer un hombre: la vida, la vida que es lo que más pesa, lo que más se abomina, lo que más perjudica... Por de contado que me obligo á no volver al país... Aunque también se me ocurre que el Gobierno me mande á combatir á los bárbaros, á los eternos enemigos de la sociedad... Yo tengo valor, valor bien probado, á usted le consta... ¿Por qué no había de servirle á mi país exterminando á esos infames?... ¿Qué dice?

PORFIRIO

Digo que no es cosa mía, que es del Gobierno, del

Presidente... Si Juárez quiere, bien puede perdonar y hasta rehabilitar á usted...

O'HORÁN

El Presidente me estimaba; yo le acompañé desde aquí hasta Querétaro, mandé las caballerías que salieron en compañía del Gobierno...



General O'Horán.

PORFIRIO

Pues no dejará de perdonarle...

O'HORÁN

(Con amargura.)

No, no me perdonará; bien sabe usted sus intenciones.

PORFIRIO

Las ignoro completamente.

O'HORÁN

Bien; pero usted es mi única esperanza; en usted confío...

PORFIRIO

Yo, nada puedo hacer...

O'HORÁN

(Desesperado, después de recapacitar un rato.)

Bien; pero dígame por su vida, ¿qué empeño tiene usted en fusilarme?

PORFIRIO

Empeño, no tengo ninguno; pero como sé bien que cuanto usted me ofrece y me ofrezca, no tiene fundamento ninguno, porque no puede cumplirlo, me abstengo de tratar.

O'HORÁN

Nada de eso; usted debe tener la consigna de fusilarme...

PORFIRIO

Tan no tengo empeño en fusilar á usted, que si usted consigue evadirse, y no hay quién me delate el lugar en que está oculto, yo no haré investigaciones para aprehenderle.

O'HORÁN

Eso no me basta; Juárez...

PORFIRIO

(Poniéndose en pie y dando por concluída la entrevista.)

Nada más puedo hacer.

O'HORÁN

Adiós, Porfirio.

ESCENA QUINTA

Ocurre esta escena en la sacristía y dependencias de la iglesia de los Angeles, especialmente destinada á salón de Consejos de guerra de la plaza sitiada. Poco á poco van entrando, reconciliados ya, los ministros y generales que vimos figurar en la tremenda escena de las recriminaciones y de las injurias, exceptuando el general Portilla, más pundonoroso, ó más aborrecido de Márquez que los otros personajes. Llega después el general Ramírez de Arellano, en compañía del Lugarteniente del imperio.

MÁRQUEZ

Les presento á ustedes, señores y compañeros míos, á una persona de cuya seriedad é inteligencia no pueden dudar, y cuyas fuentes de información no pueden rechazarse como falibles, pues viene ahora del punto mismo de los acontecimientos que va á relatarles. El señor general Ramírez de Arellano fué el jefe de la artillería imperial durante el sitio de Querétaro, y su comportamiento llegó

á ser tan brillante en la serie de jornadas que nuestro valiente y sufrido ejército tuvo que soportar, que el soberano le agració con el nombramiento de general de brigada, que lleva con más honra que el suyo otros generales de división que yo me sé... El señor general Ramírez de Arellano me ha relatado por menudo la maravillosa defensa que han sostenido el Emperador y sus valientes tropas. Cercados por numerosas hordas liberales sin pan, sin tasajo, sin mantenimientos de ninguna clase, los imperialistas han sabido resistir sin sentirse acobardados un punto. El día que los valentísimos generales Méndez y Miramón creyeron que debía romperse el sitio, lo hicieron sin dificultad ninguna, pues ante el empuje de los nuestros se desbandaban los contingentes liberales llenos de susto, resueltos á perder la vida más bien que á medirse con nuestras potentísimas tropas de infantería, y á exponerse á los filosos sables de nuestras caballerías. El señor general Arellano elogia particularmente el éxito de la jornada del quince de Mayo, en que el valiente coronel López, jefe del regimiento de la Emperatriz, destrozó á las chusmas que mandaba el tránsfuga Vélez. Parece que este desertor de la buena causa trató de sorprender el punto de la Cruz, en que se hallaba el cuartel imperial, y que, sentido oportunamente por la reserva, su tropa fué materialmente hecha pedazos, pagando el traidor con la vida su atrevimiento y su apostasía de los buenos princi-

pios... Desde esa jornada los mantenimientos abundaron en Querétaro y puede decirse que el sitio quedó levantado de hecho, por más que para paliar su derrota, Escobedo tuviera destacadas algunas fuerzas de merodeadores que causan la inseguridad de los caminos y el disgusto de la gente honrada... Se imponía una salida para quitar aunque fuera ese fantasma de sitio, y al fin se ejecutó no sin que padecieran un poco nuestros cuerpos ligeros, que tuvieron que sostener el último y desesperado choque de Escobedo, que perdió en ese encuentro las últimas fuerzas con que contaba, sus famosos Cazadores de Galeana y sus Guardias de Supremos Poderes... Parece que murió en esta última batalla, el famoso forajido Corona, terror de los pueblos de Occidente y á quien ha infligido tan cruentas y terribles lecciones el invicto general Lozada, nuestro amigo... Describe el señor general Arellano, con su verba habitual, el goce de la ciudad de Querétaro, las baladronadas de nuestros soldados luego que se vieron libres del azote del hambre y multitud de sucesos graves unos, tristes otros, alegres muchos y heroicos los más; no los relato yo al Consejo porque sería perder tiempo que debemos dedicar á tareas más importantes, como son preparar los hospitales y medicamentos que necesitan los numerosos heridos que trae la columna que acompaña al soberano, alistar los cuarteles y alojamientos que necesitan las tropas que van á llegar y conseguir el dinero que

sirva para prest, vestuario y ranchos... ¿Qué día, señor general, dejó usted á Su Majestad?

ARELLANO

Lo dejé el día nueve en Maravatío...

MÁRQUEZ

De un instante á otro van, pues, á verse juntos los leales, decididos y valientes defensores de México, con aquel ejército sobre toda ponderación recomendable, y nuestro heroico soberano, á la cabeza de sus leales tropas, sabrá escarmentar á los que tantos males están causando y que tantos otros mayores preparan á la nación. ¡Sea mil veces enhorabuena!

(Todos aplauden y fingen alegrarse de las extraordinarias noticias que les comunican; y si bien hay algunos que parecen creer á pies juntillas cuanto Márquez ha dicho, Lares, Lacunza y Vidaurri se sonríen entre sí y se hacen señas ocultamente.)

Señores, ¡que viva el Emperador!

TODOS

¡Que viva, que viva Su Majestad el Emperador!

MÁRQUEZ

Aprovecho la oportunidad de estar reunidos los seño-

res ministros para entregarles en propia mano algunos pliegos que se hallaban rezagados en la Administración de correos...

(Va entregando sobres cerrados á varios de los presentes y toma, abre y lee para sí algunos que á cuenta le pertenecen.)

Vaya, vaya, señores, que es cosa curiosa y que no deja de maravillarme; viene aquí una libranza de ciento cincuenta mil pesos que se había mandado á Su Majestad. Es el triplicado y seguramente que no llegó á hacerse efectiva, pues la casa de Barrón y Forbes no ha recibido aviso del pago...

(Todos los circunstantes se despiden y cuando tratan de salir Vidaurri y Lacunza, el Lugarteniente les hace señas para que se detengan; luego que la gente se ha retirado, Márquez dice á los dos conmilitones:)

Para nosotros,

(Mostrándoles la libranza)

para nuestras personas, que nos vamos á ver en más de un trance apretado, y este ungüento sirve para soldar todas las roturas, aliviar todas las dolencias...

LACUNZA

(Pedante.)

Es la hierba betónica, que cura todas las enfermedades de cuerpo y alma.

VIDAURRI

¿Y cuándo podremos hacer efectivo ese... piquillo?

MÁRQUEZ

(Con buena sombra, aunque no se sabe si quiere emplear un proverbio usual ó referirse á Maximiliano, que considera ya ajusticiado.)

En seguida, en seguida, ya lo sabe usted, el llanto sobre el difunto.

ESCENA SEXTA

JOSEFINA, EUGENIA

JOSEFINA

... Llego muerta; creí que no cesaba jamás este tormento espantoso y que no acabaría el arreglo de las cuestiones que me trajeron por acá. ¡Qué horror!; atravesar las líneas de soldados enemigos, conferenciar con este y con el otro y con el de más allá, y mirarle la cara á Porfirio y enterarme si amaneció de buen humor y si le dolió la cabeza y si no tuvo motivos para derogar sus disposiciones... Si no hubiera sido por este bienaventurado de Kirotzki, que de tan buena voluntad me acompañó á ver á todos los liberalescos y á pedirles amparo y protección, nada habría hecho, nada habría arreglado, de nada me habrían servido mis agencias y diligencias. . es un muchacho de pasta de ángeles...

EUGENIA

Me alegro, mamacita, que le hayas recordado, porque

de él te quería hablar... Pena me da decírtelo; pero la verdad es que las gentes murmuran sobre la razón de que tú andes en su compañía por caminos y veredas... Tu intención es buena, ya lo sé; pero vé á taparle la boca al vulgo y á hacerle creer en la limpieza de tu afecto por él...

JOSEFINA

Hija, hija mía, ¡qué pena me da verte así! Te hallo convertida en una mojigata de comedia española... ¿Y qué me importan á mí los dictados del vulgo ni lo que digan de mí los necios? ¡Tontos! Que viajo en compañía de un guapo mozo, que en unión de un brillante oficial discurro por todas partes... ¿Y qué? Ni es la primera vez que me reúno con hombres, ni será la última — Dios mediante — que esté en su compañía... Yo tengo mis razones para viajar en compañía de Kirotzki; el que sepa apreciarlas que las tenga en cuenta, el que no lo sepa que me juzgue como le dé la gana; fuerte yo con el testimonio de mi conciencia, desprecio los dictados de la plebe, de la necia é inmunda plebe... Pero antes déjame que te cuente lo que me pasó con Porfirio... Pues, señor, que llego yo al cuartel general y me anuncio como la persona de quien había hablado Luciana Baz; me hacen pasar inmediatamente, antes que todos los coroneles, generales, proveedores y demás avechuchos que aguardaban que el jefe les

concediera el honor de acercársele... Hija, ¡quién había de haberlo dicho del tal Porfirio! tan galán y tan bien criado como el mejor, tan lleno de deferencia respetuosa y de cariñosa bondad como un caballero de la Tabla Redonda... Que sí, que aprecia la alteza de los móviles que me guían, que sabe tener en cuenta los dictados de la amistad, que me servirá en todo lo que yo desee, que permite la salida de los ministros extranjeros y que de Márquez depende todo... Y lo que es garantías, con él sí las habrá; me lo ha dicho Juan José: ya sabes, Juan José Baz, que esperan la caída de México de un momento á otro y que este republicanazo impedirá la entrada de tropas antes de que el orden se cimente y se tomen las providencias necesarias para evitar desórdenes; también tienen requisadas cantidades inmensas de harina y de trigo y de ganado en pie para dar de comer al pueblo hambriento... Juan José debe de saberlo, porque dicen va á ser el jefe político que nombre Porfirio...

EUGENIA

(Impaciente.)

Bien, mamacita, bien; pero todo eso no es respuesta á lo que te proponía; hay que hacer lo que tu deber te manda y eso no consiste en ver generales ni jefes políticos...

JOSEFINA

Soy un águila que le tocó empollar un huevo de gallina; soy una leona que amamantó un cachorro de liebre; soy una mujer criada para hazañas grandes y para altos hechos que se halla con que no la entiende, con que la desconoce, con que la ignora quien estaba más obligada á penetrarse de su misión, de su sublime misión... Bien, sí, viajo con Kirotzki; viajo con él y si no viajo en su compañía ¿con quién viajo? ¿Prefieres ver á tu pobre madre expuesta á los insultos de una soldadesca brutal y desapoderada, á que tres viejas ociosas hagan catálogos sobre su persona? ¡Qué poco me quieres, y qué escasas muestras das de buen sentido!... Si no te parece bien que Luis venga conmigo, ven tú, que manera habrá de que á mi lado te des cuenta de la situación...

EUGENIA

(Tristemente.)

No puedo: ¿qué más querría, que ir contigo, que buscar á mi marido, que satisfacerle, que hacerle comprender que no le he faltado ni siquiera de pensamiento, y...?

JOSEFINA

(Triunfante.)

Pues entonces, lo siento mucho; pero como yo necesito un acompañante, un amigo, una persona de confianza, y

como mi hija tiene que cuidar de sus señores suegros, yo me marcho con quien puedo... ¡Vaya unos escrúpulos monjiles! Vas en compañía de don Germán y de doña Lorenza á las sierras de Michoacán, á las soledades de Sinaloa, y rehusas ir con tu madre á Querétaro, que, como quien dice, queda aquí á la otra puerta... Allá tengo yo altas misiones que satisfacer; aquí concluí ya mi obra y no puedo retardarme más tiempo... Allá dejé un viejo amigo, un amigo á quien perdonó mi corazón, que está atenido á mí sola para dar las boqueadas con tranquilidad, y debo acudir á su lado... Y á propósito, ese amigo te conoce y te estima y habla de ti continuamente y asegura que tú le diste muestras de cristiandad que no logrará olvidar... ¿Te acuerdas de él? Es Lapierre, Aquiles Lapierre, mi *cavalier servente* de los primeros días del Imperio...

EUGENIA
(Asustada.)

¿Qué has dicho? ¿Aquiles Lapierre? ¿En Querétaro? ¿Está en Querétaro el desgraciado Lapierre? Yo voy allá, necesito que satisfaga á mi marido, que le diga todo, que... Pero no, es inútil; para que le satisfaga sería menester revelarle cosas que por mi boca no ha de saber y prefiero dejarle en sus infames dudas...

JOSEFINA

¿Qué lío es ese, chiquilla de mi alma? ¿Qué dudas son

esas? ¡Ah, ya recuerdo ahora! Él también me habló de ti y de tu marido, y de que estaban de monos los dos... ¿Y por qué es todo ese enredo?...

EUGENIA

Lapierre me dijo cuanto sucedió... cuanto sucedió entre ustedes... todo... y yo... pues como Miguel no quisiera satisfacerse y tomara á mala parte las atenciones que por deber de cristiandad prodigaba al desgraciado que estando enfermo merecía... pues me rehusé á darle detalles, y él...

JOSEFINA

¡Ay, Eugenia, ay, hija mía, qué cosas me dices y cómo me causa desánimo tu conducta! Debes de tener muy adentro la sangre suiza del bueno de tu padre, cuando haces cosas tan originales y tan llenas de inocencia... ¿Crees acaso que me causa escozor el juicio de tu cónyuge ó el de cualquier hombre nacido? Mis relaciones con Lapierre eran de negocios, de negocios puramente y no tengo por qué avergonzarme de ellas; pero si tuviera ¿qué te tocaba á ti de la vergüenza ni del mérito que yo adquiriese?... ¿Y por qué, vamos á ver, te rehusaste á darle á tu marido las explicaciones que le debías? Te decía que yo era una águila que había empollado un huevo de gallina; pero ahora, veo que quien empolló el huevo, fué doña Lorenza, tu ilustre madre política...

EUGENIA

Yo voy contigo á Querétaro; yo voy á ver á ese hombre, yo necesito...

JOSEFINA

... que con sus estúpidas ñoñerías te ha dado ideas del mundo y de la vida, que nunca habrías tenido á mi lado... Pero, ven, ven conmigo, que tiempo sobrará de que hables con el pobre gafo y de que te reconcilies con tu marido y de...

EUGENIA

Pero, ¿cómo voy á decirle todo, si subsiste el motivo para callarlo?

JOSEFINA

¿El motivo? No lo entiendo...

EUGENIA

Mi propósito de no comprometerte de ninguna manera ante quien deseo que te mire como debe mirarte...

JOSEFINA

¡Pero, chiquilla, tú eres tonta! ¿que me vas á comprometer á mí, cuando tu marido ha de saber mi vida y mi-

lagros tan bien como las sabe toda persona bien nacida? ¡Qué cosas tienes, Génie de mi alma! Vé, vé á reconciliarte con tu jaguar y tráele al redil y conviértele en cordero, que en eso nadie resulta perjudicado; aunque si te he de decir la verdad, ganas me sobrarían, de no ser tú quien estuviera de por medio, de calentarle un poco las orejas y de propinarle un disgusto como se lo merece; bien me dió tabarra en los días del sitio y en los que siguieron á la caída de la plaza, poniéndome carne de gallina y extendiendo el infame remoquete de don Gil de las Calzas Verdes...

(Eugenia ya no oye más; se mete al interior de la habitación y se oye desde la escena que grita alborozada: «Mamá, mamacita de mi alma; me marcho á Querétaro á ver á Miguel; ya está todo arreglado, ya está todo listo; ¡loado sea Dios!»...)

ESCENA SÉPTIMA

MAXIMILIANO, TUDOS, FOREST, HOORICKS, LAGO, MAGNUS.

Celda del emperador Maximiliano en el convento de las Capuchinas; Maximiliano, enfermo de la terrible disentería que padeció constantemente, se halla en cama, vestido apenas con una especie de americana sin cuello y llevando pantalones claros de paño. Se levanta de la cama de tiempo en tiempo para sentarse en un sillón en la puerta de la celda y aspirar el aire del corredor, que, viciado y todo, le proporciona al prisionero algo de alivio que ha menester. Dormita en una semisomnolencia pesada y triste cuando entra su fiel criado Tudos y lo despierta sin extremos á fin de que no se sorprenda.

TUDOS

Sire, ahí se encuentran muchos caballeros que desean hablar con Vuestra Majestad, y que dicen traen autorización de Escobedo...

MAXIMILIANO

Ya sé; debe de ser el coronel Altamirano, que estuvo á verme ayer y que habló largamente conmigo acerca de muchas cosas... Es uno de los hombres más eminentes del país, y me dijo que opina quedarán muchas de mis leyes... Es un consuelo saber que la parte mejor de la persona subsista á través del tiempo... *Non omnis moriar...*

TUDOS

Dicen que son los representantes de las potencias en México... Yo sólo conozco al señor barón de Lago, nuestro ministro en Austria.

MAXIMILIANO

(Reanimándose.)

Decidles que pasen, decidles que entren, que ellos me traen la salvación, la felicidad, el indulto ó la fuga... Que pasen...

(Entran el barón de Lago, M. Hooricks, M. de Forest y el señor Curtopassi que, tras de las reverencias habituales, empiezan á tratar de la cuestión que más debe preocuparles á todos.)

FOREST

Sire, vengo en vez de mi ministro, M. Dano, que no pudo obtener autorización para salir de la capital... Mi superior...

MAXIMILIANO

Seáis bien venido.

(Le echa los brazos al cuello.)

Representáis para mí, á la nación más simpática del orbe, á la que entraña el summum del poder, de la cultura, de la grandeza y de la inteligencia... ¡Quién se viera en Francia saboreando aquel vino que parece tener disueltos átomos de su sol privilegiado, oyendo la cháchara de sus mujeres y contemplando esos espectáculos de París, que no tienen comparación con nada de lo que la mente humana ha inventado!... Seáis bien venido...

(Echa los brazos al cuello de cada uno de los diplomáticos que llegan y les invita á sentarse en las sillas de paja que introduce un cabo de los de la custodia. Tras una breve y amistosa charla en que toman parte todos los diplomáticos y en que el Emperador también echa su cuarto á espadas, Hooricks se va al bulto.)

HOORICKS

Decís bien, Sire, hay que tener en cuenta todos los factores de un problema, y aunque no se atreverán—¡qué habían de atreverse! — los republicanos á intentar nada

contra la persona de Vuestra Majestad, bueno es estar prevenidos, que con eso nada se pierde...

MAXIMILIANO

¡Jesús, qué mirajes tan fúnebres presentáis al pobre prisionero! ¿Conque nada menos hay que hacer testamento? Porque ó yo me engaño mucho, ó eso es lo que me proponéis...

HOORICKS

El testamento, no es la muerte, Sire, sino...

MAXIMILIANO

Que me place; dispuesto estoy á hacer mi última voluntad, que si no se llega á ejecutar porque yo siga viviendo, servirá, al menos, para demostrarles á las personas favorecidas el cariño con que las miré... Vos tendréis la pluma y yo os dictaré... Es justo que llevéis la carga de vuestra propia invención...

HOORICKS

Estoy dispuesto, Sire...

MAXIMILIANO

Ante todo, debo deciros, que deseo se escriba mi historia, que se dé cuenta al mundo de las cosas que he realizado para que la posteridad oiga los cargos y los descargos

que tengo que presentarle... Hay que poner en la picota á muchos... hay que honrar á algunos, hay que decir la verdad en todo...

HOORICKS

¿Y quién deseáis, Sire, que escriba ese libro de reparación, de justicia, de...?

MAXIMILIANO

El Ministro Ramírez, que es hombre diserto, leal, entendido, hábil... Aunque á decir verdad no encuentro que su timidez fuera buena para una tarea de índole tan principal... Escribirá el libro mi pariente Joinville. Un marino comprende mejor que nadie á otro marino... Pero, esperad, ya tengo mi hombre; el padre Fischer, que está al tanto de mis secretos, que me conoce tan bien, que tan bien sabrá dar cuenta de los móviles de mi política... Pero es tan venal, tan mal reputado, tan necio...

LAGO

Sire, me parece que esa tarea la puede desempeñar con más gusto y más amor que nadie, un príncipe de la casa de Austria, un deudo vuestro, un hombre de vuestra sangre...

MAXIMILIANO

(Displicente.)

Para estas cosas, mi querido Lago, me fío poco de las

gentes de mi casa... Pero, calla, ya tengo mi candidato; el príncipe Salm; escribid, Hooricks, que ordeno se ministren los datos y documentos que necesite á mi amigo y compañero el príncipe Félix de Salm-Salm...

LAGO

Sire, un aventurero, un hombre mal reputado...

MAXIMILIANO

(Con enojo.)

Será el príncipe Salm, y ya está dicho... Vamos ahora á los legados... Dejo al conde de Flandes, mi hermano político, y más que mi pariente, mi amigo íntimo, el reloj que uso en esta prisión;... á la emperatriz heredera del Brasil, le dejo esta medalla bendita que recibí de mi desgraciada madre... Una vez, Su Majestad me dió esta medalla milagrosa que le había entregado Su Santidad. Parece que, mediante este santo amuleto, se libra quien le lleva de sufrir peligros y adversidades; y ya lo veis, no he logrado sustraerme de caer prisionero y de estar próximo, según dicen por allí los liberales, á sufrir la muerte... Quizás Escobedo traiga consigo otro relicario que tenga más indulgencias y gracias que éste... A la reina Victoria le lego este medallón que contiene pelo de mi pobre mujer; que le guarde con el amor con que yo le guardé en vida, pues me recuerda nada menos que la suspicaz vigi-



—Esperad, esperad. que quiero antes que todo hacer algunas mandas...

lancia de mi suegro el rey Leopoldo y las trazas que se dió la excelente soberana de Inglaterra para despistar la suspicacia de mi suegro... Recuerdo que fué una mañana, salíamos de Balmoral en alegre bando el Prince Citrón, Rigolo, Gales y yo cuando la reina me llamó aparte y me entregó el medallón; y como al que está contento todo le sale bien, ese día jugué como nunca al polo, gané por más de diez tantos en el cricket y me lucí en todos los ejercicios como creo pocas veces lo habré hecho en mi vida... Vos, Hooricks, que sois sportman, podéis mejor que nadie comprender mi goce de aquel día... Que vuelva á su dueño la alhaja, ó á falta de él que se entregue á la noble y bondadosa mediadora...

LAGO

Su Majestad Apostólica, mi augusto amo, desearía de seguro...

MAXIMILIANO

Esperad, esperad, que quiero antes que todo hacer algunas mandas particulares. Le dejo á Pradillo mis caballos, mis arneses, mi caballeriza de Cuernavaca y diez mil pesos... Le dejo á Pepita Varela, el piano de la Emperatriz, sus placas de la Legión de honor, cinco mil pesos y diez de los trajes que pertenecieron á su ama... A Negrete, le dejo como recuerdo mi colección de tratados de asuntos palatinos y de etiqueta... Determino se den cin-

cuenta mil pesos, y recomiendo á mi hermano la atienda y trate con el cariño que merece, la esposa de un hombre que por mí se sacrificó, á la viuda que será pronto del general Miramón, mi compañero de cautiverio y el hombre cuyas inspiraciones debí haber seguido durante el sitio si hubiera querido la salvación de la plaza... A Aquiles Lapierre, enfermo en el hospital de Querétaro, dispongo se le dé lo necesario para emprender su vuelta á Francia, si vive después que yo haya muerto, y si ya pasó de este mundo, determino se le costee un funeral decente... A la familia de Miguel López se le deben dar diez mil duros... A Pierrón se le entregarán mis insignias del Toisón... Al general don Miguel Negrete le lego una cornucopia de plata que está en mi palacio de Miramar... Al ministro Siliceo le dejo un ejemplar Elzevir de la Divina Comedia... A Cortés Esparza se le debe entregar una fuente de oro de las de mi vajilla privada... Al profesor Billimeck deben darle mi colección de himenópteros... A don Martín Castillo se le ha de entregar la suma de veinte mil pesos... Al obispo Ramírez, para que distribuya limosnas conforme á los datos y á las instrucciones que le transmití, se le deben poner en las manos cincuenta mil pesos...

HOORICKS

(Impaciente.)

Perdonadme, Sire, pero os pierde vuestro buen cora-

zón; muchas, quizás la mayor parte de esas gentes, son indignas ya no de vuestra munificencia, sino aún de vuestro recuerdo. Si nos creyerais á nosotros, Sire, no dejaríais sumas ni objetos á personajes que merecen más vuestro desprecio que vuestra buena voluntad...

MAXIMILIANO

Callad, Hooricks, que no podéis vos, extranjero y desconocedor del medio y de las circunstancias, apreciar los móviles que me guían; mas sabed para vuestro gobierno que no hay temor ninguno de que pase lo que decís; sabed que tengo treinta y cinco años de edad, y que en ellos no he sido todavía engañado ni una sola vez... ¡Si conoceré yo á los hombres!...

EL BARÓN DE MAGNUS

(Que entra de la calle, aparenta una gran confusión y un inmenso desconsuelo; su mutación es tan patente, que todos se apresuran á preguntarle la causa.)

Una noticia, una horrible noticia; no me atrevo á comunicarla al Emperador; que quizás no sabría resistirla...

MAXIMILIANO

(Medroso.)

¿Pero qué noticia, qué noticia es esa? Decidla por Dios...

MAGNUS

La diré ya que se me exige; Su Majestad la Emperatriz acaba de morir en el castillo de Laeken...



MAXIMILIANO

(Que inclina la cabeza y permanece en silencio un buen rato, al fin se recupera y dice sorda y pausadamente:)

¡Justicia de Dios! Era el único lazo que me sujetaba á la tierra... En el cielo ha de estar, allá iré á buscarla...

(Sigue dictando.)

Le dejo al hospital de Querétaro treinta mil pesos... Lego á la beneficencia de la ciudad de México cincuenta mil duros... Les dejo á mis criados veinte mil...

HOORICKS

Quizás, Sire, conviniera que no extremara Vuestra Majestad el renglón de legados, pues su fortuna privada no le bastará para tales munificencias...

MAXIMILIANO

No, no puede ser semejante cosa; aunque mi fortuna no bastara, tengo ahora la de la Emperatriz, que es considerable; y como yo soy el único ó por lo menos el principal heredero...

(Sigue dictando mandas.)

Y al fin, aunque así no fuera, pocas oportunidades habrá de que mis herederos y legatarios entren en posesión de sus partes, pues como sabéis bien,

(Bajando la voz.)

está muy adelantado el negocio de mi fuga...

LAGO

(Saltando espantado, como si le hubiera picado una cobra en parte nobilísima:)

No digáis eso, Sire, que pueden oirnos los guardas... Hay entre ellos gentes que conocen el francés, y que han

sido colocados aquí nada más que como espías... No habléis nada que pueda comprometernos...

MAGNUS

En buena hora, en buena hora que se prepare la fuga de Vuestra Majestad; pero que no se les dé sitio en la combinación á los ministros extranjeros...

MAXIMILIANO

Todo listo; todo lo tienen arreglado el Judge Hall, la princesa Salm y... y dos coroneles que yo me sé...

(Los diplomáticos se sienten asustados y protestan que si Maximiliano no es más cauto, Escobedo les mandará fusilar á todos. El Príncipe hace un gesto de resignación que significa «ahí me las den todas», y los libres y escandalizados diplomáticos salen á la calle, quedando preso el deslumbrado Príncipe.)

LAGO

(Al bajar la escalera.)

Nos compromete á todos.

MAGNUS

Es un iluso.

HOORICKS

Diga Vuestra Excelencia la palabra; es un estúpido...

JORNADA V

Esta jornada se desarrolla en los últimos y agitados días de la vida del emperador Maximiliano. Luchan dos tendencias opuestas, aunque no igualmente legítimas, alrededor de aquel presunto cadáver; por una parte los republicanos, exaltados, ansiosos de acabar no sólo con la institución imperialista, sino con el que fué representante y cabeza de tan loca y absurda tendencia, tratan con todas sus fuerzas de conseguir la muerte del Emperador, acontecimiento que en su concepto garantiza la completa independencia de México y el triunfo de las ideas liberales.

Pero al lado de esa teoría extrema late, aun entre los mismos liberales, la otra tendencia exclusivamente mexicana de compadecer al caído, de pedir el indulto del reo, de solicitar por todos los medios posibles que la ley no se cumpla, que no se lleve á cabo la justicia, y que no se ejecute nada que resulte duro ó riguroso. Porque eso sí, los mexicanos expedimos las leyes más draconianas, más truculentas y más terroríficas; no hay nadie que nos iguale en ese afán, que de llevarse á cabo concluiría con todo lo que alienta en el planeta. Mas que el enemigo, llámese pronunciado, bandido ó insurrecto, no caiga en nuestro poder, porque ya estamos recordando los axiomas que mamamos con la leche materna: que no se debe atentar contra la existencia del vencido, que es sagrada la persona humana y que nunca conviene hacer caer sangre sobre nuestra patria ó sobre las cabezas de nuestros hijos.

Su Majestad se encuentra en un estado de inconsciencia que da mucho en qué pensar: ¿es el supremo abandono del justo que ve alejarse la vida con el placer con que vería el náufrago bien hallado en su solitario peñón alejarse la vela que ha columbrado en el horizonte, ó es la idea absurda, y que debía haber desechado ya, de que gentes de su estirpe no son justiciables porque ni se las castiga, ni se las maltrata,

ni se puede atentar contra su vida, porque las protege no sé qué escudo que ha de interponerse á la hora decisiva? ¡Quién sabe! Ello es que el Archiduque se cuida poquísimo de su situación y mira transcurrir los días de aquel caluroso verano unas veces con la sonrisa en los labios y otras con el ademán de inconsciencia propio de un boa bien repleto.

Maximiliano permanece en el lecho hasta mucho después del medio día; la disentería le acaba y mientras da al traste con él consume las energías que habían de valerle en aquella lucha más prosaica, triste y aflictiva que lo que habría podido imaginarse. Le cercan como siempre Miramón, Mejía, Castillo y Salm; apareciendo en el segundo término Escobar, Basch y los criados que no chistan palabra ni toman parte en la acción que aquí se cuenta.

ESCENA PRIMERA

MAXIMILIANO Y SALM

MAXIMILIANO

Perdéis el tiempo, mi querido Felipe...

SALM

Sire, mi nombre es Félix...

MAXIMILIANO

Perdéis el tiempo, mi querido Félix, creyendo que me allanaré á vuestros planes de evasión, que me comprometerían eternamente para ante la posteridad y para ante los hombres de mi raza.

SALM

Reflexionad, por Dios, Sire, que vuestra existencia pende de un hilo; estamos á merced de un enemigo tan pérfido y tan cruel, como no podíamos haberle imaginado nunca. Se hallan ávidos de vuestra sangre; desean á toda costa probarle al mundo que pueden hacer presa en la persona de un Emperador, y lejos de dolerse de vuestra suerte, como lo haría cualquier caballero cristiano, se envanecen de su fortuna y se proponen acabar con vuestra persona tan pronto como les dejen.

MAXIMILIANO

Sin embargo, contad que aún falta el rabo por desollar... Los Estados Unidos...

SALM

¡Ah, Sire, qué mal conocéis á esa república de mercachifles, á esa moderna Cartago que sólo piensa en el santísimo dóllar, cuando creéis que podría tomar parte por vos y solicitar generosamente vuestra libertad! La fuga, la fuga, Sire, la fuga sin remisión, porque de otro modo somos perdidos, entendedlo bien.

MAXIMILIANO

(Con displicencia.)

La fuga, la salvación, la muerte, la pérdida... ¡quién sabe que sea peor; quién sabe qué abismos terribles se abran ante mí! Podéis creerme que siento horror á la muerte; pero que también siento horror á la vida. Hay en el mundo tantos desengaños, tantos dolores, tantas penas...

(Deja caer la frente entre las manos y cuando la levanta Félix ve dos lágrimas en las mejillas del príncipe prisionero.)

SALM

Sire, por Dios, seguid mi consejo; venid conmigo; todo está preparado; hay caballos, hay armas, hay auxiliares: tomaremos el camino de la Sierra Gorda, llegaremos á la costa y nos embarcaremos en Tuxpam; basta una corta cantidad de dinero para sobornar á tres capitanes que nos proporcionen la salida, y una vez en el campo, una vez en libertad, Dios dirá: nos quedan ó el placer de aplastar á Juárez y de destruir su fiereza presente, ó el placer de burlar su vigilancia y de encontrarnos, cuando menos lo piense, viviendo en un país extraño y remoto, á donde no pueden llegar ni el encono de los liberales ni la infamia de nuestros amigos.

MAXIMILIANO

(Con veleidad)

Tenéis razón; hay que probarlo todo: la bandera blanca estaba ya enarbolada, nosotros rendidos como prisioneros de guerra y como tal reconocidos por Escobedo en el Cerro de las Campanas... Juárez no ha aceptado mis condiciones, y en vez de considerarnos como prisioneros nos mira como traidores; por consiguiente, no tenemos compromiso alguno.

(Nervioso.)

Hay que obtener un buen guía para ir á la sierra; hay que comprar linternas sordas; hay que envenenar á los caballos de la caballería ó que inutilizarles; no hay que olvidar el recado de escribir... A los buques austriacos surtos en Veracruz se les debe instruir con precaución respecto de los puntos en donde deban andar en corso. Durante la noche se harán señales y de día se emplearán banderas. Además, hay que prevenir que con frecuencia se manden á tierra botecillos de corto calado; bueno es ponernos en comunicación con fragatas inglesas ó españolas.

SALM

(Admirado de aquel cambio repentino, trata de desvanecer sus propios conceptos y dice con reserva:)

Bien está, bien está, Sire; pero creed que necesitamos antes que todo, dinero, dinero y más dinero, y después dinero y siempre dinero, el nervio de la guerra, la base de todas las operaciones. Hay que sobornar á media docena de oficiales; hay que comprar caballos, hay que hacerse con una buena cantidad de provisiones, hay que arrollar muchísimos obstáculos. Si contáramos siquiera con cinco mil pesos yo le garantizaría á Vuestra Majestad su salvación inmediata.

MAXIMILIANO

¡Cinco mil pesos! Cinco millones daría yo á quien me sacara de este antro espantoso; dispuesto estoy á firmar todas las obligaciones que sea menester y que harán buenas mis parientes de la casa de Austria y todos los reyes deudos míos que tienen interés en mi salvación.

SALM

Pero...

MAXIMILIANO

(Cogiéndolo de la solapa y sacudiéndolo con precipitación.)

—¿Pero, qué?

SALM

Que estos mexicanos son así; todo lo quieren en propia

mano, no confían en las promesas de nadie, así sea el más noble y el más alto, y si por una cantidad insignificante son capaces de realizar las mayores abominaciones, no les seduce la promesa de todo el dinero del mundo.



Además, recuerde Vuestra Majestad que tenemos, para que nos vigile, al famoso coronel Palacios.

MAXIMILIANO

¡Ah, sí, la hiena! Ese hombre me causa pavor con

su estrabismo divergente. Un bizco así tiene que hacer mucho daño.

(Reflexiona un rato.)

Mas ved, dí ya con la manera de destruir la dificultad; Palacios tiene fama, y creo que bien merecida, de mujeriego incorregible, al grado que sigue, busca y corteja hasta á las mujeres de los soldados. Si la Princesa quisiera...

SALM

(Sin inmutarse ni manifestar extrañeza.)

¡Ah, Sire! La Princesa dispuesta está á todo lo que sea raro ó extravagante. Como americana que es, es también esencialmente excéntrica y llena de excentricidades, y puede creer el Emperador, con absoluta seguridad, que no habrá nadie que la detenga en el camino que necesite emprender para conseguir la seducción de la hiena.

MAXIMILIANO

(Batiendo palmas.)

Bien, bien; ¿qué más podíamos ambicionar? Que rabie Escobedo y que la Princesa ate á su carro de triunfo ese esclavo envidiable y digno de eterna remembranza.

ESCENA SEGUNDA

AGNES Y JOSEFINA

AGNES

Le he visto y he quedado edificada con su actitud y con su gesto. Sigue siendo el más hermoso entre los hijos de los hombres; pero su belleza como que ha adquirido una pátina, un barniz, un sello especial que le faltaba anteriormente: ahora es el Varón de Dolores, el Cristo que marcha al Calvario y que con la cruz á cuestas no dice sino palabras de perdón, palabras de hidalguía y de bondad... Cuando llegué estaba dormido; sacudía su pecho una respiración igual y acompasada; tenía los ojos rodeados de una aureola cárdena y amoratada; la nariz como que se ha afilado, como que ha crecido de tamaño; el bigote inculto, tapada la deformidad del labio inferior; la barba caía como los chorros del oro, como un Pactolo luminoso y bello que dorara aquel rostro fatigado y ya muerto de dolor; todos los miembros bien proporcionados, fuertes, elegantes, llenos de primor, yacían inanimados y flácidos, pero prontos á ponerse en movimiento si su dueño lo mandaba... Y pensé: ¿á este hombre en la fuerza de la juventud, en la fuerza del entendimiento, en la fuerza de la voluntad, se le manda al sacrificio, se le

condena á la muerte como á un malhechor vulgar? ¿A este hombre que todavía puede dar tantos días de gloria á su patria, á su familia, á la humanidad, se le quita la vida—y por quién, por un ser de raza inferior—que puede ser tan útil á tantas gentes?... Entonces me acerqué á la cama y deposité sobre la frente del prisionero un beso lleno de ardor, pero tan puro, tan nítido, tan aéreo, que me pareció como si hubiera besado la frente de un santo.

(Llora desconsolada.)

JOSEFINA

(Poniéndose al unísono de aquel entusiasmo.)

¡Y no le vió usted, señora, en los días de su poder, en la época de su grandeza, cuando era tan magnánimo, tan generoso, tan abierto, tan complaciente, tan amante de todas las cosas buenas y bellas como yo no he conocido nadie en este mundo!

AGNES

Hay que salvarle, hay que salvarle á cualquiera costa y caiga quien cayere.

JOSEFINA

Sí, hay que salvarle, sin que puedan impedírnoslo ni Escobedo ni ninguno de los suyos.

AGNES

Pero ¿usted no sabe que tengo un gran plan, un plan tan hermoso que de llevarse á cabo nos inmortalizaría, nos pondría entre las heroínas más grandes de la humanidad?... Ayúdeme usted á llevarle á cabo y cuente con que participará de esa situación. A Su Majestad yo le amo de amor y el día que logre ponerle á salvo y que me declare que me debe su libertad, no sé qué haré; será el mejor día de mi vida, será el día más grande y más bello que pudiera soñar... Me consolaré con besar su mano y con soñar que me ha amado un poco.

JOSEFINA

¿Y cuál es el plan de usted?

AGNES

Cohecharles con dinero, sobornarles con buenas palabras, embriagarles con galanterías, con amor, con...

JOSEFINA

Sí, usted es la Judith de estos nuevos Holofernes.

AGNES

(Pensativa.)

Diga usted más bien que soy la nueva hija de Jefté, que se sacrifica por el bienestar de lo que ama; pero lejos de ir como la otra á llorar por treinta días mi desgracia en los montes, cierro los ojos y desde luego me pongo en manos de los verdugos. En cuanto á usted, he encontrado la manera de que me ayude en este asunto. Ese chico á quien llaman Brambila, ese desatentado y furibundo Olivos, toda esa gentuza brutal y desapoderada, bebe los vientos por usted y trata de granjearse sus buenas gracias: hay que utilizarlos, hay que servirse de ellos so pena de perder todo lo ganado y de no ganar nada de lo perdido.

JOSEFINA

Trabajaremos, trabajaremos juntas y el tiempo decidirá.

ESCENA TERCERA

Sala del hospital en que se encuentra el preso Lapierre. JOSEFINA, EUGENIA, MIGUEL, LAPIERRE. Entran los tres primeros hablando en voz alta y gesticulando tan desordenadamente que llaman la atención aun de los enfermos que yacen en sus camas mirando las cosas del mundo *sub specie æternitatis*. Lapierre, que es un pedazo de carne fétida y asquerosa que se debate entre los últimos dolores que han de

llevarle de esta vida mortal, no llega á abrir los ojos á pesar del ruido que forman los recién llegados, ni se da cuenta de nada de lo que acontece hasta que Josefina suplica al enfermero que llame la atención del infeliz.

JOSEFINA

Aquí es; aunque no conociera el lugar, me le denunciaría este horrible olor de podredumbre que se mete hasta lo más recóndito del olfato. ¡Qué horror tan tremendo ha de ser el sentir deshacerse la vida, acabarse el cuerpo, menguarse la persona sin poder apresurar ni impedir esa tremenda disgregación! Afortunadamente, pocas horas le han de faltar para salir de este mundo, y apenas habremos llegado á tiempo para concederle el favor que solicita con tanta ansia.

(Josefina habla aparte con el enfermero y éste despierta al doliente, que abre los ojos poco á poco y reconoce primero á Eugenia y después á su madre.)

LAPIERRE

¡Qué hermoso sueño! Llegué á figurarme que estaba aquí nada menos que mi graciosa salvadora, que mi amiga ideal, á quien debo primeramente la vida y después la conformidad para sobrellevarla.

JOSEFINA

No se equivoca, Aquiles; Eugenia es quien está pre-

sente y quien viene á dolerse de los males de usted. Incorpórese un poco y salúdela, que ya que tanta fe tiene en ella, no será remoto que cualquier bizma ó bebistrajo que ella le aplique le traiga la salud que tanto necesita.

LAPIERRE

No quiero salud ni la he de obtener á ningún precio: la vida no me importa, pero sí tengo empeño en liquidar todas mis cuentas antes de dejarla.

EUGENIA

Alíviese usted, que tiempo habrá para todo eso.

LAPIERRE

¡Oh, Génie, mi salvadora, mi ángel tutelar!... ¿Es tu marido ese sujeto que acompaña á ustedes? Pues bien, señor, sepa que deseaba verle para entregar con tranquilidad el alma á Dios. Yo soy ¡quién lo diría! el que le ha granjeado á usted tantos malos ratos y le ha traído la pena más terrible que puede haber en el mundo, como es la duda. Ha hecho usted mal; ha probado que no conoce ni estima el bien que posee, cuando se ha puesto á abrigar celos de la criatura más angelical que ha nacido de vien-

tre humano; no sólo no le ha faltado á usted su esposa, sino que es incapaz de faltarle, incapaz de pensar en faltarle, incapaz siquiera de comprender la falta; no es una mujer honrada, es una santa, una santa que no sólo no comete faltas, sino que trata de esconder y paliar las de los demás. Por tapar nuestros indignos amoríos, Josefina... por no descubrir á su madre, por no dar el escándalo de que usted, señor, conociera la vida impura de la persona que ella debía amar más, pero que sólo posee su respeto, Eugenia ha echado sobre sí el sambenito de la deshonra, ha estado á punto de concluir con su matrimonio y ha provocádose males incalculables. No sabía cuáles fueran las consecuencias de su reserva; sólo sabía que estaba obligada á guardarla para ser buena hija y para cumplir con su deber. No la perdone usted, pídale perdón y encomiéndese á ella como á una bienaventurada, como á un alma de elección de las pocas que vienen á este bajo mundo. Alégrese de poseerla, y deme á mí la enhorabuena, que pude, antes de morir, hacer esta declaración que me pesaba en el alma.

(Mientras habla Lapierre las dos mujeres lloran, y cuando ha concluído de hablar, Miguel, con impulso irresistible, se abalanza á Eugenia y llorando también la estrecha en sus brazos.)

ESCENA CUARTA

JOSEFINA, EUGENIA, MIGUEL Y PEPE BRAMBILA

JOSEFINA

¿Conque ya está todo terminado? ¿Conque ya están hechas y firmadas las paces? ¡Loado sea Dios! que ya me tenía frita la sangre el verles á ustedes de monos, como si no tuvieran otra cosa pendiente que hacerse la vida pesada inventando tonterías que se la amarguen y que se la descompongan. Pues era claro; que tú no le habías faltado á tu marido; que tu marido te había juzgado con ligereza, que Lapierre había sido un santo varón y que yo, esta mujer pérfida é ingrata, con alma más negra que la tizne, fuí la autora de todo este desaguisado que pudo traer como consecuencia la ruptura del matrimonio más ideal que han visto los tiempos, desde los venturosos de Filemón y Baucis.

EUGENIA

¡Pero, mamá, por Dios, ni tienes razón ni es ese el camino! Que Miguelillo nos resultó testarudo, que se creyó de vanas apariencias y de torpes suposiciones, y que por fin cometió la villanía de dudar de mí, como tú lo supiste, ¿qué tiene eso de raro, ni qué tienes tú que ver en semejantes líos?

JOSEFINA

(Risueña.)

¡Si no lo dije por tanto, si para mí lo mismo es que vivan ustedes perpetuamente peleados ó que se acaricien y se mimen rendidamente, como un par de tórtolos! Cele bro que se hayan explicado, y si la explicación ha traído por consecuencia el que se pongan de acuerdo y aumente ese rendidísimo cariño que les une desde que se conocieron, miel sobre hojuelas, y si Dios se la dió, San Pedro se la bendiga...

PEPE

Señora, por Dios, ¿que no ha de admitir usted la paz y que ha de reñir hasta con el pinto de la paloma, por saber si son rubias ó morenas todas las cosas de este mundo? Déjeles usted y hágame caso á mí, que no procuro sino su bien... y de paso el mío.

JOSEFINA

¡Miren al tontiloco, y qué bien se explica y cómo discurre y qué habilidad tiene para decir sus necedades! Déjeme tranquila, que entre manos traigo una empresa que para mí sola está guardada, y mientras no la termine á satisfacción y no arregle todos sus perfiles, y no la

deje como un cabello, no verán que yo piense en nada que se parezca á asunto amoroso.

PEPE

¡Ah, ya! Usted es la moderna Marfisa que se ha propuesto desencantar al caballero de la barba rubia que gime cautivo en una torre por culpa de las arterías de los malos, que me le tienen secuestrado y á buen recaudo. No le alabo á usted el empeño ni creo que se salga con la suya, aunque cuente con un ingenio más grande que el que posee y con una belleza todavía mayor que la que nos enajena á todas las personas de buen gusto que la contemplamos.

JOSEFINA

(Aparte á Pepe.)

Lo que había de hacer usted, grandísimo truhán, hombre descomedido y sin entrañas, era ablandar á toda esa cáfila de republicanetes absurdos y sin gracia para que se allanaran á proteger á los amigos del Emperador. ¡Qué lauro tan hermoso el que ceñiría la frente de usted si pudiéramos saber que había conseguido poner á salvo la persona de un príncipe tan ilustre como discreto, tan bien nacido como bello!...

PEPE

¡Ta, ta, ta; ahí es donde me duele! ¿conque le parece á usted guapo Su Majestad, conque es un rival mío? pues voy á moverme por cielos y tierra para conseguir que le hagan polvo! No faltaba más sino que teniendo en mi poder á un enemigo, fuera á abandonar la plaza que él pretende ocupar!

JOSEFINA

(Furiosa.)

Es usted un grandísimo tunante y no merece que nadie le hable con seriedad de esas cosas....

PEPE

¡Pero si no hay quién piense en emprender nada, ni vale la pena emprenderlo! Maximiliano y los suyos están más muertos que mi abuela, y todo cuanto usted intente no pasará de lirismos y nebulosidades que no tengo voluntad de fomentar.

JOSEFINA

Pues sépase usted que todo está tan avanzado que no se necesita sino el concurso de quien yo me sé, para que

los presos salgan á respirar aires de libertad y dejen con un palmo de narices al señor Juárez.

PEPE

Esos son buenos deseos; ese es el mentir de las estrellas; si lo sabré yo que con las yemas de estos dedos pecadores he escrito más de cuatro páginas del proceso, ayudando á Jacinto Meléndez, que es el escribano de la causa.

MIGUEL

¿Conque también ahí has metido tu cuchara, y has escrito esas cosas que dices? A nosotros no nos engañas y ni con toda tu labia lograrás convencernos de que tienes algo que ver en asunto tan secreto.

PEPE

Tan lo he hecho, que puedo darles cuenta y razón de lo que las actuaciones contienen; Maximiliano está no sólo reticente, sino negativo: que nada ha hecho, que nada sabe, que en nada ha intervenido, que no conoce á nadie... Miramón (ese es un hombre) ha confesado todo y está como quien dice deseoso de enfrentarse con la muerte. No parece sino que la tiene á su lado, como la tuvo en la

estancia de las Vacas y en Calpulálpam y piensa que puede vencerla é impedir su acometida... En cuanto á Mejía, ¡quién lo creyera! el hombre que ha manifestado tanto coraje y bravura y decisión, se encuentra en estos momentos más aplanado y más falto de ánimos que uno que no hubiera visto nunca una refriega, ni olido la pólvora siquiera en los fuegos artificiales. Ayer nada menos les notificamos una providencia á los dos generales. Miramón firmó con mano segura; don Tomás estaba tembloroso, azorado, con las sopandas más caídas que he visto en todos mis años: le temblaba la mano y tenía la mirada vaga y flotante. «¿Ve, compañero, dijo Miramón, las consecuencias de abusar del café?» «¡Pero si no tomé café... si no lo cato!», respondió el de la Sierra.

JOSEFINA

(Soñadora.)

Miramón... Miramón es un hermoso carácter: tiene usted razón; ése es un hombre... A Maximiliano le sobran simpatizadores; tiene á la princesa Salm, que por cierto se me figura más ardiente que discreta; Miguel no tiene á nadie, porque hasta su mujer le ha dejado para marcharse á San Luis... Yo no sé: pero á mí nadie me quita de la cabeza que la saltimbanca está enamorada del Emperador por lo sentimental y rambouilletesco. Pero no im-

porta; al imperial cautivo, como dice don Manuel García Aguirre, he dicho lo disparatado que me parece la tentativa de fuga, y ocasión me parece ésta que ni pintada, para hacer de las mías...

ESCENA QUINTA

JOSEFINA Y QUIROZ

JOSEFINA

He prometido mi apoyo á esta gran causa, y he de hacer punto por punto cuanto sea necesario para que triunfe de la cruz á la fecha. El Emperador está bien asistido, tiene amigos, le rodean muchos que pueden ayudarle, y nuestra intervención quizás resultará estorbosa y redundante; pero hay un hombre que merece todas nuestras simpatías por su valor, por su alteza de miras, por su talento y por su atractivo personal; ese hombre es Miguel Miramón, y á ése hay que salvar á toda costa.

QUIROZ

Mal andamos; tienes celos de la princesilla y tratas de arrebatarle sus lauros... Pero advierte que Miramón es un revoltoso, un aguafiestas, un enemigo constante de cualquier forma de gobierno en el país.

JOSEFINA

Pero, en cambio, es un carácter, es un genio como guerrero y es un hombre que en cualquier tiempo puede servir para levantar á esta tierra que tanto ha menester de fuerzas como la suya.

QUIROZ

¿Y qué querrías hacer por él?

JOSEFINA

Lo único que puede hacerse: salvarlo. Tengo previsto y arreglado todo: la casa de Rubio facilita veinte mil duros para que el hombre se retire y organice un mediano ejército; tengo caballos, gente que le conduzca lejos de aquí, y puedo contar con que si él se ve en situación de tirarle el guante á Juárez lo hará con mucho gusto y con mayor éxito.

QUIROZ

Pero yo no puedo hacer eso, yo no puedo destruir mis precedentes, mi persona, mi historia, mi vida toda, y

mediante un acto mío arrebatarle á este país que me ha dado hospitalidad, amparo y carrera, un reo que naturalmente le pertenece.

JOSEFINA

Pero ¿qué escrúpulos son esos? ¿No te resignabas á ver libre á Maximiliano, que ciertamente vale é importa más que Miramón?

QUIROZ

¡Pero si lo de Maximiliano no tiene un átomo de seriedad, si nadie cree en que pueda salvarse; si todos los que aseguran que han de contribuir á su fuga están representando una comedia con el fin de tener al corriente á Escobedo de las cosas que acontezcan!

JOSEFINA

¡Pero es una indigna traición, es una infamia, es la manera de hacerle concebir esperanzas á quien no debe abrigarlas!

QUIROZ

En la guerra como en la guerra, hija mía; nada más natural que Escobedo procure estar al tanto de los mane-

jos de su prisionero, y nada más natural que los republicanos traten de seguir siendo republicanos, á pesar de todos los romanticismos de unas cuantas señoras más ó menos destornilladas que se han propuesto realizar lo irrealizable.



JOSEFINA

¡Pero es una bellaquería indigna, es una infamia, lo vuelvo á repetir, es una atrocidad! ¡Jugar con la vida de un hombre, jugar con la vida de varios hombres, reirse de lo más serio y de lo más augusto que existe en el mundo, es una positiva y tremenda atrocidad! Y si tal cosa sucedía, ¿por qué te comprometiste en México á ayudarme á la salvación del Emperador?

QUIROZ

Porque me habría comprometido á coger el sol con la mano y á metérmele en el bolsillo derecho, porque me

habría comprometido á cambiar el curso de las estaciones y á bajar á los ángeles de sus asientos para ofrecérteles á ti, á quien quiero con toda mi alma.

JOSEFINA

¡Farsante, traidor, mal hombre! no mereces que se te consagre este inmenso amor que...

(Con volubilidad.)

Aunque bien vista la cosa, yo en esto ni quito ni pongo rey; he hecho cuanto ha estado en mi mano, he luchado hasta sin esperanzas, he corrido peligros y he sufrido decepciones; si nada se logra, ¡cómo ha de ser!: que el Emperador corra su suerte y nosotros correremos la que nos toca.

QUIROZ

Así me gusta verte, razonable, discreta, acompasada y sin excesos. El romanticismo te ha perdido haciéndote realizar las cosas más extravagantes y descabelladas que pueda ejecutar persona viviente: por él has creído en herencias misteriosas; por él has andado descarriada entre montes y vericuetos; por él estabas metida en este horrible sitio con riesgo inminente de que te tocara algún confitazo que diera término á tu vida.

JOSEFINA

No sé, pero siento aquí, aquí dentro, algo extraño, algo excepcional, algo que se derrumba para siempre: quizás sea la edad, la madurez que llega, el tiempo que hace su oficio, la experiencia que me obliga á saber cuánto difieren la realidad y el deseo... ¡Pobre de mí!

QUIROZ

Así me gusta verte, nena mía, así me gusta verte y no acariciando vanas y locas imaginaciones que no han de realizarse en este mundo ni en el otro. Mucha práctica, mucho positivismo y á vivir.

JOSEFINA

Sí, tienes razón, á vivir. ¡Pero era tan hermoso acariciar ilusiones, y tan interesante el vivir descabelladamente!...

ESCENA SEXTA

La escena ocurre en la casa que ocupa la princesa de Salm. Se hallan en ella los coroneles VILLANUEVA y PALACIOS, PEPE BRAMBILA, MIGUEL CABALLERO, JOSEFINA, EUGENIA, QUIROZ y muchos oficiales

republicanos. AGNES viste un elegante traje de seda clara y ligera que le sienta maravillosamente; recorre todos los círculos ofreciendo á éste una taza de té, á aquél una sonrisa, diciendo un cumplido allí, una broma más allá y hablando á todos con cariño y amabilidad que á leguas denuncian no sólo el deliberado intento de granjearse voluntades, sino también la nerviosidad que domina á la interesada.

AGNES

(A Brambila.)

Va á tomar esta tacita de té, y no me diga que es cualquier salvia más ó menos odorífera, porque me disgusto seriamente con usted... Ustedes los republicanos, como criados lejos del regalo y del buen vivir, desconocen todo lo que se refiere á las artes de agrado y por eso no saben apreciar cosas tan buenas como las que yo le ofrezco... Ni el Emperador de China lo toma mejor.

PEPE

No dudo que Su Majestad celeste tome té más bueno: pero sí aseguro que no se le sirven damas tan hermosas como á mí... Aunque fuera rejalgar, le tomaría satisfecho por venir de mujer tan bella y por haber estado un poquito en sus lindas manos.

AGNES

Lisonjero.



— Va á tomar esta tacita de te...

(Dirigiéndose al coronel Palacios.)

Y usted, coronel, ¿por qué permanece tan retraído? ¿qué mosca le ha picado, qué mala hierba pisó que está ahí como ajeno á todo cuanto sucede en esta reunión en que tratamos de resucitar algo de las formas de sociabilidad usadas por el mundo?

PALACIOS

Yo, señora...

AGNES

Anímese usted, anímese, que al fin las cosas no son tan malas como pensamos; hay que trabajar, hay que moverse, hay que obrar con brío y no darnos por vencidos sino después de luchar con todas nuestras fuerzas.

PALACIOS

Tiene usted razón, señora, hay que trabajar...

VILLANUEVA

(Acercándose al grupo.)

No trate, usted, señora, de domesticar á este puerco espín, que cuando usted menos se lo figure va á clavarle

las púas y á hacerle mucho daño; ocurra usted á mí, que soy bondadoso y sé apreciar á las damas y servirlas como ellas lo deseen... Para gente como usted se hizo el axioma de que nada quita lo cortés á lo valiente, y muy bien podemos seguir siendo republicanos y anti-imperialistas, siendo también, como debemos ser, galantes con las damas y condescendientes con sus caprichos.

QUIROZ

Mil veces tiene razón Villanueva, y yo soy el primero que aplaude y celebra la gallarda empresa que ha tomado entre manos nuestra bella castellana... ¿Qué cosa más hermosa que librar del cautiverio á un príncipe que se halla en manos de infames encantadores y de ogros voraces, sacándole en volandas y llevándosele á donde no puedan hacerle daño las intrigas de los malos ni las demasías de los follones?

PEPE BRAMBILA

Bien dicho, bien dicho; aquesta empresa, buen rey, para mí estaba guardada; pero á fe de hombres honrados que hemos de ver libre á Maximiliano ó que hemos de convenir en que no servimos para nada.

AGNES

Bien dicho; así se hace y sólo en pechos latinos podía caber una resolución tan gallarda... ¡A luchar, vamos á luchar hasta que veamos libre y feliz á nuestro amado Empe.:ador!

(Se retira del brazo de Quiroz hablándole con entusiasmo y ambos llegan hasta el hueco del balcón, donde se detienen accionando con precipitación.)

JOSEFINA

(Al grupo de militares.)

Pero, hombres, parece mentira que tantos gigantes barbudos y tantos jefes valientes, se entretengan en burlarse de una excelente señora, cuya única falta consiste en tener buenas intenciones... Ya sé que no han de ayudarla, ya sé que todo el compromiso que dicen ustedes haber contraído es guasa y filfa: pues ¿por qué no la dejan en paz evitándole tantas imaginaciones que á nada han de conducirla?

CABALLERO

¡Vaya con la defensora de pobres! ¿Y en qué quiere usted que nos entretengamos, querida mamá política, si

no nos entretenemos en volarle los cascos á una acróbata un poquillo chiflada que nos ha tomado por sus maestros de pista?

JOSEFINA

¡Eso es indigno, eso es indecente! Ya es bastante el que se trate de una señora; pero jugar con las esperanzas de un hombre, con su vida, con su propósito de seguir alentando en el mundo, es la peor de las villanías, es la más grande de las infamias.

EUGENIA

Razón tiene mamá, y muy mal hacen ustedes en volarle los cascos á la pobre princesilla... Háblenle claro y déjense de bromear con cosas serias, que eso es indigno de hombres honrados.

QUIROZ

(Al separarse de Agnes le dice en alemán:)

Ese es el obstáculo. Si conquista usted á Palacios, todo está listo y allanado.

AGNES

¡Oh, la hiena, la maldita hiena!

(Agnes se dispara hacia el taciturno Palacios resuelta á lo que sobrevenga; le coge del brazo, y llenándole de mimos y aturrullándole con palabras bonitas trata de afianzarle á su vera.)

Pero, coronel, ¿qué significan ese apartamiento, esa quietud, esa solemnidad?... No me gustan los hombres taciturnos en mis tertulias y cuente usted con que he de conseguir alegrarle y ponerle al unísono de mis otros huéspedes... Vea usted, vea usted qué contentos están todos... Si usted no se armoniza con mis otros amigos, acabaré por creer que no sirvo para ama de casa y que cuando viene á ella un caballero galante, un hombre educado y correcto, mi talento no logra entretenerlo un poco y hacerle agradable la estancia en este pobre cuchitril...

PALACIOS

¡Por Dios, señora, que no diga usted estas cosas! No sólo contento, sino á mis anchas me encuentro... me encuentro... digo que en una casa así... tan buena, pues... estoy muy satisfecho...

AGNES

Pues demuéstreme usted esa satisfacción charlando, divirtiéndose y tratando de las cosas que á todos nos alegran.

PALACIOS

Pero, señora, si mi carácter es así, fosco, retraído... yo no sé sostener una conversación; yo no sé hablar media hora seguida con una dama... aunque sea tan hermosa y tan llena de gracias como usted...

AGNES

¡Ah! vamos; ya se desenvuelve, ya empieza á recobrar el habla, y su primer movimiento es tan gallardo como el de ninguno. ¡Bendito sea Dios!

(Se despiden Josefina y Eugenia; no tardan en seguirlas uno tras otro los demás tertulianos, pero cuando Palacios trata de retirarse la Princesa le retiene cogiéndolo por los hombros con cierta familiaridad y hablándole al oído con dulzura.)

No se vaya usted, no se vaya, que estoy muy contenta de su compañía; á mí me entretiene lo que no es decible la conversación de los hombres serios, de los hombres que han corrido mucho mundo, que han tenido muchas aventuras y que saben lo que es la vida y lo que encierra de bueno y de malo... Y usted, coronel, habrá tenido grandes aventuras; aventuras de tierra y de mar, de amor y de fortuna, de guerra y de paz... ¡Oh! la vida de los militares es lo más variado y lleno de atractivos.

PALACIOS

(Como suspenso, no sabe á qué atribuir aquella inusitada amabilidad.)

Yo, señora, sí, es claro... algo se ha vivido, algo se ha mirado... Como usted dice, tratando diariamente amigos que llevan la carrera militar... pues ya se ve.

AGNES

Y se nota luego que es usted, además de un hombre valiente y honrado á carta cabal, una persona de sentimientos exquisitos y capaz, en caso ofrecido, de servir á quien usted quiera y de inclinarse á un partido justo y...

PALACIOS

Ya lo creo, señora, y así lo demuestra el que ahora me haya puesto del lado de una causa como la republicana.

AGNES

(Provocativa y mirando al coronel con ojos que despiden efluvios diabólicos.)

Pero una vez conseguido el triunfo de la tal causa, ¿qué más puede usted hacer que sea más humano y más

conveniente y más apropiado á la situación, que el ponerse al lado de los oprimidos, de los tristes, de los que sufren injustamente?...

PALACIOS

(Haciéndose el sueco.)

Señora, yo no entiendo una palabra de lo que usted me dice. ¿Qué oprimidos son esos, ni qué causa es esa, ni de qué salvación me habla?

AGNES

Pues ¿qué causa ha de ser, sino la causa de los vencidos de Querétaro, y qué persona sino la persona del Emperador, ese noble y augusto caudillo que sufre lo indecible en poder de sus enemigos?

PALACIOS

(Como involuntariamente y sin medir el alcance de sus palabras.)

El Emperador no tiene remedio; el Emperador está condenado irremisiblemente y no hay más que resignarse á que corra su suerte.

AGNES

(Excitada y llena de furor.)

Pero ¿qué ha dicho usted? ¿El Emperador condenado

irremisiblemente? No ha de haber tal condenación mientras yo exista, mientras pueda moverme y procurar su libertad... y usted, coronel, usted, hombre honrado y bondadoso, que sabe lo que es el amor á la familia, la amistad y el juramento que se hace de realizar una empresa, tiene que ayudarme en esto con todas sus fuerzas, con todo su empeño.

PALACIOS

Yo, señora, soy un soldado republicano y me parece que desconoce usted ese carácter al hablarme de algo tan fuera de lo natural como lo que me propone.

AGNES

¿Y por qué ha de ser fuera de lo natural, vamos á ver? Usted cumplió con su deber luchando contra el imperio, procurando la prisión del Emperador, portándose como un valiente y luchando durante varios años con un tesón y una constancia dignos de envidia; pero ahora está el imperio en poder de ustedes; el monarca poderoso, protegido por las bayonetas francesas y á quien usted combatió con todas sus fuerzas, es sólo un hombre desgraciado, enfermo, triste y próximo á sufrir una condena injusta.

PALACIOS

Pero observe usted, señora, que si yo le ayudo en su empeño borro de una plumada todos mis antecedentes, acabo con mi carrera, destruyo mi hoja de servicios, asesino á mi familia.

AGNES

A eso voy, coronel, á eso voy; todo lo tengo pensado y no crea usted que le exijo sacrificio que no procure pagarle. Usted es hombre pobre, sin más capital que su carrera, sin más ahorro que sus antecedentes; usted ha luchado, usted ha trabajado, usted ha llevado una vida de penas y dolores y bien merece una recompensa; si usted me ayuda á salvar al Emperador yo le aseguro á usted una fortuna, una fortuna que le compense de la pérdida de su grado, del olvido de sus antecedentes, de todo lo que usted dice que va á arriesgar.

PALACIOS

¿Una fortuna?

AGNES

(Sacando un papel.)

Esta es una libranza contra la casa imperial de Aus-

tria y á su presentación tendrá usted cien mil pesos que le servirán para asegurar el porvenir de las personas que usted quiere, de su esposa y de su hijo, para vivir en Europa tranquilo y sin preocupaciones hasta que se haya olvidado esta aventura, en que desempeñará usted el papel más airoso y el más interesante, el de salvador de un inocente y de amigo de una víctima débil y resignada.

PALACIOS

(Revuelve entre los dedos el papel y lo entrega á la Princesa.)

Estimo mi nombre y mi suerte en una suma mucho mayor que ésta.

AGNES

¿Mayor? ¿Pues cuánto querría usted por llevar á cabo lo que le propongo?

PALACIOS

Mucho más de lo que usted puede darme.

AGNES

(Como enajenada y resuelta á jugar el todo por el todo en la partida empeñada.)

¡Ah! usted no quiere dinero, usted no desea prosperida-

des ni bienes materiales, sino algo más; comprendo, usted quiere amor, amor puro, amor desinteresado y constante.

(Corre á la puerta y la cierra con doble llave guardándose ésta en el bolsillo.)



Bien está, bien está, hace bien en odiar las malditas riquezas, el absurdo bienestar material. ¿Quiere usted amor? Pues aquí está el mío.

(Se echa en los brazos del coronel y como éste se retira, ella empieza febrilmente á desnudarse tirando las ropas por el suelo.)

PALACIOS

¡Señora, por Dios!... Mire usted que es la primera vez

que en mi vida me veo obligado á huir ante una mujer; pero si usted continúa, saldré por el balcón y pediré auxilio.

AGNES

¿Auxilio? ¿Auxilio de quién? ¿Contra quién? Si yo te amo con todo mi corazón; si yo quiero que seamos felices lejos de aquí, lejos de las tonterías y de los convencionalismos de tu tierra.

PALACIOS

Esto pasa de broma pesada; le ruego á usted que abra la puerta ó yo la abriré como pueda.

AGNES

No te irás, no puedes irte sin que yo...

PALACIOS

Basta ya, señora; digo que basta ya y le ruego que no me obligue á faltarle al respeto.

(Se dirige hacia la puerta y empieza á sacudirla febrilmente; Agnes desalentada le arroja la llave desde el fondo de la habitación y le grita dos ó tres veces: ¡Miserable!)

(Palacios se retira mientras la Princesa cae por el suelo con un ataque de nervios.)

ESCENA SÉPTIMA

ESCOBEDO, AGNES Y JOSEFINA

ESCOBEDO

(A la Princesa.)

Señora, he observado que no convienen para usted ni la temperatura ni el ambiente que reinan en Querétaro. Hay mucho calor, hay mucho tifo, las tropas están infestadas y de permanecer aquí, muy pronto se contagiaría con cualquiera de las muchas dolencias que reinan... Tiene usted que salir de prisa.

AGNES

No entiendo, general.

ESCOBEDO

Y por cierto que va á salir usted acompañada; irá en unión de los ministros extranjeros, que ya no tienen objeto en Querétaro porque han terminado su misión.

AGNES

(Sorprendida.)

Pero si yo no quiero salir de Querétaro, si yo no tengo temor al contagio. Si...

ESCOBEDO

Pero está en mi obligación cuidar la preciosa vida de usted y las otras igualmente preciosas de los distinguidos diplomáticos que rodean á Maximiliano.

AGNES

Yo necesito ver el fin del Emperedor y no saldré antes de que se falle su causa.

ESCOBEDO

El fin del Emperador es incierto y apenas si puedo asegurarle á usted que no logrará fugarse ni sobornar á nadie, ni llegar á donde la buena intención de sus amigos lo desea.

AGNES

Pues bien, si lo sabe todo, póngame prisionera, coloque centinelas de vista en mi cuarto, entérese de todos mis pasos, averigüe quién me visita, tome todas las providencias que sean menester para saber lo que yo haga, diga y piense; pero por Dios que no me haga salir de la ciudad porque es una pena más grande que la que merece mi delito.

ESCOBEDO

(Sin parar atención en lo que dice la Princesa.)

Irá usted á un pueblo lleno de calma, de gente sencilla y candorosa que no la molestará á usted metiéndola en empresas impropias de su posición y de su sexo... Usted creyó cohechar á mis oficiales y todos obraban de acuerdo conmigo; creyó que con hacer firmar libranzas hipotéticas á los ministros extranjeros, distraía de su deber á gentes acostumbradas á cumplirlo siempre; forjó planes fantásticos en compañía de la Sra. Ubiarco que me escucha, y juntas trataron de agenciar dinero, caballos, armas, de sobornar oficiales y de realizar planes descabellados, sin fondo ni razón. Es tiempo ya de que el Gobierno ponga mano en esas temibles conjuras y las deshaga de un soplo mandándola á usted que se aleje de Querétaro, expulsando á los ministros extranjeros y previniéndole á su compañera que solamente no se le envía fuera de la ciudad por los respetos que me merece su deudo el coronel Olivos.

JOSEFINA

(Enajenada y olvidando su calma anterior.)

Señor general, cuanto usted dice es cierto y no tenemos por qué ocultárselo, ni por qué negarlo una vez que usted lo ha descubierto. Ha sido más astuto que nosotros

y nada más natural que se lleve el resultado; pero sépalo, y sépalo una vez por todas, que la crueldad del Gobierno es muy mal vista aun por los mismos liberales que tienen algo de corazón y un poco de cariño á su tierra; que la horrible é inútil represalia que intenta no puede llevarse á cabo sin que intervengan y protesten todos los gobiernos del orbe civilizado y que...

ESCOBEDO

No he solicitado, señora, el parecer de usted acerca de los pasos que doy; pero sí le prevengo que tan pronto como averigüe que sigue usted tratando de agenciar caballos para Miramón, dinero para Maximiliano, ó auxilios para cualquiera de los condenados, tendré la pena de aplicarle alguna disposición muy severa... En cuanto á los ministros ya les he hablado, pero asegúrenles ustedes una vez más en mi nombre que estoy dispuesto á colgarles si continúan en sus maquinaciones ó no se marchan de Querétaro tan pronto como se lo tengo ordenado.

AGNES

No se saldrá usted con su capricho, entiéndalo bien; no me retiraré de Querétaro, ni aun llevada á la fuerza y puede contar con que yo...

(Antes de concluir este parlamento, la desgraciada Princesa ha agitado las manos, movido todo el cuerpo, paseádose por la habitación y gritado destempladamente, hasta que por fin cae al suelo presa de un horrible ataque que la hace torcer la boca, poner los ojos en blanco, azotarse contra el pavimento y lanzar gritos ahogados. Con grandes dificultades Escobedo, Josefina y los ayudantes del general, consiguen calmar á la enferma, y, metiéndola dentro de un coche, la conducen fuera de la ciudad.)

ESCENA OCTAVA

JOSEFINA, PEPE BRAMBILA, OLIVOS, varios jefes republicanos.

OLIVOS

(Que llega nervioso y azorado, dice con atropellamiento, dirigiéndose el grupo:)

Noticia fresquecita; en este instante, que son las diez y media de la noche del 13 de Junio de 1867, se acaba de dictar sentencia en contra de Maximiliano, Miramón y Mejía. Tres días hacía que yo estaba llevándole la pluma al fiscal Aspíroz para poner en limpio la requisitoria que presentó; por cierto que la retocó muchísimo, trufándola de citas de autores y comprobando hasta la evidencia que merecen los acusados la pena que indica... «Concluyo por la Nación, dice, pidiendo que sean pasados por las armas los expresados reos: Maximiliano, conforme á los artículos 13 y 24, y los otros dos, conforme á los artículos 1.°, fracción IV, XIII y primera parte del 26 de la ley de 25 de Enero de 1862»... ¡Es una cosa terrible! Hoy á las seis de

la mañana se hallaban formados frente al templo de Capuchinas cincuenta cazadores de Galeana, montados, armados y equipados con la correspondiente dotación de oficiales y cincuenta hombres del batallón de la guardia de Supremos Poderes en los mismos términos que la fuerza anterior según su arma; todo á las órdenes de Miguel Palacios, jefe de la segunda brigada. El Consejo se reunió en el Teatro de Iturbide, que por cierto tenía en el foro una decoración que simulaba una columnata de templo griego; presidió la asamblea Platón Sánchez, y formaba parte de ella José Ramírez, Emilio Lojero, Ignacio Jurado, José Verástegui, Lucas Villagrán y Juan Rueda y Auza, con presencia del asesor, Joaquín Escoto. Fueron defensores Próspero Vega, por don Tomás Mejía; don Ignacio Jáuregui y don Ambrosio Moreno, por Miramón, y Vázquez y Ortega por Maximiliano.

JOSEFINA

¿Y don Mariano Riva Palacio, y don Rafael Martínez de la Torre?

BRAMBILA

Esos están en San Luis, atareadísimos, tratando de convencer á Juárez de que debe indultar á los reos; trabajo les mando porque se me figura que de esta hecha ya

tienen para hundirse... Todos los licenciados soltaron los picos de oro, y cuál más cuál menos dijeron cosas encantadoras; pero ni todas las argucias, ni todas las mentiras de la jurisprudencia, bastarán para convencer á nadie de que tengan razón.

JOSEFINA

¿Y usted qué sabe, escribientillo de mala muerte, ni qué tiene que juzgar de que hablaron bien ó mal esos señores, cuyos argumentos quizás no llegue á catar?

PEPE

En primer término, sí sé lo que hablaban y por qué lo hablaban, y en segundo lugar tenía cerca de mí á media docena de abogadazos que estaban haciendo trizas la argumentación de los defensores. En fin, que esto terminó y que no tendremos Imperio por mucho tiempo.

JOSEFINA

No cante usted victoria; todavía queda Juárez, que á regañadientes y sin quererlo puede conceder el indulto obligado por los Estados Unidos ó por Europa. No es cualquier cosa esa de tener que ponerse frente á frente del

mundo entero, sólo por llevar á cabo un capricho de indio testarudo y falto de entendimiento.

PEPE

¡Qué poco conoce usted á don Benito, señora! Si todas las potencias del infierno y todos los bienaventurados del paraíso y todos los reyes y monarcas juntos se pusieran de acuerdo para obligarle á abandonar lo que considera que es justo, no lograrían nada ni conseguirían ablandarle un ápice. La condenación de Maximiliano y de los suyos no es obra de mala voluntad, ni de venganza, ni de deseos de sacar avantes las instituciones liberales sobre las imperialistas; es asunto decidido consciente, clara, maduramente, desde hace mucho tiempo, y al matar al Emperador, Juárez no hace más que cumplir con la voluntad nacional. ¡Ay de él, si por cualquier circunstancia cometiera el error incalificable de perdonar al Archiduque!; no durarían un momento más su gobierno ni su vida. Pero no haya miedo que haga semejante cosa, pues arrestos le sobran para escabechar á otros Emperadores que vinieran tras éste.

(Todos se retiran comentando con grandes aspavientos la resolución del tribunal; Pepe y Josefina marchan de bracero, riéndose alegremente, como si la antigua dama de honor hubiera recibido la noticia más satisfactoria y que debiera agradarle más.)

ESCENA NOVENA

MAXIMILIANO, MIRAMÓN, el PADRE LADRÓN DE GUEVARA.

Miguel escribe á la luz de un velón y escucha las exhortaciones del padre Guevara.

EL PADRE GUEVARA

Sí, ¿qué vale esta existencia de miseria y de dolor, comparada con la que han de gozar los bienaventurados en la Jerusalem celestial? ¿Qué vale ser ministro, presidente, pontífice, lo más alto y lo más grande del mundo, junto á la corona de la bienaventuranza eterna?

MIRAMÓN

(Jovial y cariñoso.)

Ya concluí; he escrito á mi esposa, á mis amigos, á mis abogados, á mi hijo... ¡Ah, padre mío, qué triste instante éste y cuán doloroso es separarse de todo lo que se ha amado en una existencia entera!... Razón tenía Cristo al pedir que se apartara de su boca el cáliz de la muerte; ¡qué amargo, qué doloroso es!... Véales usted á todos, véales y dígales que mi último pensamiento ha sido para ellos; que muero firme, seguro en la misericordia de Dios, tranquilo por haber cumplido con mi deber al lado de mi Emperador... y cuando hable usted á mi niño, á Miguel—

el pobre me parece tan listillo, tan bueno, tan despierto, tan generoso que se me figura á ratos que ha heredado este fatal temperamento mío, esta tendencia á mandar hombres, á forjar pueblos, este amor á las cosas grandes y este afán de supervivencia que siempre ha torturado mis entrañas... — si le ve usted, aleje de su mente la idea de vengarme; que ruegue á Dios por mí, que le sirva á su patria sin interés y con nobleza... ¡Pobre Concha, pobre mujer mía! La he enviado á San Luis seguro de que no obtendrá ninguna gracia; pero también seguro de que no sufrirá con el espectáculo de la horrenda muerte que me aguarda... ¡Pobrecitos niños, pobrecitos; sin padre que les mime, que les proteja, que les quiera y que les aleje de los peligros!... Parece ayer cuando yo, en mi loca ambición, creía ser el dueño de México y ser el dueño del mundo... ¡Qué locos, qué locos somos, y qué poca cosa somos! ¡qué nada la nuestra!...

EL PADRE GUEVARA

Menos que la arista que el fuego consume, menos que el heno que nace en los tejados. El salmista...

MIRAMÓN

Mire usted, padre, si mostrará disposiciones el mayorcito; quince años tiene y ha hecho ya una carta geográ-

fica de nuestro país; y vea qué rara casualidad: ha puesto entre las comarcas pertenecientes á México las que nos arrebataron los bandidos yanquis.

(Deja caer la cabeza entre la manos y la levanta lleno de fiereza al ver al Emperador que penetra á la estancia, débil, demacrado, falto de fuerzas y destituído de todas sus energías; el padre Guevara, que se prepara á leer una lección del breviario, cierra el libro y se pone en pie.)

MAXIMILIANO

¡Hola, Miguel! ¡con qué gusto os veo en tan buena compañía y dado á la consideración de las cosas eternas, que nunca debíamos haber perdido de vista!

MIRAMÓN

Sire, un soldado piensa en las cosas eternas cuando pelea; no hay dos personalidades que se parezcan más que la de un asceta y la de un guerrero...

MAXIMILIANO

(Con voz queda y medrosa.)

¿Y creéis que nos fusilarán?

MIRAMÓN

Sire, desde que caí en manos de esta gente no he llegado á dudarlo ni un minuto. Es la suerte de la guerra:

si ellos hubieran caído en mis manos, ninguno lo habría contado; caímos nosotros en las suyas, y á ellos les toca hacer su deber; no ofende á otro el que hace uso de su derecho.

MAXIMILIANO

¡Por Dios, Miguel, qué teorías más horribles!

MIRAMÓN

Sire, en la guerra como en la guerra; con esto contábamos y nada más natural que nos sobrevenga.

MAXIMILIANO

Sin embargo, el indulto... Juárez...

MIRAMÓN

No creáis, Sire, en tales patrañas.

MAXIMILIANO

¡Qué tarde os he conocido!

MIRAMÓN

Ciertamente, ciertamente que me habéis conocido tarde; si me hubierais acordado vuestra confianza no perece-

ríamos en el cadalso, no se derrumbaría el Imperio y la patria tuviera otro porvenir; pero Dios lo ha querido así. ¡Pobre Emperador!...



MAXIMILIANO

(Con súbito arranque, se arroja á los pies de Marimón y le abraza las rodillas dejando caer su rostro lleno de lágrimas sobre el pecho del general, que se sorprende en gran manera por aquel caso inopinado.)

¡Perdonadme, Miguel, perdonadme!

(Solloza larga y ruidosamente.)

MIRAMÓN

(Con extrañeza.)

¿Perdonaros, Sire? ¿y qué tengo que perdonaros? He alcanzado la honra de estar á vuestro lado; he peleado hasta el último momento; os he sido leal y adicto como ninguno; miré por vos y por la libertad de mi patria. ¿Qué más puede ambicionar un soldado? ¿qué más puede ambicionar quien deseó siempre una muerte así?

(Maximiliano está deshecho en lágrimas é impidiendo que Miguel se alce del asiento en que se encuentra colocado.)

Alzaos, Sire, por Dios, que me apena veros así.

(Maximiliano se levanta violentamente y sale escapado del cuarto.)

MIRAMÓN

¡Qué extraño! ¿Habrá perdido el juicio? ¿De qué me pide perdón cuando yo no se lo pido á él ni tampoco se lo pido á la suerte que nos ha puesto en semejante estado?...

(Al padre Guevara.)

Dígale usted á Concha que arregle los honorarios de mis defensores, sobre todo los del licenciado Moreno: no vive más que de su profesión, y anda bastante apuradillo el pobre... Dígale que se cuide mucho y que cuide á

los niños. Que trate de conservar cerca de sí á *Mademoiselle* y que rece mucho por el eterno descanso de esta mi alma inquieta, que tanto amó y ambicionó tanto en este mundo... Ordóñez tiene una trenza de cabello de mi madre; que Concha la recoja y procure que se conserve con respeto ó se entierre cuando muera alguna persona de la familia; que se resigne, que se cuide para la educación y el porvenir de mis hijos. Que le quite á Miguel cualquier idea de venganza... que piense un poco en el que la ha hecho sufrir tanto, pero que la ha amado tanto.

EL PADRE GUEVARA

(Sollozando.)

Despréndase, don Miguel, de todas las cosas terrenas: en el cielo no hay familia, ni amigos, ni deudos; créame á mí, allí está la paz, allí está la dicha...

MIRAMÓN

Sí, todas las puertas están cerradas menos las del cielo; estoy absolutamente resignado; ¡sólo me duele dejar este mundo por ella, por ellos!

(Rehaciéndose mediante un violento esfuerzo consuela al sacerdote, é incorporándose, dice satisfecho:)

Que venga, que venga á la hora que quiera; la aguardaré sonriente y tranquilo como la aguardé tantas veces

en mi vida de soldado: la muerte es la gran amiga del hombre de armas; es la única mujer que no falta á la cita suprema... ¡Bendita sea ella!

EL PADRE GUEVARA

Piense usted en Dios, piense en el Supremo Bien, piense en la otra vida...

ESCENA DÉCIMA

Cuarto de la prisión de Mejía. Don Tomás está más aplanado que de costumbre; sumido en un estupor verdaderamente búdico contempla con obstinación un trozo de pared desconchada sin que pase por su cabeza ni un pensamiento, ni la sombra de un deseo. El viejo guerrero, que al frente de una *culebra* de caballos se imponía en todos los pueblos de la sierra y era el cacique indisputado de la comarca, no recuerda sus tiempos anteriores, ni recoge del pasado una sola de aquellas piedrecillas que desde la infancia solemos poner como jalones del camino, como Pulgarcillo dejaba en el bosque los guijarros que le habían de llevar á la casa de sus padres. Acaba de salir la joven esposa del condenado á muerte; éste, no por estoicidad, ni con esfuerzo, ni mediante un trabajo cualquiera ha demostrado su indiferencia manifiesta para la vida y lejos de mirar que el panorama se le ensancha, lejos de contemplar horizontes de otra vida mejor y de dolerse de dejar ésta, nada mira, nada pide, nada siente, presa de aquella anestesia moral y física que le domina. De repente oye pasos precipitados que se detienen ante su celda, ve una gran luz y contempla la figura un tanto desgarbada, un mucho marcial del general vencedor, don Mariano Escobedo, que sin cumplidos se mete hasta tocar con el catre del sentenciado, ordenando á su comitiva que se detenga en el corredor.

ESCOBEDO

(Cerrando la puerta y limpiándose la frente con un pañuelo de hierbas; se conoce que está impresionado, y aunque su palabra de ordinario es fácil y no suele pararse en circunloquios, en esta vez hay algo que le impide hablar francamente y espontanearse como suele.)

Buenas noches, don Tomás. ¡Qué calorcillo, ¿eh?... Se explica, se explica el mes de Junio...! ¡Vaya con el calor!

(Sin aguardar la respuesta de Mejía se levanta, enciende un cigarro de hoja en el velón del centro, y vuelve á arrellanarse en la silla de paja en que se había sentado anteriormente.)

¡Qué tiempos, qué tiempos aquellos! Cambian mucho y nosotros con ellos. ¿Se acuerda usted de aquella guerra de tres años?; fué ayer y parece que ocurrió hace más de un siglo... Y luego, nuestra amistad en la frontera... todo, todo aquello completamente distinto de su Sierra Gorda, del Xichú, de estas cosas del interior... Buena gente aquella, ya usted la conoce... ¡Maldito cigarro!

(Se levanta y vuelve á encender de nuevo la tagarnina en la llama vacilante del velón de sebo.)

Y ya ve usted las vueltas que da el mundo; en otro tiempo, yo prisionero de usted; ahora, ¡cómo ha de ser! usted prisionero mío... Hoy por ti, mañana por mí... ¡Y vaya que las hemos pasado gordas! Tiempos hubo en que yo les daba de comer á mis soldados ¿qué cree?... pues discursos, discursos; les hablaba con cariño, con ternura;

pero apenas empezaba venía á formárseme aquí en la garganta un nudo que casi no me dejaba hablar; y con discursos hacía andar y batirse y triunfar á aquellos pobres muchachos tan buenos y tan abnegados y tan cariñosos. «Adelante, mi jefecito, me decían, vamos á darle.» Y una vez, que más triste y desperecido que ellos no chistaba palabra, uno se me cuadró y me dijo con cariño: «Mi general, qué ¿ya no nos dice usted nada?...» Habíamos hecho una religión del no comer y un evangelio de la desnudez. Cierto día vimos acercarse una tropa, liberal como la nuestra, pero uniformada, y sin acuerdo ninguno empezamos á disparar contra ella creyéndola del enemigo... ¡Qué tiempos!... ¿Se acuerda usted de lo de Tabachisky? No se me despinta cuando el maldito Márquez se empeñó en fusilarme y cuando usted tomó mi defensa... Estuvo, estuvo peliagudo el caso.

(Escupe y mira las volutas de humo que forma en el aire el macuchi que se quema.)

Y mire usted, créalo, entonces me formé un propósito, y me dije, digo, pues si alguna vez el general Mejía cae en mis manos, cuente con que le he de salvar la vida... ¿Qué dice?

MEJÍA

(Como volviendo de un sueño, mira atónito á su interlocutor y no quiere dar crédito á sus oídos.)

¿Cómo?... ¿usted... salvarme á mí?... no, eso es imposible; eso no ha de ser.

ESCOBEDO

¿Y por qué no ha de ser? ¿Que no sabe usted que yo soy el jefe de la plaza, que mando y ordeno aquí, y que lo que yo dispongo, bien dispuesto está? Es mi voluntad, es mi gusto; hago lo que hizo por mí y...

MEJÍA

No, eso no, yo no comprometo á mis amigos; cumpla usted con su deber... cumpla usted con su deber, que yo cumpliré con el mío.

ESCOBEDO

Pues de eso trato; de cumplir con mi deber, de pagarle su bondad á un amigo, y que salga el sol por Antequera.

MEJÍA

Bueno, bueno, yo lo reconozco... es claro; pero...

ESCOBEDO

¿Pero qué, hombre de Dios? Hable pronto, que el tiempo urge.

MEJÍA

(Animándose un poco y brillándole en los ojos una lucecita que se le mira por primera vez desde que está preso.)

¿Qué? Que tengo compañeros, que tengo amigos, que estoy dentro de un partido y que no he de dejar todo por salvar la pelleja como lo hacen los cobardes... Si el Emperador y Miramón se salvan, yo me salvaré con ellos; si á ellos les aprietan el pescuezo, también me lo apretarán á mí: con ellos á la salvación ó en su compañía al patíbulo... ¿No le parece?

ESCOBEDO

¡Quite usted allá, don Tomás! ¿qué escrúpulos son esos, ni qué compromisos ha contraído usted con semejantes señores? Cada araña por su hebra, y si ellos consiguen salvarse, con su pan se lo coman, que por mi parte yo me contento con salvarle á usted y santas pascuas.

MEJÍA

Pues á mí no me basta, y por más que hable no me ha de bajar de mi macho: ó con el Emperador y Miramón, ó al palo.

ESCOBEDO

¿Qué dice usted, hombre? Esas gentes nunca han sido

amigas de usted, ni le quieren, ni le tienen ley ninguna á su persona. El azar les unió, el azar les desune, y que cada quien corra su suerte.

(Empieza á fumar con furia la tagarnina de marras, y nervioso se pone en pie midiendo la reducida habitación á grandes zancadas)

MEJÍA

(Acaba por sentirse excitado y también se levanta hablando con la voz menos apocada que suele y moviendo las manos lleno de excitación.)

No, no, no hay que contar conque yo me salve sin los míos. Se lo agradezco, se lo agradezco mucho por de contado; pero no me salga conque yo escape el cuerpo y á los otros les truenen... O se vienen conmigo, ó me truenan á mí con ellos... ¡Pues no faltaba más sino que, después que hemos hecho juntos toda esta campaña y sufrido durante este sitio, fuera yo á dejar como quien dice la honra, en los momentos en que más se necesita tenerla!... Eso no, don Mariano, eso no, y no me lo vuelva á repetir, porque creeré que no es mi amigo... Sí, caramba; ¿para qué quiere uno la vida si la ha de llevar pesarosa y llena de tristezas?... ¿Qué le parecería, amigo, vamos al caso, que tuviera usted una bestia bonita, supongamos un caballo fronterizo en quien usted se mirara; gallardo, limpio, bien cuidado, alta la cabeza, luciente el pelo, ojo vivo y brillante, y que el mejor día el animalito se le mancara de las patas delanteras sin remedio posible? ¿Qué querría

usted, guardar la bestia lisiada y sin empleo dentro de su caballeriza, ó matarla con un tiro de su Winchester? Pues así somos los hombres; ó estamos completos, con nuestros sentidos, con nuestras potencias, con nuestra salud, con nuestra vida, con nuestro honor, que es la vida del alma, ó debemos dejar que nos peguen un tiro y nos quiten de enmedio para no sufrir penas... Soy indio, amigo don Mariano, soy indio, y lo que un indio promete lo cumple... Me acuerdo como si ahorita fuera; me acuerdo del día en que recibimos al güero este allá en México: yo iba en un cuaco precioso; negro, limpia sangre, de bonitos ijares y con un braceo... Acompañé á Maximiliano desde Villamil hasta el palacio; pero ahí tiene usted que á lo mejor me obligan á decir un discurso... á mí, que soy tan boca de palo que apenas puedo saludar, y que no rebuzno porque no sé la tonada. Bueno, tiene que toditito me trabé, y en donde debía decir alguna palabrilla fina ó algún giro retórico de la oración que me había compuesto el amigo Aguilar y Marocho, pues que no pude soltar más que puros titubeos, y tartamudeante y con el alma en los talones, sólo supe gritar con toda mi alma una cosa que me salía de allá, de muy adentro: «Sabré morir por Vuestra Majestad»... Pues bien, amigo, lo que aquel día dije, ahora lo cumpliré; moriré por ese hombre ó me salvaré con él. No quiero vivir lisiado en alguna caballeriza inmunda, como el depósito de jefes, por conservar esta puerca vida que

puede durarme los cinco, los diez, los quince años, que serían los cinco, los diez, los quince años de vergüenza y de dolor... No, amigo; se lo agradezco con toda mi alma... aquí estoy y aquí me quedo, y si Dios dispone otra cosa, ¡bendita sea su Divina Majestad!

ESCOBEDO

(Enternecido.)

No sé qué decirle, don Tomás... ¡Si es usted más bueno y más grande de lo que yo mismo me había figurado!... No merece, no puede merecer este gringo que un hombre como usted se sacrifique por él. Pero ya que tiene empeño en ello, que sea así; pero que conste que yo he comprendido lo que usted vale y quien era usted. Deme un abrazo, don Tomás.

(Se abrazan en silencio.)

MEJÍA

Hasta la otra vida... Hasta el valle de Josafat...

ESCOBEDO

Hasta allá, don Tomás.

(Sale conmovido y lloroso.)

ESCENA UNDÉCIMA

Palacio del Gobierno de San Luis Potosí. DOÑA CONCEPCIÓN LOMBARDO DE MIRAMÓN. D. SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA.

D. Sebastián Lerdo de Tejada, Ministro de Relaciones Exteriores, es hombre bajito de cuerpo, guapo y bien vestido. Sus ojos vivos y garzos debían ser la nota dominante de su fisonomía; pero como que les sale al paso, poniéndoseles al frente y sirviéndoles de muralla, una gran nariz ganchuda, sensual y que acentúa enérgica y fervorosamente cuanto afirma el fino y habilísimo estadista, y como que lo glosa y comenta con burleta aguda, implacable y fina, la boca grande, roja, de labios delgados que parecen una herida abierta en la cara fresca, juvenil y rozagante del magnate. ¿Cuántos años tiene don Sebastián? Inútil pregunta. Si consultamos á la calva venerable que parece refractar toda la luz de las lámparas y candiles en que ha leído viejísimos y ratonados infolios, creeremos que es un viejo caduco y desengañado; si miramos el brillo de los ojos, la tez blanca y luciente y la dentadura completa, pareja y marfilina, pensaremos que se trata de un joven. Don Sebastián, ducho como nadie en todas las artes diplomáticas, ha hecho rápidamente su carrera pasando de rector de San Ildefonso, á diputado y orador de gran valía, y llegando, mediante un avatar que muy pocos pudieran prever, á ministro de Juárez y alma presente de sus determinaciones. ¡Y cosa rara! el hombre ha hecho la mayor parte de su reputación gubernamental como quien dice *sub specie æternitatis*, pues entre las estepas de Chihuahua, los médanos de El Paso, los arenales de Monclova y la hornaza de Monterrey, ha sobrado tiempo para que los estadistas europeos, y sobre todo los americanos, le conozcan y le estimen como diplomático de gran fuste y suma entereza. Se pasea por su habitación con las manos á la espalda y un tanto preocupado, pues los problemas que en esos días se tratan y deciden en el gabinete republicano, bastan para poner caviloso á cualquiera, aunque sea tan optimista como don Sebastián y posea tan buena pasta como la que él goza por favor divino.

Doña Concepción Lombardo, mujer joven, agradable, discreta, rodeada de una aureola de romanticismo y de misterio que la ha hecho

famosa en todo el país, al grado que por allí corre su nombre en canciones, se halla entre los treinta y los cuarenta años; tiene una cara larga y morena y unos ojos profundos, tristes y soñadores y una boca voluntariosa y llena de desdén y una mata de pelo largo y fino que se alisa en bandós muy sugestivos, y unas manos finas y puntiagudas — manos, pelo, boca y rostro, que recuerdan los retratos de doña Juana la Loca que corren por allí.

Doña Concepción (Concha Lombardo, como le dicen todos) y el ministro de Juárez, fueron amigos en sus juventudes, y ahora ha recurrido la triste y dolorosa señora á su amistad y á los recuerdos de tiempos pasados, para conseguir el indulto del pobre Miguel.

DOÑA CONCEPCIÓN

Sebastián, vengo á verle para solicitar lo que usted se figura; pero no quiero ver en usted al diplomático ni al ministro ni al hombre de Estado; quiero hallar al viejo camarada, al amigo leal y al hombre honrado y bueno que he tenido siempre de mi parte.

DON SEBASTIÁN

(Con urbanidad exquisita.)

No necesitaba usted, señora, recurrir á los recuerdos de antaño para conmoverme y hacer que me ponga de su parte. Bien sabe cuánto la he querido y cuánto quiero á toda su familia, y aunque así no fuera bastaría su situación para hacérmela á usted simpática é interesante. Si de mí dependiera, si dependiera de nosotros, si lo que usted desea estuviera en nuestra mano, ¡con qué placer la

ayudaría y me pondría de su lado y estaría con usted completa é incondicionalmente! No sabe usted cómo luchan, cómo riñen, cómo disputan en nuestro interior, nuestra conciencia de hombres justos, nuestro deber de patriotas, nuestra compasión y nuestro propósito de que no se derrame sangre ni se haga mal á nadie...

DOÑA CONCEPCIÓN

¿Y por qué deja usted, hombre culto y sensato, ajeno á preocupaciones absurdas y á tonterías sin objeto, que le quede en el alma el dejo de haber obrado mal, el remordimiento de no haber cumplido con su deber? Olvide usted por un rato lo que llama sus obligaciones de hombre de Estado, lo que apellida su conciencia de patriota, y sea sólo hombre, sea sólo hombre que siente el mal ajeno y se duele de las desgracias de los otros, que no se resuelve á consentir que nadie pierda la vida por culpa de logomaquias, y haga su deber, que es lo más santo y lo más grande del mundo.

DON SEBASTIÁN

Pues por hacer el deber, señora, sufro y sangra mi corazón y padece y se duele mi alma. ¡Gracia! ¿Qué más querríamos que hacer gracia á los infelices víctimas de su obcecación ó de su maldad?

DOÑA CONCEPCIÓN

¡Maldad! No diga usted eso. ¿Tiene usted averiguado si ante la justicia absoluta, si ante la presencia de Dios, si en la vida eterna es maldad el querer la monarquía de preferencia á la república, ó la demagogía de preferencia á la autocracia. ¡Maldad! ¿Y qué sabemos nosotros, viles gusanos de la tierra, lo que es malo ó bueno? ¡Qué risible sería, si no fuera doloroso, eso de llamarse apóstol de la verdad cuando no se sabe nada cierto en este mundo! ¡Y qué responsabilidad no toca á quien castiga á sus semejantes hasta con la muerte, sólo porque aquéllos quisieron que les rigiera un hombre rubio y de familia ilustre, á que les administrara una turba de locos ó de ebrios!...

DON SEBASTIÁN

¡Ah, señora, qué difícil es sostener discusiones académicas con una dama tan discreta y tan afligida como usted! Permítame que no le conteste nada, porque la desconsolaría y la haría sufrir más de lo que debiera, y déjeme decirle solamente que no somos nosotros, que no es el Gobierno quien mata á su desgraciado esposo; quien le mata es la ley, quien le mata es el azar á que él mismo se expuso saliendo á combatir en contra de principios que tenían que triunfar al cabo...

DOÑA CONCEPCIÓN

¡Pero eso es cruel, bárbaro, inhumano! ¿Cómo creer que se arrebate un padre á sus hijos, un marido á su esposa, un servidor á su patria, sólo porque profesa opiniones contrarias á las de Juárez?

DON SEBASTIÁN

(Mortificado y queriendo dar término á la conferencia.)

¡Señora, por Dios, crea que no podemos continuar! ¿Para qué entristecerla más refiriéndole lo que es la verdad, que yo nada puedo hacer, que de mí nada depende, que la suerte está echada y que no puede corregir un poco las decisiones providenciales, ni siquiera el jefe, el mandatario supremo, Juárez?...

DOÑA CONCEPCIÓN

Pero yo no he pensado en humillármele al Presidente. Juárez es un enemigo implacable, un hombre sin entrañas, un ser duro y terrible contra el cual no hay arbitrio ni remedio... ¡Cúmplase nuestra suerte, cúmplase sin apelación y siquiera no me postraré ante el enemigo eterno de mi marido, ante el enemigo eterno de mi raza!... Mas

¿qué digo? Le he ofrecido á Miguel, me he ofrecido á mí misma, apurar el cáliz hasta el fin. Deseo hablar con Juárez, deseo que usted me consiga una entrevista con él y si la suerte quiere que me rechace y me haga tanto daño como yo aguardo, esas humillaciones las tendré en cuenta como prueba de amor á mi esposo... Déjeme usted hablar con Juárez.

DON SEBASTIÁN

Puede usted pasar en seguida.

DOÑA CONCEPCIÓN

Anúncieme usted.

DON SEBASTIÁN

(Se ausenta un rato volviendo á salir á poco.)

El señor Presidente desea ahorrarle á usted y ahorrarse él mismo la pena de una entrevista.

ESCENA DUODÉCIMA

JUÁREZ, LERDO, D. MARIANO RIVA PALACIO, D. RAFAEL MARTÍNEZ DE LA TORRE.

RIVA PALACIO

Ya no se puede alegar, señor Presidente, que no haya



— El Presidente desea ahorrarla á usted...

resolución definitiva, tomada por el Consejo de Guerra, acerca de la vida ó de la muerte de Maximiliano. Tenemos en nuestro poder telegramas procedentes de Querétaro en los cuales se nos instruye de que el tribunal falló decretando la última pena para nuestro defendido... Somos ardientes republicanos, señor Presidente, amamos á nuestro país como apenas habrá quien le ame; pero también estamos ardientemente interesados en que el crédito y la honra y la buena fama de nuestra tierra, no sufran en manera alguna entre las otras naciones. La muerte de Maximiliano significará nada menos que el descrédito de México, que el odio de todos los pueblos, que la mala voluntad de todos los soberanos. Su muerte entraña un grave germen de males, porque para la discordia civil es un punto de partida que comienza con sangre, sin que se sepa su término; en cuanto á la historia significa el aislamiento respecto de Europa y un motivo de sentimiento para la nación vecina. Sombrío cuadro el de un futuro que no quisiéramos profetizar... Hay que salvar la vida á Maximiliano, señor Presidente, hay que salvársela en nombre de los principios de libertad que usted ha defendido, en nombre de la República á quien usted ha salvado. No amargue usted la existencia de las familias que quedan vivas reduciendo á la nada al reo de la ley. Esa nada en que se resuelve la muerte es una negra sombra de la existencia cuando se pierde en el patíbulo por un delito político; pero si esa

sombra no se ve al ejecutar á un reo á nombre de la justicia política, la historia nos refiere muchas veces que al través del tiempo que corre, ha conmovido el corazón de quien creyera que llenaba un deber impuesto por la ley.

JUÁREZ

El Gobierno ha tenido pena inexplicable al tomar esta resolución en que cree pueda cifrar el país un porvenir de quietud: la justicia y la conveniencia pública así lo han exigido: si el Gobierno comete un error, no será hijo de la pasión sino de una conciencia tranquila; ella nos dicta esta penosa denegación.

MARTÍNEZ DE LA TORRE

(Con arranque.)

¡Señor Presidente, no más sangre; que no haya un abismo entre los defensores de la República y los vencidos: que la necesidad imperiosa de la paz sea satisfecha por el perdón que se aproxima! No habla á usted, señor Presidente, el defensor de Maximiliano: le veo en la tumba como á Mejía y Miramón. Soy un hombre que ama con delirio á su patria y ella me inspira esta súplica. Que no se nuble el porvenir de México con la sangre de sus hijos: que la redención de los extraviados no sea á costa de la vida de algunos, porque el luto de las familias sería para

el partido vencedor el negro reproche de la libertad triunfante.

JUÁREZ

Al cumplir ustedes el encargo de defensores han padecido mucho por la inflexibilidad del Gobierno. Hoy no pueden comprender la necesidad de ella ni la justicia que la apoya. Al tiempo está reservado apreciarla. La ley y la sentencia son en el momento inaccesibles porque así lo exige la salud pública. Ella también puede aconsejarnos la economía de sangre y éste será el mayor placer de mi vida.

(Se dan las manos el Presidente y los ministros y los defensores y todos se alejan tristes y descorazonados.)

ESCENA DÉCIMATERCERA

MAXIMILIANO y el PADRE SORIA.

Lo irremediable de su situación ha sugerido al desgraciado Archiduque la idea de que no debe abrigar esperanza ninguna, y del versátil, del vesánico, del entusiasta y del distraído, ha brotado un hombre nuevo que hace mucho tiempo se encontraba como sumergido y envuelto entre el hacinamiento de preocupaciones, de ideas absurdas y de disparatadas imaginaciones que había acariciado antes; este hombre nuevo es el noble de raza, el caballero gallardo, el enamorado de su propio honor que no se acuerda de haberle traicionado nunca. Se ha entretenido en los últimos instantes en escribir cartas cariñosas á todos sus amigos: para Martínez de la Torre, para Riva Palacio, para el capitán Pierrón y para su madre han sido las letras más cariñosas y hala-

gadoras; pero no ha exceptuado á sus criados, á sus partidarios y á los que le han seguido durante este largo y tremendo viacrucis poniendo de su parte tanta abnegación como cariño.

El padre Soria acaba de leer en un libro, que á cuenta es la *Imitación de Cristo*, traducida por el padre Nieremberg.

MAXIMILIANO

(Interrumpiéndole con vehemencia, se alza del asiento y dice:)

Gran cosa, padre mío, es el amor á Dios; pero ¡cuánto más grande me parece el amor á Cristo Crucificado, á Cristo sufriente, herido, traspasado el costado por una horrible lanzada, manándole sangre y agua y llamándonos con sus brazos abiertos y con sus ojos moribundos! *Verbum caro factum est*, dijo el apóstol, y con esta sola frase le abrió al mundo el camino más amplio para su regeneración y para su grandeza; de esas palabras salieron una idea nueva, una simpatía nueva, una fe nueva, un nuevo culto; desde allí el hombre pudo concebir el amor más hondo por Aquel cuya grandeza le parecía desesperante... Pero en verdad que nada hay tan admirable como la idea de una Virgen, de una Virgen madre de Dios y de los hombres. La idea de la madre de Dios es profundamente distinta de la del Verbo Encarnado; Jesucristo, es Dios que baja, Dios que se humilla; María es una mujer elevada entre todas... María sólo es nuestra madre por adición; la recibimos desde lo alto de la cruz; está presente en el cielo, no sobre la tierra. Su nombre no se pronuncia en

la administración de los sacramentos, su poder es indirecto. Sus oraciones nos sirven y han de ser eficaces por el *fiat* de Aquel que es nuestro todo en todas las cosas... Pero hay otro conjunto de ideas de que la Virgen bendita viene á ser el centro: colocar á Nuestro Señor en ese centro sería hacerle descender de su trono. Quien diga que constituímos á María en divinidad, no conoce la divinidad de Jesucristo, no sabe lo que es la divinidad. Nuestro Señor no puede rogar por nosotros como ruega María; no puede inspirar los sentimientos que inspira una criatura. En su calidad de criatura María posee natural derecho á nuestra simpatía, á nuestra familiaridad por razón de que es amiga nuestra. Es nuestra gloria «la gloria única é incomparable de nuestra naturaleza decaída», como dijo el poeta. Nos dirigimos hacia Ella sin temor; desaparecen ante Ella el remordimiento, la agitación interior que nos sobrecogen ante Aquel que lee en nosotros, que nos juzga y nos condena sin remedio. Nuestro corazón se lanza hacia la Virgen sin mancilla, hacia la dulce Madre; la saluda con goce y con reconocimiento cuando se eleva á través de los coros de ángeles hasta su trono de gloria... Tan débil y tan fuerte, tan delicada y cargada de tamaña gloria, tan modesta y tan poderosa, nos ha dejado escrito su retrato en el *Magnificat*: «miró la humildad de su sierva, y en adelante todas las naciones me llamarán bienaventurada...»

EL PADRE SORIA

Sire, me ha conmovido Vuestra Majestad; ¡qué inmenso raudal de amor, qué inmenso tesoro de simpatía y de cariño guardaba en su corazón sin dárnoslo á conocer á los simples mortales!... Sire, sean cuales hayan sido vuestros errores, sean cuales hayan sido las faltas de vuestra vida pasada, los lavan, por una parte, la penitencia que habéis hecho, y por otra, ese grande, ese inmenso amor por la celestial María que os oirá desde el cielo y os cubrirá con su manto bienhechor. ¡Qué lástima, Sire, qué lástima que las leyes de los hombres, que las disputas de los hombres, que las infamias de los hombres lleven al patíbulo, á la execración, á la infamia, á persona como vos!

(Llora desconsoladamente; Maximiliano le consuela con cariño y dándole palmadas en los hombros le ruega no le abandone en el dolor.)

ESCENA DÉCIMACUARTA

Maximiliano quiso despedirse del general en jefe, y Escobedo se presentó á las once y media para recibir los últimos encargos que el prisionero quisiera hacerle. Dormía el Emperador y hubo necesidad de despertarle. ¿Qué pasó en esta conferencia? Parece que el Archiduque procuró por todos los medios posibles obtener de su enemigo que guardara inviolable el secreto de la misión de López hasta algunos años después de la muerte del Emperador.

Poco más de media hora duró la visita, y al cabo de ella Escobedo se retiró quedando solo Maximiliano, que se echó en la cama y durmió

con sueño suave y tranquilo hasta las tres de la madrugada. Asistido de Grill y de Tudos, sus criados de confianza, se alisó y peinó la barba y esperó la llegada del padre Soria, que á las cuatro se presentó á decir la misa.

Asistieron al santo sacrificio los tres condenados á muerte sin que se les conociera pena ni tristeza; comulgaron devotamente y á las seis el Emperador se desayunó un alón de pollo, un poco de vino y una taza de café.

Basch, más tímido que nunca, mezclaba las lágrimas de su miedo con las de su dolor, y mientras recibía los encargos del Emperador para entregar á la Archiduquesa Sofía un medallón, un escapulario y su *alianza*, quedó sorprendido mirando la escolta que mandaba el coronel Palacios.

Eran las seis y media, el sol se extendía como un manto de oro sobre la tierra, que anunciaba con su vegetación potente y viciosa el término de la primavera y la llegada del verano, que en aquella región se viste de pompa verdaderamente regia. De lo alto de la prisión se divisaban los collados cercanos, la Cruz, que se alza apenas á unos cuantos metros del suelo; el Cimatario, con sus altos recuerdos históricos; más lejos los cerros, que mostraban en primer término una peluza suave que parecía un manto de mullido terciopelo; en seguida las serranías abruptas, con sus antros más negros que los *sacos de carbón* de los espacios interestelares; y en el fondo la franja azul, tenue y como movediza de las montañas, que cierran la lejanía y que parecen dar origen al cielo, límpido y sin mancha de nieve ó celaje.

Tres sacerdotes se encuentran cerca de los condenados y con las lágrimas en los ojos dicen á coro aquella oración: «Os recomendamos, Señor, el alma de vuestro siervo, y os suplicamos, Señor Jesús, Salvador del mundo, que os dignéis admitir entre los patriarcas esta alma por la que vuestra misericordia os hizo bajar á la tierra. Reconoced, Señor, á vuestra criatura, que no es la obra que hacen extraños, sino vuestra propia obra. ¡Oh Dios, solo Dios vivo y verdadero; porque no hay más Dios que vos y nadie más que vos puede hacer vuestras obras!...»

Bajan la escalera del convento, y mientras los buenos padres mascullan sus latines, los moribundos caminan poco á poco; del suelo se

levanta un polvillo mal oliente que alzan los zapatos de los hombres de la guardia. Tres coches esperan á la puerta del convento rodeados por dos batallones de infantería y un escuadrón de caballería.

Maximiliano se coloca en el primero en unión de su confesor, Miramón en el segundo y Mejía en el último, echando á andar hacia el Cerro de las Campanas.

Mientras esto acontece en Capuchinas, otros amigos nuestros, JOSEFINA, EUGENIA, MIGUEL y PEPE BRAMBILA, rodean el lecho de Lapierre, que á cuenta está dando las boqueadas.

JOSEFINA

¡Qué horrible noche! ¡Quién había de decir que yo que vi á este hombre sano, contento, lleno de vida y al parecer distante de la muerte más que cualquiera de nosotros lo está, había de asistir á sus últimos momentos y había de verle convertido en saco inmundo de podre, en triste montón de huesos medio roídos por el dolor y medio aniquilados por la muerte!

EUGENIA

(A media voz.)

Dice el Doctor que no dura media hora, que ya son sus últimos momentos.

MIGUEL

¡Eso lo dice siempre! Desde hace doce horas estamos esperando su muerte; el Doctor nos aseguró que no llega-

ría á amanecer, y vean la luz que entra por esos vidrios y convénzanse de que todo lleva trazas de prolongarse hasta lo infinito.

BRAMBILA

Pero ¿qué ruido es ese? Parece un reptil, una serpiente inmensa que se arrastra por la calle frotándose contra las paredes del hospital.

MIGUEL

(Que pone atención.)

¡Ah, ya caigo! Es el fusilamiento... el fusilamiento de Maximiliano y de los suyos. Yo salgo, yo voy á dar fe de ese caso, que probablemente no se ofrecerá en muchos años á nuestra curiosidad.

JOSEFINA

Te llama, Miguel, te llama y dice que trata de hacerte un encargo.

(Miguel se acerca al lecho del moribundo y sólo percibe sonidos guturales ahogados que no significan cosa concertada ni suman entre sí palabras completas. Permanece un rato esperando y al fin sólo se escucha el constante acezo del pobre elefanciaco. Se percibe á lo lejos el sonar de todas las campanas de los templos de Querétaro: doblan á muerto, y al mismo tiempo que el retañido de los bronces se oyen rodar de artillería, correr de transeuntes, sollozos y gritos ahogados.)

JOSEFINA

Llegó ya la hora del sacrificio; se paran aquí, cerca, en el Cerro de las Campanas; ya no se escucha el ruido de los coches; subo á la azotea á ver lo que pasa.

EUGENIA

Recuerda, mamá, que antes que la curiosidad es el compromiso que hemos contraído de acompañar hasta sus últimos momentos á este desgraciado.

PEPE BRAMBILA

Ya es tarde; oigan lo que dice el pregón.

JOSEFINA Y EUGENIA

¿Qué dice? ¿Qué dice?

BRAMBILA

Es la intimación que se hace al público asistente á las ejecuciones; conforme á la ordenanza: «Soldados, en nombre de la Nación: será pasado por las armas cualquiera

que demande gracia para los tres condenados ó para cualquiera de ellos.»

(En esos momentos se escuchan tres descargas y un clamor que no se sabe si baja desde lo alto del cerro hacia el valle en que la ciudad se asienta, ó si sube de la ciudad hacia la colina. Inmensa estupefacción en todos.)

JOSEFINA

Ya todo acabó. ¡Qué horrible desgracia!

MIGUEL

Ya está satisfecha la justicia.



ANTONIO GRILL

ESCENA DÉCIMAQUINTA

Los mismos. GRILL y TUDOS.

Los dos criados llegan verdaderamente alarmados y llenos de aflicción; el triste fin de su amo, el temor que tienen de que les causen daño las fieras republicanas, la idea de encontrarse en país extraño y enemigo y el papel que acaban de desempeñar frente al regio ajusticiado, les hacen llorar á lágrima viva y enternecerse grandemente.

JOSEFINA

(Que mira á los criados del Emperador, se les acerca lamentosa, y tratando de mostrar más pena de la que siente dice á voces:)

¡Ya todo acabó, Grill; ya todo acabó, Tudos! Ha muerto el mejor amo del mundo, el primer caballero de estos tiempos menguados y prosaicos. Refiéranlo todo, refiéranlo, que queremos saberlo detalladamente.

GRILL

Venimos á buscar médicos que embalsamen el cadáver del Emperador. ¿Sabe usted dónde los haya?

JOSEFINA

Licea no tardará en venir y Rivadeneira está aquí; espérenles ustedes y entretanto cuéntennos lo sucedido, que ardo en deseos de saber cómo acabó el fénix de los caballeros, el gran señor á quien México no supo comprender ni estimar ni agasajar debidamente.

GRILL

Murió como un mártir, como un santo. ¡Qué resignación, qué bondad las suyas! Desde por la mañana se despidió de nosotros dejándonos recuerdos de su persona. ¡Como si necesitara dejarnos recuerdos materiales, quien tantos de otra clase nos legó! ¿Podía encontrarse en el mundo un príncipe más liberal, un caballero más honrado,

un amo más bondadoso, un hombre más discreto, un amigo más leal, que lo fué el Emperador?...

TUDOS

Luego que el Emperador subió al carruaje, se puso en movimiento la inmensa multitud aglomerada cerca de la prisión; difícil era, para los soldados que llenaban la calle y para los que seguían á los carruajes, detener aquella avalancha humana compuesta de gentes del bajo pueblo, de viejos vecinos de Querétaro y de las personas más calificadas de toda la población. Desde Capuchinas hasta el Cerro de las Campanas, siguieron á pie, anhelantes, llenos de curiosidad y de cariño, sombrero en mano, más de mil pelados que con las lágrimas en los ojos no se cansaban de gritar vivas al Emperador y á Mejía... Se escogió para el fusilamiento el mismo Cerro de las Campanas donde cinco semanas antes



José Tudos

Maximiliano había rendido su espada al General Corona... El Emperador caminaba sereno y tranquilo; sintiendo dificultad para abrir la portezuela del carricoche que le había conducido hasta el cadalso, saltó por encima de ella, abriendo después para que saliera su confesor; inmediatamente pasaron Miramón y Mejía; don Miguel estaba tan fresco y tan tranquilo como si mandara una parada. En el momento de entrar al cuadro, que estaba formado por cuatro mil hombres, los tambores batieron marcha y los clarines sonaron un toque que el Emperador no había oído nunca. «¿Es para fusilarnos?» preguntó Maximiliano á Miramón. «No sabré decíroslo, Sire, es la primera vez que me fusilan», respondió Miguel. Don Tomás caminaba á la zaga del cortejo, tembloroso y casi moribundo, conducido del brazo por su confesor... Poco trecho había del lugar donde bajaron los condenados al sitio de la ejecución: obra de cincuenta pasos que anduvieron con facilidad, colocándose cada uno cerca de una pilastra de adobes que se les había designado de antemano: la más alta era para Maximiliano, la de la derecha para Mejía y la de la izquierda para Miramón... «Yo no quiero ser Gestas en este Calvario», exclamó don Miguel; y entonces el Emperador, adelantándose, le cogió por los hombros y le dijo con bondad: «Un valiente como vos, tiene derecho á la consideración de su Soberano. Dejad que antes de morir os ceda el lugar de honor.» Abrazó á Mejía y se

dirigió hacia los soldados preguntando quiénes eran los que habían de tirar sobre él. Pertenecían los ejecutores á un batallón de Nuevo León, y luego que Su Majestad les hubo conocido entregó á cada uno un maximiliano de oro, recomendándoles que apuntaran directamente al corazón. Volvió al lugar en que debía morir, y elevando la voz pronunció con tono seguro una alocución en que



hablaba de su amor á los mexicanos y de su deseo de hacer su felicidad... Luego Miramón dijo unas cuantas palabras... En ese momento sonaron las descargas que acabaron con mi pobre amo y con sus amigos...

GRILL

¡Ah, señores! ¡qué cosa tan triste! Yo vi al muerto revolcándose en su sangre; la ropa se le había encendido, tenía

los ojos abiertos, las piernas extendidas, los brazos apretados contra el pecho, la boca abierta y mostrando los dientes negruzcos... Todavía le oí decir: «Hombre... hombre...» Entonces se adelantó un soldado, que por orden del capitán le dió el tiro de gracia cerca del corazón; Su Majestad extendió á todas partes su mirada límpida, clara, sencilla y acogedora, y cerró los ojos para siempre después de una convulsión tremenda con que salió el alma en medio de una terrible violencia...

(En esos momentos se oye una gran voz que dice palabras ininteligibles y luego exclama claramente: *¡Soldados, viva el Emperador!* Los presentes quedan suspensos, y cuando tras un rato de espera se acerca al moribundo y hace pruebas para convencerse de si está vivo Lapierre, Josefina les dice á los presentes: «Todo acabó.»

GRILL

Todo acabó para nosotros; murió nuestro excelente amo.

EUGENIA

Todo acabó.

(Sin saberse si se refieren á Lapierre ó á Maximiliano, los interlocutores dicen sucesivamente.)

GRILL

Fué un santo.

TUDOS

Fué un mártir.

JOSEFINA

Fué un caballero.

EUGENIA

Fué un artista.

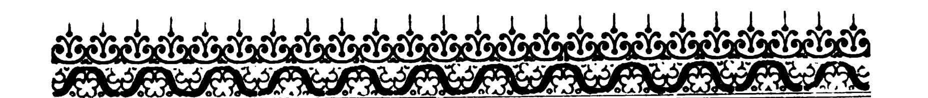
BRAMBILA

Fué un iluso.

MIGUEL

Fué un filibustero y un usurpador; quien tal hizo que tal pague.

FIN DE LA OBRA



ÍNDICE DEL TOMO IV

LA EMIGRACIÓN

Primera Parte

QUERÉTARO

Segunda Parte



PAUTA DE LAS LÁMINAS DEL TOMO IV



H14